UN BESTSELLER DEL **SUNDAY TIMES**

Heidi Swain

La feria de verano

Un feelgood de Nightingale Square

JENTAS

La feria de verano

La feria de verano
Título original: The Summer Fair
© Heidi Swain, 2022. Reservados todos los derechos.
© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Maribel Abad Abad

ISBN: 978-87-428-1307-2

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

This edition is published by arrangement with Simon & Schuster UK Ltd. through International Editors and Yañez' Co.

A mi querida Lia.
Gracias por tus conocimientos y tu infinita paciencia.

Capítulo 1

Dormirme con la relajante música de Ella Fitzgerald y Billie Holiday era un hábito que había arraigado en mi infancia y que, a mis veinte años, todavía me acompañaba. Cuando era pequeña, me tumbaba en la cama, y los párpados se me cerraban mientras escuchaba la dulce voz de mamá acompañando la música que siempre ponía en casa y que subía las escaleras, hacia mi habitación, para reconfortarme y sumirme en un plácido sueño.

Pero, cuando murió poco antes de cumplir los cuarenta, tras sufrir el segundo derrame cerebral de su vida, la música dejó de sonar. Desterré el hilo musical, desenchufé la radio, guardé los vinilos y juré que nunca más escucharía ni cantaría otra nota. Para entonces, me habían roto el corazón dos veces con una canción de fondo, y me empeñé en que no volviera a ocurrir.

Tenía más de una razón para autoimponerme aquel voto de silencio, pero, por su causa, me resultaba casi imposible conciliar el sueño. Me quedaba mirando el techo hasta que, un par de horas antes de levantarme, caía en una inquietante nebulosa repleta de pesadillas, así que me descargué una aplicación de canto de pájaros para despertarme antes de estar descansada. No era ni de lejos tan conmovedora como Ella o Billie, pero cumplía su función.

La víspera del veintitrés de junio, me senté en el borde de mi estrecha cama individual —en la casa que compartía con otras tres personas, todavía desconocidas para mí incluso después de meses de convivencia— y sopesé el no poner la alarma de los pajaritos. De todos los días del año, este era el que me garantizaba no dormir en absoluto.

—Más vale prevenir que curar —murmuré, no obstante, tecleando la hora a la que necesitaba estar lista para otro ajetreado turno de trabajo en la residencia Edith Cavell.

Tal como sabía que ocurriría, a la mañana siguiente seguía despierta antes de que sonara la alarma y mucho antes que cantara cualquier alondra. Me recogí el pelo en una coleta, me puse mi floreada bata de algodón y bajé a la cocina, dispuesta a no reproducir los acontecimientos tal y como se habían desarrollado minuto a minuto hacía exactamente dos años.

—No lo olvidaremos nunca —me había advertido una vecina bienintencionada durante las atroces semanas que habían seguido al ictus mortal de mamá—, pero el tiempo lo cura todo.

Era una suerte que tuviera razón, pero a veces parecía que el tiempo pasaba a un ritmo demasiado lento. El año pasado, el veintitrés de junio pareció durar tres días en lugar de uno.

En piloto automático, parpadeé ante las pilas de platos sin lavar amontonadas al tuntún y vi mi taza favorita al fondo de tanto detritus, cubierta de algo que parecía sólidamente seco. A pesar de mi intento de respirar y tomarme mis sentimientos con

calma —una técnica que solía funcionarme—, sentí que se me erizaba el vello del enfado.

¿Cómo era posible que los casi treintañeros con los que compartía casa siguieran viviendo como estudiantes de primer curso? Sin límites, sin higiene, sin tener en cuenta a nadie más que a sí mismos. El cubo de la basura estaba a rebosar, la leche que había comprado el día anterior después de mi turno casi se había acabado y, para colmo, se oía un ominoso correteo procedente de debajo del fregadero.

Me concentré con más ahínco en mi respiración y me dirigí a la sala de estar para alejarme de la exasperante vista, pero, por desgracia, allí las cosas no tenían mejor aspecto. En todo caso, estaban peor.

Aretha, mi enorme y adorada *Monstera*, el único espécimen de mi preciada colección de plantas de interior que era demasiado grande para caber en mi escaso dormitorio, tenía no una, sino dos colillas de cigarrillo aplastadas en la tierra. Se me saltaron las lágrimas y sentí que se me oprimía el pecho cuando las cogí y las eché en uno de los recipientes de comida para llevar que se acumulaban en la mesita.

Me di cuenta de que necesitaba salir de casa. No solo para ir a trabajar, sino para siempre.

***

—Buenos días, madrugadora —fue el saludo que recibí cuando fiché en recepción casi una hora antes de mi turno.

Salir tan temprano significaba que el autobús, que normalmente se arrastraba junto con el resto del tráfico, había acelerado por la circunvalación.

—Buenos días, Greta —respondí, intentando esbozar una sonrisa—. Llevas el camisón al revés.

—Ya decía yo que me apretaba el cuello —murmuró mi octogenaria amiga, estirándolo para mirar la etiqueta, que debía estar arañándole la garganta.

Al menos en el trabajo, con un grupo de traviesos y en su mayoría alegres ancianos pensionistas a los que cuidar, no tendría demasiado tiempo para pensar en los acontecimientos del pasado. El año anterior me había tomado un día libre y había sucumbido a él, y no me había servido de nada. Este año optaba por el otro extremo, por seguir adelante con fuerza. No me había funcionado revolcarme en el pasado, así que tal vez lo hiciera sumergirme en el trabajo.

—¡Aquí estás, Greta! —resolló Phil, otro cuidador, que estaba llegando al final de su turno de noche, mientras corría por el pasillo—. Te he estado buscando por todas partes.

—No puede ser —bufó ella, dándose importancia—. He estado aquí, atendiendo el mostrador, toda la noche.

Phil me miró y sacudió la cabeza. Las ojeras delataban que los sospechosos habituales llevaban horas dándole la lata.

—Llegas pronto, Beth —me dijo.

—Eso mismo le he dicho yo —respondió Greta mirándome de nuevo, esta vez con

suspicacia—. ¿Tampoco has podido dormir?

—Algo así. —Tragué saliva y me dirigí a la sala de personal—. Iré a echarte una mano en un minuto, Phil.

—Ve primero a la cocina —dijo, guiando a Greta de vuelta por el pasillo mientras luchaba por impedir que se pasara el camisón por encima de la cabeza—. Hoy es jueves de Full English. Vas a necesitar calorías extra para pasar el día. No sé qué les pasa a estos, pero llevan toda la noche dando vueltas.

Y estaban en forma para seguir haciéndolo durante todo el día. Apenas me había puesto el uniforme y tragado el último bocado del desayuno cuando me llamaron para localizar a Greta, que se había dado a la fuga otra vez.

—¿Qué estará tramando ahora? —preguntó Harold, una vez la encontramos, mientras señalaba con la cabeza hacia la puerta de su habitación, que estaba al lado de la suya, y donde se oía un tremendo tumulto—. Mejor no me lo digas —añadió, acomodándose en su silla—. Es demasiado temprano.

No pude evitar reírme. Harold siempre era capaz de hacerme sonreír, daba igual la fecha. Habíamos empezado a trabajar en Edith Cavell la misma semana. Yo, porque necesitaba ganar más dinero del que me ofrecían como reponedora a tiempo parcial y, aparte de eso, cuidar de otros era lo único que sabía hacer; él, porque había sufrido una caída y necesitaba más ayuda de la que podía ofrecerle en casa el equipo que dirigía las unidades de asistencia contiguas a la residencia. Ya estaba completamente recuperado, pero había disfrutado tanto de la compañía y la camaradería de la residencia que había decidido que el traslado fuera permanente.

—¿Rojo o mostaza? —pregunté, levantando dos pares de calcetines.

—¿Qué tal uno de cada? —respondió con un guiño.

—De ninguna manera —dije, devolviendo el par mostaza al cajón, y me arrodillé para ponerle los rojos—. No después del lío que hubo con la colada la última vez.

—Me parece justo —cedió con una sonrisa.

—¿Qué tal? —pregunté una vez que le había puesto los calcetines y metido los pies en las zapatillas.

—Estupendo —respondió, moviendo los dedos de los pies con evidente alegría—. Gracias, querida.

—Solo hago mi trabajo —dije, poniéndome en pie.

—Creo que todos sabemos que haces más de lo que deberías —sonrió, y señaló con la cabeza el reloj que había junto a su cama.

Aún faltaba un rato para que empezara mi turno.

—¿Se lo has dicho? —llegó otra voz antes de que pudiera desestimar lo que había dicho.

Era Ida. Tenía una habitación en la planta de arriba, pero, igual que Greta, también se negaba a quedarse donde debía. Empezaba a preguntarme si el sistema de etiquetado que Phil había mencionado en broma en la reunión de personal de la semana anterior no sería al final tan mala estrategia para contener a ciertos residentes.

—Todavía no —dijo Harold, haciendo señas a Ida para que entrara.

—¿El qué? —Fruncí el ceño.

Ida entró tambaleándose lentamente. Para alguien que solo podía moverse a paso de tortuga, podía cubrir largas distancias sin ser vista.

—Ayer te perdiste una cosita —rio entre dientes.

—Creo que yo no lo habría dicho así —comentó Harold, sacudiendo la cabeza—. Considérate afortunada por haber tenido que acompañar a Walter al hospital y haber vuelto tarde, Beth.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño—. ¿Qué me he perdido?

—Macarrones —se carcajeó Ida.

—¿Macarrones? —repetí—. ¿Para cenar, quieres decir?

Harold volvió a negar con la cabeza.

—No —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Quiere decir macramé, no macarrones.

—Eso es —dijo Ida, chasqueando ineficazmente sus dedos artríticos—. Macramé.

Seguía sin entender nada.

—¿Quién en su sano juicio habría pensado que anudar varios hilos de cuerda para hacer maceteros era una manualidad adecuada para un grupo de jubilados artríticos, la mayoría de los cuales están perdiendo la chaveta? —dijo Harold mordazmente.

De repente, me di cuenta.

—Karen —dijo Ida, dándose una palmada en el muslo y confirmando mis sospechas.

—Era una pregunta retórica —reaccionó Harold.

—¿Una qué? —Ida frunció el ceño.

—Da igual —dije con rapidez.

—Esa fue la supuesta actividad que se le ocurrió al encargado de las supuestas actividades de ayer por la tarde —confirmó Harold.

Me mordí el labio y me imaginé la carnicería.

No tenía nada en contra del macramé. De hecho, tenía bastantes plantas de mi colección colgadas en ingeniosos soportes anudados, pero no era una manualidad para los más torpes y fáciles de confundir.

—George casi pierde un dedo —dijo Ida, alegre.

Miré a Harold.

—Apretó tanto el cordón alrededor del meñique que le cortaba la circulación —explicó Harold, moviendo el dedo para demostrarlo—. Karen tuvo que desenredarlo. Le dio un ataque de pánico.

—Y yo pensaba que Greta iba a estrangular a Bob —añadió Ida, emocionada.

Estaba claro que se lo había pasado en grande. Mis labios temblaban formando una sonrisa, a pesar de mi determinación de permanecer imparcial y profesional. Estaba funcionando. Sumergirme en mi trabajo me impedía pensar en... Bueno, casi lo conseguía.

—Un desastre —dijo Harold—. Otro desastre total, y ahora estamos viendo el resultado.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

Harold señaló hacia la puerta, ladeando la cabeza para escuchar cómo Greta seguía oponiéndose a los intentos de todos por mantenerla a salvo.

—Todo el mundo se aburre como una ostra —dijo, explicando lo que en el fondo yo

ya sospechaba—. Por eso Greta se está portando mal. Esa Karen nunca nos pregunta qué queremos hacer y casi ninguno podemos hacer la mitad de las cosas que se le ocurren.

—Y hace meses que no salimos de excursión —dijo Ida con tristeza, desterrado su antiguo entusiasmo—. Nos estamos volviendo locos.

Sabía que tenían razón. Había experimentado en mis carnes cómo la estaba liando la actual encargada de las actividades para entretener, interesar y estimular a los residentes.

—Queremos que vuelvas a hacerlo tú, Beth —intentó engatusarme Ida—. Esa semana que estuviste a cargo fue la mejor que hemos tenido en años. Queremos que estés a cargo de las actividades otra vez.

Karen había estado enferma unos días y Sandra, la directora de la residencia, me había pedido que la sustituyera. Me lo había pasado muy bien ideando cosas para hacer todas las tardes, pero solo había sido un acuerdo temporal. Para ser sincera, supuse que todo el mundo lo había olvidado. Sin embargo, las miradas esperanzadas de Ida y Harold indicaban lo contrario, aunque eso no cambiaría nada. Me habían contratado como cuidadora, no como organizadora de actividades; no tenía la cualificación necesaria para ello.

—Estamos reuniendo a las tropas —dijo Harold en tono conspirativo, dándose golpecitos en la nariz—. Queremos que te pongan en el lugar de Karen.

Sacudí la cabeza y conduje a Ida en dirección a la puerta, decidida a cortar de raíz cualquier plan que estuvieran tramando. Si empezaban a agitar las aguas, podrían meterme en problemas a mí y a ellos mismos, y en ese momento lo único que quería era tranquilidad. Mi vida familiar ya era una catástrofe, no quería que mi vida laboral también se volviera calamitosa.

—Esa no es una opción —les dije con severidad—. Karen está cualificada como directora de actividades y yo solo soy una cuidadora. No empecéis a agitar las cosas. Podríais meterme en problemas y necesito este trabajo.

—No eres solo una cuidadora —dijo Harold con amabilidad.

—Y no se librarían de ti —añadió Ida—. No podrían.

—Estarían jodidos sin ti, Beth —añadió Harold con los ojos un poco brillantes—. Ninguno de nosotros podría arreglárselas sin ti. Te necesitamos. Yo te necesito.

Respiré hondo e intenté tragarme el nudo que tenía en la garganta. Justo cuando pensaba que iba a conseguir no derramar una lágrima en todo el día, él pronunciaba aquellas fatídicas palabras.

—¿Qué pasa, Beth? —Ida frunció el ceño, poniendo su mano manchada de rojo oscuro en mi brazo.

En mi mente, veía a mamá en una cama de hospital, pálida, débil y con daños permanentes tras su primer derrame cerebral. Había envejecido en un instante y parecía mucho mayor de sus treinta y tantos años, y todo gracias a una cardiopatía no diagnosticada.

—Te necesito —había dicho con la voz ronca—. Te necesito, Beth.

Con esas pocas palabras, el curso de mi vida había cambiado para siempre. Si hubiera tenido la más mínima idea de las consecuencias que tendrían, sé que nunca las habría

dicho, pero ya era demasiado tarde para pensar en eso.

—Nada. —Tragué saliva, puse mi mano sobre la de Ida y la apreté con suavidad—. No es nada. Ahora, volvamos arriba antes de que alguien envíe otro grupo de búsqueda.

Mansa como un cordero, me siguió fuera de la habitación de Harold.

—Vuelve si tienes un minuto, ¿quieres, Beth, querida? —me dijo Harold—. Tengo que pedirte un favor.

—Claro —respondí, guiando a Ida hacia el ascensor.

Durante mi turno, mi cabeza se inundó de pensamientos. En su mayor parte, y aunque intentaba evitarlo, mi mente seguía remontándose a aquel día y mis ojos se desviaban hacia el reloj, a medida que se acercaba el momento en que había llegado a casa y encontrado a mamá desplomada y sin respuesta en el suelo del vestíbulo.

Aquel día no había querido marcharme, pero ella insistió en que necesitaba tiempo y, aunque todos los profesionales sanitarios con los que había hablado desde entonces me habían dicho que estar con ella no habría cambiado nada, eso no impedía que la culpa me consumiera.

Tal vez el destino de la segunda apoplejía fuera ser enorme y fatal, pero no debería haberla soportado sola.

—¿Qué estarás pensando? —dijo Harold, cuando fui a verlo poco antes de que mi turno llegara a su fin—. Pensaba que habrías pasado las últimas doce horas dándole vueltas a mi plan y al de Ida, pero la expresión de tu cara me dice lo contrario.

Esperaba que no hubiera sido obvio para todos que no había estado tan presente como de costumbre.

—¿Qué pasa, querida?

—Nada —dije, sacudiendo la cabeza—. Estoy bien. ¿Cuál era el favor que querías pedirme?

Harold me miró y entrecerró sus ojos reumáticos.

—Ya te he dicho que no trafico con *whisky* ni puros —bromeé.

Mi intento de desviar su atención no funcionó y me clavó una mirada más intensa.

—Hoy es el aniversario de la muerte de mi madre —dije, sabiendo que no iba a dejarlo pasar—. Hoy hace dos años que la perdí, así que ha sido un día duro.

—Oh, Beth —dijo, y mis ojos se llenaron de lágrimas otra vez—. Lo siento mucho, querida, no me había dado cuenta.

—No tenías por qué —dije, parpadeando.

Al haber llegado a la residencia al mismo tiempo, Harold conocía un poco mi triste historia, pero no era algo en lo que me hubiera detenido nunca.

—Está bien —dije estoicamente.

—No —suspiró—, claro que no está bien, y nunca lo estará.

—Oh, gracias. —Hipé; su brusquedad me había pillado por sorpresa y sacado de mi cada vez peor humor—. Dímelo directamente, Harold.

Se encogió de hombros.

—No tiene sentido mentir —dijo.

—No —asentí, sorprendentemente agradecida por su sinceridad, pero también triste porque sabía que lo decía desde la comprensión—, supongo que no. Y ahora —sorbí la

nariz mientras enderezaba la cubierta de su cama, y comprobé que su jarra estaba llena de agua fresca—, suéltalo. ¿Qué quieres que haga?

—Sé que mañana es tu día libre —dijo, dejando el tema de mi pérdida, por suerte—, así que entenderé perfectamente si tienes otros planes. Quizá tengas algún sitio que visitar.

No lo dejó caer del todo, pero supe enseguida lo que estaba insinuando.

—No —dije—, no hay tumba. La incineramos.

Harold asintió.

Mamá había sido muy específica al respecto, junto con los detalles sobre la rapidez con la que quería que se esparcieran sus cenizas. No había podido decir mucho justo después de la primera apoplejía, pero algo que tenía cada vez más claro era eso. Yo le había dicho que estaba siendo sensiblera y que se pondría bien. Ella sostenía que estaba siendo práctica y que yo debía hacer lo que me decía, pues de lo contrario volvería y me perseguiría, fuera cuando fuera.

—En ese caso —continuó Harold—, me preguntaba si podrías acompañarme a un sitio.

Su *scooter* había estado implicado en el accidente, así que ahora solo podía utilizarlo si iba acompañado.

—Sería un honor salir contigo, Harold —sonreí.

A decir verdad, temía quedarme en casa en mi día libre. Cada vez que me quedaba sola cuando los demás trabajaban y la casa estaba hecha un desastre, mi determinación se derrumbaba y acababa limpiando y ordenando.

Nunca me agradecían mis esfuerzos y sabía que todo el mundo empezaba a dar por supuesto mi incapacidad para vivir rodeada de mugre. El problema era que no me apetecía convertirme en su chacha. Podría haber salido, por supuesto, pero eso me habría llevado a gastar dinero y necesitaba ahorrar hasta el último céntimo. Quería mudarme en algún momento, y ese iba a ser un asunto caro.

—Bueno, eso es magnífico —dijo Harold con cara de satisfacción—. ¿Puedes estar aquí a la una?

—Claro —dije—. ¿A dónde vamos?

—Al jardín Grow-Well —dijo en voz alta—. Hace unas semanas que no voy y quiero ver cómo va todo.

Sentí que el corazón se me aceleraba y luego se me hundía en el pecho. El conocido jardín comunitario de Nightingale Square, que Harold adoraba, era el último lugar al que quería ir.

—Pero creía que normalmente ibas allí con Sara —tartamudeé—. ¿No puede llevarte ella?

Sara era otra cuidadora y también trabajaba como voluntaria en el jardín de la casa señorial victoriana, Prosperous Place, que era donde se encontraba el Grow-Well. Harold me había contado en más de una ocasión que había vivido prácticamente toda su vida en una casa de Nightingale Square y lo encantado que estaba de conocer a Sara, que había descubierto la plaza, la casa grande, el jardín y todas sus conexiones a través de un festival que se organizaba allí para celebrar el invierno.

—Solemos ir juntos —confirmó Harold, sin darse cuenta de mi cambio de tono—, pero está de vacaciones y mañana hay una reunión. No quiero perdérmela.

Como estaba tan dispuesta a ayudar, no podía echarme atrás, pero no me gustaban los jardines ni la jardinería. Mamá había sido una entusiasta y consumada aficionada a la horticultura; se pasaba todo el tiempo que podía al aire libre, hasta que el derrame cerebral la privó de la capacidad de cavar, sembrar y segar. Para ayudarla a recuperarse, la animé a que adaptara sus habilidades a mi pasión por las plantas de interior, pero sabía que no sentía el mismo placer con una actividad tan a pequeña escala.

No estaba en mi mejor momento para visitar por primera vez un espacio verde, ya que sin duda me recordaría aún más a la mujer que había amado y perdido. No solo había desterrado la música y las canciones, sino también la jardinería; pero entonces noté la mirada de Harold y recordé el infierno que era mi casa compartida, y lo rápidamente que se estaba convirtiendo en un peligro para la salud.

—Y no te la perderás —dije, tragándome mi desgana—. Estaré aquí a la una en punto.

Capítulo 2

Cuando volví a casa, mantuve la vista al frente y me centré en las escaleras, así que no tenía ni idea de si la cocina tenía mejor o peor aspecto que cuando la había dejado aquella mañana. Desde luego, no olía como si alguien se hubiera molestado en sacar la basura.

—Hola, Beth —dijo una voz de hombre cuando acabé de tomar un baño reparador—. No te he oído entrar.

—Hola, Aaron —saludé vagamente con la cabeza a mi compañero de piso, con la mirada fija en la puerta de mi habitación.

El baño había ayudado a mis músculos a relajarse después de mi ajetreado turno y no tenía ningún deseo de meterme en una conversación que sin duda haría que se tensaran de nuevo.

—Vamos todos a la ciudad, ¿te apuntas? —ofreció Aaron—. Kangaroo Jacks tiene cerveza barata los jueves.

Sabía muy bien qué motivaba su invitación: salí con él y los demás un par de veces cuando me mudé y, en cuanto me etiquetaron como la responsable, me tocó cuidar de carteras, llaves, abrigos y bolsos. La segunda vez solo fui para ver si la cosa mejoraba. Pero no mejoró. Volví a ser el guardarropa móvil, y la música atronadora resultó ser demasiado para mí, así que desde entonces rechazaba sus invitaciones. Podían encontrar el camino a casa sin mí. Y sabía que lo harían. Trayendo consigo una resaca incipiente y un kebab grasiento.

—Es muy amable por tu parte —dije, interpretando mi papel en la ya conocida conversación y dando un paso hacia mi cuarto—, pero me voy directa a la cama. Acabo de terminar un bloque de turnos de doce horas, así que...

—¿Eso significa que mañana es tu día libre? —me interrumpió Aaron.

—Sí.

—Qué práctico —sonrió, antes de bajar las escaleras.

—Ah, ¿sí? —Fruncí el ceño y fui tras él.

—Sí —dijo, deteniéndose para mirarme—. Han llamado de la agencia. El casero vendrá a hacer una inspección mañana por la tarde.

Normalmente, eso me habría puesto en un compromiso, y Aaron, el muy pícaro, lo sabía. Puede que fuera tan tonto como para pensar que lo había dejado caer de forma casual en la conversación, pero yo me daba cuenta de sus planes no tan ocultos.

Confiaba en que yo me pasaría la tarde ordenando y lavando los platos y que al día siguiente estaría allí, en plan anfitriona y ama de casa modelo, para asegurarle al propietario que su casa estaba en buenas manos. Pues no iba a tener suerte.

—Anda —dije jovialmente—. Bueno, espero que se acuerde de su llave.

—No te importará si te pilla aquí, ¿verdad? —dijo Aaron con suficiencia.

—No estaré. —Sentí un inmenso placer al decírselo.

—¿Qué?

—Tendrá que entrar por su cuenta porque yo no estaré aquí. Tengo planes.

Me habría encantado quedarme el tiempo suficiente para tomar una instantánea mental de su expresión, pero consideré que marcharme sería más impactante.

Y, aunque seguro que les retransmitió a los demás mi respuesta, tan impropia de mí, eso no impidió que se marcharan. En cuanto sonó el portazo, metí la mano debajo de la cama y saqué la caja en la que llevaba todo el día diciéndome que no hurgara.

—Ay, mamá. —Tragué saliva mientras extendía sobre el edredón los sobres de fotografías antiguas que había mandado imprimir e intentaba concentrarme en ellas entre un torrente de lágrimas.

Junto con sus preciados discos —que no podría haber puesto aunque hubiera querido porque había tenido que vender nuestro tocadiscos—, había docenas de fotos, notas garabateadas y dibujos de mi infancia. Pequeños recuerdos que no habrían significado nada para nadie ni habrían tenido ningún valor económico, pero que para mí eran un mundo.

Cogí una fotografía de nosotras dos junto a Moira Myers, la mujer que dirigía The Arches, un refugio creativo para los niños de la zona. Aquel lugar había sido como un segundo hogar para mí de pequeña, y Moira había sido amiga de mamá incluso antes de que, a los diecisiete años, descubriera que estaba embarazada de mí y sus padres la repudiaran.

Como mamá tenía dos trabajos para llegar a fin de mes y no podía permitirse una niñera, yo había pasado incontables horas en The Arches viendo a Moira, mi abuela sustituta, promover el talento de los niños de la ciudad a los que les encantaba cantar, bailar, actuar y actuar, pero cuyos padres no podían pagar las clases particulares. Mi presencia allí había aliviado parte de la culpa que sentía mamá por no poder tomarse vacaciones largas ni fines de semana libres.

Con la música sonando en casa, en lugar de una televisión a todo volumen, y bajo la atenta mirada de Moira, no era de extrañar que lo único que quisiera hacer de mayor fuera cantar. Apenas tenía diez años cuando me subí al escenario de The Arches y, en ese momento, me empeñé en hacer de la interpretación mi carrera.

Dejé la foto y cogí otra, sollozando con total abandono al recordar que no solo había perdido a mamá y vendido prácticamente todas nuestras posesiones, sino que Moira, mi mejor amigo Pete y mis sueños y ambiciones de toda la vida también habían desaparecido.

Y, para colmo de males, había tenido que abandonar mi último hogar y el de mamá. El ayuntamiento ya tenía otro inquilino para el *bungalow* adaptado casi antes del funeral, y yo me encontré de repente con que mi vida volvía a dar un giro y con que estaba muy sola en el mundo.

***

No esperaba volver a dormir esa noche, pero lo hice. No tenía ni idea de si lo que me

había ayudado era haberle plantado cara a Aaron o haberme permitido el llanto que tanto necesitaba, pero al día siguiente me desperté fresca tras unas horas de descanso ininterrumpido.

Con la seguridad de que mis compañeros no estaban en casa, me puse un par de guantes de goma y bajé a la cocina. Tuve que maniobrar con cuidado, pero conseguí sacar mis platos sucios, o, mejor dicho, la vajilla y los utensilios que me pertenecían y que los demás habían utilizado sin preguntar, y lo llevé todo al cuarto de baño.

Para el ojo inexperto, la cocina tenía el mismo aspecto pútrido que antes, que era exactamente mi intención. Ya guardaba la cubertería en mi dormitorio, así que, después de remojar y lavar en el baño todo lo que habían usado, lo metí en un cajón de plástico con tapa y lo guardé debajo de la cama, junto a mi caja de tesoros.

—La paciencia tiene un límite —me dije, sonriéndome en el espejo.

No había aparcado la idea de «salir de allí» del día anterior. No tenía ni idea de cuándo o cómo, pero pensaba hacerlo. Ya estaba harta de mis compañeros de piso y de sus sucias costumbres. Era hora de seguir adelante.

—Muy bien, preciosas —dije a las numerosas macetas que cubrían las estanterías de mi habitación y el alféizar de la ventana—. Es vuestro turno.

Tardé casi toda la mañana en darle a cada una de mis plantas el cuidado y la atención que merecían y me imaginé a mamá mirándome y sonriendo durante mi trabajo, minucioso y cuidadoso.

Regué algunas en la bañera y después lavé sus brillantes hojas verdes y las rocié con una fina bruma; a otras les eché arenilla y les corté las hojas que no estaban perfectas. Era el mejor calmante para el alma. Me preguntaba si me atrevería a sugerirle a Sandra, mi siempre estresada jefa, que unas cuantas plantas de interior repartidas por la casa mejorarían el ambiente y le levantarían el ánimo.

—Solo quedas tú, Aretha —dije alegremente a la *Monstera* que el día anterior había sufrido la humillación de que le tiraran colillas en la maceta—. Y no te preocupes, voy a sacarte de aquí. Todas vamos a salir de aquí.

Harold ya me estaba esperando en recepción cuando llegué unos minutos antes de la hora acordada. Llevaba una camisa de algodón a cuadros, una gorra de paja bastante estropeada y una expresión de entusiasmo.

—Mírate —sonrió al verme—. Estás preciosa.

—Ah, ¿sí? —respondí. Salimos de la residencia, conmigo mirando mis Converse desgastadas, mi vestido de flores y mi cazadora vaquera corta.

—Desde luego —dijo.

Deseché su cumplido. Nunca se me había dado bien aceptarlos y, además, él no estaba acostumbrado a verme con otra ropa que no fuera el polo lila de la residencia y unos pantalones raídos, así que sin duda eso explicaba su amable comentario.

—¿Dónde están tus ruedas? —le pregunté.

—Aquí mismo —dijo una voz detrás de mí—. Cargado y listo para funcionar.

—Gracias, Philip —dijo Harold, prácticamente trotando y saltando sobre su querida *scooter*—. No me esperes levantado —añadió con descaro antes de salir corriendo por el

sendero, pasando encima del seto de laureles en su apresuramiento.

—Espero que te apetezca echarte una carrerita —rio Phil mientras yo me apresuraba a alcanzar a mi protegido.

—Ah —suspiró Harold, reduciendo un poco la velocidad; lo alcancé y me situé al borde de la acera, a su lado—. ¡La emoción de la carretera!

Mientras avanzábamos hacia Nightingale Square por callejuelas que yo ni sabía que existían, me fue contando cómo había cambiado la ciudad desde que él nació, señalando algunos edificios y lugares emblemáticos, antes de preguntarme qué había estado haciendo esa mañana.

Le impresionó mucho la descripción de mi colosal colección de plantas, pero no le conté nada de mis condiciones de vida ni del inminente drama con el casero. Sabía que se preocuparía si le contaba que estaba descontenta con mi piso compartido y no podía hacer nada para solucionar la situación.

—Ya hemos llegado —dijo, deteniéndose tan bruscamente que casi tropiezo con él—. Bienvenida a Nightingale Square, Beth.

Sentí que la barriga se me ponía del revés ante la idea de visitar un espacio verde por primera vez desde que a mamá se le negó el placer de trabajar en uno, pero se me calmó enseguida al contemplar las siete bonitas casas construidas en forma de herradura alrededor de un parquecillo. Eran absolutamente preciosas y la zona de césped, rodeada de barandillas metálicas, parecía el lugar perfecto para pícnics y fiestas al aire libre. No podía creer que no lo hubiera visto antes, pero estaba un poco escondido y no era una zona de la ciudad que soliera visitar.

—¿Qué te parece?

—Es precioso —sonreí, asimilándolo todo—. ¿Cuál era tu casa, Harold?

Ya me había contado un poco de la historia del lugar, explicándome cómo el propietario de la fábrica de zapatos victoriana, Charles Wentworth, había construido las casas para sus trabajadores junto con Prosperous Place, al otro lado de la calle, para él y su familia. Por el diseño y la solidez de las casas, estaba claro que el señor Wentworth había pensado mucho en su personal.

Harold me contó que a su familia le habían regalado su casa generaciones atrás y que ahora uno de los descendientes del señor Wentworth vivía en Prosperous Place con su propia familia. Fiel a las credenciales generosas y filantrópicas de su antepasado, su sucesor, Luke, había ayudado a convertir el jardín amurallado exterior en el Grow-Well, un huerto para los residentes de Nightingale Square, y había abierto el resto de los jardines al público durante todo el año, pero haciendo especial hincapié en los meses de invierno.

—Y esta maravillosa casa era mía —dijo Harold con una floritura, deteniéndose de nuevo.

—Es preciosa, Harold —respondí, admirando el cuidadísimo exterior mientras él me contaba cómo había quedado el interior y que volvía a ser propiedad de la familia original.

—Luke y Kate, que ahora viven en Prosperous Place, la compraron juntos —explicó—, y fueron muy generosos. Kate también es propietaria de esa —añadió, echando una

mirada a su espalda.

—Pero ¿ella no vive allí ahora? —pregunté.

—No desde que se mudó a la casa grande con Luke —respondió.

Estaba a punto de preguntar quién vivía actualmente en casa de Kate, pero no tuve ocasión.

—Bueno —dijo Harold—, qué gran regalo para la vista.

Seguí su mirada por el camino de su antigua casa y vi a una mujer alta, con el pelo imposiblemente largo, que salía acompañada de un perro de aspecto tímido.

—¡Harold! —sonrió, cerrando la puerta tras de sí, y se acercó corriendo—. Por fin. Nos preguntábamos dónde te habías metido. Luke dijo ayer que vendrías muy pronto.

—Es un buen muchacho —asintió Harold—. Me visita todas las semanas sin falta.

Si no me fallaban mis poderes de deducción, era un visitante atractivo además de habitual. Nunca había coincidido con él, pero mis compañeros me habían dicho que había causado un gran revuelo, y no solo entre el personal.

—Y no estás solo —dijo la mujer, sonriéndome.

—Lo siento —se disculpó Harold—. ¿Dónde están mis modales? Freya, me gustaría presentarte a mi amiga Beth.

Me emocionó que me presentara como su amiga.

—Encantado de conocerte, Beth.

—Lo mismo digo —dije, un tanto tímida.

—Hoy ha sacado la pajita más corta —explicó Harold—. Es su día libre, así que la he engañado para que me acompañe porque Sara no está y no puedo salir solo.

—No me has engañado en absoluto —lo regañé con una sonrisa—. Estoy más que encantada de venir.

No era del todo cierto, pero no iba a entrar en detalles.

—Lo sé —dijo Harold, cogiéndome la mano—. Eres buena conmigo, vaya si lo eres.

—Entonces, ¿también vienes de la residencia Edith Cavell? —preguntó Freya—. Sé que a Sara le encanta trabajar allí.

—Por sus pecados —dijo Harold, respondiendo en mi nombre—. Ahora, venga, vámonos al Grow-Well.

—Sí, venga —dijo Freya—. Hay bastante gente por allí hoy y necesito volver al trabajo.

Mi estómago empezó a hacer acrobacias otra vez.

—Freya es la jardinera jefe —me informó Harold.

—Y esta es mi ayudante, Nell —añadió, acariciando la cabeza de la perra, de pie justo detrás de ella—. Es un poco tímida.

—La entiendo —dije con los nervios en aumento al pensar en la multitud reunida en el jardín.

Cruzamos la carretera y, una vez que Freya hubo tecleado el código de seguridad, atravesamos una puerta situada en un alto muro de ladrillo que parecía rodear todo el perímetro de Prosperous Place y sus terrenos. Freya y Harold se habían adelantado mientras yo me detenía un momento para echar un vistazo.

De repente, ya no estábamos en el centro de la ciudad y la carretera de circunvalación

no estaba a un par de calles: nos encontrábamos en un paraíso verde lleno de cantos de pájaros, senderos serpenteantes y espacios ocultos. No era de extrañar que Sara se deshiciera en elogios. Era el Jardín Secreto y Rivendel, todo en uno. Parecía un lugar mágico, incluso encantado.

—¿Estás bien, Beth? —preguntó Harold cuando se dio cuenta de que no lo seguía.

Mi boca se cerró con un chasquido.

—No tenía ni idea —suspiré.

Harold y Freya intercambiaron una mirada.

—Es increíble, ¿verdad? —sonrió Freya.

Asentí en silencio, sabiendo que nada de lo que dijera le haría justicia al espectáculo. Mamá habría estado en su elemento.

—Y esto es solo la entrada —dijo Harold, claramente dispuesto a seguir adelante—. Vamos.

Volví en mí y lo seguí a unos pasos de distancia. Freya se desvió hacia la izquierda cuando el camino se dividió, y Harold y yo continuamos hacia unas voces que nos llegaron desde la derecha. Se oyó una gran ovación cuando Harold atravesó otra puerta con su *scooter* y, en lugar de ponerme más nerviosa, sentí que mis nervios se calmaban.

Me reconfortó descubrir que no me sentía incómoda en absoluto, como durante tanto tiempo había supuesto que me sentiría ante un hermoso jardín, sino que, por el contrario, me relajaba. Y supe que no había nada que temer de alguien que recibía a mi amigo con tanta calidez.

La única queja que tenía era hacia mí misma. Había asumido que sería incapaz de disfrutar de la vida al aire libre hasta que no hubiera superado el duelo y hubiera dejado de imaginar a mamá en cada esquina, pero, al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que lo único que había conseguido era privarme de unos días maravillosos, así como del placer de hundir los dedos en la tierra y calentarme la espalda bajo el sol.

Sin embargo, ya me había puesto manos a la obra, ¿no? Y, junto con mi recién hallada determinación de buscar un nuevo hogar, parecía que por fin estaba cazando a mis demonios. No es que fuera a dejar que la música volviera a mi vida. Eso era el siguiente nivel y nunca iba a suceder.

—¡Y solo están la mitad! —bromeó Harold una vez que me hubo presentado a todos los presentes.

Me sentía un poco aturdida después del bombardeo de nombres y agradecí que algunos de los residentes aún estuvieran en el trabajo.

—No te preocupes —sonrió Luke, que era tan guapo como todos en la residencia habían afirmado—, yo tampoco sería capaz de recordar los nombres de todos.

—Ya te lo he dicho —dijo una mujer, que creía recordar que se llamaba Lisa—, necesitamos tarjetas identificativas.

Todos se rieron y un joven, con un *bulldog* francés pisándole los talones, sacó una bandeja de bebidas de una cabaña de aspecto impresionante y las fue repartiendo.

—¿Cómo le va a tu hermana, Ryan? —le preguntó Harold cuando llegó hasta nosotros.

—Ni me preguntes —dijo el muchacho con un largo suspiro—. Ella y Jacob siguen enamoradísimos. Me revuelve el estómago verlos, pero mi nueva habitación es bonita.

Más grande que la que tenía en casa de Kate.

Mis orejas reaccionaron al oír hablar de la casa que me había parecido la más bonita de la plaza.

—La hermana de Ryan, Poppy —me dijo Harold asintiendo—, se ha mudado hace poco de casa de Kate a la casa de al lado con su pareja, Jacob.

—A mí me ha tocado mudarme también —explicó Ryan—, porque Poppy y yo vivimos juntos. Pero no pasa nada. Solo estoy bromeando cuando digo que sus besuqueos me ponen enfermo. Me alegra verla feliz y Jacob es un gran tipo.

—Jacob es profesor —comentó Harold con aprobación cuando Ryan se fue.

—Entonces —dije, y di un sorbo al vaso de Pimm's lleno de fruta, preguntándome si era tan inocuo como parecía y sabía—, ¿significa eso que la casa de Kate está vacía?

—Lo estuvo un tiempo —dijo la propia Kate, que se había situado detrás de mí sin que me diera cuenta—, porque quería hacer algunas reformas en el interior, pero ahora está alquilada de nuevo.

—Vaya —dije, incapaz de contener la decepción, aunque sabía que habría estado muy por encima de mis limitados medios—. Bueno, parecía maravillosa. Harold me ha dado una vuelta por la plaza antes de venir, y es una casa muy bonita.

—Lo es —aceptó Kate con aire melancólico—. Tendrás que decirme si te apetece echarle un vistazo. Aún queda una habitación libre, si te interesa.

Apenas podía creer lo que oía y estaba a punto de decir que sí, que estaba más que interesada, cuando uno de los niños se cayó y ella salió corriendo a ver si hacía falta una tirita.

—¿Cómo va esa bebida? —le preguntó Ryan a Harold cuando volvió con la bandeja vacía.

—De maravilla, muchacho —dijo Harold, alegre—. Solo espero que no esté tan fuerte como la última vez. No quiero que me pillen conduciendo borracho mi *scooter*.

—No te preocupes, Harold —dijo una señora de voz seria que había captado el final de la conversación—. He comprobado las medidas.

—Gracias, Carole —dijo Harold, más formal—. Siempre se puede confiar en ti para impartir algo de sentido común.

—Sí, bueno —respondió, perdiéndose el guiño que mi amigo y Ryan compartieron—. Después de la última vez, pensé que sería mejor vigilar las cosas. De todos modos, venía a preguntarte si podía mostrarte el lugar, Beth. ¿Te gustaría dar una vuelta por aquí y ver el resto del jardín?

—Oh, sí, por favor —dije tan entusiasmada que incluso me sorprendí a mí misma—. Eso sería maravilloso.

Dejé el vaso en la mesa, por si acaso, y la seguí de vuelta a través de la verja hasta la parte principal del jardín.

Al final de la tarde, habían llegado más residentes y estaba relajada y un poco confusa. No borracha, ni mucho menos, sino agradablemente calmada. Ya había conocido a casi todo el mundo y me sentía como si los conociera de toda la vida, aunque sus nombres fueran un borrón.

Había comido *pizza* hecha por John, el marido de Lisa, en el horno hecho a medida,

con una ensalada que había sido recogida y aliñada a menos de un metro de donde estaba sentada, y había disfrutado de otro par de deliciosos brebajes de Ryan, así como de un champán de flor de saúco preparado por casi todos los presentes.

—Supongo que será mejor que nos movamos —dijo Harold, que parecía tan lleno como yo—. Tengo que volver antes de que suban el puente levadizo.

Miré el reloj, sorprendida de que hubieran pasado tantas horas.

—Sí —acepté, reprimiendo un bostezo—, se está haciendo tarde. Solo quiero hablar un momento con Kate y luego nos vamos.

—Está bien —rio—. Tardaré al menos otra hora en despedirme.

—Yo no me preocuparía —dije—. Cuando quieras volver y Sara no pueda acompañarte, dímelo.

—¿Quieres venir otra vez?

—A decir verdad —dije—, no puedo irme. Esto es maravilloso, Harold.

Parecía emocionado.

—Ahí está Kate —señaló—. Te veré en la puerta.

Si Kate se sorprendió cuando le pregunté si podía ver la habitación, no lo demostró.

—Por supuesto —dijo ella—. ¿Qué tal mañana por la mañana?

Siendo realista, no creía que pudiera permitírmelo, pero sabía que me arrepentiría si al menos no echaba un vistazo, y mi vida ya tenía más arrepentimientos de los que podía gestionar.

—Perfecto —asentí—. Es mi último día libre antes de empezar un nuevo bloque de turnos.

—¿Traerás a Harold contigo? —preguntó, despidiéndose con la mano de regreso hacia el Grow-Well.

—No —dije—, preferiría que no supiera nada al respecto, si te parece bien. No querría que se preocupara de que no soy feliz donde estoy.

—Pero supongo que no eres feliz donde estás —dijo Kate, mirándome fijamente.

—No —dije—, la verdad es que no. Entre tú y yo, si no tuviera que volver allí esta noche, no lo haría.

Capítulo 3

La casa era un caos cuando regresé tras llevar a Harold sano y salvo a la residencia, y recibí más de una mirada acusadora, pero no me importó. Puede que en secreto hubiera puesto mis esperanzas en la habitación vacía de Kate en la bonita Nightingale Square, pero, aunque aquello no saliera bien, sabía que habría más lugares a los que irme. No todo el mundo podía ser tan descuidado como los especímenes con los que vivía actualmente, y estaba decidida a alejarme de ellos en cuanto pudiera.

Desde el punto de vista económico, sería difícil permitirse un lugar mejor, pero, igual que mamá, estaba acostumbrada a hacer malabarismos con el dinero. Había tenido que trabajar, además de cuidarla, cuando volvió a casa del centro de rehabilitación, y había sido un auténtico estrés, pero lo había conseguido. Por los pelos. Ahora solo tenía que cuidar de mí misma, y era capaz de hacerlo. Encontraría la manera de hacer realidad esta mudanza.

—¿Cómo ha ido la inspección? —no pude resistirme a preguntar a mis todavía compañeros de piso, manteniendo el tono ligero mientras me dirigía a las escaleras.

—¡Ha sido un desastre total! —gritó Courtney desde la cocina, donde estaba revolviendo platos en el fregadero—. ¿Has visto el estado de este lugar?

—No te largues —dijo Rob, malhumorado, empujando un mugriento trapo de cocina en mi dirección cuando yo ya levantaba el pie en el escalón inferior—. Tenemos veinticuatro horas para arreglar esto, de lo contrario, estaremos en serios problemas.

—Creo que lo que quieres decir —dije, dirigiéndome a mi habitación e ignorando la mirada suplicante que me dirigió el tercer mosquetero mugriento, Aaron— es que tenéis veinticuatro horas para arreglarlo. Aquí abajo no hay nada que me pertenezca y tampoco es mío el desorden. Estáis solos.

Esta vez sí me detuve para tomar una instantánea mental. La cara de asombro de los tres era un poema.

La casa tenía un aroma bastante más fresco cuando me aventuré a bajar a la mañana siguiente. Aaron estaba de pie y con aspecto avergonzado en la cocina, que olía a limón. No había ni rastro de los otros dos.

—Creo que te debo una disculpa, Beth —dijo mientras se disponía a prepararme el desayuno.

Sabía que había visto que me había llevado la taza, el cuenco y los cubiertos, pero no me importó.

—Ah, ¿sí?

—Sí —dijo—. Así es. Tardamos una eternidad en limpiar anoche.

Yo ya lo sabía. Ni siquiera mis caros tapones para los oídos —el par que normalmente reservaba para intentar bloquear su ruidoso regreso tras una noche de farra— habían sido capaces de acallar el estruendo del aspirador, las palabrotas y los golpeteos hasta

bien pasada la medianoche.

—Y, si lo hubieras hecho todo por nosotros, no me lo habría pensado dos veces —admitió Aaron, avergonzado—. Ninguno lo habría hecho.

Eso también lo sabía.

—Siento que te hayamos dejado tirada en el pasado, y tampoco debería haber asumido que cederías esta vez. No volverá a ocurrir.

—Es bueno saberlo.

Era demasiado poco y demasiado tarde, por supuesto, y no era tan ingenua como para pensar que la casa no volvería a estar hecha un desastre en menos de una semana o que las disculpas de Aaron tendrían la misma convicción. Por muy sinceras que él creyera que eran sus palabras, nunca iban a hacerme cambiar de opinión sobre la mudanza, aunque ni él ni los demás supieran que eso era lo que había decidido hacer.

—¿Sin rencores, entonces? —preguntó, más contento.

—En absoluto —sonreí—. De hecho —añadí, dándome cuenta de que el trato que él, Courtney y Rob me habían dado en el pasado jugaba un papel crucial en este punto de inflexión—, debería agradecértelo de verdad.

Aaron parecía confuso, pero no le expliqué el significado de mis palabras.

Hacía mucho más frío que el día anterior y el ambiente amenazaba lluvia, así que me vestí con unos vaqueros y un jersey y me acordé de coger mi paraguas antes de poner rumbo a Nightingale Square. Hice parte del trayecto en autobús, pero me bajé unas paradas antes de llegar a la plaza para recordar cómo era esa parte de la ciudad.

Si por algún milagro tenía la suerte de conseguir la habitación, el camino que tomara, evitando el recorrido histórico de Harold, constituiría el trayecto más rápido de ida y vuelta a la residencia. Me gustaba bastante la idea de no tener que coger el autobús, siempre que el tiempo se comportara, claro. Me ahorraría unas cuantas libras a la semana y también me movería un poco más.

La ruta más directa me llevó por una calle estrecha hacia una hilera de tiendas que, de repente, me di cuenta de que conocía, pero que hacía años que no visitaba. La fila incluía un par de lugares familiares. El primero era una tienda de comestibles llamada Greengage's. Recordé que Ryan había mencionado la tarde anterior que su hermana, Poppy, trabajaba allí, y también estaba la panadería Blossom's. Sabía que a Sara le gustaban sus pasteles tanto como a mí y, dado el delicioso y dulce aroma que salía de allí, no me sorprendía que tentara tanto a los lugareños.

También había una cafetería de aspecto sofisticado, un colmado, una librería, un emporio *vintage*, una floristería, un par de tiendas benéficas y, por último, pero no por ello menos importante, el videoclub On the Box.

Sentí que se me disparaba la temperatura cuando lo vi. Había supuesto que el lugar, donde mi viejo amigo Pete había trabajado a tiempo parcial y donde yo había pasado tan buenos ratos, haría tiempo que había desaparecido, pero al parecer no. Agaché la cabeza y pasé con rapidez. No tenía ni idea de si seguía trabajando allí, aunque lo más probable era que no, ya que había tenido sueños y una férrea determinación de hacerlos realidad, pero no pensaba asomarme para averiguarlo.

Al fin y al cabo, yo también tenía ambiciones no muy distintas de las suyas y, sin embargo, aquí estaba, recorriendo las mismas calles. Por lo que yo sabía, a pesar de su resolución, el destino podría haberle jugado una mala pasada a él también y podía encontrarse en un barco similar al mío.

Últimamente había pensado mucho en Pete y, cuando me vino a la cabeza la imagen de su amable rostro y el recuerdo de su cálida personalidad, me invadió un gran sentimiento de culpa. Sabía que los amigos de la infancia a menudo perdían el contacto durante los años de universidad, pero nunca debería haber permitido que eso ocurriera entre nosotros. Pero, claro, dejar que Pete se alejara había terminado siendo mucho más que la emoción de una nueva vida lejos de casa.

Perdida en mis pensamientos, llegué a Nightingale Square antes de lo que esperaba. Estaba incluso más cerca del trabajo de lo que había creído en un principio, y eso, en teoría, debería haberlo hecho aún más perfecto, pero no sabía cómo lo afrontaría si daba la casualidad de que Pete seguía trabajando allí. Si a eso le añadía el esfuerzo que sin duda supondría conseguir la fianza y pagar el alquiler de una habitación en Nightingale Square, sentía que mi buen humor empezaba a decaer.

Vi que Kate ya estaba esperando y alejé mis pensamientos con una sacudida imaginaria. De nada valdría dejarla adivinar que la estaba haciendo perder el tiempo y, además, era probable que Pete hubiera seguido adelante, así que, durante la siguiente media hora, debía permitirme el lujo de hacer lo mismo.

—¡Buenos días! —exclamó Kate cuando me vio—. Hace fresquito, ¿verdad?

—Sí —asentí—, con lo bien que se estaba ayer. Gracias por sacar tiempo de tu fin de semana para esto, Kate —añadí—. Te lo agradezco mucho.

—No es molestia —dijo, y empujó la puerta del jardín—. Hablé con Elijah anoche para comprobar que no le importaba que entráramos.

—¿Elijah?

—Sí —dijo, metiendo la llave en la cerradura y girándola. La puerta era de madera, con una vidriera en la parte superior—. Es el otro chico que vive aquí. Hoy está trabajando, pero me ha dicho que le parecía bien que te enseñara la casa.

No estaba segura de cómo me sentiría compartiendo la casa con otro hombre, pero luego me di cuenta de que Courtney no era más aseada que Aaron o Rob, así que mejor no hacer suposiciones basadas en el sexo y tener en cuenta lo que viera en la casa —así como mi cuenta bancaria— antes de decidirme definitivamente.

—Pues aquí la tienes —dijo Kate, haciéndose a un lado para dejarme entrar delante de ella—. Hogar, dulce hogar. O lo era hasta que me mudé al otro lado de la calle.

Con las escaleras justo enfrente, me di cuenta de que no había una maraña de zapatos abandonados bloqueando nuestro camino, como me había acostumbrado. Solo había un ordenado perchero y dos puertas que salían del espacioso vestíbulo. Entré por la primera.

—Vaya —suspiré—. Esto es precioso.

La gran sala de estar, con un sofá mullido, un sillón antiguo, estanterías y una chimenea original, tenía un ventanal desde el que se veía el jardín y las demás casas de la plaza.

—Tuve mucha suerte con este sitio —dijo Kate, que parecía encantada con mi reacción—. Milagrosamente, cuando me mudé, aún quedaba mucho del equipamiento original.

Había rieles para cuadros en la sala de estar, así como en la habitación a la que nos dirigimos a continuación, que estaba habilitada como comedor.

—Y esta pared divisoria también seguía en su sitio —me dijo Kate, dándole unas palmaditas—. Muchos de los propietarios de aquí han unido las dos habitaciones de abajo en una, pero yo prefiero que estén separadas así.

—Yo también —asentí, recorriendo la habitación, y entré en la cocina, que estaba en la parte trasera y muy probablemente era un añadido posterior a la construcción original. Imaginé que el baño estaría justo encima—. Es mucho más acogedora y práctica, sobre todo ahora que vas a alquilar la casa.

El único espacio al que podía acudir para alejarme de mis actuales compañeros de piso era mi dormitorio, y no quería estar siempre confinada allí. En la casa de Kate, los inquilinos podían disponer de un salón cada uno si querían. Me recordé a mí misma que el lujo tenía un precio y traté de no dejarme llevar. Ya me había imaginado a Aretha en el mirador de la habitación principal, así que tuve que refrenar mi entusiasmo.

—Estoy de acuerdo —asintió Kate—. Me gusta la distribución original, al menos aquí abajo. Arriba es otra historia. Lo cambié en cuanto Poppy y Ryan se mudaron a la casa de al lado.

La seguí escaleras arriba.

—Originalmente había tres dormitorios —explicó—, y sé que acabo de decir lo mucho que me gusta mantener separadas las habitaciones de abajo, pero aquí arriba no funcionaba.

—¿Cómo es eso?

—Había una habitación doble y dos individuales —continuó—. Para llegar al baño había que atravesar una de ellas, conque esa no podía alquilarla porque no tenía intimidad. Era un espacio desaprovechado.

—Ya veo —dije, mirando por encima de su hombro.

—Así que hicimos que pusieran este pasillo que ahora lleva al cuarto de baño e hicimos que los dos dormitorios más pequeños se convirtieran en uno grande.

—Eso suena mucho más práctico —dije, preguntándome cuál de las habitaciones había cogido Elijah.

—Lo es —asintió Kate—. Ahora hay dos espaciosas dobles, lo cual tiene mucho más sentido. Ve a ver el cuarto de baño, es un poco estrecho para que pasemos las dos. Luego te enseñaré el dormitorio.

El cuarto de baño, al igual que la cocina y las demás habitaciones de la planta baja, estaba inmaculado. No había manchas de moho alrededor de las juntas de la bañera ni charcos de toallas húmedas por el suelo. Lo único que faltaba —y pronto podría subsanarlo— eran plantas de interior. La decoración era limpia y fresca, al igual que el aire, y podía imaginármelo mejorado con mi colección. Los helechos se deleitarían con la sombra.

—Demasiado para no dejarse llevar —murmuré en voz baja.

—Bueno —dijo Kate cuando llegamos a la gran habitación doble de la parte delantera, que era la que estaba disponible—, ¿qué te parece?

Había dos grandes ventanas de guillotina que daban al parquecillo. Kate miraba por una y yo, por la otra.

—Creo que es perfecto —dije con un suspiro de nostalgia. Teniendo en cuenta lo maravilloso que era todo, estaba bastante segura de que no podría permitirme mudarme, pero no podía negar lo enamorada que estaba de aquel lugar—. Para ser honesta, no puedo creer que no haya más interesados.

—¿Más interesados?

—En la habitación —dije, apartando la mirada de las vistas para contemplar de nuevo la decoración.

No tenía ni idea de por qué Elijah no había elegido esa habitación, pero me alegraba de que no lo hubiera hecho porque, de lo contrario, no habría podido verla. Nada más entrar, me había imaginado tumbada en la cama con las cortinas abiertas, observando el ir y venir de la plaza. Acabara donde acabara, ocuparía un pobre segundo puesto en comparación con este lugar.

—Cualquiera diría que la primera persona que la viera se la quedaría.

—Eres la primera que la ve, Beth —sonrió Kate—. Desde que Poppy se fue, no ha habido nadie más. Aparte de Elijah, claro.

—Ah. —Me sentía culpable de nuevo por hacerla perder el tiempo—. Ya veo.

—Luke y yo nunca hemos hecho publicidad de las casas ni de las habitaciones —explicó—. Y tampoco tenemos intención. Los dos tenemos mucha consideración por nuestras propiedades y nos gusta conocer un poco a la persona antes de decidir si queremos enseñársela.

—Ya veo —repetí.

—Freya encajaba a la perfección en la casa familiar de Harold, y su alojamiento es una condición de su trabajo como jardinera jefe —detalló Kate—, y Luke conocía a Elijah desde hacía tiempo.

—Pero acabas de conocerme —señalé—. Ayer a esta hora ni siquiera sabíamos que existíamos y, aparte de lo que Sara y Harold me habían contado, yo no sabía nada de Nightingale Square ni del Grow-Well.

—Es cierto —sonrió Kate, moviendo una de las cortinas para que se asentara más uniformemente en el poste—, pero renunciaste a tu día libre para asegurarte de que Harold pudiera venir a vernos, y eso fue tan amable como generoso.

—No podía soportar la idea de que se lo perdiera —suspiré, pasando los dedos por el extremo del armazón de latón de la cama.

—Exacto —dijo Kate con firmeza—. La gente amable es nuestra clase de gente. Vamos —añadió—, crucemos la calle y hablemos de todo como es debido.

Una vez que Kate nos hubo preparado el té a las dos, nos sentamos a la gran mesa de la cocina igualmente grande de Prosperous Place. Había visto brevemente a Luke y conocido a Jasmine y Abigail, sus hijas, antes de que se las llevara arriba a bañarse tras su chapuzón del sábado por la mañana.

—No te olvides de usar el acondicionador desenredante en el pelo de Abigail —le dijo

Kate.

Luke había parado en Blossom's de camino a casa, y ahora yo estaba disfrutando de un pastel de manzana más ligero que el aire junto con mi té. Sabía a recuerdos de sábados felices de mucho tiempo atrás.

—Siempre me digo que son tan ligeros que es imposible que tengan calorías —sonrió Kate, alargando la mano para coger un segundo.

—Ojalá —sonreí, y luego, dando un golpecito a la bolsa de papel en la que venían, añadí—: Es evidente que el jardín no es lo único de por aquí de lo que Sara está prendada.

—Tienes razón —rio Kate, chupándose los dedos—, aunque según Freya y la otra voluntaria, Chloe, ayuda muchísimo en el jardín, así que quema las calorías. Y es escritora además de cuidadora en Edith Cavell, ¿no?

—Ah, ¿sí? —Fruncí el ceño—. No lo sabía.

Kate enrojeció.

—Bueno, eso creía —se encogió de hombros—, pero quizá me equivoque.

Estaba intrigada.

—¿Y te acuerdas de Mark, el de anoche? —continuó.

Asentí, masticando.

—También trabaja en Blossom's.

La comunidad de Nightingale Square me parecía cada vez más unida. Sentí la calidez al imaginarme formando parte de ella. Cuando mamá vivía, habíamos vivido en un lugar con espíritu comunitario y vecinos que se cuidaban los unos a los otros, y me di cuenta de que lo echaba de menos tanto como cuando tuve que irme.

—¿Todos los que viven en Nightingale Square ayudan en el Grow-Well? —pregunté.

—Sí —respondió Kate—. Todos los vecinos de la plaza tienen acceso al huerto, y Graham también trabaja a tiempo parcial en el huerto principal. Es un gran esfuerzo conjunto y celebramos maravillosas reuniones.

—¿Como anoche?

—Exactamente como anoche.

No pude evitar desear que Elijah hubiera estado allí. Habría estado bien conocerlo.

—En fin —dijo Kate cuando el sonido de los chillidos del piso de arriba llegó a nuestros oídos—, ¿de verdad te gusta la casa?

—Me encanta —dije sinceramente—. Hace que mi casa actual parezca un cuchitril. No es que eso sea culpa mía —añadí rápidamente, arrepintiéndome de haberlo admitido.

Puede que mis medios actuales no me permitieran financiar una nueva vida en Nightingale Square, pero no quería que Kate pensara que yo no era la inquilina ideal.

—¿Supongo entonces que tu deseo de mudarte se debe más a tus compañeros de piso que a la casa en sí?

—Yo diría que más o menos —dije después de pensarlo un momento—. La casa no es muy grande, está a un viaje en autobús del trabajo y vivimos cuatro personas en ella con una sola sala de estar. Empieza a parecer claustrofóbica, mientras que tu casa de la plaza está mucho mejor distribuida y también habría sitio para Aretha.

El final de la frase se me había escapado y había convertido la sonrisa de Kate en un

ceño fruncido.

—Lo siento, Beth —dijo con cara de disgusto—. Debería habértelo dicho antes. A diferencia de la casa de Harold, ahora tengo una regla estricta de no mascotas en mi casa. Es una nueva política...

Me eché a reír y ella pareció confusa.

—Lo siento —me disculpé—. Sin duda pensarás que estoy loca, pero Aretha no es una mascota.

—¿Eh?

—Es una planta de interior. Una enorme *Monstera* de hojas brillantes. —La expresión de Kate se iluminó—. Mamá y yo le pusimos el nombre de Aretha Franklin porque es muy fuerte. Una planta realmente poderosa. Por desgracia, ahora no se la respeta como se merece. No es un juego de palabras. Es demasiado grande para tenerla en mi habitación y mis compañeros de piso la han estado utilizando como cenicero del salón.

Dejé de hablar por miedo a seguir exagerando y tardé un momento en darme cuenta de que había metido a mamá en la conversación. Era algo que normalmente evitaba a toda costa, pero me sentía tan relajada con Kate que tan solo había sucedido.

—Me atrevería a decir que estaría estupenda en ese mirador, ¿verdad? —sonrió Kate —. Aretha, quiero decir.

—Sería el lugar ideal para ella —asentí, y luego, envalentonada por el hecho de que ella también podía imaginarse a Aretha, dejé a un lado mis preocupaciones monetarias por un momento y añadí—: Y también me imagino el resto de mi colección repartida por la casa.

—¿Exactamente cuántas plantas de interior componen esa colección? —preguntó Kate, sonando divertida.

—La verdad, he perdido la cuenta.

—Más o menos. —Se encogió de hombros, rellenando nuestras tazas con té de la tetera.

—Desde luego, no como para llenar un estadio —me reí—. ¿Crees que a Elijah le importaría que reverdeciera un poco la casa y, más concretamente, a ti, Kate?

Empezaba a hablar como si fuera a mudarme.

—No y no —dijo con seguridad—. Creo que sería maravilloso. Además, tengo una política de no fumar, ¡así que no tendrías que preocuparte por las colillas!

Yo estaba encantada.

—Y ya que eres tan experta —dijo, poniéndose en pie—, ¿podrías decirme qué le pasa a este pobre ejemplar?

Desapareció y volvió a entrar con un lirio de aspecto poco feliz.

—Lo riego todos los días desde que lo tengo —me dijo—, pero no tiene buen aspecto, ¿verdad?

Me estremecí al pensar en toda esa agua y luego le di las instrucciones sobre cómo y con qué frecuencia regar la pobre planta, que en ese momento tenía la tierra encharcada, junto con la mejor manera de colocarla para ayudar a su recuperación.

—Tal vez puedas echarle otro vistazo la semana que viene —preguntó, esperanzada—. Quizá cuando estés pensando dónde colocar el resto de tu colección al otro lado de la

calle.

Tragué con fuerza y volví a concentrarme en mi té.

—Pido quinientos cincuenta al mes por la habitación —dijo tímidamente.

Exhalé un largo suspiro y sentí que se me iba el color de la cara.

—Y un mes de alquiler por adelantado como fianza.

Era mucho más de lo que estaba pagando, pero, teniendo en cuenta que la casa era mucho más bonita y que se trataba de una casa compartida para dos personas, no debería haberme sorprendido. Era un alquiler razonable. Muy razonable, ya que la casa era grande, ventilada, limpia y estaba en una zona preciosa de la ciudad.

—Eso incluye todas las facturas —añadió Kate cuando no respondí—. No habría pagos extra.

Lamentablemente, mi rato fingiendo ser la Cenicienta había terminado.

—Vale —suspiré antes de respirar hondo—, me parece más que justo, y la casa es impresionante, pero lo siento mucho, Kate, no puedo permitírmelo.

Capítulo 4

Kate fue muy amable y pasamos mucho tiempo hablando de todo. Estaba tan interesada en que me quedara con la habitación que incluso estaba dispuesta a renunciar a la fianza. Por desgracia, no importaba cuánto o cómo hiciera los números, seguía sin encontrar la manera de que mi sueldo llegara. Habría podido pagar el alquiler, pero no me habría sobrado mucho para vivir y, por mucho que quisiera mudarme, no tenía ganas de preocuparme constantemente por mi saldo bancario, como había hecho en el pasado.

Sin embargo, a pesar de los aspectos prácticos y de sentido común que mi situación económica me imponía— junto con mis breves dudas sobre si Pete seguía teniendo relación con On the Box—, había espacio suficiente para soñar despierta sobre cómo podría haber sido mi vida en la plaza durante mis pausas para comer.

No había olvidado cómo me había sentido al entrar en los jardines. La sensación de serenidad inesperada me hizo darme cuenta de que, aunque no hubiera conseguido nada más al conocer la plaza, me había dotado de la capacidad de darme cuenta de que era hora de asimilar algunos de los detonantes emocionales de la vida en lugar de seguir evitándolos. No es que estuviera dispuesta a extender esa línea de pensamiento a la música. Eso nunca ocurriría.

—Se te ha caído algo, querida —dijo Harold, señalando con su bastón el trozo de papel que se me había deslizado del bolsillo del pantalón mientras lo ayudaba a vestirse una mañana de aquella semana—. Parece que pone Nightingale Square en la parte de arriba.

—Menuda vista —rio Sara, que se había unido a nosotros. Se agachó y cogió el papel. Hizo una mueca de dolor, se enderezó y me lo dio.

Me metí apresuradamente en el bolsillo la lista de pros y contras de la mudanza a Nightingale Square que había escrito la noche anterior.

—Buenas vacaciones, ¿verdad? —Harold rio con Sara.

—Espero que no estés siendo grosero —lo regañó ella con una sonrisa—. Pero sí, han estado muy bien, gracias. Esta vez me ha tocado ser una de las guerreras —sonrió.

—La mente se aturde —dijo Harold, pero ambas sabíamos de qué estaba hablando.

Sara formaba parte del grupo de recreación Iceni, que recorría East Anglia recreando batallas y vidas vividas hace mucho tiempo. Viendo lo dolorida que estaba, se notaba que su último papel había sido físico y un poco intenso. Sabía que quería interpretar a Boudicca algún día.

—¿Y por qué tienes un trozo de papel en el que pone Nightingale Square, Beth? —se entrometió Harold.

Negué con la cabeza, pero, como siempre, no se dejó engañar.

—Por casualidad no estarás pensando en mudarte a casa de Kate, ¿verdad? —preguntó descaradamente.

—¿Verdad? —se hizo eco Sara; su mirada era inquisitiva mientras se me acercaba de

nuevo.

—¿Qué demonios te hace pensar eso, Harold? —solté.

Me molestaba que lo supiera, sobre todo porque le había pedido a Kate que mantuviera mi visita en secreto, en especial para él.

—A Luke se le escapó que habías vuelto el sábado a echar un vistazo a la casa —explicó Harold. Se sonrojó un poco, igual que yo cuando me di cuenta de que tanto mi enfado como el tono cortante estaban fuera de lugar—. No lo habría mencionado si hubiera sabido que se suponía que era un secreto.

Me senté pesadamente en el borde de su cama.

—Lo siento, Harold —me disculpé—. No me hagas caso. No quería ser brusca, pero es un tema un poco delicado.

—¿No te gustó la casa? —Sara frunció el ceño.

—Todo lo contrario —admití—. Me encantó, pero no puedo permitírmelo. Es maravillosa, pero está fuera de mi alcance...

—Cuidado —susurró Harold, pero ya era demasiado tarde.

—Aquí estáis —dijo Sandra, la directora de la residencia, entrando a grandes zancadas y dirigiéndose a Sara y a mí—. Tendría que haberlo sabido.

Me levanté con rapidez. El personal no podía sentarse en las camas.

—Os he estado buscando por todas partes —me dijo, sorprendentemente haciendo la vista gorda—. Necesito que vayáis a echarle una mano a Phil, por favor. Greta ha salido desnuda al jardín.

—Otra vez no —gimió Sara.

—Por supuesto —dije, tratando de no sonreír—. Iremos tan pronto como Harold esté vestido.

—Puedo esperar. Prefiero quedarme aquí hasta que le pongáis algo encima —dijo Harold con un escalofrío, abotonándose despacio la camisa—. Mi vista es demasiado buena para tener que soportar verla correteando.

Sandra sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—Y si pudieras venir a mi despacho a charlar un rato antes de irte hoy a casa, Beth —añadió—, te lo agradecería mucho.

—Ahora te toca a ti, chica —murmuró Harold mientras ella se alejaba—. Debe haberte visto sentada en la cama.

Pensaba que me había librado, pero sin duda tenía razón. Lo último que necesitaba era una reprimenda, pero era culpa mía.

—Cierra la puerta —dijo Sandra una vez que por fin había terminado mi turno—. Te esperaba antes. Empezaba a pensar que te habías ido a casa.

Oficialmente, mi turno hacía tiempo que había terminado, pero extraoficialmente ninguno se marchaba hasta que dábamos por terminado el trabajo del día. Con un miembro del personal menos de lo que deberíamos haber tenido debido a una enfermedad familiar, todos habíamos tenido que hacernos cargo, pero Sandra parecía haberlo olvidado.

—Si es por haberme sentado... —empecé, pero ella me cortó.

—No es eso —dijo con rapidez.

Esperaba no haberme disparado en el pie. Había estado repasando la conversación desde el momento en que me había pedido que acudiera a su despacho y pensaba que, si podía disculparme antes, no me vería abocada a una reprimenda tan severa.

—No es eso —volvió a decir—. Aunque no deberías haberlo hecho. Sin embargo, quiero hablar de tu trabajo aquí, más que de eso. Sobre el papel que desempeñas en el equipo de Edith Cavell Care.

—Ah. —Tragué saliva, presa del pánico por si me había metido en un lío aún mayor de lo que pensaba.

Mentalmente repasé mis turnos. No se me ocurría nada que hubiera hecho mal. Era muy rigurosa a la hora de rellenar el interminable papeleo y mi misión era tratar a los residentes con el mismo cuidado y respeto que me hubiera gustado que recibieran los miembros de mi propia familia. No es que tuviera ninguno, pero siempre me enorgullecía fichar a la salida sabiendo que había hecho un turno impecable.

A pesar de que mi positiva ética laboral me tranquilizaba, no podía obviar el hecho de que en ese momento teníamos más habitaciones vacías de las que a Sandra le hubiera gustado, y todos sabíamos, a pesar de que ya íbamos sobrados de personal, que en algún momento tendría que despedir a un par de nosotros. Ojalá que esta inesperada reunión no fuera ese momento.

—¿Dirías que eres feliz aquí, Beth? —preguntó Sandra, uniendo las yemas de los dedos y haciendo que se me retorciera el estómago.

—Sí —dije, con la voz una octava más aguda de lo que me hubiera gustado—. Por supuesto.

—¿Estás contenta con tu papel?

—Sí —volví a decir—. Me encanta. ¿Hay algún problema con mi trabajo?

—No —dijo Sandra—, en absoluto. Eres una de las mejores.

Sentí que mis hombros se relajaban, pero solo un poco.

—Sería una pena perderte —continuó, haciendo que se tensaran de nuevo—. Del equipo, quiero decir —aclaró—. Pero quiero preguntarte si te interesaría un cambio de rumbo.

—¿Qué quieres decir?

Edith Cavell Care tenía residencias por toda East Anglia y me preguntaba si me iba a proponer un traslado en lugar de dejarme marchar por completo. Esperaba que no. Un viaje en autobús por la ciudad era suficiente para mí y no sabía conducir, así que...

—Ha surgido otra vacante —dijo, moviéndose en su asiento e interrumpiendo mis pensamientos—. Ha sido inesperado, pero creo que serías perfecta.

—¿Aquí quieres decir?

—Sí, aquí —dijo, impaciente.

—¿Para qué puesto?

Respiró hondo y tragó saliva.

—Jefa de actividades.

—¿Jefa de actividades? —repetí, frunciendo el ceño—. Pero pensaba que Karen...

—Sí, bueno —me interrumpió Sandra, molesta—, yo también. Por eso la propuse. Por

eso invertí en su formación, pero me equivoqué.

La miré asombrada. Sandra *jamás había* admitido haber cometido errores.

—Hubo un incidente hace unos días durante una sesión de macramé —me pregunté si se refería a la casi estrangulación o al dedo casi perdido, pero no le pedí que lo aclarara —, y ya había empezado a preguntarme si Karen era realmente la adecuada para el puesto, pero hoy ha dimitido...

—¿Ha dimitido? —jadeé.

Eso sí que era una sorpresa. Había sido como un gato con dos colas desde que Sandra la había seleccionado y formado.

—Ajá, con efecto inmediato. —Sandra hizo una mueca de dolor—. Y ya que todo el mundo se lo pasó tan bien cuando estuviste a cargo de las actividades y no paran de hablar de ello, me preguntaba si te gustaría considerar la posibilidad de aceptar el trabajo.

Seguro que Ida y Harold habían tenido algo que ver en este inesperado giro de los acontecimientos.

—Según Karen —continuó Sandra, sonando casi mordaz—, no es un trabajo para pusilánimes y, tras echar un vistazo al armario de materiales, veo que nunca se metió de lleno en el papel, así que hay mucho... margen.

Quería decir que, si aceptaba, empezaría de cero y probablemente sin presupuesto.

—Pero no estoy cualificada —señalé.

Soltó un largo suspiro.

—Empiezo a pensar que para que alguien sea apto para un trabajo hay que tener algo más que certificados y títulos. Sé lo bien que cuidaste de tu madre, Beth. En la entrevista me contaste todas las cosas maravillosas que le organizaste. Creo que, si puedes aplicar esas habilidades a las actividades de aquí, los residentes serán mucho más felices.

Si de verdad pensaba eso, no sabía por qué había elegido a Karen en vez de a mí cuando estaba escogiendo personal, pero no pregunté.

—No todos —señalé en su lugar.

—Bueno, no —sonrió—. Nunca complaceremos a todos, pero hay muchos que se beneficiarían y, nunca se sabe, incluso podría atraer a algunos residentes más. Es imperativo que llenemos esas habitaciones vacías.

Era una oportunidad maravillosa y mi cabeza bullía con todas las cosas que podría hacer. Desde que Karen había asumido el cargo, había estado pensando en que yo haría las cosas de otra manera, pero ¿querría asumir la responsabilidad? ¿Sería mejor seguir en la línea en la que me sentía cómoda, aunque la plantilla fuera precaria? ¿Habría algo que pudiera hacer para atraer a nuevos residentes o hacer más felices a los actuales?

—Significaría no más turnos de noche —dijo Sandra, tentadora—, y menos trabajo los fines de semana. —Eso también era tentador—. Y, por supuesto, si lo aceptas, ayudaría a nivelar un poco los números del equipo de atención.

—Entonces, ¿estás diciendo que, si acepto, no tendrás que despedir a nadie?

—Y tendrías un salario más alto —añadió Sandra, negándose a confirmar que los puestos de trabajo de todos estarían a salvo—. No es una cantidad enorme, pero el sueldo es definitivamente mejor.

Mi corazón latía con fuerza ante la idea de tener una cuenta bancaria más llena. Solo necesitaba un poco más de dinero para hacer realidad mi sueño de mudarme a Nightingale Square, una mudanza que podría cambiarme la vida.

Abrí la boca para aceptar de inmediato, pero luego tomé aire al recordar todo lo que Ida y Harold habían dicho hacía poco sobre el lío que Karen había montado. Esta decisión iba mucho más allá del dinero. Mi corazón me decía que me lanzara ya, pero mi cabeza me sugería que actuara con un poco más de cautela. Tenía que ser realista y no dejarme llevar. ¿Era un trabajo que podía hacer a largo plazo y no solo por unos días?

—¿Puedes darme un par de días para pensarlo? —pregunté, dejándome llevar por el sentido común—. ¿Y hay una hoja con la descripción del puesto y los detalles de la remuneración que pueda consultar?

Sandra apartó la silla y se levantó.

—He copiado las dos cosas antes —dijo, cogiendo una carpeta que había encima del archivador—. Puedes tomarte un día, dos como mucho, pero después tendré que pedírselo a otra persona. Si no, esto será una anarquía.

Me temblaban las manos al coger la carpeta.

—Gracias, Sandra —dije temblando—. De verdad aprecio la oportunidad.

—Espero que hagas algo más que apreciarla —me dijo significativamente antes de acompañarme de vuelta a la puerta.

Los ingresos adicionales que me proporcionaría el puesto de jefa de actividades en la residencia eran casi exactamente la cantidad que necesitaba para mudarme a Nightingale Square.

La oferta no podía ser más oportuna, y yo habría sido una tonta si no la aceptara; sin embargo, después de haber experimentado de primera mano el impacto de la mala gestión de Karen, junto con el efecto negativo que su ineptitud tuvo en la salud mental y el bienestar de los residentes, estaba decidida a pensarlo detenida y racionalmente antes de tomar una decisión final.

No quería defraudar a Sandra, ni a los residentes ni a mí misma, así que dejé a un lado mis ansias y, durante otra noche en vela, medí cuidadosamente el peso de la responsabilidad que ese papel supondría para mí.

Mi teléfono zumbaba constantemente con notificaciones del grupo de WhatsApp del equipo, donde abundaban las especulaciones sobre la marcha de Karen, y yo solo sabía que los residentes también tendrían cientos al día siguiente. Puesto que el olvido que podía proporcionarme el sueño estaba lejos de mi alcance, volví a echar mano de mi caja de tesoros y profundicé en los objetos que había guardado y que sabía que tenían el poder de ayudarme a decidir.

Continuando con la afición que mamá había iniciado cuando yo era pequeña, había creado numerosos álbumes de recortes en los que recogía el tiempo que pasamos juntas después de su primera apoplejía. Estaban llenos de imágenes y notas de todo lo que había hecho para mantenerla estimulada y ocupada, en lugar de frustrada y aburrida.

Revisarlos y ver los detalles de lo que había grabado, además de las actividades que había fotografiado y registrado, fue prueba suficiente de que estaba más que a la altura

del trabajo que Sandra me había ofrecido.

Cuando el reloj junto a mi cama marcaba las tres de la madrugada, decidí que iba a hacerlo. Y que me trasladaría a Nightingale Square.

A última hora del miércoles, todo estaba arreglado. Había aceptado oficialmente la oferta de trabajo y Sandra y yo estábamos de acuerdo en que sería una gran inyección de moral para los residentes si manteníamos el cambio en secreto. Así pues, el plan consistía en tomarme unos días de vacaciones, ir a trabajar el lunes siguiente, reunir a todos y hacer un gran anuncio.

Después, me sugirió que le explicara mi plan y cómo funcionarían las actividades en el futuro. Estaba emocionada y aterrorizada a partes iguales, sobre todo porque, mientras tanto, tenía que organizar una mudanza.

Ya había hablado con Kate, aceptado entusiasmada la habitación y programado una segunda excursión a la casa. Ella estaba tan encantada como yo, lo que me hacía aún más feliz. La siguiente visita iba a consistir más en conocer al hombre con el que iba a compartir el cuarto de baño que en cualquier otra cosa. Sabía que tendría que ser una persona realmente horrible para hacerme cambiar de opinión, y también sabía que Kate no lo dejaría vivir en su casa si ese fuera el caso, pero ya se sabe, gato escaldado...

—Estoy encantada de que te quedes con la habitación —dijo Kate la noche que esperábamos fuera de la casa a que Elijah se reuniera con nosotras—. ¿Qué le ha parecido a tu casero que te fueras un mes antes de que terminara tu alquiler actual?

Esa había sido la mayor sorpresa de todas.

—Según la agencia —me reí—, ¡estaba más bien sorprendido de que hubiera aguantado allí tanto tiempo!

—¿En serio?

—Sí —asentí—, dijo que era obvio que yo era la que mantenía la casa arreglada, y después de la desastrosa inspección, supuso que ya había tenido suficiente. Creo que ya se esperaba que abandonaría el barco y que, mientras cobre el alquiler, no le importa que me vaya.

Incluso me había prometido devolverme la fianza; un generoso acto que me permitiría darle a Kate lo que me había pedido en un principio. De repente, todo parecía ir sobre ruedas y yo no podía estar más contenta.

—Apuesto a que no dirá eso cuando los demás dejen de limpiar —sonrió Kate.

—Ah, ya lo han hecho —dije—. El fregadero vuelve a estar lleno de platos sucios y la papelera vuelve a rebosar.

No les había dicho a mis compañeros que me iba. Se darían cuenta cuando ya no tuvieran a Aretha para apagar sus cigarrillos, lo cual me recordaba algo: ¿cómo demonios iba a llevarla de allí a la plaza?

—Qué delicia de gente —dijo Kate, consultando su teléfono—. Espero que Elijah no se haya olvidado de nuestra reunión. Estoy segura de que me habría avisado si no fuera a venir, pero de momento no ha dicho nada.

Llevábamos ya media hora esperando y empezaba a lloviznar.

—Entremos —dijo Kate—. Me atrevo a decir que no tardará mucho.

Sentí una ligera molestia por que no hubiera avisado ni por mensaje, pero una vez traspasado el umbral y admirando de nuevo las preciosas, y afortunadamente todavía ordenadas, habitaciones, me olvidé por completo de ello.

—Entonces —dijo Kate una vez que habíamos completado el segundo recorrido sin señales de Elijah—, ¿estás conforme con mudarte el sábado, a pesar de que no haber conocido a tu compañero de casa?

—Lo estoy —dije.

No era lo ideal, pero no podía evitarse. No tendría tiempo de volver al día siguiente, suponiendo que él estuviera por allí, porque tenía que hacer las maletas y empezar a planificar. Le había contado a Kate todo lo de mi nuevo trabajo y le había dejado muy claro que no iba a hablarle a Harold de la mudanza hasta que él también supiera lo otro.

Era un viejo astuto y sin duda averiguaría que me habían ofrecido el trabajo de Karen si me mudaba a la plaza porque era la única manera de poder permitírmelo. Habiéndoles revelado a él y a Sara a principios de semana que el dinero era mi único impedimento, habría sumado enseguida dos más dos. Y, con eso en mente, acordamos no decírselo tampoco a Sara. Cruzamos los dedos para que el dúo dinámico no se dejara ver por el Grow-Well hasta después del fin de semana.

—Genial —sonrió Kate—. ¿Tienes muchas cosas que empaquetar?

—En realidad, no —dije, pensando en las pocas cosas que ya había empezado a reunir —. La verdad es que me preocupa más trasladar mis plantas de forma segura que otra cosa. Voy a tener que alquilar una furgoneta. O a una persona con una furgoneta —me corregí, mordiéndome el labio.

No sería capaz de trasladar a Aretha yo sola y sabía que nadie en la casa se ofrecería a ayudar; como no sabía conducir, necesitaría también a alguien que se pusiera al volante de lo que alquilara.

—Ah, no te preocupes por eso —dijo Kate—. Aquí tenemos de esos en abundancia.

—¿Qué quieres decir?

—Gente con furgonetas —explicó, sacando de nuevo el teléfono del bolsillo—. John y Finn tienen una. Les preguntaré si pueden ayudarte.

Intenté oponerme, pero ella no quiso ni oír hablar de ello y, cuando me marché por la tarde, todo estaba arreglado. Había transferido la primera parte de la fianza a su banco y firmado en la línea de puntos. Kate insistió en que la amistad de Harold conmigo y las amables palabras de Sara eran referencia suficiente para que no necesitara nada más y, mientras caminaba hacia casa bajo la lluvia, protegida por mi paraguas, una sonrisa enorme me iluminaba la cara.

En pocos días iba a tener un nuevo trabajo y una nueva casa, ¡y me moría de ganas! Por fin volvía a tener algo en mi vida por lo que ilusionarme. Mamá habría estado muy orgullosa y, de hecho, yo también lo estaba.

Capítulo 5

—¡Buenos días, cielo! —retumbó la inesperada voz de mi nuevo vecino, John, cuando abrí la puerta principal el sábado por la mañana temprano, lista para salir—. Sé que esperabas a Finn, pero ha tenido problemas con la furgoneta después de entregar una de sus esculturas y no llegó a casa anoche. ¿Puedo sustituirle?

—¿Qué está pasando? —Courtney frunció el ceño desde la escalera.

No sabía si se estaba levantando o si se acostaba. En cualquier caso, estaba claro que no le había gustado que llamaran a la puerta tan temprano.

—¡Día de mudanza! —anunció John con entusiasmo, esta vez dando palmas—. ¿Nos vas a echar una mano?

Ignorando el ceño fruncido de Courtney, lo de meterlo todo en la furgoneta de John fue sorprendentemente bien y, mientras lo veía a él y a un reticente Aaron luchar por encontrar el sitio más seguro para Aretha, una sensación de inquietud se apoderó de mí. Todo había ido tan bien durante los últimos días —el rompecabezas que formaba mi vida se transformaba a la perfección en un paisaje espectacular— que seguramente tenía que ser demasiado bueno para ser verdad.

Hacía apenas unos días estaba llorando la pérdida de mamá y, en esa misma fecha, un simple acto de bondad por mi parte se había convertido en un maravilloso nuevo hogar en una comunidad establecida y también en un nuevo puesto de trabajo. ¿No sería demasiada buena suerte para una sola persona? O eso, o me había vuelto una escéptica y necesitaba tiempo para aceptar que esta repentina ración de fortuna, tal vez, significaba que mi vida podía salir mejor de lo que me atrevía a esperar.

Quizá, pensé mientras intentaba apartar el malestar, estaba recogiendo por fin los frutos de todo lo que había hecho. Nunca olvidaría todo por lo que había luchado mamá, tanto antes como después de su derrame cerebral, pero quizá había llegado el momento de asimilar lo que la vida me había deparado y volver a centrarme en mi presente y mi futuro, en lugar de preocuparme por lo que había ocurrido en mi pasado.

—¿Esto es todo? —preguntó John, sacándome de mi ensoñación—. ¿Esto es todo? No hay mucho más aparte de la jungla urbana, cielo.

Me coloqué a su lado en la parte trasera de la furgoneta y eché un vistazo a mis bienes mundanos. Tenía razón. Aparte de mis múltiples macetas, no había gran cosa: un par de cajas con parafernalia de cocina, otra para el cuarto de baño y media docena más llenas de cosas de cama y similares, junto con un par de maletas de ropa y una bolsa de zapatos desordenados. Mi caja de recuerdos, la que estaba llena de álbumes de recortes, fotos, vinilos y algunas baratijas, viajaba a mi lado en la parte delantera.

—Sí —dije, encogiéndome de hombros al recordar la limpieza que había tenido que organizar en nuestra antigua casa, y que se había llevado la mayor parte de los muebles y posesiones que habíamos tenido mamá y yo—, esto es todo.

Ya habíamos reducido el número cuando nos mudamos del piso de protección oficial

al aún más pequeño *bungalow* y, como tuve que hacer sitio rápidamente a otra persona tras el funeral de mamá, mi espacio vital se redujo a una habitación alquilada. No nos sobraba el dinero para alquilar un trastero y, por consiguiente, la mayoría de nuestras cosas tuvieron que desaparecer. Sin embargo, al pensar en la caja del asiento delantero, supe que había conservado las cosas más importantes y que eso era lo único que importaba.

—Bien —dijo John, cerrando de golpe las puertas—. Nos vamos ya, ¿de acuerdo? Me atrevo a decir que Lisa te ha preparado una calurosa bienvenida al otro lado.

Me puse un poco nerviosa cuando le di mi llave a Aaron, que se había quedado en la acera.

—Siento mucho que te vayas —dijo con torpeza—, y no solo porque siempre has sido tú quien ha limpiado —añadió apresuradamente—. Espero que no sea por lo que pasó con la inspección.

El incidente había sido la gota que colmaba el vaso, pero le estaría eternamente agradecida por el empujón que me había dado. Sin embargo, Aaron parecía y sonaba tan culpable que no podía decírselo y, con John esperando, no había tiempo para explicárselo en condiciones.

—Por supuesto que no —dije en su lugar—. Ya era hora de que siguiera adelante.

—Bueno —dijo, dando un paso atrás, hacia la casa—, está bien entonces. Buena suerte.

—Igualmente —sonreí, acercándome a la puerta de la furgoneta.

Iba a necesitarla viviendo con Courtney y Rob; igual que el siguiente inquilino. Esperaba que estuviera hecho de una pasta más dura que la mía y que se plantara bien desde el primer día. No me gustaría pensar que el sucio trío doblegara a otra víctima a su voluntad. A menos, claro, que el nuevo inquilino compartiera su actitud hacia el orden; entonces, serían como gotas de agua.

—¿Todo listo? —preguntó John.

—Todo listo —asentí, echando un último vistazo a la casa antes de colocarme la caja en el costado.

—Ponte el cinturón entonces —dijo—, ¡nos mudamos!

Tal y como John había predicho, Lisa estaba allí en cuanto aparcó la furgoneta. Por suerte, no había convocado al resto de los vecinos, sino que se apresuró a traer tazas de té caliente y un plato de tostadas.

—Seguro que estabas demasiado nerviosa para comer a primera hora, ¿a que sí? —me dijo, ofreciéndome una rebanada de pan tostado cubierto de pasta de Marmite.

—¿Cómo sabías que me gustaba? —pregunté, tomando agradecida el trozo y sintiéndome deslumbrada por su intuición.

—Ella lo sabe todo —dijo John con énfasis mientras cogía el plato y Lisa se lo quitaba de un manotazo.

—Oye —le dijo—, tú ya has comido antes.

—Sí —dijo—, pero he estado cargando la furgoneta después.

Lisa cedió, pero apuesto a que no lo habría hecho de haber sabido lo poco que había tenido que levantar. Me guiñó un ojo, claramente pensando lo mismo.

—Buenos días, Beth —dijo Kate al entrar en la plaza con sus hijas a cuestas—. Siento llegar tarde. Cierta persona no quería salir de la cama esta mañana, y con Luke fuera, no he podido salir antes.

Se notaba que la niña mayor, Jasmine, aún estaba irritada.

—No llegáis tarde —me apresuré a decir—. En todo caso, nosotros hemos llegado un poco temprano. No tenía mucho que empacar, así que...

Mis palabras se interrumpieron al darme cuenta de que, al tranquilizar a Kate, había delatado a John.

—¿Es eso cierto? —preguntó Lisa, sacudiendo la cabeza mientras John se embutía la última tostada en la boca.

—Bueno —dijo Kate, ajena a lo que estaba pasando—, aquí tienes tus llaves, Beth. Una para la puerta principal y otra para la trasera, junto con una tarjeta de bienvenida a la plaza que tiene escrito el código de la puerta del jardín.

Las cogí y sentí que se me calentaba la cara.

—Gracias —dije, volviéndome para mirar la casa—. Muchísimas gracias.

—Es precioso ese código de la puerta —dijo John con reverencia—, como si te dieran las llaves de la ciudad.

—Lo sé —sonreí—. Soy muy afortunada. Soy muy feliz.

Gracias a la oportuna tostada de Lisa, mis nerviosas mariposas en el estómago habían levantado el vuelo junto con la última preocupación que me quedaba de que aquella cadena de acontecimientos fuera demasiado buena para ser verdad. Lo que sentía era felicidad, alegría pura y sin diluir. Hacía mucho tiempo que no la sentía y me iba a costar acostumbrarme, pero la sensación ya me había enamorado.

—Me las llevo a las dos a mi casa, ¿vale? —le preguntó Lisa a Kate—. Puedo darles el desayuno mientras ayudas a Beth a instalarse.

Consciente de que John y Kate probablemente tenían mejores cosas que hacer un sábado por la mañana que ayudarme a mudarme, me apresuré a acabarme el té, devolverle la taza a Lisa y subir corriendo por el camino. Contuve la respiración mientras giraba la llave en la cerradura y empujaba la puerta.

Por fin sentía que estaba en casa.

Mucho antes de la hora de comer, todo estaba dentro y la mayor parte, desembalado. Había muchos armarios vacíos en la cocina, así que no tuve que preocuparme por invadir el espacio de Elijah.

Había extendido cuidadosamente papel de periódico sobre la mesa del comedor y también había sacado de la caja mis plantas de interior. Por suerte, no había sufrido daños, y Aretha se sentía como en casa en su lugar junto al ventanal. Al día siguiente decidiría dónde colocar el resto de las plantas. Para entonces, con un poco de suerte, por fin conocería a mi compañero de piso y podría preguntarle si le importaba que las pusiera en los espacios compartidos en lugar de tener que guardarlas en mi habitación como hasta entonces. Aunque, si se oponía, al menos ahora tenía una habitación mucho más grande para alojarlas.

Estaba empezando a pensar en salir a comprar algo de comer cuando alguien llamó a la puerta.

—Mamá ha preparado un pícnic —dijo un niño que, si no me fallaba la memoria, era Archie, el hijo de Lisa y John—. Va a ser en el parque. Ha dicho que si quieres venir.

Miré por encima de su cabeza hacia dónde se veía a unas cuantas personas reunidas. Lisa me vio y me saludó.

—Debes estar hambrienta —dijo cuando cerré y me uní a ellos—. Las mudanzas dan hambre.

—No le hagas caso —dijo Mark, poniendo los ojos en blanco—. Es una comilona. Y Carole también.

La que había sido mi guía en el jardín, que estaba sentada en una silla plegable junto a su marido en lugar de en la manta sobre la hierba, soltó una carcajada.

—¿Qué? —Mark se encogió de hombros—. ¿Tengo razón o tengo razón?

—Tienes razón —dijeron todos a coro, y se echaron a reír.

Comí y bebí hasta hartarme, disfruté de la compañía del grupo y tomé el sol. Era un sábado como nunca había vivido en mi antigua casa. Allí no había espacios verdes, solo un patio en la parte trasera para los contenedores y un camino en la parte delantera que llevaba directo a la carretera.

—¿Hacéis esto todos los fines de semana? —pregunté.

—No todos —dijo Lisa.

—Solemos reunirnos en el Grow-Well en lugar de aquí —explicó Graham, el marido de Carole—, si el tiempo lo permite. Trabajamos un par de horas y luego comemos juntos a menudo.

—Mi padre es el rey de la barbacoa y de la *pizza* al horno de piedra —anunció Archie.

—Lo que quiere decir —dijo Lisa— es que John no deja que nadie se acerque. Es un completo neandertal en lo que se refiere a comer al aire libre.

John no intentó rebatirlo.

—¿Y qué hay de Elijah? —pregunté—. ¿Suele acompañaros?

Había encontrado pocos rastros de él en la casa y empezaba a pensar que, en realidad, era producto de la imaginación de Kate.

—Cuando no está trabajando —dijo Carole, echando por tierra mi teoría.

—Lo que me recuerda —dijo Mark en pleno modo cotilla—, ¿te has enterado de lo que ha pasado...?

—Bueno, bueno, bueno —dijo Luke, cortando sin darse cuenta a Mark mientras se acercaba—. Aquí estáis todos. Os estaba buscando en el Grow-Well.

—¡Papá! —gritaron sus hijas, que seguían al cuidado de Lisa.

—¡Vaya! —exclamó Mark, mirando su teléfono—. Qué tarde se ha hecho. Será mejor que vuelva o Blossom se hará unas ligas con mis tripas.

Salió corriendo. Cuánto me alegraba de tener unos días libres y no tener que estar en ningún sitio que no fuera la plaza.

—Hoy hemos pensado celebrar la mudanza de Beth con un pícnic cerca de su casa —dijo Lisa, levantándose y quitándose la hierba de las piernas—. ¿Qué tal os ha ido? —preguntó luego a Luke en un tono algo más tranquilo.

Cogió a Abigail, la más pequeña de las niñas, le dio un par de vueltas y luego sacudió la cabeza.

—Sigue siendo una posibilidad —dijo, y soltó un largo suspiro.

—Pero no es seguro... —Lisa frunció el ceño.

—No —respondió, preocupado—, por desgracia no. De todos modos —añadió en un tono más ligero—, no he venido a interrumpir la fiesta, solo a recoger a las chicas y desearle a Beth un feliz día de mudanza.

—Gracias —sonreí—, me han dado una bienvenida muy cálida. Ha sido maravilloso.

Era verdad. Lo único que faltaba era mi escurridizo compañero de piso.

—No es un mal lugar, ¿verdad? —sonrió Luke.

—Es un sitio perfecto —le devolví la sonrisa.

—¿Vas a quedarte y al menos tomar algo, colega? —preguntó John, levantando una taza de cerámica.

—No, gracias —dijo Luke—, mejor no. Me voy a casa a cambiarme y luego veré qué hace Kate. Hace siglos que me fui.

—Será mejor que dejes a las niñas aquí —dijo Lisa—. Vamos a jugar un rato. Eso mantendrá contenta a Jasmine. Antes estaba de muy mal humor.

—Últimamente siempre está de mal humor por las mañanas —rio Luke—. Está llegando a esa edad. Igual que Tamsin cuando me mudé aquí.

—Eh. —Tamsin, la mayor de John y Lisa, hizo un mohín—. No estuve tan mal.

Los adultos parecían discrepar.

—Os las devolveré antes de cenar —dijo Lisa—. Y dentro de un rato iré yo sola para que me cuentes lo todo.

—Vale —dijo Luke—. Llama si necesitas algo, Beth.

—Lo haré —dije—, gracias.

—¿Te ha dado Kate el número de teléfono de la casa?

—Sí —respondí—. La semana pasada, después de llamarla al móvil para concertar una segunda visita.

Era increíble que hiciera solo una semana que había visto la casa por primera vez y ahora estuviera viviendo en ella.

—Excelente —asintió—. Bueno, te veo en un rato, Lisa.

—Sí —dijo con lo que me pareció preocupación—. No tardaré mucho.

Me pregunté de qué tendrían que hablar. Por sus expresiones, estaba claro que se trataba de algo serio. Esperaba que la vida en Nightingale Square fuera tan dulce como había imaginado.

—¿Alguien quiere este último bollo? —preguntó Carole al grupo, mientras Luke cruzaba la carretera de vuelta a Prosperous Place—. Todavía queda un poco de nata para acompañarlo.

John lo cogió con rapidez y yo me sacudí el momento de aprensión. La vida en la plaza ya era dulce.

Con el sol en su apogeo, el sonido de las abejas en sus quehaceres y los niños jugando, nadie, aparte de Lisa, daba muestras de querer moverse. Abigail y Jasmine estaban más que contentas, así que Lisa las dejó jugando ruidosamente con John a lanzar los aros y se fue a hablar con Luke. Le agradecí de nuevo su generosa bienvenida antes de que se marchara y me volví a sentar a mirar. El sonido de las risas de los niños me trajo muy

buenos recuerdos.

—Se está muy bien aquí, ¿verdad? —dijo Graham, ajustándose el sombrero después de ahuyentar a una abeja.

—Sí —asentí.

—Antes era maravilloso, pero, desde que Kate y Luke llegaron con pocas semanas de diferencia, el lugar ha cambiado de verdad.

Lo escuché mientras me explicaba cómo había evolucionado el Grow-Well y cómo el reciente desarrollo del jardín de invierno y una celebración estacional llamada Winterfest también habían tenido éxito. Recordaba a Sara entusiasmada con esos eventos.

—¿Y en verano? —pregunté, al ver que Lisa ya volvía caminando de Prosperous Place—. ¿Está abierto el jardín también entonces?

—Hay algunos días de puertas abiertas —respondió Graham—. Y al mismo tiempo abrimos el Grow-Well al público. Esperamos que inspire a los visitantes a hacer algo parecido con sus propios vecinos.

Vernos instalados en el prado y el sonido de las campanas de las furgonetas de helados en la carretera vecina me recordó las numerosas ferias y exposiciones rurales que mamá y yo solíamos visitar en verano cuando era pequeña. Viajábamos a los pueblos cercanos en autobús para empaparnos del paisaje y de las delicias rurales tradicionales. Recostada en una manta en Nightingale Square y llenísima tras el almuerzo campestre, parecía imposible que estuviéramos cerca de la ciudad, y mucho menos en el corazón de una.

—¿Y una fiesta en el jardín o una feria de verano? —pregunté, protegiéndome los ojos del sol mientras Lisa se tumbaba en la manta a mi lado. No parecía muy contenta—. ¿Alguna vez habéis organizado una de esas?

—No —dijo Graham—, nada de eso.

—Pronto celebraremos la feria anual en la residencia —continué, imaginando el espacio en el que poníamos los puestos tradicionales y la competición de perros con la cola más larga—. La zona verde y el jardín de aquí serían perfectos para que celebrarais vuestro propio concurso.

Me di cuenta de que no me había incluido en la sugerencia; me atrevería a decir que me costaría acostumbrarme.

—Tal vez —dijo Graham, pensativo, y Lisa volvió a ponerse en pie.

—Podría ser un evento de tipo campestre en la ciudad —añadí soñadoramente—. Con el Grow-Well y las gallinas y demás, sería fácil jugar con el elemento tradicional para hacerlo un poco diferente. De cosecha propia, casero y todo eso. Darle un toque rural en la ciudad.

La intimidad y la paz de Nightingale Square ya estaban haciendo magia en mí y en mi imaginación, y podía ver por qué a todo el mundo le encantaba.

—¿Crees que algo así podría recaudar mucho dinero? —preguntó Lisa sin aliento.

Entrecerré los ojos y la miré. En sus mejillas había dos manchas rosas y brillantes que no creí que tuvieran nada que ver con el sol.

—Es muy posible —dije—. Si se monta bien y el tiempo acompaña, lo más probable es que atraiga a cientos de visitantes. Una feria de verano «el campo en la ciudad» sería

todo un reclamo.

Estaba a punto de añadir que probablemente necesitaba mucha organización, pero ella se marchó de nuevo antes de que tuviera la oportunidad.

—¿Es por algo que he dicho algo? —le pregunté a Graham.

—¿Quién sabe? —rio, viéndola alejarse—. No te preocupes. Me atrevería a decir que pronto lo sabremos. Quizá le hayas dado una idea para su próximo libro.

Capítulo 6

Deseosa de seguir instalándome en mi nuevo hogar, no esperé a que Lisa volviera a aparecer. Agradecí a todos la maravillosa bienvenida y el delicioso pícnic y volví a casa. Hacía mucho más fresco dentro y me pasé el resto del día curioseando, conociendo todos los rincones y grietas, incluido un armario oculto en mi dormitorio, antes de hacer la cama, darme un largo y perezoso baño y deslizarme entre las frescas sábanas.

Me sentía un poco extraña haciéndolo todo, sabiendo que en cualquier momento un hombre al que no conocía podría entrar en casa y presentarse como la persona con la que ahora vivía, pero estaba decidida a no dejar que nada estropeara el placer y la comodidad de la primera noche de relax en mi nuevo hogar, limpio, ordenado y tranquilo.

Tras cerrar la puerta de la habitación, me tumbé en la cama, escuchando los sonidos desconocidos del vecindario, que no eran más que el portazo de un coche y el cierre de la puerta principal. Cuando los párpados empezaron a pesarme, seguía sin ver ni oír a Elijah.

No esperaba dormir mejor de lo habitual, pues hacía tiempo que me había resignado a tener un sueño ligero y agitado, pero caí como un tronco, y probablemente habría dormido gran parte de la mañana siguiente si no me hubiera despertado el ruido de la música deslizándose escaleras arriba.

Tardé un momento en recordar dónde estaba y, después de desperezarme, miré a mi alrededor. La luz entraba a raudales en la habitación y me pareció oler a café. Después de una noche tan tranquila, debería haberme sentido renovada, con ganas de seguir adelante y encantada de estar viviendo la fantasía que había imaginado cuando vi la habitación por primera vez, pero la intrusión musical le había dado un vuelco a mi corazón y me había hecho preguntarme si no habría cantado victoria demasiado pronto.

Después de ponerme la bata, admirar la vista de la soleada plaza y usar el baño, supe que no me quedaba más remedio que aventurarme escaleras abajo. Tenía la esperanza de que se oyeran mis movimientos y bajaran el volumen de la música, pero estaba tan alta que me atrevería a decir que quienquiera que estuviera en la casa no me oiría. Respiré hondo y me preparé para conocer a mi nuevo compañero.

—Buenos días —dije, sin resultado alguno.

El tipo —que supuse que era el escurridizo Elijah— estaba de pie en la cocina, de espaldas a mí, moviendo la cabeza con entusiasmo al ritmo de la música.

—Buenos días —volví a intentarlo, esta vez más alto, pero sin éxito.

Me mordí el labio sin saber qué hacer a continuación mientras le tomaba la medida. Era más o menos una cabeza más alto que yo, ancho de hombros y tenía el pelo rubio arena, atractivamente realzado por unas mechas naturales mucho más claras. También parecía bronceado, como demostraba el color de sus piernas por debajo del dobladillo de los pantalones cortos, e iba descalzo.

Todavía estaba dudando entre darle un golpecito en el hombro o marcharme cuando se dio la vuelta, me vio y saltó al menos un metro en el aire, con lo que se le derramó toda la taza de café por la camisa.

—Mierda —gritó, tirando la taza al fregadero y apartando la tela empapada de su torso—. Mierda, mierda, mierda.

—Dios mío —exclamé corriendo hacia él, pero sin tener ni idea de qué hacer para ayudar—. ¡Lo siento mucho!

—Está bien —balbuceó—. Estoy bien. En realidad, no lo estoy. Esto está caliente. Muy caliente.

—¡Será mejor que te lo quites! —grité por encima de la música, asustada de que su piel se escaldara.

Con un movimiento rápido, se deslizó la camisa por encima de la cabeza y sentí que mi cara empezaba a arder mucho más que la marca de su pecho impresionantemente tonificado.

—Eh —balbuceé, apartando la mirada con rapidez—, no quería decir...

—Maldita sea —dijo, recuperando el aliento y mirando la mancha que se extendía rápidamente—, esa era mi última camisa de trabajo limpia. Bueno, no importa —añadió, tirándola al fregadero—. Espera, vuelvo enseguida.

Me quedé aturdida en la cocina llena de ruido, luego recobré el sentido, cogí el rollo de papel de cocina y limpié lo poco que había llegado al suelo. No era mucho, porque la mayor parte había acabado sobre él. Tiré las servilletas húmedas a la papelera justo cuando se apagaba la música.

—¿Beth?

Me quedé sin aliento, me di la vuelta y devolví la mirada inquisitiva de los ojos azul oscuro que tenía clavados en mí. Unos ojos seductores que reposaban en un rostro bronceado, de labios carnosos y barba de al menos dos días. Abrí la boca para responder, pero no me salieron las palabras.

El silencio se extendió entre nosotros mientras nos asimilábamos mutuamente. Sabía lo que estaba pensando yo, pero me habría encantado saber lo que pensaba el tipo que ahora llevaba una camiseta arrugada.

—Eres Beth, ¿verdad? —volvió a preguntar.

—Sí —murmuré, sintiéndome idiota por no haber contestado antes—. Tú debes ser Elijah.

Esbozó una sonrisa que me aceleró el corazón.

—Sí —dijo—. Ese soy yo.

—Siento mucho haberte hecho saltar —me disculpé—. Y siento aún más lo de tu camisa.

La recogió y la metió en la lavadora.

—Tengo una hora antes de irme a trabajar —dijo, buscando el detergente bajo el fregadero—. Estoy seguro de que puedo lavarla y al menos secarla en parte en ese tiempo.

No estaba segura de que pudiera, pero era generoso por su parte intentar hacerme sentir mejor diciéndomelo.

—Ha sido culpa mía, por poner la música tan alta —añadió, cargando encima con más culpa—. Pero ¿quién puede resistirse a una sesión mañanera con los Foo Fighters?

Pues yo, pero habría sido una grosería decirlo.

—Claro —dije en su lugar—. ¿Te sirvo otro café para compensar el que te acabas de tirar encima?

—Yo lo hago —insistió, dando un paso adelante—, y luego charlaremos como es debido, ¿vale?

—Eso estaría bien —acepté—. Sé que no he dado la mejor primera impresión...

—Oh, yo no diría eso —me interrumpió, y sentí que mis mejillas se encendían de nuevo—. ¿Azúcar?

—Sí —respondí—, solo una, pero no bebo café, así que me haré un té.

—¿No bebes café? —se sorprendió.

No sabía si me estaba tomando el pelo, pero parecía desconcertado. ¿Acababa de añadir involuntariamente otra mancha a mi historial al admitir mi preferencia por el té?

—No —dije con timidez—, me encanta el olor, pero no soporto su sabor. Aunque no pasa nada, yo haré el té.

—De acuerdo —dijo, haciéndose a un lado para que dejarme coger la tetera.

—Bueno —dije, tratando de ignorar el asalto a mis sentidos que estar tan cerca de él parecía haber desencadenado—, ¿dónde trabajas?

—En la cafetería Castle —dijo con una sonrisa que me dejó con la boca abierta—. Está al final de la calle —añadió—. Pero probablemente nunca hayas estado allí, ya que no soportas su sabor.

Apoyé la cabeza en las manos y se echó a reír.

—Así que mi primera y mi segunda impresión, arruinadas —gemí.

—No pasa nada —me dio un codazo—, no te echaré en cara tu odio al café.

Negué con la cabeza y lo observé con disimulo mientras esperaba a que hirviera la tetera. Desde luego, sabía manejar una cafetera, e imaginé que era el tipo de camarero que recordaba lo que pedían sus clientes habituales. Con lo guapo que era, seguro que de esos tenía muchos.

—¿Nos sentamos en la sala? —sugirió cuando terminamos de preparar nuestras bebidas—. No hay mucho espacio alrededor de la mesa del comedor en este momento.

—Espero que no te molesten las plantas —dije, mirando a la mesa, donde mis macetas se disputaban el espacio mientras esperaban a que las colocara en su sitio.

—Para nada —dijo, deteniéndose a mirar.

—Unas cuantas estarán en mi habitación al final del día —me apresuré a decir, sin asimilar del todo lo que había dicho—, pero me preguntaba si te importaría que repartiera algunas de las otras por la casa. A los helechos les encantaría el baño, y a la planta serpiente también.

—No me importaría en absoluto —me dijo—. Me gustan mucho. Mi abuela era una gran aficionada a las plantas de interior. Cuando era pequeño, mi madre me llevaba a verla los fines de semana y me pasaba horas jugando con el pulverizador que tenía.

Me lo imaginé corriendo y rociando todo lo que encontraba a su paso.

—Nunca he pensado en comprarme ninguna —añadió con nostalgia, y me pregunté si

seguiría pensando en su abuela—. Siéntete libre de ponerlas donde quieras —sonrió, haciéndose eco de mis palabras—. Me alegro de que hayamos descubierto que tenemos algo en común —añadió con descaro—. Empezaba a asustarme cuando me revelaste tu sospechosa aversión al café.

—No es tan sospechoso, y no lo detesto. —Le devolví la sonrisa—. Tan solo no me gusta el sabor.

—Hmm —dijo, pensativo—. Apuesto a que se me ocurriría algo para traerte a mi lado.

Seguro que sí, pero mis pensamientos no tenían nada que ver con capuchinos o cafés con leche desnatados.

—De todos modos —continuó tras sentarse en el viejo sillón, que supuse que era su lugar preferido—, eres libre de poner tus plantas donde quieras. Este lugar es tan tuyo como mío ahora.

Me sentí aliviada de que pensara así. Me senté en el sofá, acurruqué los pies debajo de mí y me di cuenta de que Aretha tenía un aspecto especialmente brillante. Cuando volví la vista hacia Elijah, él también la miraba.

—Ahora que lo pienso —dijo—, las plantas son justo lo que le faltaba a la casa. Están de moda otra vez, ¿no?

—Últimamente han aumentado mucho las ventas —concedí, entusiasmada y delirante sobre mi tema favorito—, sobre todo entre la generación del alquiler, como nosotros, pero yo tengo parte de mi colección desde hace años. —Quería que supiera que mi pasión era algo más que una moda pasajera—. Ahora son como viejas amigas, forman parte de la familia.

—Como las de mi abuela —añadió.

Me pregunté qué había sido de su colección, pero me pareció una pregunta demasiado personal. Apenas hacía media hora que nos conocíamos y había cosas de las que no quería hablar tan pronto.

—Es una *Monstera*, ¿no? —preguntó, señalando con la cabeza a Aretha.

—Sí —dije—. Y se llama Aretha.

Elijah me miró y enarcó las cejas.

—¿Todas tienen nombre?

—Va a ser que sí —admití—, y tengo tantas porque hace tiempo que no tengo acceso a un jardín.

—Bueno —dijo Elijah, esta vez con una inclinación de cabeza hacia la ventana y la vista más allá—, ahora tienes un montón de espacio verde. ¿Significa eso que no comprarás más plantas de interior?

—No puedo prometer nada —confesé—. Hay un gran puesto de plantas en el mercado. Tienen unas preciosas bolas de musgo en botellas y seguro que hay una con mi nombre.

Elijah volvió a reír.

—¿Has visto ya el Grow-Well? —preguntó.

—Sí —dije—, Carole me dio el gran *tour* la semana pasada. Y Lisa organizó un pícnic en el parquecillo ayer. Esto es maravilloso, ¿verdad? Ya me encanta todo y apenas llevo aquí cinco minutos.

Mi corazón estaba a punto de estallar al pensarlo. Si alguien hubiera intentado

decirme el cambio tan drástico y perfecto que iba a dar mi vida, incluso hace solo quince días, nunca le habría creído. Le debía un abrazo a Harold. Como mínimo.

—Es maravilloso —asintió Elijah con los ojos fijos en la vista más allá de la ventana—. A mí también me encanta. Ha sido un verdadero reconstituyente desde...

Cortó la frase y, cuando lo miré, vi que tenía la cara tan colorada como la mía. Sentí curiosidad por preguntarle qué había pasado para que necesitara un tónico, pero, como había cosas de las que aún no quería hablar, me mordí la lengua.

—Es muy práctico estar tan cerca del trabajo —dijo, cambiando de tema—. Y hay una gran mezcla de gente aquí. ¿Está cerca del trabajo para ti también?

—Sí —dije—, está mucho más cerca que donde vivía antes, que tenía que coger el autobús, pero ahora puedo recorrer la distancia andando. Trabajo en la residencia Edith Cavell.

—Ese es el lugar donde vive Harold, y Sara, del jardín, también trabaja allí, ¿no?

—Eso es.

—Entonces, ¿por qué te has mudado? ¿Por la distancia con el trabajo o por otra cosa?

—Definitivamente, por otra cosa —dije con un escalofrío mientras comparaba la limpia y cómoda sala de estar con la última que había compartido—. Mis compañeros de piso eran unos vagos y siempre acababa limpiando yo lo que ensuciaban ellos. Al final me cansé y decidí mudarme.

—Me alegro por ti —dijo, también paseando los ojos por la habitación—. No se me ocurre nada más egoísta que tener tus cosas molestando a otra persona.

—Espero que mañana a estas horas no estés pensando eso de las plantas de interior —dije, fingiendo una mueca de dolor.

—No lo haré —sonrió de nuevo—. Pensaba más bien en el desorden. No tendrás que preocuparte de ordenar lo que yo ensucie. Me temo que soy un poco maniático del orden.

La pulcritud no tenía nada de raro. Me parecía un rasgo entrañable y atractivo.

—No te disculpes por eso —sonreí—. Yo soy igual.

—Otra cosa que tenemos en común —asintió.

Me sostuvo la mirada y me costó apartarla.

—Creo que nos vamos a llevar bien —dijo, alegre.

—Yo también —acepté.

—Aunque —añadió burlonamente— supongo que será mejor que compruebe, plantas de interior aparte, que no tienes ninguna otra pasión que te consuma por completo que yo deba conocer, ¿verdad?

—Nada. —Me encogí de hombros.

—Bueno, está bien entonces.

—Pero —dije, pensativa— quizá debería mencionar los jueves de Star Wars.

—¿Los jueves de Star Wars? —preguntó, enarcando las cejas.

—Sí —respondí con la cara seria—, me gusta disfrazarme de ewok los jueves.

—Joder —rio entre dientes—, ahora sí que me hubiera gustado volver la semana pasada. Podría haberte vetado antes de que Kate te hubiera dado la llave.

—Bueno, ahora tendrás que aguantarte —dije.

Como resultado de nuestra menos que perfecta presentación, había olvidado por completo que nos había dejado plantadas.

—Seguro que me las apañaré —sonrió—. Apuesto a que eres un lindo ewok.

No estaba segura de cómo responder a eso.

—Sabes por qué no vine el otro día, ¿verdad? —preguntó entonces, repentinamente serio—. ¿Te ha contado Kate lo que pasó?

—No —respondí, toda oídos.

—Oh, Dios —dijo—. Lo siento mucho, Beth, supuse que lo sabías. Hubo un accidente justo cuando estaba a punto de salir del trabajo. Mi jefa, la encargada de la cafetería, venía en bici para el cambio de turno y la atropellaron fuera de la panadería.

—Dios mío. —Contuve el aliento—. Eso es terrible. ¿Está bien?

—Lo estará —dijo—. Pero está un poco magullada. Me sorprende que no oyeras las sirenas porque estaba muy cerca. Habría llamado para avisar a Kate, pero no había tiempo.

—Por supuesto —coincidí—. Debió ser horrible.

—Lo fue —dijo, un poco tembloroso.

Un pensamiento enfermizo aterrizó de pronto en mi mente.

—No iba al trabajo solo para que pudieras salir a conocerme, ¿verdad? —pregunté, sintiendo náuseas.

—No —dijo Elijah, levantando la mano—. No te preocupes por eso. Siempre está en la carretera a esa hora del día.

Me sentí aliviada al oírlo, aunque seguía lamentando mucho lo ocurrido.

—Saldrá del hospital la semana que viene y volverá al trabajo un par de semanas después —explicó—, pero, mientras tanto, yo me encargo del fuerte. —Miró el reloj y se levantó—. Así que no me verás mucho mientras te adaptas. Además de los turnos extra, hay que montar y desmontar todos los días, así que el tiempo libre es limitado.

—Avísame si necesitas algo —le ofrecí—. Si hay algo que pueda hacer en la casa, solo pídelo. Algo más útil que echarte el café encima.

—No te preocupes por eso —sonrió—, estaré bien, pero gracias. Podríamos hacer una lista de turnos y colgarla en la nevera para saber quién va a hacer qué y cuándo. Papeleras, baño y esas cosas.

—Me parece bien —asentí, siguiéndolo a la cocina.

Parecía un tipo con un plan, y eso me encantaba. Organizar las papeleras, el baño y demás era mi idea de una vida en común celestial y armoniosa.

—Genial —dijo, sacando su camisa casi seca de la lavadora—. Ah, y, por cierto —añadió mientras se quitaba la camiseta y la cambiaba por su polo—, por si no te has dado cuenta, sabrás cuándo estoy aquí porque siempre tengo música puesta.

—¿Música? —balbuceé sintiendo que me flaqueaban las rodillas, y no como resultado del segundo vistazo a su impresionante físico—. ¿Siempre?

—Sí —dijo—. Tonadas, melodías, canciones y cantos. Ya sabes, esas cosas.

—Sí —dije, sintiendo que se me iba el color de la cara al darme cuenta de que había algo en mi nueva vida que distaba mucho de ser perfecto—. Estoy familiarizada con el concepto, Elijah, es solo que...

¿Cómo podía explicar que no podía vivir con alguien que ponía música siempre que estaba en casa? Sabía que tal exposición me volvería loca. Había pasado los últimos años aislándome de ella y era el único detonante que nunca estaría dispuesta a asimilar. No podía. Pero ¿cómo podía expresarlo sin tener que entrar en toda mi historia?

—Por cierto, me llamo Eli —dijo antes de que empezara a buscar las palabras.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Mi nombre —explicó—. Mi abuela me llamaba Elijah, pero casi todo el mundo me llama Eli.

—Eli —repetí—. Mira, respecto a la música...

—¿No me digas que no te gusta? —rio, dirigiéndose a la puerta principal—. Lo del café ya ha sido un golpe bastante duro de soportar, no puedes oponerte también a la música.

—No es que me oponga, exactamente...

—Gracias a Dios —dijo, abriendo la puerta de un tirón, y salió al camino antes de que yo pudiera pronunciar otra palabra—. ¡Que tengas un buen día!

Mientras lo veía alejarse a grandes zancadas, no pensé que eso fuera a pasar.

Capítulo 7

Al cerrar la puerta, toda la alegría y la euforia que había sentido desde el momento en que acepté la habitación de Nightingale Square se desvanecieron, y en su lugar aparecieron unos tremendos sentimientos de conmoción, sorpresa y decepción.

La vida perfecta que había imaginado se acababa de convertir en la peor pesadilla posible, y estaba atrapada en ella, sin escapatoria. Me pellizqué para asegurarme de que no estaba atravesando un sueño febril, pero estaba despierta y tenía una marca en el brazo que lo demostraba.

Esta era mi nueva realidad. Vivía con un amante de la música. Y, lo que era peor, uno guapísimo. No podía permitirme el lujo de enamorarme de alguien a quien le gustaban tanto los Foo Fighters *y* con quien, encima, vivía. Si se me escapaba involuntariamente que Eli me parecía un bombón, nuestra armoniosa convivencia podría terminar antes de empezar.

—Contrólate, Beth —me dije con severidad—. Un nuevo hogar y un nuevo trabajo es todo lo que puedes manejar ahora mismo. Un enamoramiento de colegiala no forma parte del plan.

Desayuné, me vestí y me pasé el día decidiendo dónde colocar mis plantas, comprobando que tuvieran suficiente luz, calor y agua, al tiempo que intentaba prepararme mentalmente para mi nuevo papel en la residencia Edith Cavell, en vano. Por mucho que lo intentara, por mucho que me empeñara en alejar los pensamientos sobre Eli y los recuerdos que me invadían, estos irrumpían en mi mente, acaparando todo el protagonismo y empañando lo que debería haber sido un día perfecto.

Sin duda, algunas personas habrían considerado exagerada mi reacción ante el amor de Eli por la música y habrían argumentado que la música era buena para el alma, un gran sanador, un lenguaje universal y un aliviador de la tensión y el estrés, y, si hubiera estado hablando con esas personas hace unos años, les habría dado la razón con toda mi alma porque, por aquel entonces, la música había sido mi vida. Lo había sido todo para mi ser. La música había sido todo mi mundo, y mis esperanzas y sueños para el futuro estaban depositados en ella.

Los días que pasé en The Arches con Moira y los demás niños que, como yo, no encajaban con sus compañeros de colegio fueron de los más felices de mi vida. Mamá siempre decía que se sentía mal por dejarme allí tan a menudo mientras ella estaba en el trabajo, pero yo le decía, una y otra vez, que en realidad estaba en mi elemento.

Situado bajo el puente del ferrocarril, en las afueras de la parte opuesta de la ciudad a donde yo vivía ahora, aquel edificio anodino era un lugar donde se alimentaban, alentaban y perfeccionaban los sueños. Entre sus paredes, muchos de nosotros habíamos encontrado nuestra tribu y nuestro hogar espiritual.

Allí conocí a Pete y entablé una amistad que debería haber durado toda la vida, y fue Moira quien me ayudó a reunir el valor necesario para estudiar canto en Londres. Me

había tomado un año sabático para trabajar y ahorrar antes de empezar, pero nunca tuve suficiente dinero para llegar a fin de mes con holgura.

El alojamiento de segundo año en el que me encontraba hacía que mi antigua casa compartida en Norwich pareciera el Ritz. Pero, por supuesto, no me importaba. Mamá me había enseñado a hacer malabarismos con el dinero y yo cantaba. Tenía mi trayectoria planeada e iba a forjarme una carrera haciendo lo que más amaba en el mundo. Iba a conseguirlo.

Entonces sobrevino el desastre. Acababa de presentarme a una audición para un papel protagonista en el espectáculo de invierno de la universidad. Era algo grande, enorme. Iban a invitar a importantes e influyentes profesionales del sector y yo sabía que eso podía abrirme puertas.

—Todo el mundo puede irse —dijo el encargado de guiar al nervioso grupo de estudiantes—. Excepto Beth. Tienes que venir conmigo.

Sinceramente, creí que me iba a desmayar cuando lo dijo. Que me pidiera que me quedara solo podía significar una cosa: que me habían seleccionado. ¿Por qué, si no?

Me temblaban las piernas cuando volví a ponerme delante de las tres personas que habían escuchado mi audición y que seguían sentadas detrás de una larga mesa. Charlaban entre ellos y fue en ese momento cuando mi teléfono empezó a zumbar en el bolsillo de mis vaqueros. Lo ignoré.

—Bueno, Beth —dijo la mujer que estaba sentada en el centro—. Menuda audición nos has ofrecido.

—Gracias —murmuré, esperando que lo dijera en el buen sentido.

Había conseguido olvidarme de los nervios, lo había dado todo y pensaba que había ido bien.

—Está claro que... —se interrumpió cuando mi teléfono volvió a vibrar ruidosamente —. ¿Qué es eso? —Frunció el ceño, mirando acusadoramente a su alrededor—. ¡Habíamos dicho que teléfonos apagados, gente!

—Lo siento —tragué saliva—, es mío. Lo he encendido después de mi audición y he olvidado volver a apagarlo.

Dejó de zumbar.

—Como iba diciendo —continuó, su cambio de tono me dijo que estaba nerviosa—. Tu audición ha sido impecable. Oh, por el amor de Dios.

—Lo siento mucho... —Me estremecí cuando mi móvil volvió a zumbar.

—¿Por qué no lo apagas? —sugirió otra persona de la mesa.

—Por supuesto —dije, maldiciendo para mis adentros mientras me lo sacaba del bolsillo.

El nombre de mamá apareció en la pantalla. Sabía lo que iba a hacer ese día y no se me ocurría ninguna razón concebible para que llamara e interrumpiera. Y siguió llamando.

—Lo siento mucho —me disculpé de nuevo ante el agitado panel—, pero de verdad que tengo que coger esto.

—¿En serio? —preguntó la mujer mientras las cejas de los demás se disparaban—. Tienes que contestar al teléfono ahora, ¿verdad?

—Sí —dije, dándome la vuelta—. Es mi madre. Debe haber algo mal.

Ignorando las expresiones de asombro, los jadeos y los murmullos serios, acepté la llamada.

—¿Mamá?

Pero no era mamá. Era un vecino que llamaba para decirme que habían encontrado a mamá desmayada y sin respuesta en el jardín. Había tenido un derrame cerebral y estaba de camino al hospital.

—Tiene mal aspecto, Beth —dijo la vecina entre lágrimas—. Tienes que venir a casa, cariño.

—Voy ya —dije; la conmoción hacía que me temblaran aún más las piernas mientras la bilis agria me subía a la garganta—. Cogeré el tren en cuanto pueda. —Tragué saliva, intentando que pasara.

Me volví hacia la mesa.

—En fin, Beth —dijo la mujer sin esperar a oír mi explicación de lo que había pasado —, a pesar de tu lapsus con el teléfono, nos gustaría ofrecerte el papel protagonista en el espectáculo de este año.

Me mordí el labio con fuerza. Llevaba mucho tiempo esperando para oír aquellas palabras. Incluso había tenido sueños en los que me imaginaba a mí misma aceptando amable y maduramente semejante oferta mientras mi interior era un torbellino de embriagadora excitación y mi corazón latía a cien por hora. Ahora, mi corazón se aceleraba, pero no de alegría. Sentía el estómago de plomo y la cabeza me daba vueltas.

Todas las miradas estaban puestas en mí y sentí que el peso de sus expectativas recaía sobre mis hombros.

—¿Y bien? —dijo la única persona que hasta entonces había permanecido en silencio.

Estaba claramente confundido por mi falta de respuesta.

—Lo siento mucho —dije—, acabo de recibir una noticia terrible. ¿Podrían darme algo de tiempo para pensarlo?

La mujer parecía indignada.

—Supongo que eres consciente de lo que esto significará para tu carrera —siseó.

—Lo soy. —Tragué saliva.

—¿Y sabes que hay docenas de otros desesperados por la oportunidad y que matarían por ella?

—Sí, lo sé.

—¿Y aun así quieres que te demos algo de tiempo? —Sonaba incrédula.

Asentí con la cabeza.

—¿Estás segura de que estás hecha para una carrera en el mundo del espectáculo? —Frunció el ceño—. Este negocio es despiadado, Beth. Las carreras se hacen y se deshacen en momentos como este. Hay que tomar decisiones difíciles y no hay lugar para sentimentalismos. Cualquiera que sea la noticia que acabas de recibir durante esa inoportuna llamada telefónica no puede ser más importante que esto. En este negocio, tú vas por delante. Nadie más. Te sugiero que pienses en ello.

Ni que decir tiene que, a pesar de que la oportunidad era por lo que había pasado años trabajando, me marché.

—¡Si sales por esa puerta, no volverás a entrar! —me gritó la mujer—. Oportunidades como esta solo se presentan una vez en la vida.

Sabía que tenía razón y que yo acababa de dejar pasar la mía. Volví corriendo a mi casa, metí algunas cosas en una bolsa y cogí el siguiente tren a Norwich.

El primer derrame cerebral de mamá fue devastador e increíblemente debilitante. Necesitaba, e iba a necesitar, cuidados las veinticuatro horas del día para su rehabilitación durante mucho tiempo. Cuando por fin la dejaron volver a casa, dijo que se conformaría con que la cuidaran los equipos de asistencia contratados por las autoridades locales, pero al principio me dijo que me necesitaba y nunca lo olvidé.

Nunca olvidé el miedo y la vulnerabilidad que había en sus ojos y, en consecuencia, a las pocas semanas de empezar el segundo trimestre de mi segundo año, renuncié al papel protagonista en el espectáculo, abandoné los estudios y me mudé a casa para siempre.

Las necesidades de mamá eran mi prioridad y, con las palabras de los jueces de la audición aún resonando en mis oídos, no había vuelto a cantar una nota desde entonces. Tampoco me había puesto en contacto con Pete o Moira y no tenía ni idea de lo que estaba pasando en The Arches. No quería saberlo. Era un mundo del que ya no formaba parte o, según los entendidos, para el que no estaba hecha. Mi sueño había desaparecido. La industria no estaba interesada en alguien que prefería la familia a llenar locales. Me había conformado con una vida tranquila, en todos los sentidos, incluso empaquetando los vinilos que a mamá le encantaba escuchar, al menos hasta que Eli entró en ella.

Había puesto la alarma, pero no necesitaba ningún coro de mirlos que me despertara el lunes por la mañana porque apenas había dormido. Me había ido a la cama decidida a bloquear mis preocupaciones sobre el atractivo rostro de Eli y su amor por la música, pero eso solo había hecho aflorar los nervios por el nuevo trabajo.

Hacía mucho tiempo que no me ponía nerviosa al ir a trabajar y, mientras me preparaba para salir, en una casa afortunadamente silenciosa, repasé mis planes y la exhaustiva investigación en internet que había realizado en lugar de dormir. Me obligué a aceptar mi vientre agitado como algo positivo. Era la prueba de que me importaba, me dije. Mis nervios tan solo se debían a que me apasionaba hacer lo mejor por los residentes, y eso solo podía ser bueno.

—¡No, no, no, no! —gritaba Eli cuando salió volando de su dormitorio y chocamos en el pasillo que conducía al cuarto de baño.

—Buenos días —dije, desenredándome de él con rapidez antes de que mi mente se aturdiera aún más con su *aftershave*, ¿o solo era *eau* de Eli?

—Buenos días —respondió, dando un paso atrás y con un aspecto seductor, como si acabara de saltar de la cama—. ¿Tienes prisa? ¿Te importa si voy al baño primero? Me he quedado dormido y llego tarde.

—Adelante —dije, retrocediendo—. Iba a lavarme los dientes, pero voy con tiempo. Entra tú.

—Gracias —dijo, volviendo a su habitación, donde cogió una toalla.

Apenas había cerrado la puerta del cuarto de baño cuando ya se oían los fuertes graves por toda la casa. Volví a mi habitación y cerré la puerta con firmeza, centrando

mi atención en lo que me iba a poner, ahora que no tenía uniforme para hacerme la vida más fácil.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Greta cuando Sara la condujo a la sala común y se dio cuenta de que había más residentes de lo habitual reunidos—. ¿Tenemos una asamblea? —preguntó, dando saltitos de alegría—. Me encantaban las asambleas. Me encantaba todo lo que me sacara de clase.

Sara me miró y puso los ojos en blanco y luego, al darse cuenta de que no llevaba uniforme, levantó las cejas inquisitivamente.

—¿Qué pasa? —me dijo mientras acomodaba a Greta en una silla baja y mullida, de la que, con suerte, no podría escaparse demasiado rápido.

—Pronto lo sabrás —dijo Sandra, a quien no había visto detrás de mí—. Ahora —añadió, mirando a su alrededor—, ¿están ya todos?

—Casi —dije con un gesto de la cabeza hacia la puerta. Harold entraba en ese instante, seguido de cerca por Ida.

—¿Qué es todo esto? —Harold frunció el ceño—. Apenas me han dejado terminar mis copos de maíz.

—¡Asamblea! —chilló Greta—. ¡Vamos a cantar himnos!

—¿En serio? —preguntó Bob—. No soy religioso, ya lo sabéis.

Sara soltó una carcajada y Sandra se adelantó y dio una palmada, antes de que la improvisada reunión se sumiera en un nuevo caos. A veces parecíamos más cuidadoras de un zoo.

—Ahora —dijo pacientemente—, sé que todos tenéis mucho que hacer.

—Ah, ¿sí? —replicó Ida.

—Así que no os voy a entretener mucho —continuó Sandra como si no se hubiera enterado—. He pensado que estaría bien que nos reuniéramos todos para conocer a nuestra nueva jefa de actividades.

Su anuncio fue recibido con silencio mientras los ojos de todos se volvían hacia la puerta. Bueno, casi todos. Harold me miraba con una sonrisa de oreja a oreja. Era muy listo.

—Ya la conocemos —dijo Greta, esforzándose por levantarse—. El bicho de Karen, ¿verdad? Inútil. No voy a hacer nada con macarrones otra vez.

Sara puso una mano en el brazo de Greta y ella se calmó.

—Karen —dijo Sandra, con un tono ligeramente tenso— fue nuestra última jefa de actividades. Ahora tenemos a otra persona para el puesto y va a estar con nosotros mucho más tiempo que Karen.

—¿Eres tú, querida? —preguntó Ida, volviendo su mirada hacia mí cuando cayó en la cuenta, y sus ojos se llenaron de lágrimas brillantes.

—Así es —dije, dando un paso adelante y esperando no ponerme nerviosa.

No haría falta mucho y no creía que a Sandra la impresionara.

—Me preguntaba por qué no llevabas tu uniforme —resopló Ida mientras se llevaba el pañuelo a la manga.

—Sandra me ofreció el trabajo la semana pasada —dije, lo bastante alto como para

asegurarme de que todos pudieran oírme—, y me tomé un tiempo para pensar largo y tendido si estaba a la altura.

—Por supuesto que estás a la altura —sonrió Harold.

—No puedes ser peor que la anterior —dijo Greta.

—¿No puede? —Bob frunció el ceño.

—Gracias por el voto de confianza —me reí, ignorando a Bob—. Espero que sigáis tan contentos cuando empecemos con el nuevo horario.

Me conmovió profundamente la ronda de aplausos que siguió a mi anuncio, pero podría haber vivido sin el silbido de Charlie. Sus dientes no encajaban tan bien como deberían y alcanzaba un tono que solo los perros podían oír. Sandra parecía estupefacta. Creo que la «asamblea» no estaba saliendo como ella esperaba. Siempre se olvidaba de que los residentes podían ser tan excitables como los niños de preescolar.

—Qué maravillosa noticia —dijo Harold, todavía aplaudiendo—. Ahora sí que tendremos algo por lo que merezca la pena levantarse de la cama.

—Algo por lo que merece la pena despertarse —sonrió Charlie—. Estaba empezando a perder las ganas.

Sandra parecía sorprendida, pero Sara y yo nos reímos, sabiendo que bromeaba.

—¿Vamos a colorear otra vez? —preguntó Ida—. Me encantaron las láminas que copiaste la última vez.

Estaba a punto de confirmar que sí, pero Sandra me cortó.

—Beth va a esbozar sus planes para mí esta mañana —dijo dándose importancia—, y os comunicaré sus ideas después del almuerzo.

Se dio la vuelta para marcharse, pero no era así como quería que fuera mi primer día de trabajo.

—En realidad —dije, sacando una silla de debajo de la mesa para sentarme yo y luego otra para ella—, pensaba que podría dirigirme a ti y a los residentes al mismo tiempo.

Sandra no parecía saber qué responder.

—Me ahorrará tener que repasarlo todo dos veces —proseguí—, y como mi nueva función está totalmente centrada en los residentes, me gustaría que oyeran lo que tengo en mente, de primera mano.

Se podría haber oído caer un alfiler. Incluso Greta pareció comprender la magnitud del momento y no lo interrumpió.

—De acuerdo —dijo Sandra con rigidez—, supongo que es una buena idea.

No sabía si lo decía en serio o para guardar las apariencias. El guiño descarado que me hizo Sara no me dejó ninguna duda de lo que pensaba. Consciente de que todo el mundo estaba esperando a que comenzase, respiré hondo y me lancé.

—Bien —empecé—, sé que algunos de vosotros no habéis participado en las actividades últimamente.

—¡Algunos, dice! —resopló Bob—. Más bien, un noventa y siete coma cinco por ciento, si quieres ponerle una cifra.

Hubo un murmullo de acuerdo y Sandra se removió en su asiento.

—A mí nunca se me han dado bien las matemáticas —dijo Greta—, pero ¿eso significa que casi todos nosotros?

—Así es —atronó Charlie desde más atrás, haciéndonos saltar a todos—. Maldito macramé —murmuró—. ¿Cómo voy a hacer eso con mi artritis?

—Así que —dije, alzando de nuevo la voz—, teniendo en cuenta esa cifra, he decidido no iniciar de inmediato el programa de actividades.

—¿No tienes nada que hacer para nosotros? —Greta frunció el ceño y Bob negó con la cabeza.

—Tengo toda una lista de ideas —dije, mirado a Bob—, pero antes de empezar a programar ninguna de ellas, quiero hablar con todos vosotros, individualmente, y preguntaros qué es lo que os gustaría hacer.

Sandra volvió a removerse.

—Quizá queráis pensar en las cosas que os gustaba hacer antes de mudaros aquí —sugerí—. Puede que haya algo que queráis retomar o algo que queráis probar.

Sandra negó con la cabeza.

—Dentro de unos límites —dijo, y la miré—. No hay mucho presupuesto —susurró—, y no quiero que les des esperanzas.

—Siempre hay formas de hacer que las cosas salgan bien —dije con determinación—. Sé ahorrar y no me importa ir de compras. También podemos recurrir al buen espíritu de la comunidad local si necesitamos que nos echen una mano con algunas cosas —añadí—. No tiene sentido repetir los mismos errores que cometió Karen y montar actividades que nadie quiere hacer solo porque son baratas, ¿verdad?

—Desde luego que no —dijo Harold, demostrando que su oído seguía siendo tan agudo como su vista—. Y a mí, por mi parte, me gustaría que se restablecieran nuestras salidas.

—No voy a hacer promesas precipitadas —dije con firmeza, antes de que a Sandra le diera un ataque y empezara a arrepentirse de haberme ofrecido el trabajo—, pero voy a tener en cuenta todas vuestras ideas. Esta semana tendremos la misión de investigar, y quiero que todos participéis.

—Es agradable sentirse incluida —dijo Ida—. Echaba de menos poder opinar.

—Y me encantan las misiones —dijo Greta—. Tuve una en la guerra...

Su voz se entrecortó y, en lugar de señalar lo joven que habría sido en la guerra, pensé que sería mejor ceñirme al tema que nos ocupaba.

—Estas serán vuestras actividades —reiteré—, así que quiero que las disfrutéis. Y voy a pedir voluntarios que me ayuden también a ordenar los armarios y las cajas de recursos. He echado un vistazo antes y he visto que están en un estado un poco lamentable.

—No puedes pedir a los residentes que hagan eso —dijo Sandra bruscamente.

—Sí, puedo —respondí con calma—. Quiero que se apropien de esta nueva fase en su desarrollo. Implicación a todos los niveles.

Los estudios que había leído en internet decían que eso mejoraba mucho la moral y el compromiso. Sería un éxito y, si era necesario, arrastraría a Sandra conmigo hasta que se pusiera al día. Ella me había ofrecido el trabajo y yo iba a hacerlo bien.

—Pero no todos pueden —susurró.

—Muchos de nosotros sí —dijo Harold—. He estado deseando deshacerme de esos

malditos rompecabezas a los que les faltan piezas.

—Y los materiales de arte también están sucios —dijo Ida—. Algunos lápices de colores solo miden dos centímetros.

—Los arreglaré —dije a Sandra, antes de que los etiquetara como un peligro de asfixia —. Y también voy a buscar cosas en las organizaciones benéficas y en los mercadillos. Harold tiene razón, hay que cambiar esos puzles.

—Tendrás que hacerlo en tu tiempo libre —dijo Sandra.

—Con mucho gusto —sonreí—. No me importa en absoluto. De verdad quiero que esto funcione, Sandra.

Me miró a mí y luego, las caras de los residentes, que seguían escuchando. Había un número sorprendente. A menudo se quedaban dormidos o se iban a pie, pero este grupo de incondicionales parecían emocionados, y eso me llenó el corazón de esperanza y levantó mi recién encontrado espíritu, que había empezado a flaquear tras las musicales declaraciones de Eli. Ni siquiera la expresión todavía escéptica de Bob pudo apagar mi entusiasmo.

—Dado el número de camas vacías —dijo Sandra, volviéndose para mirarme de nuevo —, yo también. Un nivel de compromiso decente seguro que atrae a nuevos residentes y sé que eres la persona adecuada para el trabajo, Beth.

Solté el aire que no me había dado cuenta de que había estado conteniendo.

—No lo habría aceptado si no creyera que puedo aportar algo nuevo y valioso al puesto —dije con valentía.

—Lo sé —asintió—, y no te lo habría ofrecido si no pensara lo mismo. Va a costar un poco acostumbrarse; obviamente, vas a trabajar de forma muy diferente a Karen.

—Menos mal —dijo Harold, todavía con la oreja puesta.

—Menos mal —sonrió Sandra.

Saqué un cuaderno nuevo del bolso y pulsé el bolígrafo que lo acompañaba.

—He investigado —dije mientras se levantaba y se alisaba la falda—, y no voy a defraudarte.

—Lo sé —dijo ella, dirigiéndose a la puerta—. Sé que no lo harás. Mi corazón está cien por cien seguro de que eres la persona perfecta para el trabajo.

Volví a contener la respiración, esperando a que Harold dijera algo sobre su sorpresa de que tuviera corazón, pero por suerte no lo hizo. No podía haberse alejado mucho cuando hubo otra ovación más fuerte y Greta, por fin libre de los confines de la silla, junto con Ida y Harold, me abrazó en grupo.

—Lo sabía —dijo Harold.

—Lo sabíamos —le recordó Ida con suavidad.

—¿Saber qué? —Greta frunció el ceño.

—¿No te dijimos que eras la apropiada para el trabajo? —cacareó Harold.

—Lo hicisteis —murmuré, sintiéndome un poco ahogada—. ¿Alguno de vosotros tuvo algo que ver con que Sandra me lo ofreciera, por casualidad?

—No —dijo Ida, y la creí—. Esta oportunidad es mérito tuyo, querida. Te lo dijimos, lo hiciste muy bien cuando Karen estuvo fuera. Menos mal que estaba enferma o lo que fuera.

—Sí —dijo Greta, aunque yo sabía que en realidad no se estaba esterando de nada—. Menos mal.

A veces pensaba que solo le gustaba participar.

—Hola, sucesora —dijo Sara, acercándose a toda prisa tras haber acompañado a Charlie de vuelta a su habitación—. Enhorabuena.

—Gracias —dije—. Todavía no puedo creerlo.

—Bueno —dijo—, te lo mereces.

—¿No te habría gustado a ti? —Me preguntaba si ella habría solicitado el puesto de haberse anunciado la vacante libre para todos los trabajadores.

—No —dijo—, no es para mí. Tengo más que suficiente con mis turnos aquí y mi compromiso con el grupo Iceni. Hay tanto que hacer entre bastidores como en los propios actos.

Y luego estaba lo de escribir, que Kate había mencionado sin querer, pero, como Sara no lo dijo, preferí callarme.

—No olvides que dije que te ayudaría a coser tu nueva túnica —le recordé en su lugar.

—¡Eh! —interrumpió Harold, sonando aún más excitado—. ¿Significa esto que te han subido el sueldo, Beth?

Maldita sea. Iba a adivinarlo antes de que tuviera la oportunidad de decírselo.

—Lo siento —dijo, cuando no contesté enseguida—, no estaba entrometiéndome. Solo pensaba que, si tuvieras algunas libras más en el bolsillo a fin de mes, entonces podrías mudarte a casa de Kate en Nightingale Square.

—Oh, sí —dijo Sara.

—Voy a volver al Grow-Well con Sara esta semana —continuó Harold—. ¿Le pregunto a Kate si puedes echarle otro vistazo?

Sacudí la cabeza.

—No pasa nada, Harold —dije—, resulta que sé que ya está ocupada.

—Oh, joder —murmuró con cara de disgusto, y los hombros de Sara también se desplomaron.

—¡Porque la he ocupado yo! —chillé.

—¿Qué? —exclamó Harold.

—¡Me mudé el sábado!

—Qué astuta, tú —balbuceó mientras Sara me abrazaba.

—Es fantástico —sonrió—. ¿Qué te parece?

—Maravilloso —dije, negándome a reconocer la melodía de bajo que había estado sonando en bucle en mi cabeza desde que Eli había desaparecido en el baño esa misma mañana—. Es absolutamente maravilloso —dije.

Tendría que encontrar la manera de amortiguar la música en casa; al menos era algo de lo que no tendría que preocuparme mientras estuviera en el trabajo.

—Se me acaba de ocurrir algo para vuestra lista —dijo Greta, sorprendentemente lúcida, mientras chasqueaba los dedos y se abría paso entre el grupo—. ¡Quiero cantar! —exigió—. Ya nunca cantamos.

Capítulo 8

Por suerte, Greta pareció olvidar su petición musical casi tan pronto como la había hecho, pero yo no tenía tanta suerte en casa. Tal y como me había explicado, Eli no estaba en casa muy a menudo, pero no me cabía la menor duda de cuándo se encontraba allí.

A diferencia de la Reina, no necesitaba una bandera para señalar su presencia, porque la música, de todo tipo, llenaba la casa y me hacía aún más consciente de su existencia. No era muy estridente ni nada por el estilo, pero sí lo bastante alta como para que me acordara constantemente de ella y, como resultado, la tranquilidad de la residencia era aún más atractiva.

—¿Cómo va todo? —preguntó Harold una mañana hacia el final de la semana—. ¿Ya estáis con la limpieza?

—Creo que sí —dije, mirando los montones de rompecabezas que acababa de depositar sobre la mesa y que íbamos a tirar—. Hoy voy a montar un tablón de ideas. Sandra me ha dicho que puedo utilizar el tablón de anuncios vacío que hay en recepción, al lado de donde anuncia la fiesta en el jardín, junto con la lista de habitaciones vacías.

Harold asintió y esbozó una sonrisa irónica.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—La ubicación perfecta —señaló—. Todos los que entran y salen lo verán. Apuesto a que está deseando que los familiares sepan que tú y, por asociación, ella tenéis ahora la salud mental y el bienestar de todos como prioridad.

—Suenas casi cínico, Harold —reí entre dientes, pero tenía razón. No lo había pensado antes, pero era una sugerencia estratégica de la directora.

—Realista, querida, no cínico —dijo—. De todos modos, me refería a si lo estás consiguiendo. Es decir, ¿cómo te estás adaptando a tu nuevo trabajo y a tu nuevo hogar?

Solté un largo suspiro y me tomé unos segundos para pensarlo bien.

—Has tenido muchos sobresaltos en los últimos días —añadió Harold, como si necesitara que me lo recordaran.

—Muchos —acepté.

—Y todo esto en el aniversario de tu madre. Debes estar destrozada.

Mi mente repasó la semana y, dejando a un lado la inesperada y no deseada reintroducción de la música en mi vida, me di cuenta de que, en realidad, había sido bastante sencilla. Incluso me las había arreglado para olvidar mis pensamientos sobre Pete caminando a propósito al trabajo por el lado opuesto de la carretera a On the Box. Bueno, casi los había olvidado.

—Estoy cansada —dije a Harold—. Pero en el buen sentido.

Asintió, comprensivo.

—La casa es preciosa y he disfrutado mucho con algunos vecinos en el parque por las tardes, que es una forma estupenda de relajarse después de trabajar con vosotros. —

Harold me sonrió—. Aún no he podido pasar mucho tiempo en el Grow-Well, pero este fin de semana me toca regar, así que eso lo solucionaré entonces y, por supuesto, ha sido estupendo dedicarme a todo lo que hay aquí.

—Pensé que te vería menos, pero, en realidad, creo que has estado trabajando más horas que nunca —dijo Harold con una sonrisa.

—Tienes razón —asentí—, pero no va a ser la norma. Solo quería lanzarme a establecer el nuevo programa para asegurarme de que se hace de la manera correcta desde el principio.

—No se puede hacer las cosas a medias.

—Exactamente —dije con una sonrisa que hacía juego con la suya.

—Bueno, desde luego, has causado impacto.

Ambos echamos un vistazo al cavernoso armario de los recursos y sentí que mi sonrisa vacilaba. Había un montón de espacio por llenar; la mayoría de las estanterías estaban vacías, pero no tenía sentido aferrarse a trastos que nadie usaría jamás.

—Solo he tirado la basura —dije, tanto para mí como para Harold.

Le había dicho lo mismo a Sandra, que se había quedado horrorizada cuando le mostré los resultados de mi trabajo y el de los residentes.

—Pero si no queda nada —había chillado—. ¿Cómo se pueden hacer actividades sin recursos?

—Aquí no había recursos con los que hacer actividades —dije con firmeza, restándole importancia al nerviosismo que también me producían las estanterías vacías—. La mitad de las cosas estaban rotas, destartaladas o gastadas. Puedes echarles un vistazo si quieres. Están embolsadas, pero aún no se han tirado.

—No, no —se defendió estoicamente—. Sé que tienes razón.

Luego me llevó a la oficina y me dijo cuánto podía gastar para reabastecerme. No era mucho, ni de lejos lo que necesitaba, pero sería un comienzo, y yo me había puesto manos a la obra para tratar de encontrar formas de aumentar la cuenta bancaria de las actividades.

—Me voy de compras este fin de semana —dije a Harold—. Las organizaciones benéficas siempre tienen rompecabezas y juegos, y he pensado que podría ir a A Good Book para conseguir material de lectura más variado.

La estantería actual tenía un aspecto tan lamentable como la de la estación de tren. Unos cuantos libros de bolsillo maltratados y algunos viejos ejemplares de la revista *Saga* no atraían a nadie. Quería ofrecer un poco de todo, ficción y no ficción, para satisfacer los gustos del mayor número posible de residentes.

—Tal vez podrías poner un cartel en ese nuevo tablón preguntando a los familiares si quieren contribuir —dijo Ida, que se había acercado.

Llevaba las zapatillas en el pie equivocado, así que la guie hasta una silla para que se las cambiara.

—Ya decía yo que algo no iba bien —dijo.

—No creo que Beth pueda pedir dinero a los familiares —dijo Greta, uniéndose también a la conversación.

—No me refería a dinero —dijo Ida, moviendo los dedos de los pies—. Me refería a

que podía preguntar si querían contribuir con libros, puzles y cosas así.

—Es una gran idea —dije, y puso cara de satisfacción—. ¿Te apetece diseñar el cartel?

Ella y Greta se acomodaron en una mesa, juntas por el momento, utilizando los pocos bolígrafos que había rescatado y a los que aún les quedaba un poco de tinta. Había hecho un pedido de todo tipo de material para manualidades, incluidos lápices de colores y rotuladores, pero no llegaría hasta dentro de unos días.

—Así que —dijo Harold mientras él y Charlie empezaban a ordenar las maltrechas cajas de rompecabezas— el trabajo está bien y te encanta la casa y el jardín.

—Sí —dije, sujetando una de las tapas de la caja del rompecabezas para que Charlie pudiera arreglarla con un poco de cinta adhesiva—. Todo está saliendo a pedir de boca.

—Pero ¿y tu compañero de piso? No lo has mencionado —señaló Harold—. ¿Qué te parece vivir con Elijah?

—Bueno... —empecé.

¿Debería entrar en detalles o decir algo general? No podía decirle a Harold que me gustaba mi compañero de piso, ¿verdad? Y tampoco quería sacar a relucir mis sentimientos por su afición a la música, porque correría el riesgo de exponer mi aversión a ella y, potencialmente, recordarle a Greta su petición de cantar a coro.

—Es genial, ¿verdad? —sonrió Harold antes de que pudiera responderle.

Eso era indiscutible.

—Es encantador —acepté de buena gana—. Aunque no lo he visto mucho porque está haciendo turnos extra en la cafetería.

—Bueno —dijo Harold—, si a ti te toca regar este fin de semana, a él también. Está organizado por casas.

—Ah, ¿sí? —No me había dado cuenta de ese detalle cuando Lisa me había explicado lo que tendría que hacer.

—Así es —dijo—, tendrás muchas oportunidades de verlo este fin de semana.

—Sí —dije, sintiendo que mi barriga daba un pequeño vuelco—, supongo que sí.

—¿Qué te parece? —preguntó Greta, poniéndome delante de las narices la hoja de papel que les había dado a ella y a Ida—. ¿Es lo bastante bueno?

—Es perfecto —dije, alejando la hoja lo suficiente para que las palabras quedaran enfocadas—. Lo colgaré enseguida y le preguntaré a Sandra si podemos guardar una caja en recepción para cualquier contribución.

—Pero no en ningún sitio donde podamos tropezar —dijo Ida.

—Por supuesto —dije—. Lo guardaremos detrás del escritorio.

—Podría tropezarme ahí —dijo Greta.

—No deberías estar detrás de la mesa —señaló Charlie con brusquedad.

—Lo sé —se erizó Greta, medio centímetro más alta—, pero a veces necesitan mi ayuda.

Charlie resopló y noté que Greta se estaba enfadando.

—¿Por qué no vienes y me echas una mano, Greta? —dije diplomáticamente—. Así puedes decirme si lo estoy poniendo bien.

Al final del viernes ya había un par de contribuciones en la caja y algunas sugerencias de actividades añadidas a la lista para que las estudiara durante el fin de semana. Pegué

un trozo de papel sobre la petición de jugar al *strip poker*, que nadie se atrevió a confesar haberlo puesto. Estuve a punto de hacer lo mismo con la idea de Greta de cantar a coro. Creía que lo había olvidado, pero parecía que no.

—¿Qué te parece? —preguntó, entusiasmada, cuando me vio anotando las peticiones en mi cuaderno—. Eso los animaría un poco a todos, ¿no?

Me hizo gracia que no se sumara al contingente que, en su opinión, necesitaba animarse y, al ver su expresión traviesa, supe que tenía razón al no hacerlo.

—Um —dije—, probablemente sí, pero podríamos tener problemas con la música.

—Pero tenemos el piano.

—Lo sé —suspiré—, pero no hay nadie que lo toque.

Me rompió el corazón que pareciera tan cabizbaja y también me sentí culpable. Se suponía que tenía que hacer todo lo posible por dar a los residentes lo que querían, no adaptar sus peticiones a mi propia agenda. Teníamos un reproductor de CD en alguna parte, así que supuse que podríamos usarlo en algún momento si de verdad significaba tanto para ella. Tal vez podría convencer a uno de los otros cuidadores para que lo supervisara todo. Preferiblemente cuando yo no estuviera.

—¿Y una mascota? —preguntó Greta, mirando de nuevo la lista y eligiendo la sugerencia más improbable—. ¿Podemos tener un poni? Sandra siempre se queja de lo que cuesta mantener el jardín. Podría comerse el césped.

Odiaba que Sandra hablara de ese tipo de cosas delante de los residentes. Sabía que los fondos eran escasos y que las camas vacías eran una preocupación —todo el personal lo sabía—, pero las personas que vivían en la residencia no necesitaban saberlo.

—Espero encontrar la manera de que algunos de vosotros os dediquéis un poco a la jardinería —dije a Greta a modo de distracción. También iba a hablar con Sandra sobre la introducción de plantas de interior. Beneficiarían a todos, pero en especial a los que no querían o no podían salir a la calle—. ¿Te gustaría cultivar algunas cosas, Greta?

—¿Has oído hablar del día de la jardinería desnuda? —me preguntó muy seria, poniéndome una mano en el brazo—. Se celebra a principios de mayo, así que este año nos lo hemos perdido, pero quizá el próximo...

—Un poni sería demasiado grande —interrumpí, recordando su otra idea y preguntándome si sería ella la del *strip poker*—, y no estoy segura de que pudiéramos arreglárnoslas para cuidar de una mascota todo el tiempo. ¿Sabes quién añadió lo de la mascota a la lista?

Greta negó con la cabeza.

—Yo —dijo Charlie, que esperaba en recepción el traslado al hospital—. Y me viste escribirlo, Greta.

—¿Sí? —Se encogió de hombros antes de alejarse.

Charlie negó con la cabeza.

—¿Qué tipo de mascota tenías en mente? —le pregunté.

—Sé que no podemos tener un animal aquí —dijo—, pero echo de menos a mi viejo perro, Monty.

—¿Tuviste que dejarlo cuando te mudaste?

Sabía que muchas personas tenían que desprenderse de sus mascotas cuando

ingresaban en una residencia. Era desgarrador tanto para ellos como para el animal que dejaban.

—No —respondió Charlie—, por suerte, falleció un par de semanas antes de que yo viniera. Oh, vaya, eso suena fatal —dijo.

—No, no te preocupes —dije—. Lo entiendo perfectamente y te prometo que pensaré qué podemos hacer con el tema de las mascotas.

Mientras caminaba de vuelta a Nightingale Square aquella tarde, una amplia sonrisa iluminaba mi rostro. Sandra acababa de reconocer que la semana había ido bien, mejor de lo que esperaba. Había dicho que el lugar estaba muy animado y que estaba deseando que llegara la semana siguiente para ver un par de actividades en marcha.

Yo también lo esperaba con impaciencia, pero primero tenía un fin de semana libre que disfrutar. Tenía planes de trabajo, por supuesto, junto con mis quehaceres en el Grow-Well y algunas tareas al día, pero era una alegría absoluta no temer el tiempo que pasaba en el lugar donde vivía, siempre y cuando estuviera sola en casa, por supuesto. Si hubiera podido garantizarme dos días de silencio, habría sido perfecto.

El sábado tuve la casa completamente para mí en cuanto Eli se fue a la cafetería, y la verdad sea dicha, podría haberme pasado el día entero haciendo el vago, disfrutando de la tranquilidad y pasando el rato con mis plantas, pero las tiendas me llamaban. No era una compradora entusiasta cuando se trataba de comprar cosas para mí, pero tenía ganas de rellenar el armario de los recursos y salí hacia allí, optimista y con los bolsillos llenos de bolsas reutilizables.

Primero fui a las organizaciones benéficas y encontré una gran variedad de juegos de mesa y rompecabezas. La mayoría apenas se habían usado, así que tuve la tentación de comprarlos todos, pero me decidí por una selección que se adaptara a todos los niveles. No tenía sentido gastarse un dineral en un rompecabezas de mil piezas si nadie tenía la vista suficiente para montarlo. Habría sido demasiado, incluso para Harold.

—A mis hijos les encantaba esto —me dijo la cajera mientras registraba mis compras —. Es genial para poner a prueba su memoria.

—Por eso lo compro —sonreí, guardando cuidadosamente el juego de la lista de la compra en una de mis bolsas—. Pero estoy trabajando para el otro extremo de la escala de edad.

Le expliqué para quién era el juego. A Greta le iba a encantar, siempre que pudiera mantener a raya su vena competitiva. No iba a permitir ninguna discusión por los carritos.

—Espera —dijo la dependienta, desapareciendo en la trastienda—. Creo recordar que nos llegó la ampliación en algún momento de esta semana. Puede que quieras cogerla también.

Lo hice y, ya agobiada, decidí dejarlo todo en casa antes de probar en la librería. Si tenía suerte allí también, no podría cargar con todo. Me preguntaba si Sandra vendría a recogerme el lunes por la mañana; de lo contrario, me vería en un aprieto para llevarlo todo a la residencia.

La librería estaba muy concurrida, así que curioseé un rato y me serví una bebida fría

que ofrecían en la entrada, junto a una zona de lectura.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó el dueño, una vez que estuvo libre—. ¿Buscas algo en particular?

—Necesito una selección de libros —dije, un poco insegura de qué elegir exactamente —. Ficción y no ficción.

El dueño de la tienda, que me dijo que se llamaba Colin, me escuchó con atención mientras le decía lo que creía que necesitaba y para dónde era.

—Ya sé que estoy tirando piedras contra mi propio tejado —dijo cuando terminé de explicárselo—, pero te convendría más pedirlos prestados en la biblioteca que comprármelos a mí.

—Ni siquiera había pensado en la biblioteca —me sonrojé, avergonzada por no haberla tenido en cuenta en mis planes—. ¿Crees que prestarían a una residencia?

—Por supuesto —dijo, dirigiéndose a la caja y sacando un trozo de papel de debajo del mostrador—. Puedes apuntarte al plan de préstamos por cajas y ellos las seleccionarán, entregarán y recogerán por ti.

—¿En serio?

Qué servicio tan maravilloso.

—Sí —dijo, garabateando algo—. Si preguntas a los residentes qué tipo de libros les gustan, de qué género y de qué tema, y luego le pasas la información a esta señora — añadió, entregándome la hoja en la que había escrito un nombre una vez comprobado dónde estaba la residencia—, ella se encargará de pedirlo todo por ti y de cambiarlo cada pocas semanas.

—Es un plan increíble.

—Lo es —asintió Colin—. Y también lo hacen para los colegios, sobre todo si hay un alumno con una necesidad que la biblioteca del colegio no puede atender. Conozco a alguien cuya hija tiene una amiga lituana. Cuando se mudó al Reino Unido, no hablaba inglés, así que la biblioteca le consiguió libros en lituano para facilitarle la transición.

—Es fantástico —dije, doblando cuidadosamente el papel, y me lo metí en el bolsillo —. Muchísimas gracias.

—Será un placer. Ya me contarás qué tal va.

—Lo haré —prometí.

Tomé nota mental de preguntar a todo el mundo qué les apetecía leer la semana siguiente y compré tres libros para mí, para compensar la falta de ventas que la amabilidad de Colin le había hecho perder.

Una vez terminadas mis compras, decidí darme el gusto de almorzar en la cafetería Castle. Estaba segura de que servirían aperitivos y venderían otras bebidas, además de café. Volví a subir por la calle y en pocas zancadas me puse a la altura de On the Box.

Era demasiado tarde para cruzar la calle y, antes de que pudiera disuadirme de ese impulso inesperado, abrí la puerta y entré. Fue un impulso chocante, pero mis pies me empujaron al otro lado del umbral antes de que pudiera recuperar el aliento. Hablando de recuerdos del pasado...

Todo parecía, se sentía y olía dolorosamente familiar. De hecho, no me habría sorprendido en absoluto ver a mi yo más joven apoyado en el mostrador y oír a Pete

parlotear sobre la última novedad de ciencia ficción que iba a exponer.

Se me formó un nudo en la garganta al desear no haber dejado que nuestra relación se enfriara. Puede que Pete estuviera inexorablemente ligado a The Arches y a todo lo que allí había querido olvidar, pero era la persona más cercana a un hermano que había tenido nunca. Sabía que, siendo realistas, era demasiado tarde para empezar a pensar en ello, pero eso no impedía que el remordimiento se formara y se asentara en mi corazón.

—¿Puedo ayudarte?

Me di la vuelta y me encontré con una adolescente de aspecto enfurruñado que me miraba desde el otro extremo del pasillo.

—No —dije, aclarándome la garganta—. Gracias. Solo estoy curioseando.

No parecía muy preocupada por lo que estuviera haciendo.

—Bien, porque no sé mucho de eso —dijo, señalando con la cabeza la vitrina de figuritas ante la que me encontraba—. Mi tío Pete es el experto. Volverá en un minuto si quieres esperar.

Sentí como si me hubieran sacado todo el aire de los pulmones y salí corriendo de la tienda a la acera.

—¡Ay! —grité cuando una mujer con un cochecito embistió mis tobillos.

—Lo siento mucho —dijo.

—Ha sido culpa mía —dije, mientras me alejaba cojeando lo más rápido que pude—, no miraba por dónde iba.

El corazón aún me retumbaba cuando volví a casa y me temblaba la mano al girar la llave en la puerta. ¿Cómo era posible que Pete siguiera trabajando en la tienda? ¿Cómo era posible que sus sueños no hubieran llegado más lejos que los míos? Y más aún, ahora que sabía que estaba tan cerca, ¿qué iba a hacer al respecto?

Eli entró corriendo justo cuando estaba a punto de dirigirme al Grow-Well para regar. Mis nervios se habían calmado un poco desde que pasé la tarde acurrucada en su sillón tratando de averiguar qué iba a hacer con el problema de Pete, pero volvieron a dispararse cuando mi compañero de piso irrumpió por la puerta y fue directo hacia mí.

Chocar en los pasillos se estaba convirtiendo en una costumbre.

—¡Ya voy! —dijo sin aliento cuando me hubo enderezado de nuevo—. Dame treinta segundos.

Me señalé las orejas y negué con la cabeza.

—Lo siento —resopló, sacándose los auriculares—. ¿Estaba gritando?

—Un poquito.

—Lo siento —volvió a decir, esta vez más bajo—. ¿Me esperarás? Esperarás, ¿verdad?

—Claro que sí —respondí.

—Genial —dijo, subiendo las escaleras de dos en dos.

Fiel a su palabra, salimos menos de un minuto después. Llevaba una ropa completamente distinta, pero ya sabía lo rápido que era para desvestirse.

—Pensaba que hoy no terminaba —dijo cuando cruzábamos el parquecillo. Todavía estaba recuperando el aliento—. Estoy hecho polvo.

—Vas a necesitar unas vacaciones para cuando vuelva tu jefa —reconocí—. ¿Cómo

está?

—Bien —dijo—. Muy bien. Ya está en casa y, según su mejor amiga, se aburre como una ostra, así que se está recuperando.

—Estupendo —sonreí.

—Y desde esta tarde tenemos otro empleado —continuó—. Es alguien que conoce lo suficiente el lugar como para dejarlo a cargo, lo que significa que me han dado mañana libre y, a partir de la semana que viene, mi horario volverá a ser más o menos normal.

—Bueno, eso es aún mejor —dije.

Desde luego, parecía que necesitaba un descanso, pero esperaba que eso no significara que iba a tener la música puesta todo el día siguiente.

—¿El nuevo miembro del personal ha trabajado antes allí? —pregunté.

—Sí —dijo, tecleando el código de seguridad de la puerta—. Es estudiante, pero lleva años trabajando con Melanie, mi jefa. Ha vuelto a Norwich para las vacaciones de verano y ha vuelto a aceptar el trabajo.

—Eso es suerte.

—Y tanto —sonrió, manteniendo la puerta abierta y dejándome entrar antes de cerrarla—. Pero ya está bien de hablar de mi trabajo. Quiero oírlo todo sobre el tuyo. No hemos tenido ocasión de charlar esta semana, pero Sara vino a comer un día y me dijo que habías empezado algo nuevo. No me habías mencionado ningún cambio, ¿verdad?

—No —dije—, no lo creo.

—Apenas nos hemos visto —frunció el ceño—, así que no has tenido la oportunidad.

—No —asentí—. No lo hemos hecho. Aunque te he oído.

Eli parecía un poco avergonzado y se pasó una mano por el pelo.

—Avísame si quieres que baje la música.

Me preguntaba qué diría si le pidiera que la apagara del todo.

—No es para tanto —mentí—, pero quizá podrías bajarla un poco.

—Dalo por hecho —dijo, abriendo la cabaña, y colocó un par de sillas—. Vamos a tomarnos un respiro antes de empezar a regar, ¿vale? Mientras, cuéntame qué estás haciendo ahora y cómo va.

Resultaba facilísimo hablar con Eli, aunque me distraía un poco cuando se inclinaba hacia delante para escucharme y me clavaba su mirada intensamente azul. Tenía una forma de hacerme sentir como si yo fuera la única persona en el mundo a la que valía la pena escuchar que me sonrojaba. Esperaba que supusiera que se debía a mi entusiasmo por el nuevo trabajo y no a la influencia de su atención exclusiva.

—Es un trabajo increíble —dijo, sentándose de nuevo en su silla cuando terminé de hablar—. Y muy importante, ¿verdad?

Me encantó que viera el valor y apreciase la importancia de lo que significa ser jefa de actividades.

—Creo que sí —dije, sintiendo que mi cara se calentaba aún más—. Me lo estoy tomando muy en serio.

—Ya lo veo —sonrió—. Es una gran responsabilidad, pero parece que has empezado con buen pie.

—Hasta ahora, todo bien —dije—, aunque la jardinería desnuda y el *strip poker*

definitivamente no van a suceder.

Rio cuando le expliqué las dos peticiones más atrevidas que habían aparecido en la lista de sugerencias.

—Y tampoco creo que mantener una mascota sea muy probable —añadí, y me mordí el labio.

—Lo siento por Charlie —dijo Eli, comprensivo—, aunque el viejo Monty falleció antes de que tuviera que dejarlo.

—Yo también.

—Pero ¿sabes? —dijo entrecerrando los ojos, pensativo—. Creo que hay algo que podrías intentar en ese tablón.

—¿Sí?

Sacó su teléfono del bolsillo y empezó a teclear.

—Aquí tienes —dijo, tendiéndomelo para que lo cogiera—. Esta podría ser tu respuesta.

Leí lo que había encontrado.

—¡Esto es perfecto, Eli! —dije, desplazándome por la página—. Y son locales.

—Leí sobre el grupo en una revista comunitaria —me dijo—. No dudan ante cualquier oportunidad de hacer una visita.

Había encontrado un sitio web de terapia con mascotas y un grupo de voluntarios locales, todos ellos examinados y aprobados, sin juego de palabras, que visitaban escuelas y residencias de ancianos con sus perros y otras mascotas. Se quedaban entre una o dos horas y todo el día.

—Podríamos beneficiarnos de la interacción canina sin la responsabilidad, ¿no? —dije, con los ojos fijos en su cara—. Tampoco habría peleas ni monopolios.

Si de alguna manera hubiera convencido a Sandra para tener un perro en el lugar de forma permanente, bien podría imaginarme a un par de residentes tratando de hacerse cargo por completo. Adelantándome a los acontecimientos, me pregunté si habría alguna organización benéfica que organizara visitas a los ponis Shetland. Greta se volvería loca. Pero mejor dedicarse a los perros primero. Suponiendo que Sandra estuviera de acuerdo, claro.

—Exacto —dijo Eli, poniéndose de pie y estirando la espalda y el cuello antes de girar los hombros.

Volví a ver brevemente su tripa bronceada y aparté la mirada.

—Y los residentes a los que no les gusten los perros, o que sean alérgicos —prosiguió —, no tendrán que preocuparse de toparse con uno todo el tiempo.

Siendo yo amante de los perros, ni siquiera había pensado en eso.

—Y —añadió chasqueando los dedos—, si los residentes han tenido que dejar mascotas al mudarse y siguen en su familia, quizá se podría organizar algo para que puedan visitarlas. Algún tipo de programa de acceso.

—Qué genio —sonreí.

—Vaya, gracias. —Hizo una reverencia.

—Enigma resuelto —sonreí, poniéndome también de pie y devolviéndole el teléfono. Sentí un cosquilleo en la piel cuando sus dedos tocaron los míos—. Imprimiré algo de

información para enseñársela a mi jefa el lunes.

Iba a tener que pensar en una forma de aumentar el presupuesto para actividades más pronto que tarde si a Eli se le seguían ocurriendo ideas tan geniales.

—¿Puedo ayudar en algo más? —sonrió, mirándome a los ojos.

—Por ahora, solo a regar. —Tragué saliva, entregándole la manguera y preguntándome si sentiría por mí la misma atracción que yo sentía por él—. Pero te mantendré informado.

Capítulo 9

Durante todo el rato que estuve en el Grow-Well con Eli, había conseguido bloquear los pensamientos sobre Pete, pero una vez en la cama, me pasé al menos una hora pensando en lo que habría hecho si él, en lugar de su sobrina, hubiera estado en la tienda cuando me permití abrir el baúl de los recuerdos. Por eso no esperaba dormirme del todo, pero lo hice.

Dormí sorprendentemente bien y me levanté temprano, ansiosa por escribir e imprimir todo lo que Eli y yo habíamos hablado el día anterior, además de un par de ideas que se me habían ocurrido a mí. Me esforcé por no hacer ruido mientras me movía por la casa, para no despertarlo mientras me ponía al día con mis tareas.

Cuando terminamos la noche anterior, se había dormido durante la mayor parte de la película que habíamos quedado en ver, e imaginaba que así seguía. Todo aquello distaba mucho de los tres mosqueteros con los que había convivido antes, que se tambaleaban borrachos a altas horas de la madrugada y, como resultado, estropeaban mi buen humor dominguero. A pesar de la banda sonora que lo acompañaba, todo en mi nueva vida en Nightingale Square estaba a un millón de kilómetros de distancia de mi anterior casa compartida y me sentía sumamente agradecida por ello.

—Hola —graznó una voz desde el comedor mucho después de que hubiera desayunado.

Estaba en la cocina empaquetando algunas cosas para el pícnic que todos iban a compartir en el Grow-Well. Como todavía estábamos regando, Eli y yo habíamos decidido ir juntos.

—Hola —le respondí.

Apareció en la puerta, seductoramente despeinado por el sueño y con un aspecto que solo podría describir como aprensivo.

—¿Qué haces? —pregunté al ver que no traspasaba el umbral—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo—, estoy bien. ¿Estás sola?

—Por supuesto que estoy sola. —Fruncí el ceño, mirando por la cocina por si acaso teníamos una visita que no había visto—. ¿De qué estás hablando?

Me pregunté si era sonámbulo y si tal vez no estaba despierto.

—Me ha parecido oírte hablar —dijo, entrando por fin y mirando también a su alrededor.

—Pues nadie ha telefoneado ni venido —dije.

—Ha sido antes —explicó, cogiendo la tetera—. Pensaba que tal vez habías tenido una fiesta de pijamas de adultos o algo así.

Sentí que se me encendía la cara al darme cuenta de lo que debía de haber oído. Había olvidado que la pared que separaba el cuarto de baño de su dormitorio no era muy gruesa, pero no me había dado cuenta de que podía oírme hablar, aunque no fuera con otra persona.

—No. —Tragué saliva, refutando su suposición de que había hecho una llamada nocturna—. Nada de fiestas de adultos. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve una de esas.

¿Por qué había dicho eso? No quería que pensara que era una triste soltera sin vida sexual. Pero tampoco quería que pensara que era el tipo de persona que se enrolla con alguien de forma casual. Pero ¿por qué me ponía tan nerviosa lo que Eli pensara?

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo. Bueno, solo pensé en mencionarlo porque estaría bien si lo hubieras hecho. Los chicos, o chicas, pueden quedarse a dormir. Por lo que a mí respecta. ¿Qué te parece? Es una buena regla de la casa, ¿no?

—Sí —dije—, está bien. Claro que lo está. Los dos somos adultos.

—Lo somos.

—Correcto —asentí.

—Aunque ninguno de los dos querría despertarse y encontrarse a cualquiera deambulando por la casa —añadió.

—Por supuesto que no —confirmé con rapidez—. Y no tienes que preocuparte por eso por mi parte. No es mi estilo.

Se pasó una mano por el pelo y sonrió, parecía mucho más feliz.

—Ni el mío —dijo con un suspiro.

Le pasé su taza favorita de la estantería y nuestras miradas se cruzaron.

—Entonces, ¿estás soltera, Beth?

—Así es —dije, intentando apartar la mirada, pero descubrí que no podía—. ¿Y tú?

—También —dijo, rompiendo por fin el contacto visual y desterrando su sonrisa, que había hecho una breve aparición—. He tenido suficiente amor para toda la vida.

Su angustia llenaba el aire entre los dos, pero no le pregunté qué le había pasado para formarse una opinión tan definitiva.

—Pero has estado hablando esta mañana, ¿no? —continuó su investigación—. Te he oído charlar con alguien.

—Más o menos —murmuré.

—O charlabas, o no charlabas. —Frunció el ceño.

—Estaba hablando con mis plantas —dije en voz baja, apilando unos cuantos platos usados junto al fregadero para evitar su mirada.

Podría haberme dado de cabezazos contra la pared. Debería haberle dicho que estaba hablando por teléfono. Eso habría tenido mucho más sentido y habría explicado con facilidad el carácter unilateral de lo que sin duda había oído.

—Estabas hablando con tus plantas —repitió Eli.

—Sí —dije con las mejillas aún más encendidas.

—Guay —sonrió—. Mi abuela solía hacer eso.

Mi mirada volvió a encontrarse con la suya.

—¿De verdad?

—Sí —dijo—. Todo el tiempo. Ella contaba que eran grandes oyentes y siempre ganaba las discusiones que tenían.

Solté una carcajada.

—Bueno, tu abuela tenía razón —sonreí—. Deberías intentarlo tú también. Puedo

resolver todo tipo de dilemas y tomar decisiones hablando con ellas.

—Puede que lo haga —sonrió—. A menos que tengas una Audrey al acecho en alguna parte.

—¿Una Audrey?

—Ya sabes, la de *La pequeña tienda de los horrores*; la planta venida del espacio que se alimenta de sangre humana.

—Ah. —Solté una risita—. No, no. No hay ninguna Audrey en mi colección.

—Me alegra oírlo.

—Aunque —admití—, a veces creo que recibo respuesta a lo que digo.

—¿En serio?

Asentí.

—¿Sabes de quién viene la respuesta?

Su tono estaba cargado de interés más que de burla. Y, por supuesto, yo sabía que así era. De lo contrario, no le habría mencionado mis imaginarias charlas hortícolas a dos bandas.

—Sí —dije, respirando hondo—. Es mi madre.

—¿No sería más fácil hacer una llamada?

—Ojalá —suspiré—. Murió hace un par de años.

—Oh, Beth —gimió Eli, mortificado—. Lo siento mucho, ha sido una estupidez. Debería haberme dado cuenta...

—No, no —dije, negando con la cabeza—. ¿Cómo ibas a saberlo?

—¿Qué le pasó? —preguntó—. Si no te importa que pregunte. Dime que me calle si prefieres no decirlo.

—Tuvo un derrame cerebral —dije—. Primero le dio uno que le cambió la vida, consecuencia de una afección cardíaca no diagnosticada, y ya no pudo seguir trabajando en el jardín, así que la animé a que me ayudara a cuidar mis plantas de interior.

—Ya veo —dijo Eli en voz baja.

—Le permitían seguir conectada con la naturaleza. No de la misma forma que cuando salía a cortar el césped o a pasear por el bosque, pero no dejaba de ser una conexión. Podía cuidarlas, con mi ayuda, y eso suponía un estímulo muy necesario para su salud mental. Ver crecer cosas verdes siempre le levantaba el ánimo. Y el mío.

—¿Estabais solas? —preguntó Eli.

—Sí —asentí—. Solo nosotras. Me tuvo cuando era muy joven y perdió todo contacto con su familia. Nunca hablamos de mi padre. No tengo ni idea de quién es.

Eli no dijo nada más y yo continué.

—Seguimos aumentando la colección de plantas hasta que murió —dije, sintiendo el peso familiar que me oprimía el pecho—. No sobrevivió a la segunda apoplejía y una vez que murió... Bueno... Sé que esto sonará un poco exagerado...

—Continúa.

Miré la cara de Eli. Estaba haciendo otra vez eso de hacerme sentir la única persona del mundo a la que valía la pena escuchar. A pesar del tema de conversación, era muy seductor.

—Bueno —tragué saliva—, sentí que aún podía hablar con ella a través de las plantas,

y me acostumbré a contarle las cosas cuando las cuidaba. Empecé a contarle todo lo que me pasaba y nunca he perdido la costumbre. Eso es lo que has oído esta mañana. Siento si mis divagaciones te han despertado.

Eli no dijo nada.

—Crees que estoy chiflada, ¿verdad? —Me reí con timidez.

No podía creer que se lo hubiera dicho. No hacía nada que lo conocía y, sin embargo, me sentía lo bastante cómoda con él como para haberle contado todo eso. Menudo *shock*.

—No —dijo con seriedad—. Ni mucho menos.

—¿En serio?

—De verdad. —Me dio un codazo—. Mi abuela y tú os habríais llevado de maravilla, Beth.

—Parece que era una mujer maravillosa.

—Lo era —dijo Eli—. Y tu madre también.

—Era la mejor —confirmé—. Lo siento si he contado más de lo que querías saber. Mi cabeza está muy dispersa en este momento.

—No has contado de más —dijo—. En absoluto. Pero no me sorprende. Me refiero a lo de tu cabeza. Te has mudado de casa y te han ascendido en la misma semana... Eso es estar a tope, ya sabes.

Como lo fue descubrir que mi guapísimo nuevo compañero de piso estaba loco por la música, pero no lo dije en voz alta.

—Supongo que es demasiado para tan poco tiempo —sonreí.

Me volví hacia el fregadero para lavar los platos.

—¿Has añadido alguna planta a la colección desde que murió tu madre? —preguntó.

—Alguna —dije—, pero no en el mismo número que antes. He tenido que reemplazar un par que no sobrevivieron cuando tuve que mudarme de casa después de que ella se fuera.

Realmente había luchado con la culpa de eso por encima de todo lo demás. Sentía que había defraudado a mamá.

—Creo que deberías comprar una de esas bolas de musgo de las que hablaste —dijo Eli, volviendo a encender la tetera porque hacía un rato que no hervía.

—¿En serio?

—Sí —dijo—. Sería algo completamente distinto. Algo así como poner tu propio sello a la colección.

—¿De verdad me estás animando a comprar más plantas? —me reí.

—¿Por qué no? —sonrió—. Te hacen feliz, ¿verdad?

—Pues sí —me sonrojé.

—Entonces, ve a por ello. Deberías hacer lo que te haga feliz, Beth. La vida es demasiado corta para no hacerlo. —Sus palabras se cortaron y se alejó un segundo, antes de añadir frunciendo el ceño—: ¿Vale?

—Vale —acepté.

Lo dejé hojeando sus listas de reproducción de Spotify en busca de algo que lo hiciera feliz y, poco después, oí un suave rasgueo de guitarra procedente de su habitación. No sonaba como si saliera de un altavoz y me pregunté si Eli era más aficionado a la música

de lo que me había imaginado.

—¡Me queda una brocheta de verduras! —gritó John desde su puesto detrás de la barbacoa en el Grow-Well—. ¿Quién la quiere?

—Yo, papá —dijo Archie, que parecía un pozo sin fondo.

Había comido tanto que creía que no podría moverme, pero, como la comida había sido un festín vegetariano, no me sentía ni de lejos tan hinchada como si hubiera estado comiendo hamburguesas bien metidas entre dos panes.

Mirando a mis vecinos, algunos inmersos en conversaciones y otros trabajando en el jardín mientras los niños jugaban y cuidaban de Violet y Dash, los gatos, supuse que estarían igual que yo. Todos habían salido a disfrutar del sol y a darme la bienvenida, y por fin sentía que me estaba familiarizando con los nombres de todos. Aunque los de los niños todavía estaban un poco confusos.

—¿Cómo te fue ayer en la compra de rompecabezas y todo eso? —preguntó Harold.

Él y Sara se habían unido a nosotros, junto con Chloe, voluntaria en el jardín principal, y su compañera, Hannah. Por eso, no había ni un solo asiento libre alrededor de la mesa cuando nos dispusimos a comer, lo cual era maravilloso.

—Bien —dije—. Encontré un montón y tengo más ideas geniales también, gracias a Eli.

—¿Sí? —dijo Harold con entusiasmo.

—Voy a consultárselo a Sandra antes de decírtelo —dije—. Por si acaso dice que no.

—No dirá que no —dijo Sara—. Eres la empleada del mes para ella, ahora que los familiares han estado comentando en el tablón y dejando cosas.

—¿Se está llenando la caja? —pregunté.

—Está abultada —dijo Harold—. Tendrás mucho que arreglar mañana.

—Excelente —dije—, y empezaremos el nuevo itinerario de actividades en un par de días.

—Entonces, no estás perdiendo el tiempo —dijo Harold con aprobación.

—No —respondí—. Ahora que tengo una idea de lo que todo el mundo quiere, estoy deseando sacar provecho de su emoción y entusiasmo.

—Grandioso —sonrió—. Y no te preocupes por Bob. Ya se le pasará.

Eso esperaba. Lo último que necesitaba era que apagara la chispa que tanto me había costado encender.

—¿Cómo fue la reunión de Iceni ayer, Sara? —pregunté para evitar inquietarme.

Sabía que esperaba que le ofrecieran el papel de Boudicca. Como aún no lo había mencionado, no creí que lo hubiera conseguido, pero quería que supiera que no había estado tan ausente en los últimos días como para no darme cuenta de lo que le pasaba.

—Estuvo bien —dijo—. No me tocó Boudicca, pero soy la suplente número uno si la actriz principal no puede hacerlo por cualquier motivo.

—Estupendo —dije, porque sin duda era un paso en la dirección correcta.

—Lo es —aceptó—. Y no es que le desee mal ni nada, pero espero conseguir al menos una oportunidad antes de que acabe la temporada.

—Y cuéntale el resto —insistió Harold, dándole un codazo a Sara.

—Ay, Harold —dijo ella.

—¿Qué? —pregunté.

Sara negó con la cabeza.

—Hay un tipo al que le gusta —continuó Harold, sin importarle si ella lo deseaba o no —. Aún no la ha invitado a salir, pero es solo cuestión de tiempo.

Sara se puso roja.

—Oye, Harold —lo regañé—, diría que eso era privado.

—No pasa nada —dijo Sara, mirándolo con dureza—. Ya lo ha contado. Pero no creo que vaya a llegar a nada. Es demasiado tímido. Se queda mirando mucho, no de una manera espeluznante, pero en realidad nunca me habla.

—Podrías invitarlo a salir —sugirió Harold.

—¿Él también es parte del grupo? —pregunté.

—Más o menos —dijo—. Nos hace las fotos y sale en algunos *sketches*. No participa en las recreaciones, pero es un artista de gran talento.

Si Kate tenía razón sobre la escritura secreta de Sara, entonces un compañero con talento creativo podría ser justo lo que necesitaba.

—Entonces —prosiguió, ansiosa por pasar del tema de su tímido admirador—, ¿todavía vas a tener tiempo para ayudarme a coser mi nueva túnica?

—Por supuesto —insistí—. Por supuesto.

—Pero no olvides que solo faltan dos semanas para la fiesta en el jardín de la residencia.

—Llegaremos a todo —la tranquilicé—. Sabes que me gusta estar ocupada.

—Espero que haga tan buen tiempo para la fiesta como hoy —dijo, mirando al cielo.

—Sí —asentí, volviendo también la cara hacia el sol, que brillaba en un cielo despejado—. Las lluvias del año pasado desanimaron a la gente, ¿verdad? Por lo que me contó Sandra, los beneficios fueron prácticamente nulos.

La mención de la fiesta en el jardín me hizo pensar de nuevo en lo que podía hacer para recaudar más dinero para reforzar el presupuesto de actividades.

—Vamos a hacer una recaudación de fondos aquí más adelante en verano, ¿verdad, Luke? —gritó Lisa, que andaba cerca, recogiendo los últimos platos para fregar.

Me levanté para ayudar.

—¿Y eso? —pregunté.

—Estamos planeando... —empezó.

Luke se acercó corriendo antes de que ella pudiera decir nada más.

—¿Te importa si no se lo decimos a todo el mundo todavía? —le dijo a Lisa—. No quiero decir nada, por si acaso al final no se hace.

—Se hará —dijo con firmeza—. Tiene que hacerse.

Dado su tono decidido, no pude evitar pensar que, fuera lo que fuera lo que la pareja estaba planeando, solo podía ser un gran éxito.

—Aun así —insistió Luke—, pongamos todo en su sitio antes de empezar a gritarlo a los cuatro vientos, ¿vale?

Lisa cedió a regañadientes.

—En ese caso —nos dijo con picardía a mí, a Sara y a Harold—, os lo contaré la

semana que viene.

Llamé a Sandra el domingo por la noche para preguntarle si podía llevarme al trabajo al día siguiente. Le dije que tenía mucho que cargar después de las compras, y ella aceptó encantada.

Puesto que no le había cogido ningún libro a Colin, tal vez hubiera podido arreglármelas, pero tenía un motivo oculto. A menudo era imposible localizar a Sandra en el trabajo, pero, si podía hablar con ella en el camino, tal vez podría obtener una respuesta a todo lo que quería hablar con ella antes del comienzo de mi semana laboral.

—¿Eso es todo? —Frunció el ceño cuando deslicé las pocas bolsas y una caja tapada en el asiento trasero de su coche—. Pensaba que traerías algo más.

—Pesa más de lo que parece —dije, acomodándome rápidamente en el asiento del copiloto, y me puse el cinturón de seguridad—. Y también es incómodo.

—Vale —concedió—, me atrevería a decir que no habría sido fácil llevarlo a pie.

Salió de la plaza y se incorporó al tráfico de primera hora de la mañana. La carretera parecía más concurrida que de costumbre.

—Ya que tenemos un minuto —empecé enseguida, sin querer perder ni un segundo por si la carretera se despejaba—, podría contarte qué más se me ha ocurrido durante el fin de semana.

—Si no te importa, prefiero esperar hasta que entremos —dijo—. Necesito concentrarme en la carretera.

Por suerte, los dioses de los viajes no estaban de parte de Sandra y no nos movíamos. Volvió a sintonizar la radio del coche, y las noticias locales sobre el tráfico nos informaron de que había obras y un semáforo averiado en la circunvalación, lo que provocaba el embotellamiento. Tiró del freno de mano y arrancó el coche.

—Vamos a llegar tarde —murmuró.

—Y no habrá tiempo para una reunión en condiciones —señalé, aprovechando el atasco.

—Es verdad —dijo ella—. Adelante, entonces, cuéntame en qué has estado trabajando.

La descripción de los nuevos rompecabezas y juegos le gustó mucho, sobre todo cuando dije lo poco que costaban, y la idea de la caja de préstamos de la biblioteca también fue bien recibida. Empezaba a darme cuenta de lo preocupada que estaba Sandra por el presupuesto y, después de sorprenderla con las gangas, pasé a un terreno potencialmente más complicado. Sin embargo, antes me abrí paso con otra idea económica.

—También he añadido un par de mis plantas de interior a las cosas de atrás —dije—. Tampoco han costado nada. Pensé que quedarían bien en el salón.

—Sin duda —aceptó, cogiéndome por sorpresa—. Están muy de moda, ¿no? Y animarán a los residentes que no pueden salir al jardín. —Me miró de reojo antes de adelantar el coche unos centímetros—. He estado leyendo en internet —me dijo—. Encontré una página web sobre plantas de interior para la salud mental. Al parecer, se supone que reducen el estrés, la presión arterial, etcétera. Estoy pensando en comprarme un par.

Me sorprendió por un momento que se mostrara tan receptiva, pero me recuperé con rapidez y pasé los siguientes minutos predicando sobre plantas y prometiendo ayudarla con la elección para su oficina.

—Bueno —dijo cuando el tráfico empezó a circular más libremente de nuevo—, sin duda me has inspirado, y sé que los residentes también se sentirán así.

Me encantó que pensara así.

—De hecho —dijo ella, y se mordió el labio—, ya están bastante animados.

—Solo hay una cosa más —aventuré.

—¿El qué?

—Charlie me habló de su viejo perro, Monty, la semana pasada y de cómo sigue echando de menos la compañía canina.

—No es posible que tengamos un perro —dijo enérgicamente, de nuevo en alerta máxima.

—Lo sé —la tranquilicé—, y no iba a sugerir que lo tuviéramos.

—Bien.

—Sin embargo —continué—, hay organizaciones que pueden traernos perros y otros animales de compañía cuidadosamente examinados. Pueden pasar desde una hora hasta todo el día con nosotros, y —continué con rapidez porque sabía que ella estaba deseando intervenir— las investigaciones sugieren que pueden hacer más por nosotros, tanto física como mentalmente, que las plantas.

—Pero no a todo el mundo le gustan los perros —puntualizó.

—Y algunas personas son alérgicas —añadí antes de que lo hiciera ella—. Soy consciente de ello, y por eso, cuando los perros están de visita, esas personas podrían hacer otra cosa.

Se quedó callada un momento.

—No me gustan los perros que no conozco —dijo.

—Me parece justo —dije—, pero, con el debido respeto, no se trata de...

—Mí...

—Exacto.

—Lo sé —dijo ella, soltando un largo suspiro.

—He encontrado a alguien que también puede traer llamas —dije—. Y reptiles.

—Empecemos por los perros —se apresuró a decir.

Eso parecía un visto bueno. Resistí la tentación de chocar los cinco con ella.

—Es muy triste lo del perro de Charlie —dijo durante otra parada—. Sé que debe haber muchas mascotas que se quedan abandonadas, pero nunca había pensado de verdad en las implicaciones.

—Debe ser un suplicio —coincidí—, y teniendo eso en cuenta, también me he estado preguntando si sería posible establecer un sistema de visitas para que las familias o los amigos trajeran a las mascotas que han acogido en nombre de sus seres queridos.

—Es una muy buena idea —dijo, golpeando el volante mientras reflexionaba—. Podríamos usar el invernadero para eso, ¿no?

—Sí que podríamos.

—Sí, eso estaría muy bien —dijo, antes de añadir con rapidez—: Siempre que no haya

serpientes ni llamas de por medio. Bien hecho, Beth.

—En realidad, fue idea de mi compañero de piso —admití, incapaz de atribuirme el mérito.

—Parece un cielo.

—Oh, sí que lo es —dije, suspirando al recordar la amabilidad, la comprensión y la atención sin prejuicios de Eli.

—Pero todo esto va a costar dinero, Beth —señaló Sandra, haciéndome volver a la tierra de golpe.

—Lo sé —dije—. Y estoy intentando pensar qué puedo hacer para recaudar más fondos.

—Yo también lo he estado pensando —dijo—. ¿Qué te parecería responsabilizarte de la rifa de la fiesta del jardín de este año?

—¿La rifa? —Fruncí el ceño—. ¿No es el proyecto de Sheila?

Sheila era una de las cuidadoras. Estaba a punto de jubilarse, y era alguien que se aferraba a sus costumbres y protegía con ferocidad las cosas que consideraba que debía organizar ella. Alguien a quien no querías pisarle el terreno.

—Lo era —dijo Sandra—. Pero ha dicho que no quiere hacerlo este año. Quiere disfrutar de la fiesta del jardín sin responsabilidades, ya que es la última antes de jubilarse. Hará algunas de las cosas habituales para los premios, pero no parece muy entusiasmada.

—Pues sí que me lo estás vendiendo, Sandra —reí.

—Bueno —dijo—, estaba pensando que podrías animar un poco la cosa, quizá pidiendo contribuciones a algunos negocios locales. Apuesto a que podrías convertirlo en algo más que el evento de polvos de talco y conservas que suele ser.

—¿En solo quince días? —señalé—. No creo.

—Podrías quedarte con todos los beneficios para el presupuesto de actividades.

—En ese caso —me apresuré a responder—, déjamelo a mí.

Capítulo 10

Antes siempre me las había arreglado para llenar mi tiempo, pero ahora mi vida tenía vigor y propósito, y era un emocionante torbellino de actividad frenética. No había dos días iguales y me encantaba. Aparte de la música que llenaba la casa siempre que Eli estaba en ella, era perfecto.

Dormía mejor, me sentía mejor y, como Harold se empeñaba en señalar para sonrojarme, tenía mejor aspecto. Durante los dos últimos años había habido momentos en los que podría haber maldecido a la gente bienintencionada que me había dicho que el tiempo ayudaría y que acabaría retomando mi vida después de perder a mamá, pero por fin se había demostrado que tenían razón.

—La caja se está llenando otra vez —me dijo Greta al entrar en la sala común, apretando contra su pecho el juego de animales de granja de Fuzzy-Felt que alguien había dejado en recepción.

No había pensado que nadie lo quisiera, y cuando vacié la caja de donativos la mañana del lunes en el que Sandra y yo habíamos quedado atrapadas en el atasco, lo había destinado enseguida a la cesta de juguetes que se guardaba en el invernadero para entretener a los niños que venían de visita. Greta, sin embargo, tenía otros planes para él.

Le encantaba crear diferentes escenas de corral y no quería separarse de él. A nadie le importaba que lo monopolizara, ya que no se había desnudado ni una sola vez desde que se encaprichó de él y yo iba a comprar más, por si acaso el atractivo del idilio rural empezaba a desvanecerse y volvía a las andadas.

—Excelente —dije, admirando los estantes que se iban llenando en el armarito de recursos—. Esto tiene mejor pinta, ¿no?

Greta asintió mientras se acomodaba en el último lugar vacío de la mesa y sacó la tapa de la caja que había estado guardando.

—¡Bingo! —gritó Charlie.

Sus oponentes gimieron y los demás saltamos. El juego de la compra no era el Bingo, pero estaba resultando igual de popular.

—Volvamos a intentarlo —dijo Tony, barajando de nuevo las listas—. Esta vez solo necesitaba una barra de pan.

—Y si pudieras bajar la voz... —le espetó Bob, sacudiendo el periódico con aire arrogante—. Algunos de nosotros estamos intentando ponernos al día con los acontecimientos mundiales. No todos estamos interesados en jugar a juegos de niños.

Charlie hizo una mueca y yo volví a centrar mi atención en el armario. Bob se había quejado de todo lo que había hecho hasta entonces, pero yo estaba decidida a no dejar que su beligerancia me afectara.

—Venga, vamos —dijo Tony—. Me siento con suerte esta vez.

Mis ojos recorrieron los coloridos paquetes de manualidades que habían llegado el día

anterior. Me moría de ganas de empezar a organizar sesiones con ellos, pero en los días previos a la fiesta en el jardín, y sabiendo lo mucho que tenía que hacer, todo el mundo —bueno, casi todo el mundo— estaba encantado de trabajar montando los puzles y probando los nuevos juegos.

—Hemos sacado la basura —jadeó Sara cuando ella y Harold se unieron a nosotros—. Y la señora de la biblioteca ha dicho que la primera caja de préstamo se entregará a principios de la semana que viene.

—Sois unos soles —dije—. Muchísimas gracias.

Sara había terminado su turno y había salido, con Harold a lomos de su fiel corcel mecanizado, a repartir más folletos que yo había impreso solicitando premios para la rifa. Era un mercado competitivo en vísperas de las vacaciones de verano, con las fiestas escolares y los bazares de las iglesias, y hasta ahora no había habido muchas contribuciones.

Todo se parecía demasiado a la rifa que Sheila organizaba normalmente, para mi gusto, pero aún había tiempo para hacer algo espectacular si encontraba un minuto libre para pensar en cómo conseguirlo.

—De nada —dijo Sara, abanicándose ineficazmente con la mano mientras se apartaba el flequillo de la cara—, pero ahora me voy a casa. Hace calor ahí fuera y lo único que quiero es una ducha fresca y mi cama.

—¿Podrás dormir con este calor? —preguntó Harold.

—Oh, sí —dijo, dirigiéndose a la puerta de nuevo—. No te preocupes por eso. Podría dormir de pie después de un turno de noche. Hasta luego.

—Empezaré con tu túnica esta noche —le prometí.

—Tú sí que eres un sol —sonrió, alzando los pulgares, y me lanzó un beso.

—Apuesto a que no echas de menos los turnos de noche, Beth —dijo Harold mientras Sara desaparecía de nuevo por la recepción.

—No —dije—, para nada. Mi reloj corporal se ha reajustado felizmente a horarios de trabajo más regulares y es agradable tener las tardes para hacer otras cosas.

—¿Como coser trajes de recreación Iceni?

—Exacto —reí.

—¡Estás prosperando, querida! —sonrió Harold.

—Pues sí —acepté, feliz—. Y ahora, ¿a quién le apetece ayudarme a regar estas plantas?

Además de los nuevos puzles, rompecabezas y juegos, las plantas de interior también habían tenido mucho éxito. Tanto es así que, al día siguiente de sacar las dos primeras, Sandra me trajo otra.

Ninguna de ellas era la original de mi colección, pero las plantas araña y las pocas macetas de hiedra que había donado habían crecido a partir de sus crías y esquejes. Eran fáciles de cuidar y, por su porte rastrero, proporcionaban muchas hojas y causaban impacto sin ocupar demasiado espacio.

—¡Yo! —dijo Greta, abandonando la vida en la granja.

Cuando terminé de trabajar el viernes, la rifa seguía sin parecer espectacular y empezaba

a pensar que no iba a ganar nada con ella, pero lo que no sabía era que alguien se había desvivido en secreto por ayudarme.

—¿Qué está pasando? —le pregunté a Eli cuando entramos juntos en el Grow-Well a primera hora de la tarde del sábado y los ojos de todos se volvieron hacia nosotros.

—Ni idea. —Se encogió de hombros, pero ahora lo conocía lo suficiente como para saber que estaba en el ajo.

Entrecerré los ojos para intentar que soltara prenda, pero no me miró.

—Vamos —dijo, intentando ocultar una sonrisa—, comamos antes de que se acabe todo. Me muero de hambre.

Llevábamos toda la semana plantando y comiendo ensaladas, ya que el calor de principios de verano había dado un empujón a todo. Incluso algunos tomates empezaban a mostrar un poco de color y las primeras hileras de rúcula empezaban a brotar.

—Ya pensábamos que no veníais —dijo Lisa, entregándonos un plato a cada uno.

—Culpa mía —dijo Eli, sirviéndose un puñado de hojas de la ensaladera—. He tardado una eternidad en cerrar la cafetería esta noche. No podía deshacerme de los últimos rezagados.

—Pero sí que vas a venir a The Dragon, ¿no? —le preguntó Neil.

—Sin duda —dijo—. Ahora que me he decidido, no me lo perdería por nada del mundo.

—¿Vienes, Beth? —me preguntó Poppy.

—No es el tipo de cosas que le gustan a Beth —dijo Eli, respondiendo en mi nombre.

Lo miré indignada y él sonrió.

—Puede ser. —Hice un mohín, aunque no tenía ni idea de lo que estaban hablando.

—Créeme —susurró Eli, inclinándose hacia mí—, no lo es.

—Eso lo juzgaré yo —dije, fingiendo enfurruñarme e ignorando las sensaciones que despertaba su suave aliento en mi clavícula.

—Hay una noche de micro abierto —explicó Neil—. Todos los talentos musicales son bienvenidos.

—Oh —dije—, en ese caso, no.

—Ya te lo decía yo —sonrió Eli.

—¿Has decidido si vas a participar, Eli? —preguntó Mark, lo que tuvo el efecto inmediato de borrarle la sonrisa de la cara—. ¿Vas a tocar?

—No —dijo, con un encogimiento de hombros que no era tan indiferente como me di cuenta que había pretendido—. Esta noche no.

De ahí deduje que había sido él quien había estado tocando la guitarra el domingo. No se había explayado mucho, pero lo poco que había oído era precioso. Estuve a punto de mencionarlo, pero entonces me di cuenta de lo incómodo que parecía.

—No puedes posponerlo para siempre, ¿sabes? —dijo Neil, sin darse cuenta del malestar de Eli como yo.

—¿Sabes? —respondió Eli con la voz ronca—, yo creo que sí.

—Bueno —interrumpí con rapidez—, ¿qué tal la semana?

—Bien —dijo Poppy.

—No ha estado mal —añadió Lisa.

—Pero ni de lejos tan buena como está a punto de ser la tuya —sonrió Graham.

—¿Qué? —Fruncí el ceño—. ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Aun así, mi compañero se negaba a confesar.

—Eli nos habló de la rifa que organizáis en la fiesta del jardín de la residencia de ancianos —dijo John cuando Eli apretó los labios.

—Apuesto a que Sara y Harold también lo mencionaron —interrumpió Eli, poniéndose rosa.

—No con tanto entusiasmo como tú, amigo —se burló John.

—Y hemos venido con algunas donaciones —sonrió Lisa—. Unas cuantas cosas que pensamos que podrían ayudar a animarlo un poco.

—Vaya —dije, dejando mi plato y ofreciéndole a Eli una sonrisa de agradecimiento, a pesar de que él seguía intentando quitarle importancia al papel que había jugado—. Muchísimas gracias. Es fantástico.

Sus ojos se encontraron por fin con los míos y sentí un cosquilleo en las tripas.

—Aún no sabes lo que se nos ha ocurrido —rio John.

Cuando terminaron de enumerarlo todo, me sentí aún más agradecida. Hubo donaciones de alimentos de Mark en forma de una selección de pasteles de Blossom's, una variedad de encurtidos y conservas de Poppy, copias firmadas del último libro de Lisa, tres horas de paseo de perros por parte de Ryan, algunas criaturas de fieltro de Heather y una enorme caja de plantas y productos cultivados en el Grow-Well, que serían seleccionados y entregados en el día, junto con los pasteles.

—No tengo palabras —dije, llorosa y preguntándome cómo reaccionaría Eli si le diera un abrazo. Realmente me había salvado el día y abrazarlo era lo menos que podía hacer...

—Espera —dijo Finn, el compañero de Freya, que era artista y hacía hermosas esculturas con chatarra—. Aún no hemos terminado.

La pièce de résistance iba a ser una pequeña escultura de un dragón que él había creado ingeniosamente en su estudio, en los terrenos de Prosperous Place. Solo eso ya valdría una pequeña fortuna y pensé que podría intentar organizar una subasta por ello, en lugar de incluirlo en la rifa general.

—Ahora sí que me he quedado sin palabras —tartamudeé mientras Eli me entregaba una colección de vales, que había conseguido que donaran los propietarios de las tiendas de la calle donde estaba la cafetería.

—Hay uno de Colin, de la librería —explicó—; otro de Lou, que regenta el local *vintage*; un tercero, cortesía del encargado de On the Box y, por supuesto, uno de la cafetería.

—¿Tú has hecho esto? —dije con los ojos llenos de más lágrimas.

—Todos lo hemos hecho —respondió, avergonzado, mientras se pasaba una mano por la nuca—. Sabía que significaba mucho para ti y te preocupaba no tener tiempo para hacer diferentes cosas, así que todos pensamos qué podíamos hacer.

Lisa no se conformó con su explicación desinteresada.

—Pero fuiste tú quien nos organizó a todos y luego fuiste por las tiendas, Eli —dijo.

—Sí, bueno... —balbuceó, incómodo de nuevo.

Incapaz de resistirme un segundo más, le eché los brazos al cuello y lo apreté contra mí. Él me devolvió el abrazo con la misma fuerza y, mientras me aferraba a él, mi calor se fundió con el suyo. En ese momento lo supe. Supe que estaba empezando a enamorarme de mi amable y atento compañero de piso.

—Todos estábamos implicados —dijo con la voz ronca, aflojando despacio su agarre y mirándome, pero manteniendo sus manos ligeramente apoyadas en mi cintura.

Sus pupilas se dilataron y me pregunté si él también sentía algo. ¿Sentía la misma chispa que me estaba encendiendo por dentro? Una parte de mí deseaba desesperadamente que fuera así, pero tenía miedo. Sabía que era poco probable, pero ¿y si los dos sentíamos lo mismo y empezábamos una relación que acabaría mal? Uno de los dos tendría que mudarse...

—Bueno —dije, apartando este pensamiento. No tenía tiempo para preocuparme por una relación, ni siquiera por una imaginaria. Necesitaba concentrarme en hacer que mi nuevo trabajo fuera un éxito, y el acto de amabilidad de Eli iba a ayudarme mucho a conseguirlo—. Gracias. Gracias a todos.

Me alejé un paso y luego abracé con rapidez a todos los demás, para que no pareciera que Eli era especial. Sin embargo, era innegable que nadie me había abrazado como él. Había hallado refugio y consuelo en su abrazo, y un montón de efervescencia.

—Muchas muchas gracias a todos —dije por enésima vez, mientras miraba de nuevo los vales que había sobre la mesa e imaginaba lo maravillosas que iban a quedar las fabulosas donaciones preparadas para la fiesta en el jardín.

—Y a Graham y a mí también se nos ha ocurrido algo —dijo Carole—, aunque no es para la rifa y necesitará la aprobación de la directora de la residencia si queremos que sirva para algo.

—Suena sospechoso —rio John.

—No, no es así —interrumpí rápidamente—. ¿Qué pasa, Carole?

—Bueno —dijo, ignorando a John, por lo que supuse que no era la primera vez—, nos preguntábamos si podríamos ofrecer nuestra experiencia. Graham es un gran jardinero y yo soy una repostera bastante decente.

—Eres una repostera brillante —interrumpió Mark, lo cual era un gran cumplido, dado su nivel de habilidad y talento.

—Gracias —sonrió, sonrojándose por el elogio—. Nos preguntábamos, Beth, si tal vez Graham podría crear un pequeño club de jardinería en la residencia y yo podría dirigir algunas sesiones de repostería. Nada lujoso, solo galletas y pasteles de ángel, ese tipo de cosas. Mínimos ingredientes, máximo sabor.

—Y tal vez podríamos asociar la jardinería con un par de visitas aquí a lo largo del año —añadió Graham—. Harold me ha dicho que algunos de los residentes echan de menos salir de excursión. Es cierto que no está lejos de la residencia, pero no deja de ser un cambio de aires.

—¿Qué te parece? —preguntó Carole.

—Creo que todos sois increíbles —balbuceé—. Sinceramente, no sé qué más decir.

—Y, viviendo con ella —dijo Eli, cambiando de sitio y esta vez acudiendo en mi ayuda —, puedo decirte que Beth no suele quedarse sin palabras.

Todos se rieron y yo volví a darles las gracias sin que se me saltaran las lágrimas. Después, recogimos todo, y los que iban a The Dragon se prepararon para partir.

—Si alguno de vosotros tiene tiempo libre mañana —dijo Luke, justo antes de que se disolviera la reunión—, Lisa y yo tenemos algo que deciros.

—¡Vamos a decírselo ahora! —gritó Lisa desde la cabaña donde ella y Carole estaban terminando de fregar los platos—. Sabes que me muero por hacerlo.

Luke negó con la cabeza.

—Creo que ya hemos tenido suficientes emociones por una noche —respondió—. Nos vemos en la plaza mañana a las once, antes de que haga demasiado calor.

Apenas asimilaba sus palabras cuando terminé de regar, volví por el jardín, rodeé la plaza y entré en casa con los vales que Eli se había tomado la molestia de recoger tan apretados contra mi pecho como Greta se aferraba a su caja de Fuzzy-Felt.

—¿Tienes idea de qué va esto? —le pregunté a Eli cuando nos sentamos juntos en la plaza unos minutos antes de las once de la mañana siguiente.

Iba a ser otro día caluroso y cerré los ojos e incliné la cara hacia el sol, dejando que su calor me llenara. Eli no dijo nada y, cuando abrí los ojos, descubrí que me estaba mirando. Se apresuró a apartar la mirada y empezó a arrancar puñados de hierba.

—No. —Tragó saliva—. Ni una pista.

—¿Lo pasaste bien anoche? —pregunté—. No te oí volver.

Supuse que debía habérselo pasado muy bien, ya que no había aparecido por su habitación hasta hacía unos minutos y el único desayuno que se había tomado era un vaso de agua y un par de analgésicos. Menos mal que no tenía que empezar su turno en la cafetería demasiado temprano.

—¡Te has perdido una noche genial, Eli! —gritó Mark desde el otro lado de la carretera, rompiendo la paz mientras esperaba a que Neil cerrara.

—¿No fuisteis a The Dragon? —Fruncí el ceño.

—No —dijo Eli—. Cambié de opinión justo después de llegar.

—¿Qué?

—¿Qué tal va tu cabeza? —preguntó Neil, mucho más bajo que su marido, cuando la pareja se unió a nosotros.

—Uy —dijo Mark, bajando la voz—. Lo siento, lo había olvidado.

—No pasa nada. —Eli se encogió de hombros.

Evidentemente, su cabeza no estaba bien y los analgésicos no habían sido para la resaca.

—¿Volviste directamente? —pregunté—. No te oí entrar.

—¡Buenos días a todos! —dijo Luke cuando él, Kate y las chicas se unieron a nosotros junto con casi todos los demás que ya habían aparecido.

Los niños empezaron a corretear y a perseguirse unos a otros, seguros gracias a que el parque de la plaza estaba delimitado por barandillas para que no se despistaran y se lanzaran a la carretera.

—Buenos días —dijo Carole con energía, sonando aún más eficiente que de costumbre —. No puedo quedarme mucho, ya que tengo un pedazo de falda para la cena y va a

necesitar vigilancia.

—No paro de decirte que lo hagas en la olla de cocción lenta, Carole —dijo Glen, el marido de Heather.

—Lo sé —dijo—, lo intentaré un día de estos.

Me daba que Carole era un animal de costumbres.

—Así lo pones y puedes olvidarte de él —dijo Glen con impaciencia.

—Bueno —dijo Lisa, dando un paso adelante e interviniendo—, por el bien de la cena dominical de Carole y Graham, intentaremos ser breves.

Miró a Luke en busca de confirmación y él asintió.

—Podéis culparme de esta idea si pensáis que suena demasiado a trabajo duro, y a Beth en realidad —añadió, señalándome a mí—. Pero de verdad, sé que a todos os va a encantar.

—¿Qué he hecho? —inspiré, ansiosa por no perder la simpatía de los demás.

Me habían hecho sentir tan bienvenida y habían sido tan generosos con los premios de la rifa que lo último que quería era enfadar a alguien sin querer.

—Nada —rio ella—. ¡Deberías verte la cara! Nada malo, al menos.

—Según tengo entendido —dijo Luke, ofreciéndome más explicaciones—, fuiste tú quien sugirió que el parque y los terrenos de Prosperous Place serían el lugar ideal para una feria de verano campestre, Beth.

—Ah, sí —dijo Graham, mirándome—, estuvimos hablando de eso el fin de semana que te mudaste, ¿no?

No creía haberlo expresado *tan* sucintamente, pero lo había mencionado.

—Y como todos sabéis —prosiguió Lisa, triste de repente—, ahora que el tan querido The Arches ha cerrado, estamos intentando recaudar dinero para comprar otro sitio y que el proyecto pueda continuar.

De repente, la temperatura en el parque parecía haberse disparado al menos cien grados. Sentía que me brillaba la cara y también sentía calor en las orejas.

—Estamos desesperados por continuar la buena labor que la difunta Moira Myers llevó a cabo durante tantos años —añadió Lisa mientras yo me tapaba la boca con la mano para ahogar un grito—, y aunque las cosas que hemos estado haciendo en la comunidad en general han sido estupendas, aún no lo hemos conseguido y se nos acaba el tiempo.

La hierba debajo de mí empezó a ondularse en ondas y el mar de caras a mi alrededor empezó a girar. Iba a vomitar o a desmayarme. The Arches había cerrado y Moira había muerto. ¿Cómo era posible?

Obviamente, ni el lugar ni la increíble mujer que había detrás formaban ya parte de mi vida, pero siempre había imaginado que seguirían adelante, ayudando y alimentando el talento de los demás. ¿Cómo no lo había sabido, sobre todo lo de Moira? Era una noticia devastadora y me conmovió profundamente, a pesar de que había cortado la conexión hacía mucho tiempo.

—Con el legado de Moira —dijo Jacob, la pareja de Poppy—, y una contribución de su hijo desde Estados Unidos, estamos cerca de comprar la capilla. El ayuntamiento ha dicho que nos autorizará a reconvertirla para que The Arches pueda volver a formarse allí, pero necesitamos un gran impulso recaudatorio para asegurarnos de que se haga

realidad antes de que los propietarios del edificio se cansen de esperar y empiecen a buscar comprador en otra parte.

No pude asimilar nada de lo que decía.

—Fue la sugerencia de Beth la que me animó y me hizo pensar —dijo Lisa, atrayendo de nuevo mi mirada desenfocada hacia ella—, pero queremos hacer algo un poco diferente a una feria normal. Algo que atraiga a todo el mundo y que sirva para mostrar el maravilloso talento creativo que Moira dedicó tantos años de su vida a cultivar.

—Así que —dijo Luke— a finales de agosto vamos a celebrar una feria de verano normal aquí, en el parque y en los terrenos, con los puestos habituales, concursos de disfraces y demás durante el día, pero por la noche...

—Seguramente hasta las tantas —añadió Lisa.

—Vamos a dar un concierto con teatro, música, danza..., que es por los que es famoso The Arches. Una especie de espectáculo.

—Pedimos a todos los asistentes actuales que participen —dijo Lisa—, y también vamos a hacer un llamamiento a caras del pasado para que contribuyan.

—Así que, si conocéis a alguien que haya estado relacionado con el lugar —dijo Luke —, por favor, hacédselo saber. Queremos que Moira se sienta orgullosa.

—Y seguir ofreciendo a los jóvenes creativos de la zona un lugar al que acudir ahora que, lamentablemente, The Arches ha desaparecido —añadió Lisa.

Capítulo 11

A pocos días de la fiesta en el jardín de la residencia, debería haber tenido más que suficiente para llenar mi cabeza y bloquear el anuncio de Lisa y Luke sobre la feria de verano, pero me resultaba imposible. La cadena de acontecimientos relacionados con la música, que había empezado a desarrollarse prácticamente desde el mismo momento en que supe de la habitación vacía de Kate en Nightingale Square, se había instalado apresuradamente en mi cabeza de forma permanente y todo era un revoltijo orquestado al azar.

En primer lugar, estaban mis pensamientos culpables sobre Pete. Se habían multiplicado por diez desde que su malhumorada dependienta me había dicho que seguía trabajando en On the Box, y ahora que Eli había conseguido un vale para el sorteo de la tienda, había profundizado en la conexión sin sospecharlo.

Luego estaba la obsesión de Eli por la música y su necesidad de llenar constantemente la casa con ella y, por último, para colmo, el mayor *shock* de todos: algunos de mis vecinos de Nightingale Square estaban involucrados con The Arches, que ya no existía, y también había perdido a Moira para siempre.

Era demasiado. El paraíso silencioso del que creía que mamá estaría tan orgullosa de que lo hubiera encontrado se estaba convirtiendo, rápidamente, en el lugar más ruidoso de Norfolk.

El domingo por la mañana, cuando todo el mundo se había marchado, Lisa se encargó de ponerme al corriente de los últimos acontecimientos en The Arches. Me contó los detalles como si yo nunca hubiera oído hablar del lugar y no dije nada para contradecir su suposición.

Todavía no se me olvidaba su sugerencia de que los antiguos asistentes actuasen en la recaudación de fondos, y estaba decidida a no ser una de ellos. Dicho esto, hacía tanto tiempo que no cantaba ni una nota que probablemente había olvidado cómo hacerlo, así que de todos modos no habría servido de nada.

Lisa me contó que el local original, situado bajo el puente del ferrocarril, se había perdido a causa de la venta y el consiguiente aumento del alquiler y que, tras la trágica desaparición de Moira, se había creado un comité de gestión para velar por los intereses del proyecto y garantizar que pudiera volver a ponerse en marcha y seguir realizando su maravilloso trabajo.

Lisa estaba al frente de todo, y con mucho orgullo. Sus tres hijos habían asistido a diferentes clases en The Arches después de mi estancia allí, y ella misma había dirigido las nuevas sesiones de escritura creativa que se habían añadido al programa justo antes de la muerte de Moira. Jacob, que era profesor en la zona y apoyaba con entusiasmo el proyecto, se ocupaba de la parte financiera junto con el hijo de Moira, que vivía en Estados Unidos.

—Era un lugar increíble, Beth —me había dicho Lisa con nostalgia, con la mirada

perdida mientras lo rememoraba—. No podemos perder su esencia. Tiene que continuar.

En mi mente, veía lo mismo que ella, pero no me atrevía a decir una palabra por miedo a que supiera que yo compartía la misma visión.

—Los voluntarios e instructores están dispuestos a seguir enseñando y apoyándolo —dijo, preocupada—, pero ¿durante cuánto tiempo? No podemos perder demasiados meses por si se ven absorbidos por otros compromisos, y nos aterroriza que alguien se haga con el nuevo local propuesto. Aunque los actuales propietarios nos han dado unos meses para reunir los fondos para comprarlo, eso no es ninguna garantía, ¿verdad?

Por mucho que intentara no pensar en ello mientras, sentada a la mesa del comedor, dibujaba otro cartel anunciando la fiesta en el jardín de esa tarde —esta vez con una lista de los premios de la rifa muy mejorados—, mis pensamientos no dejaban de desviarse hacia Moira y mamá, hacia Pete, The Arches y el recuerdo de mí misma cantando a pleno pulmón en el escenario.

Nunca me había importado si había público o no. Era feliz cantando por puro placer. Lo había sido, me corregí. *Había sido feliz* cantando por el puro placer de hacerlo.

—No te dejes arrastrar —me dije, sacudiéndome con decisión el recuerdo y sustituyéndolo por las duras palabras con las que me habían bombardeado después de mi audición en la universidad—. Ya es demasiado tarde para ti. Hace tiempo que perdiste tu oportunidad.

Tras una noche agitada, me dirigí al trabajo pegando los carteles y dejando otros en las tiendas que ya estaban abiertas. Había dado las gracias a Blossom, de la panadería, y a Lou, de la tienda *vintage* Back in Time, por sus aportaciones, pero no me atrevía a parar en On the Box.

Como Eli había recogido los vales tan amablemente, quizá pudiera obligarlo a dar las gracias a Pete. En cuanto se me pasó por la cabeza, Pete, el mismo Pete, salió de alguna parte y caminó hacia mí por la acera. Me quedé clavada, pero me libré de que me viera en el último segundo, cuando se le cayeron las llaves y me las arreglé para pasar corriendo mientras se agachaba a recogerlas.

A medida que avanzaba, no podía evitar la sensación de que una red se cerraba a mi alrededor e iba a tener que enfrentarme al menos a algunos de mis demonios, si no en un futuro inmediato, muy pronto. El destino parecía decidido a reunirnos de nuevo a Pete y a mí y, como ya había descubierto en el pasado, lo que el destino quería, lo conseguía. De un modo u otro.

—Esto es increíble —dijo Sandra cuando leyó la lista de premios de la rifa en el cartel que yo había colgado en el tablón de actividades—. Ahora me arrepiento bastante de mi promesa de dejar que te quedes con los beneficios de esto.

Esperaba que no fuera a cambiar de opinión.

—Beth no se va a quedar con el dinero —señaló rápidamente Charlie—. Es para nuestro fondo de actividades.

—No te preocupes —sonrió Sandra—, no voy a quitároslo, pero estoy de acuerdo en lo de la escultura, Beth. Eso hay que venderlo por separado.

—También necesitamos una forma mejor de anunciarlo. —Harold frunció el ceño—. No es que tu campaña de carteles no sea maravillosa, Beth, pero necesita un público

mayor que las pocas personas que pasan por aquí todos los días y recorren las calles de la ciudad.

Yo también pensaba lo mismo. Finn me había enseñado la exquisita figura de metal y yo la había fotografiado y añadido al sitio web de la residencia, junto con los listados de eventos de la comunidad local en Facebook, pero seguía sin ser suficiente.

—Quizá podríamos publicar algo en el periódico —sugirió Charlie.

—Estoy enviando unas palabras sobre la fiesta a un periodista amigo mío, así que añadiré la foto —dijo Sandra—, y esta tarde —añadió, poniéndose ligeramente rosa—, tengo que ir a la radio para hablar de todo el buen trabajo que estamos haciendo aquí, así que sin duda mencionaré todo esto.

Los demás intercambiamos una mirada. Todos sabíamos que a Sandra le gustaba estar en el candelero y ser el centro de atención, pero esto era un nivel completamente nuevo, incluso para ella. Me atrevería a decir que su preocupación por las habitaciones vacías era el motivo de la entrevista y que no esperaría mucho para meter el tema en la conversación. Sin duda, le daría una vuelta de tuerca a la mención de las habitaciones con el programa de actividades actualizado y revisado y nuestro buen trabajo, como ella lo llamaba.

—Deberías llevarte a Beth contigo —dijo Harold, haciendo de abogado del diablo.

—No, no debería —respondí enseguida—. Beth tiene más que suficiente con todo el trabajo que tiene aquí, muchas gracias.

Sandra me miró especulativamente.

—Eso podría ser una idea para el futuro, Harold —dijo—. Cuando empieces a organizar más de esas maravillosas actividades que has planeado, podríamos invitar a los medios de comunicación, Beth. Esa idea de las mascotas...

—Bueno —interrumpí en voz alta, antes de que Charlie lo oyera. No lo había mencionado todavía porque no quería darle esperanzas, ni a él ni a nadie, por si acaso—. Ya veremos. Primero, centremos toda nuestra atención en que la fiesta en el jardín sea un éxito, ¿vale?

—Sí —dijo Sandra, consultando su reloj—. Pensándolo bien, será mejor que me vaya ya al estudio. No debo hacer esperar al presentador.

—Otro amigo, ¿verdad? —no pudo resistirse a preguntar Harold.

—Sí —dijo Sandra con rigidez—. Lo es, en realidad.

Por la tarde, nos sentamos todos alrededor de la radio en la sala común. Tanto el personal como los residentes estaban deseosos de escucharla.

—Esto me recuerda a la guerra —se rio Greta, observando nuestras expresiones ansiosas.

Sara me miró y me guiñó un ojo.

—No puedes tener edad para recordar la guerra —dijo Bob, beligerante.

—Sí, puedo —respondió Greta con petulancia. Le bastaba un segundo para erizarse—. Recuerdo sentarme en las rodillas de mi madre y escuchar...

—Silencio —dijo Harold, subiendo el volumen cuando terminó la introducción del programa—. Esto empieza.

—¿Winston Churchill? —preguntó Greta.

—Sandra, chiflada —siseó Ida con la firmeza suficiente para callar a Greta.

Mi jefa hizo un gran trabajo vendiendo las habitaciones y la fiesta en el jardín, y el presentador quedó extasiado cuando le enseñó la foto de la escultura de Finn.

—¿Subastarán la escultura en la fiesta? —preguntó.

—Ese es el plan —dijo Sandra con suavidad, aunque aún no habíamos concretado los detalles.

Me di cuenta por su tono de que estaba pensando y me pregunté con qué iba a salir a continuación. No tuve que esperar mucho para averiguarlo.

—Si tuviéramos a alguien con talento para dirigir la subasta —suspiró, y casi pude oír cómo agitaba las pestañas—, seguro que entonces recaudaríamos aún más dinero.

Las ondas se silenciaron, pero solo por un segundo.

—Bueno —anunció el presentador con su mejor voz radiofónica—, pensaba pasarme por la fiesta en algún momento de la tarde...

—¿En serio? —se sorprendió Sandra.

—Sí.

—En ese caso —dijo, sonando tan atrevida que me horroricé, y me di cuenta de que Sara también—, sé que es una petición descarada, pero ¿qué te parecería hacer los honores y llevar las pujas por nosotros?

—¿Yo?

—Sí —dijo ella con voz sedosa—, tú.

—¿Están flirteando? —murmuró Bob antes de que lo hiciéramos callar.

—Bueno —dijo el presentador, sonando encantado—, supongo que podría, ¿no?

—Te lo agradecería mucho —prácticamente ronroneó Sandra, y Greta empezó a hacer lo que yo esperaba que fueran arcadas fingidas.

—Nos vemos el domingo —dijo el presentador, con una sonrisa en la boca—. ¿Por qué no se unen a nosotros? —dijo, sonando de nuevo muy serio.

Terminó la entrevista con un recordatorio de la fecha y la dirección en la que se encontraba la residencia Edith Cavell, y todos le aplaudimos y vitoreamos.

—Bueno —dijo Harold, impresionado, cuando apagó la radio—. Es una buena locutora, ¿verdad?

—Asqueroso —resopló Bob.

—Solo un poco —rio Ida, ignorándolo—. Será una fiesta para recordar, ¿a que sí?

—No te equivocas —seguí riendo, con mis preocupaciones momentáneamente olvidadas.

Por desgracia, mi buen humor no duró y el sol tampoco. El miércoles por la tarde hacía frío, estaba lloviznando y era un día horrible. No creía que nada fuera a borrar la justificada sonrisa de satisfacción de Sandra después de la radio, pero el empeoramiento del tiempo sí lo hizo.

—Te recojo por la mañana si quieres —se ofreció mientras me preparaba para irme, eligiendo el paraguas más grande que encontré en recepción—. No queremos que los premios de la rifa se estropeen con la lluvia, ¿verdad?

—Desde luego que no —asentí—. Gracias, Sandra. Te agradecería que me llevaras.

Había intercambiado el número de móvil con algunos de mis vecinos y Lisa me había

mandado un mensaje para decirme que reuniría a todo el mundo y llevaría sus libros firmados, las figuritas de fieltro de Heather, las plantas del Grow-Well, las botellas y los tarros de Poppy, junto con la escultura de Finn, directamente en su coche.

Se disculpó por no tener tiempo de llevarlo todo a la residencia, pero dije que no se preocupara y que me las arreglaría. Gracias a la oferta de Sandra de llevarme en coche, el transporte de los premios era una cosa menos de la que preocuparse.

Los pasteles y los productos frescos llegarían el día de la fiesta, así que tampoco tenía que preocuparme por ellos todavía, y los vales, junto con la promesa de Ryan de pasear a los perros, eran solo sobres y, por lo tanto, no había problema.

A pesar del cambio intempestivo del tiempo, al menos algunas cosas empezaban a encajar y, cuando ayudé a Lisa a sacarlo todo del coche y lo revisé, estaba de un humor más alegre que el que había tenido desde las revelaciones sobre The Arches.

Lo puse todo en la mesa del comedor e hice un par de fotos, con la escultura como centro de mesa, desde distintos ángulos. Creo que nunca había visto premios mejores para la rifa y la subasta; junto con lo que ya me habían dejado en el trabajo, sabía que iba a ser espectacular y, con suerte, muy beneficioso para el fondo de actividades.

Atrapada en mis pensamientos mientras me ponía a preparar la cena, no oí entrar a Eli, así que no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba observándome.

—Mierda —maldije al darme la vuelta y verlo enmarcado en la puerta de la cocina. Estaba empapado, pero tenía una sonrisa de oreja a oreja—. Mierda, mierda, mierda —volví a maldecir al darme cuenta de que me había llevado al corazón la mano que sostenía una cuchara de madera cubierta de salsa—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —sonrió, entrando en la habitación—. He estropeado tu delantal también.

Arrancó unas cuantas hojas de papel de cocina y me las entregó.

—Supongo que crees que ahora estamos empatados —dije, recordando el café con el que lo había cubierto el día que nos conocimos.

—Más o menos —rio.

Miré hacia arriba y vi que seguía sonriendo.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, frotando ineficazmente la mancha.

Era a base de tomate y, por tanto, costaría una barbaridad eliminarla.

—Estabas tarareando —rio Eli.

Mi mirada se desvió un momento hacia la suya y luego, de nuevo a la mancha.

—No es verdad —espeté, a la defensiva y en alerta máxima.

No había estado tarareando, ¿verdad? Mi corazón se había acelerado, pero no con un ritmo específico.

—Sí que lo es —asintió.

—Tonterías.

—Estabas cantando.

—No te creo —insistí, aunque su insistencia me estaba haciendo dudar.

—*Bloom*, de los Paper Kites —dijo, mirándome directamente a los ojos—. Inconfundible.

Dadas las horas que pasaba poniendo la canción en bucle, no me habría extrañado que se me hubiera quedado grabada en la cabeza, pero seguía sin querer reconocer que podía

tener razón. A mí no se me pegaban las canciones. Era inmune.

—No te creo —volví a decir, dándome la vuelta antes de que viera las delatoras lágrimas de frustración.

—Sabía que al final conectarías con la música —dijo, feliz, acercándose a mí para coger la tetera y sonando emocionado.

—No he conectado con nada —tragué saliva, enjugándome las lágrimas antes de girarme de nuevo hacia él—, porque no estaba tarareando, y si lo estuviera —contraataqué de inmediato—, no me extraña que fuera esa maldita canción porque es la única que tocas siempre.

—No es verdad —dijo.

—Sí que lo es.

Su sonrisa desapareció mientras yo seguía adelante.

—Eso es todo lo que oigo salir de tu habitación estos días —dije, poniéndome un poco desagradable—. La misma melodía, la misma letra, el mismo tono. Oh, no me digas —me burlé, yendo demasiado lejos para cubrir lo emocional que me había hecho sentir—, ¿es amor no correspondido? No, espera. Es una canción de ruptura, ¿verdad?

Golpeó la tetera contra su base.

—No —dijo en voz baja—. No es una canción de ruptura.

Debería haber parado entonces, pero no lo hice.

—¿Por eso no tocas la guitarra en público, Eli? —pregunté cruelmente.

—¿Qué?

La mortificación en su cara demostró que había tocado fibra sensible.

—¿Tienes una canción sobre tu ruptura?

Mi ataque no tenía ninguna justificación en absoluto, pero ahora estaba desatada, no parecía haber forma de volver a exprimir mi frustración contenida.

—Tú y tu estúpida obsesión por la música —continué, furiosa.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y salió. Salió de casa dando un portazo y yo me quedé de pie en la cocina, horriblemente consciente de que acababa de tener una reacción exagerada y de que me había convertido en la peor versión de mí misma, y todo porque él había dicho que me había oído tararear lo que, de hecho, era una melodía muy bonita.

Capítulo 12

No creo que Eli volviera a casa esa noche, y si lo hizo, no lo oí. Mi semana había estado plagada de pensamientos sobre la proximidad de Pete, la conexión de mis vecinos con The Arches y la discusión con mi compañero. Y justo cuando empezaba a pensar que esa semana, a pesar de la maravillosa selección de premios de la rifa y la subasta y el pronóstico afortunadamente más soleado para el domingo, no podía ser peor, lo fue.

Como había prometido, Sandra me recogió para ir a trabajar. El cambio de tiempo le había devuelto el buen humor y le había recordado lo bien que había promocionado la fiesta en la radio. Seguía estando emocionada por haber engatusado al presentador para que hiciera acto de presencia y me daba la impresión de que era muy posible que se hubieran visto desde entonces. También tenía prisa.

—Hoy se muda un nuevo residente —dijo mientras yo me apresuraba a abrocharme el cinturón de seguridad—, así que espero que la circunvalación no nos depare esta mañana ninguna sorpresita como la última vez que te llevé.

No solía preocuparse demasiado por estar presente cuando llegaba un nuevo residente, así que no tenía ni idea de por qué se preocupaba por estar allí cuando este cruzara el umbral. Dicho esto, sabía que le interesaba llenar las habitaciones vacías, así que tal vez fuera eso, pero su tono y su expresión daban a entender que había algo más.

Abrí un poco la ventanilla. Me había sentido decididamente mareada desde mis palabras inusualmente mezquinas hacia Eli, y me aterraba imaginar lo que debía pensar de mí. Le había enviado innumerables mensajes, pero no había respondido a ninguno y, para ser sincera, no podía culparlo. Si yo estuviera en su lugar, tampoco habría querido hablar conmigo.

—¿Has oído lo que acabo de decir, Beth? —me preguntó Sandra con impaciencia.

—Sí —mentí, mirando hacia el tráfico, por suerte fluido.

—Entonces, ¿entiendes por qué tengo tanta prisa?

—Ajá.

Me había perdido su explicación de por qué tenía tanta prisa.

—¿Estás bien? —Frunció el ceño—. Pareces un poco pálida.

Abrí la boca para contestar, pero ella continuó antes de que tuviera la oportunidad.

—No vendrás con ningún imprevisto, ¿verdad? —exigió con la voz al menos tres octavas más aguda—. Porque te voy a necesitar el domingo. Todo el mundo a cubierta; todos los puestos ocupados todo el día.

Sonaba casi maníaca. Sabía que había mucho en juego, sobre todo ahora que una celebridad local iba a asistir para pujar en la subasta, pero, aun así, su falta de simpatía era un poco chocante. Luché contra el impulso de decirle que se calmara y asentí, sin dejar de mirar por la ventanilla durante el breve trayecto hasta el trabajo.

La sala de personal se estaba llenando con rapidez de todo tipo de objetos para los distintos puestos, juegos y eventos, así que Sandra sugirió que guardáramos la estatua de

Finn en su despacho, que tenía más espacio y se cerraba con llave cuando ella no estaba.

—No es probable que nadie la robe allí —dijo, pasando las manos ligeramente por las alas de metal liso y las juntas perfectamente soldadas.

Habiendo visto el brillo en los ojos de Greta cuando vio el encantador dragón, no estaba tan segura de eso, y si Sandra hubiera visto su mirada codiciosa, tampoco lo habría estado.

—Agradable, ¿verdad? —reflexionó.

Estaba a punto de advertirle de que Greta podría estar sintiendo lo mismo cuando un grito tremendo se elevó en la sala común y casi se me salió el corazón por la boca. El estallido vino seguido inmediatamente por una cacofonía de gritos y vítores.

—¿Qué demonios? —jadeé.

—Ya está aquí —dijo Sandra, soltando al dragón, y me agarró del brazo en un inesperado momento de ternura—. Ha llegado pronto. Maldita sea. Debería haber esperado en recepción, por si acaso.

—¿Quién está aquí? —pregunté, siguiéndola fuera del despacho y cerrándolo en su nombre porque se le había olvidado—. ¿Quién ha llegado pronto? ¿Qué pasa?

Cuando la alcancé, parecía que se había desatado el infierno. Alguien estaba tocando *Great Balls of Fire,* de Jerry Lee Lewis, en el viejo y polvoriento piano, que no se había tocado en años, y no se contenían. Estaban aporreando las viejas teclas y los residentes gritaban la letra casi tan alto como la música. Lo que vi me dejó helada.

—¡Dios mío! —grité para mis adentros, porque nadie más estaba escuchando. De hecho, y más concretamente, nadie más podía haber oído—. Alguien se va a romper una pierna.

Con los bastones en alto, las caderas se contoneaban, aunque chirriantes, las cabezas se balanceaban y las cuerdas vocales se ejercitaban con más vigor que en años. Décadas, en algunos casos.

—¿No es maravilloso? —gritó Sandra, tan excitada como el resto mientras Charlie la hacía girar con entusiasmo.

No podía creer lo que veía. ¿Qué demonios estaba haciendo y, más aún, quién había perdido sus modales siempre profesionales y a menudo impersonales?

—Brillante —murmuré, agachándome para ver quién era el responsable del alboroto.

La multitud no me permitía ver bien a la persona que estaba sentada en el taburete, ni acercarme lo suficiente para cerrar la tapa del piano. Todo lo que pude ver fue la parte superior de un sombrero de fieltro ligeramente maltratado.

—Sabía que animaría la residencia —rio Sandra al pasar volando de nuevo—, ¡pero no esperaba que empezara nada más entrar!

—¿Quién? —grité, pero no me oyó.

Para alguien tan obsesionada con los tropiezos y el peligro de los suelos irregulares, no parecía en absoluto perturbada por el hecho de que algunos de los residentes más inseguros hubieran abandonado sus sillas de ruedas.

—*¡Rock and roll!* —gritó Greta al pasar.

—Greta —dije, cogiéndola de la mano—. ¿Qué está pasando?

—Ahora podemos cantar todos los días —sonrió—. Música en directo cuando

queramos.

—E incluso cuando no queremos —murmuré—. Eso es... genial.

La melodía finalizó con una sonora floritura y la tapa del piano se cerró. Hubo una fracción de segundo de silencio y luego volvieron los vítores. Esta vez no duraron tanto porque, como era de esperar, todo el mundo se había quedado sin aliento. Podía oír el jadeo de los pulmones incluso por encima de los crujidos de los huesos. Si no se calmaban todos, no se harían más viejos.

—Querida señora, querida señora —dijo el hombre del piano, que había girado sobre el taburete y se había puesto en pie en cuanto vio a Sandra—. Espero que no le importe que haya anunciado mi llegada.

—En absoluto —sonrió Sandra, más animada de lo que nunca la había visto, mientras se abanicaba la cara sonrojada con las manos.

—La mayoría de la gente llama al timbre de recepción —se rio Ida.

—¡Le he abierto yo! —declaró Greta, abriéndose paso entre la multitud de adoradores —. He visto llegar su taxi y lo he dejado pasar.

Puede que le apeteciera anunciar el papel que había desempeñado al admitirlo en las instalaciones, pero en el fondo sabía que Sandra estaría que echaba humo. Íbamos a tener que vigilar más de cerca a Greta. Normalmente luchaba por salir, no por dejar entrar a la gente. Y este hombre podría haber sido cualquiera.

—Bien hecho, Greta. —Me asombré al oír decir eso a Sandra—. Sin ti, no habríamos tenido esta maravillosa presentación.

Y allá que se iban mis suposiciones. Si estaba molesta, el sentimiento estaba enterrado muy muy profundo.

—Pero podría haber sido cualquiera —señalé, dando un paso adelante.

—Tonterías —sonrió Charlie.

—¿Cómo puede ser cualquiera? —Greta suspiró con indulgencia, volviendo los ojos de cierva hacia el objeto de su afecto.

Mis ojos se cruzaron con los del gran artista. Me sorprendió comprobar que los suyos eran del azul más brillante y centelleaban con picardía. No había ni una catarata ni una película reumática a la vista. Volví a apartar la mirada, molesta por haber sabido que no era un cualquiera si hubiera prestado atención a lo que Sandra me había dicho en el coche.

Ese hombre, ese caballero de aspecto elegante, con su camisa y corbata a juego y su sombrero elegantemente inclinado, era sin duda el nuevo residente al que ella había estado tan interesada en dar la bienvenida en persona a la residencia Edith Cavell.

—Creo que no nos conocemos —me dijo el caballero, tendiéndome la mano—. Estoy seguro de que no estabas aquí cuando vine a hacer un reconocimiento del lugar.

—No —dije, estrechando su mano, lo cual era genial, a pesar de que acababa de aporrear el piano hasta desafinarlo al menos siete tonos—, creo que no estaba.

—Beth —dijo Sandra—, este es...

—Freddie Fanshawe —dijeron Greta e Ida a la vez, antes de soltar una carcajada.

—*Ese* Freddie Fanshawe —dijo Charlie, como si acentuar el «ese» marcara la diferencia.

—Encantado de conocerla —dijo Freddie Fanshawe.

—Igualmente —sonreí con falsedad, pensando que estaba cualquier cosa menos encantada.

—Sabes quién es, ¿verdad? —Bob frunció el ceño.

Incluso él parecía feliz por una vez.

—Eh...

—No avergüences a la pobre chica —dijo Freddie—. Ha pasado mucho tiempo desde que mi nombre estaba en boca de todos.

No podía decidir si era arrogante o simplemente muy seguro de sí mismo.

—Todo el mundo quería un poquito de Freddie en aquellos tiempos —se sonrojó Ida.

—Si no recuerdo mal, Ida Willis —respondió Freddie con desenfado—, te llevaste más que un poquito.

Ida se puso aún más roja y Greta parecía furiosa. Apostaría cualquier cosa a que habría lágrimas antes de que se acostaran.

—¿Qué tal otra canción? —gritó alguien desde el fondo de la sala.

—¿Qué tal si llevamos al señor Fanshawe a su habitación? —repliqué, señalando el camino para que el hombre del momento pudiera ir delante.

Cuanto antes lo separara del piano, mejor.

—¿Y quizá tomar una buena taza de té? —sugirió—. Estoy sediento después de esa actuación.

—Por supuesto —dijo Sandra, acercándose, y enlazó su brazo con el de él—. Yo guiaré al señor Fanshawe, Beth.

—Llámame Freddie, por favor.

—Yo me ocuparé de Freddie —corrigió con una sonrisa—. Estoy segura de que tienes muchas cosas que hacer.

—Empecemos a hacer una lista de canciones para el ensayo del viernes —dijo Greta, tirándome de la manga en cuanto la pareja se perdió de vista y como si eso fuera a ocurrir.

Ella e Ida se empujaban para llegar primero al armario de los recursos. Me mordí el labio mientras las observaba. Eli podría haber pensado que me había oído tararear a los Paper Kites, pero ahora tenía a Nat King Cole cantando *There May Be Trouble Ahead* sonando en bucle en mi cabeza.

—¿Me lo he perdido? —preguntó Harold, entrando a toda prisa, acalorado.

Sara lo seguía de cerca.

—Tranquilo, Harold —dijo—. Te vas a hacer daño.

—Si te refieres a un tal señor F —le informé, porque solo podía referirse a una persona —, entonces sí, te lo has perdido. Bueno, su llegada, al menos.

—¿Ha tocado *Great Balls of Fire*? —preguntó Harold, quitándose el sombrero para abanicarse con él.

—Sí —dije—. En voz alta.

—Sabía que lo haría —rio Harold—. Esa era siempre su pieza clave para animar las fiestas.

—¿No es de Jerry Lee Lewis? —pregunté sardónicamente—. ¿Por qué nadie me

mencionó que esta celebridad menor se había dignado a descender hacia nosotros?

Sabía que había sonado mal, y lo más probable era que Sandra me lo hubiera dicho, pero mis sentimientos hacia Freddie Fanshawe no tenían nada que ver con su personalidad. Se trataba de la música. Ya había animado a Greta y a Ida para ensayar no sé muy bien el qué los viernes, y rápidamente me di cuenta de que no solo mi vida familiar estaba dominada por la música —o al menos lo estaba cuando Eli estaba en casa —, sino que mi vida laboral también estaba a punto de estarlo.

—No lo supimos hasta anoche —dijo Harold—. Sandra nos lo dijo después de cenar.

—Por lo visto —dijo Sara—, lo metió a escondidas para que echara un vistazo al lugar hace un par de semanas.

—Lo trajo de contrabando —me burlé.

—No quería que nos hiciéramos ilusiones —dijo Harold—. Freddie podría haber elegido cualquier sitio.

—Pero eligió este —sonrió Sara.

Ella también, no.

—No me digas, ¿tú también sabes quién es? —La miré con el ceño fruncido.

—Por supuesto —rio—. Cualquiera de aquí que tenga abuelos de su edad sabe quién es Freddie Fanshawe. Es el único artista sobre el que hablan sin parar.

—Eh —dijo Harold, dándole un manotazo con el sombrero—. No hablamos sin parar. Es muy bueno, eso es todo.

Sentí que mi cara se ponía roja.

—Lo siento, Beth —dijo Sara, mordiéndose el labio, cuando se dio cuenta de lo que había dicho—. No quería decir... Es decir...

—Está bien —sonreí—. No te preocupes.

Junto con Harold, era una de las pocas personas que sabían que yo no tenía familia. Ni padres, ni abuelos, ni tíos, ni primos, en la ciudad o fuera. La emoción de saber que había llegado el nuevo invitado de honor la había hecho olvidarlo y, dado lo que había pasado con Eli, ahora sabía que era mejor estar de humor para perdonar que para abrirle la cabeza a alguien.

—De acuerdo —me repuse, tanto para salvar sus sentimientos como los míos—. Voy a preparar la mesa para hacer algunos banderines para la fiesta en el jardín. ¿Quién quiere ayudar?

—¡Yo! —chilló Greta, empujando su bolígrafo de hacer listas en la mano de Ida—. ¿Podemos tener la radio encendida mientras la hacemos?

—¿Por qué no? —Me encogí de hombros.

Definitivamente, estaba librando una batalla perdida.

El viernes por la mañana entré en el trabajo con el corazón encogido. Me había faltado poco para llamar declarándome enferma, pero no lo hice porque no era mi estilo. Teníamos que terminar de preparar la fiesta en el jardín y, si iba a fingir que había pillado algún bicho cada vez que Freddie Fanshawe se sentara al piano, entonces mi estado habría sido terminal y habría sido mejor que dimitiera.

Mi humor se había ensombrecido aún más porque mis caminos y los de Eli no se

habían cruzado ni una sola vez en casa. Parecía que se desvivía por no estar cuando yo estaba y no había respondido a ninguno de mis mensajes ni a las notas que le había dejado pegadas en la nevera. Mi abatida reacción ante su empeño en evitarme no me dejaba ninguna duda de que mis sentimientos hacia mi compañero de piso eran mucho más que amistosos, y eso era otro problema más que añadir a la creciente lista.

Me había horrorizado al pillarme tarareando una tarde, demostrando así que Eli bien podía tener razón al haberme oído antes. Tenía que encontrar la manera de acorralarlo y disculparme. No solo por haberme enfadado, sino también por las crueles palabras que le había dedicado después. Eran totalmente injustificadas y fuera de lugar, pero, hasta que no consiguiera pillarlo, no tendría oportunidad de explicarme.

—Creo que eso es todo, ¿no? —dijo Sandra, cerrando su expediente con un chasquido tras nuestra última reunión del viernes antes de la fiesta en el jardín.

Había dejado a todos los residentes que querían participar en la sala común coloreando más banderines de papel. Habría preferido utilizar tela, pero las tijeras y las agujas necesitaban una supervisión constante y mi tiempo era demasiado limitado para estar vigilando todos sus movimientos. Si el tiempo era tan bueno como se preveía, el papel aguantaría bien, y me había resignado a un aspecto algo menos estético.

—Firmado, sellado y entregado —asentí, mirando la larga lista de mi cuaderno que Sandra y yo acabábamos de terminar de revisar—. Al parecer, hasta el tiempo está arreglado.

Había iconos de soles alineados hasta donde podía desplazarme en mi teléfono, lo cual suponía un gran alivio para todos. El bazar de Navidad fue un suplicio porque tuvimos que organizarlo en el interior, pero la fiesta en el jardín, como su nombre indicaba, era mucho más grandiosa y habría sido imposible organizarla dentro.

—¿Te ha dicho Sandra que me he ofrecido para entretener a las tropas el domingo? —me preguntó Freddie ese día, después de comer, mientras flexionaba los dedos antes del primer ensayo, que estaba previsto que empezara a las dos.

Me había dado cuenta de que algún descarado había colgado un cartel sobre el tema en el tablón de actividades, lo que hacía parecer que era una parte planificada de mi nuevo horario. Quise quitarlo, pero me contuve. Empecé a trabajar con el lema *«actividades inclusivas para todos» en la* cabeza, pero cada vez me resultaba más difícil cumplirlo, ahora que las cosas no salían como yo había planeado.

—Me lo ha dicho, sí —suspiré, sabiendo que no habría escapatoria de él dándole a las teclas—. Parece que vamos a llevar el piano a las puertas francesas para poder oírte desde el otro lado del jardín.

Freddie dejó caer las manos sobre el regazo y me miró a los ojos.

—¿Por qué tengo la sensación de que no te gusto, querida?

Sentí que me ardía la cara. Su franqueza era chocante y la intensidad de su mirada, inquietante. Levantó la barbilla y no me cupo la menor duda de que no iba a dejar que le diera gato por liebre. Supongo que, cuando caes bien —o, mejor dicho, todo el mundo te adora—, una *groupie* poco entusiasta sobresale como un perro verde.

—¿Cómo puedes pensar eso, Freddie? —sonreí, no obstante, intentando engatusarlo—. Ni siquiera te conozco.

—No se llega a mi edad sin aprender un par de cosas —dijo serio, con las cejas alzadas.

Desvié la mirada.

—No voy a romperle el corazón a Greta —susurró—, si es eso lo que te preocupa.

Me sorprendió que un atisbo de risa se abriera paso hasta mi boca, pero no la dejé salir. ¿Cómo lo había conseguido? Había visto la táctica funcionar en todos los demás, pero era la primera vez que su magia me afectaba. Tampoco le había dado la oportunidad de trabajar en mí antes.

—Pero ¿qué hay de Ida? —murmuré.

—Ni hablar. —Guiñó el ojo—. Ella rompió el mío hace años. No ha vuelto a ser lo mismo desde entonces.

Esa vez no pude contener la risa.

—Así que, venga —hizo un mohín—, dímelo. ¿Es la corbata? —preguntó—. O tal vez el corte de mis pantalones. Hay algo, ¿verdad? Y espero que no sea yo, porque tengo una necesidad imperiosa de gustar a todo el mundo.

Me di cuenta por su tono de que esta vez no estaba bromeando. De verdad quería gustarme a mí y a todos los demás. Mi mirada se desvió un instante hacia el piano. Apenas noté el movimiento, pero él lo vio.

—Dios mío —soltó, haciéndome dar un respingo—. Es la música, ¿no?

—No —dije, negando con la cabeza y mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie estaba escuchando—. Por supuesto que no.

—Sí que lo es —dijo—. Tiene que serlo. Te has puesto aún más roja de lo que estabas antes. ¿Mi repertorio es un poco anticuado para tu gusto o eres uno de esos paganos que odian la música de los que he oído hablar?

Se estremeció y yo volví a sonreír.

—¡Lo eres! —gritó—. ¡Eres una pagana!

—Calla —dije, poniéndole una mano en el brazo—. Por el amor de Dios.

—Le dijiste a Greta que no podía cantar porque no había nadie para tocar esto, ¿no? —Señaló mientras pasaba las manos sobre las teclas—. ¿Era verdad o era porque no querías oírlo?

No respondí. ¡Qué traidora era Greta!

—No puedo creer que no te hayas molestado en organizar nada —dijo, todavía tocando ligeramente una melodía que no reconocí—. Por lo que he oído, haces todo lo posible por animar la agenda de actividades y dar a todos la oportunidad de probar algo nuevo o de retomar algo viejo.

Me alegraba saber que los residentes —Greta, y probablemente Bob, aparte— eran conscientes del esfuerzo que yo estaba haciendo para introducir cambios tan positivos y habían citado mis palabras tal como las había pronunciado. Quizá Freddie no era el único con la necesidad de caer bien. ¿Era algo extraordinario o tan solo la naturaleza humana? Me encontré intentando igualar su honestidad anterior.

—La verdad es —me sorprendí al oírme decir mientras me inclinaba más hacia él— que la música lo fue todo para mí una vez. Era toda mi vida.

Me costó mucho admitirlo y, para ser sincera, no podía creer que lo hubiera hecho.

—¿Pero? —preguntó, tomándose mi anuncio con calma.

—Pero pasó algo y tuve que dejarlo.

Dejó de tocar.

—¿Tuviste que dejarlo? —Frunció el ceño.

Parecía muy sorprendido, como si la sugerencia fuera absurda y totalmente imposible de llevar a cabo. Por mucho que me resistiera a admitirlo, empezaba a pensar que podía tener razón.

—Sí. —Tragué saliva.

—Creo que será mejor que me cuentes toda la historia.

Me hizo hueco en el taburete del piano, y yo me senté a su lado y se lo conté todo. Todo. No me guardé nada. Cuando terminé, tenía lágrimas en los ojos y, mientras todos entraban, me agarró la mano.

Estaba tan conmovida como él y no tenía ni idea de cómo había conseguido hacerme soltarlo todo. No es que me hubiera obligado a decir una sola palabra, es que parecía tener el don de escuchar. Me preguntaba cuántos secretos de otras personas conocería.

Miré su mano agarrando la mía.

—No tenías por qué renunciar a ello —me dijo con seriedad, apretándome los dedos —. El hecho de que tu sueño no saliera como pensabas no significaba que tuvieras que abandonarlo. Lo que te dijo esa mujer fue una tontería. Has dejado que sus palabras tuvieran demasiado poder sobre ti, Beth.

Lo miré a la cara y vi que le caían lágrimas por las mejillas. No hizo ningún esfuerzo por secarlas o detenerlas. Estaba claro que Freddie era un hombre que sentía las cosas profundamente. Aunque no me atrevía a creer lo que me había dicho, apreciaba que mi triste historia le hubiera afectado y que no hubiera caído en saco roto.

—Quiero decir —sonrió entonces—, ¿por qué crees que estoy aquí sentado, preparándome para tocar para este grupo en la residencia Edith Cavell de Norwich, cuando una vez tuve mis miras puestas en un estilo de vida ostentoso en Los Ángeles?

Me intrigó y quise preguntarle por qué, pero no había tiempo.

—¡Vamos, Freddie! —gritó Charlie—. ¡Toca algo, amigo!

—Son casi las dos —añadió Greta.

Me soltó la mano, me empujó suavemente del taburete y se crujió los nudillos.

—¡Bien! —dijo, volviendo a ser el mismo de antes—. ¿Quién reconoce esta?

Capítulo 13

Cuando llegué a casa esa noche, sentía más que curiosidad por la vida y la época de Freddie Fanshawe. Su enigmático comentario me había dejado preguntándome cuál era su historia. ¿Por qué exactamente estaba tocando el piano en Norwich si una vez había puesto sus miras en la vida de Los Ángeles? Sin noticias de Eli, encendí el portátil mientras esperaba a que hirviera la tetera. Sabía que era una posibilidad remota, pero tal vez podría encontrar algo sobre el señor F en Internet.

Fui a la nevera a por leche y descubrí una nueva nota pegada en la puerta. Era de mi compañero, informándome de que no iba a estar en casa esa noche. También había garabateado que tenía problemas con el teléfono y que no podía enviar mensajes, lo que aclaraba en parte por qué no había respondido a ninguno. Sin embargo, su explicación no me hacía sentir más contenta.

Desde que le había saltado a la yugular, Eli se había desvivido por estar fuera de casa y a mí no me gustaba mucho ser la responsable de provocar la ruptura que se había creado entre nosotros. Y ahora iba a pasar toda una noche fuera... No podía evitar preguntarme dónde estaría y con quién.

En un intento por distraerme, volví a centrarme en mi búsqueda. Escribí el nombre de Freddie en Google y me sorprendió descubrir que tenía su propia página en Wikipedia y, aunque no siempre es la fuente más fiable, me proporcionó una breve historia antes de llevarme por varias madrigueras virtuales.

Incluso había vídeos de las actuaciones de Freddie subidos a YouTube y no me hizo falta desplazarme mucho para darme cuenta de que siempre había sido atractivo, carismático y un gran artista, pero descubrí que también había habido tristeza, pérdida y mucho drama en su vida.

—No puede ser —me quedé boquiabierta mientras mis ojos escudriñaban los detalles que, aunque incompletos, me daban una idea general—. Oh, Freddie.

La carrera musical profesional de Freddie había empezado formando la mitad de un dúo. Él y su compañera, tanto en la vida como en el escenario, Judy Hudson, habían sido todo un dúo dinámico a principios de los sesenta. Tras una actuación estelar en un concurso televisivo de talentos, se les consideraba estrellas en ciernes, pero entonces Judy conoció y se enamoró del director de espectáculos Ted Hunter.

Abandonó Reino Unido para vivir en Estados Unidos con Ted, llevándose supuestamente todo el material original de Freddie. A esto le siguió un pleito, pero, antes de que se llegara a un veredicto, Judy y Ted murieron en un accidente aéreo en Florida. El caso se archivó y, si lo que había leído era cierto, Freddie nunca había reclamado sus derechos de propiedad intelectual y me di cuenta con una sacudida de que nunca había vuelto a tocar nada original desde entonces.

Se había forjado una carrera muy diferente, optando por interpretar las canciones de otros artistas en lugar de escribir las suyas propias. No había renunciado por completo a

la música, sino que había encontrado otra forma de seguir haciendo de ella parte de su vida, tal y como me había insinuado. No podía decidir si sus acciones significaban que había triunfado o fracasado.

Cansada tras la agotadora semana, decidí darme un baño en lugar de ducharme y, mientras me tumbaba y dejaba que las burbujas se asentaran a mi alrededor, me di cuenta de que estaba tarareando de nuevo. Definitivamente, Eli tenía razón. La música estaba volviendo a mi vida, lo quisiera yo o no. Hasta esa semana, la casa había estado llena de ella y me había sentido sorprendentemente vacía sin ella, y ahora el trabajo también estaba inundado de ella.

Cerré los ojos, respiré hondo y canté en voz baja la primera línea de la canción que me había hecho arrancarle la cabeza a Eli. Me resultaba extraño oír mi voz, incluso extraña, y se me llenaron los ojos de lágrimas cuando canté la siguiente línea, un poco más alto y con más confianza.

Cuando el agua de la bañera se enfrió, ya había cantado todo un repertorio. Canciones que Eli había tocado, canciones que Freddie había cantado al piano, canciones que recordaba de memoria, cortesía de la preciada colección de vinilos de mamá. Fue estimulante, emotivo y agotador.

Freddie me había dicho que abandonar la música una vez que había llenado tu corazón era imposible, pero, como me había convencido a mí misma de que había logrado justo eso, no le había creído. Sin embargo, cuando empecé a temblar en el agua fría, me pregunté si tenía razón.

Durante todos esos años, mi amor por la música no se había desterrado definitivamente, como yo creía. Más bien, había permanecido enterrado dentro de mí, esperando su momento, y ahora el cambio de mis circunstancias lo había convocado. Había surgido, por fin había sucumbido a él, y me sentía igual de maravillosa al dejar que mi voz fluyera y se elevara como antes.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer con esos conocimientos, si es que iba a hacer algo, pero estaba segura de que tenía algunos errores que enmendar y que la mayoría de ellos estaban relacionados con la música. Aquella noche me acosté decidida a corregir el primero de la lista al día siguiente.

Intenté no obsesionarme con lo que iba a hacer o decir mientras me ocupaba de mis plantas de interior a la mañana siguiente. La rutina de regar, nebulizar y quitar el polvo solía reservarse para los domingos, pero ese domingo estaría todo el día en el trabajo, montando, ayudando a dirigir y recogiendo después de la fiesta en el jardín, así que había tenido que cambiar un poco las cosas.

Me temblaban las manos mientras colocaba las plantas en su sitio y decidí que, por mi cordura y por su seguridad, no podía aplazar el momento ni un segundo más. El destino solo podía empujarme hasta cierto punto; dependía de mí dar el último paso.

Salí de casa y caminé fuera de la plaza y a lo largo de la carretera a un ritmo lo bastante rápido como para impulsarme directamente a través de la puerta de On the Box de nuevo. Sabía que, si vacilaba, aunque solo fuera un segundo, me bloquearía y daría media vuelta.

—Hola, Pete —dije temblando—. ¿Cómo estás?

—¿Beth?

Pete estaba de espaldas a mí. Parecía más alto de lo que recordaba y más ancho, pero había pasado tiempo, así que no era de extrañar que hubiera cambiado. Dicho esto, seguía sonando igual.

—¡Bethany Cousins! —jadeó mientras se daba la vuelta—. ¡Eres tú!

Se puso ante mí en dos zancadas y a la tercera ya me había cogido y me había hecho girar.

—Dios mío —dijo, dejándome de nuevo en el suelo, y se agarró a mis manos mientras recuperaba el equilibrio—. No me lo puedo creer. ¿Qué haces aquí? Me alegro muchísimo de verte.

Sacudió la cabeza, apretó con fuerza mis manos y luego las soltó. Yo no sabía qué decir.

—Oh, Beth. —Tragó saliva, llenando de lágrimas el hueco donde deberían haber estado mis palabras—. Eres un regalo para la vista. ¿Has vuelto a la ciudad para visitar a tu madre?

—Bueno... —empecé, tan emocionada como Pete.

—No —dijo, volviéndose hacia el mostrador de la tienda—. No digas nada todavía. Espera. ¡Stacey! —gritó.

—¿Qué?

—¿Puedes pasar a la tienda, por favor? Voy a alargar la comida.

La adolescente a la que ya había conocido se paseaba con el teléfono en la mano y los ojos fijos en la pantalla.

—¿Comida? —Frunció el ceño, sin apartar los ojos del teléfono—. No puede ser ya esa hora. No llevamos abiertos ni cinco minutos.

—Guarda eso —dijo Pete, irritado— y trabaja un poco, ¿quieres? Esas estanterías no se llenan solas, ya lo sabes.

—Sí, tío Pete —dijo, sarcástica, deslizando el teléfono en el bolsillo, donde supuse que permanecería hasta que Pete y yo nos perdiéramos de vista.

—Aunque —dijo Pete—, si me necesitas, será mejor que llames. Puede que surja algún problema y necesites que vuelva.

La chica lo miró con desprecio y luego me miró a mí con interés. Me pregunté si me recordaba.

—Bien —dijo Pete, marchando hacia la puerta—. Vámonos. Tenemos mucho que hacer y mi sobrina es más que capaz de mantener el fuerte si se lo propone.

Lo único en lo que parecía capaz de concentrarse era en actualizar su *feed* de TikTok.

Pete dijo que no le apetecía la cafetería Castle, que era donde yo iba a sugerir con la esperanza de ver a Eli, pero había una mesa vacía en la acera a la puerta de Blossom's, así que la cogimos en su lugar. Aunque estaba justo al lado del edificio, me pareció un poco público para las revelaciones que estaba a punto de hacer, pero decidí dejarme llevar.

—¿Qué te apetece? —preguntó Pete, dando una palmada—. Yo invito.

Como aún era temprano, ambos optamos por unos panecillos y una tetera para dos.

—En realidad, no debería comer esto —dijo Pete mientras mordía el panecillo relleno de salchicha, beicon y huevo—. El médico dice que tengo que vigilar mi peso, pero esta es una ocasión especial. Una ocasión muy especial.

Me conmovió que pensara así, pero sabiendo lo generoso y bondadoso que era, no debería haberme sorprendido.

—Mi madre solía decir siempre que un poco de lo que te apetece de vez en cuando nunca hace daño a nadie —dije, ofreciéndole una sonrisa vacilante.

—El problema es —sonrió, limpiándose el kétchup de la barbilla— que me apetece uno de estos mucho más a menudo que de vez en cuando. Por cierto, ¿cómo está tu madre? Tan encantadora como siempre, seguro.

Cogí mi panecillo, pero lo volví a dejar en el plato. En su lugar, di un sorbo a mi té y respiré hondo. Volví a soltarlo, intentando calmar los rápidos latidos de mi corazón y di otro sorbo, retrasando el momento en que tendría que decírselo.

—¿Beth? —Pete frunció el ceño—. ¿Qué pasa?

Me obligué a mirarlo.

—Está muerta, Pete —dije con la voz ronca—. Mamá murió hace un par de años.

Los ojos de Pete se abrieron de par en par por encima de su panecillo, que estaba a medio camino entre su plato y su boca.

—Dios mío, Beth, no —dijo, dejándolo, y cogió mi mano—. ¿Qué pasó?

Del mismo modo que el día anterior a Freddie, le expliqué la trágica cadena de acontecimientos, empezando por el éxito de mi primer año en la universidad.

—Lo sé —se apresuró a decir Pete—, porque entonces seguíamos en contacto. Fue en segundo cuando empezamos a distanciarnos.

Sentí que me sonrojaba.

—No nos distanciamos, Pete —dije, apretando sus dedos y asumiendo de buen grado la culpa—. Dejé de comunicarme. Todo fue culpa mía. El primer derrame de mamá fue un *shock* y tuve que pensar en tantas cosas cuando ocurrió que no tenía espacio para nada más. Fue todo tan abrumador que no pensé en decírtelo. Ni a nadie en realidad —añadí, pensando en cómo había excluido también a Moira.

—Por supuesto —asintió, y luego frunció el ceño—. Un derrame cerebral... Pero tu madre era muy joven. Sé que no se deben sacar conclusiones, pero...

—Tenía una enfermedad cardíaca no diagnosticada —dije—. Eso tuvo la culpa de todo.

—Dios mío.

—Tuve que dejar el curso para convertirme en su cuidadora después del primero —continué—. Necesitaba apoyo prácticamente a tiempo completo.

No añadí que yo también había luchado por trabajar a tiempo parcial para llegar a fin de mes. No buscaba compasión.

—Ay, Beth —murmuró Pete—. Lo siento mucho.

—Bueno —sonreí con pesar—, mamá siempre me había puesto en primer lugar, ¿verdad? Así que era justo que, cuando me necesitara, yo la convirtiera en mi prioridad.

—Pero tus sueños, Beth...

Sacudí la cabeza.

—Resultaron ser imposibles —dije con firmeza.

—¿Por qué no me dijiste lo que había pasado una vez que las cosas se habían calmado un poco? —preguntó Pete—. Puedo entender por qué no lo hiciste al principio, pero una vez que todo se había calmado, ¿por qué no me llamaste entonces? Podría haberte ayudado.

Me mordí el labio. Odiaba que sonara dolido, pero, si hubiera sido al revés y me hubiera ocultado algo tan monumental, yo también me habría enfadado.

—Nuestra amistad...

—Lo sé —le corté—. También significaba mucho para mí, pero también sé que habrías intentado que volviera a The Arches; habrías querido que siguiera cantando y yo ya me había dado cuenta de que no estaba hecha para eso. No creía que pudiera soportar el recuerdo de lo que había perdido, además de perder a la madre que había tenido y amado.

Le expliqué lo que había ocurrido en la audición en la que había recibido la llamada que había cambiado el curso de mi vida. Lo recordaba palabra por palabra, como si lo hubiera grabado a fuego en mi cerebro.

—Entonces me di cuenta de que no podía tenerlo todo —susurré—, así que decidí desprenderme de todo.

Parecía tan horrorizado como Freddie.

—Así que —dijo Pete con tristeza, olvidado por completo su entusiasmo por el panecillo— ahora no cantas nada.

Negué con la cabeza. Aparte de la sesión en el baño, hacía años que no cantaba una nota, y eso no contaba.

—No —respondí—. No he cantado y nunca volveré a hacerlo.

Pete abrió la boca para interrumpir. Sabía que iba a contradecirme, pero no se lo permití.

—La segunda apoplejía de mamá fue cien veces peor que la primera —dije enseguida —. No sobrevivió y desde entonces estoy sola.

—Deberías haber llamado entonces —dijo Pete, dolido—. Un mensaje de texto habría bastado. Debería haber estado ahí para ti, Beth. No me habría importado que hubiéramos perdido el contacto. Podría haberte ayudado a superarlo.

—Pensé que había pasado demasiado tiempo —me atraganté—. Sabía que te molestaría que no te hubiera contado lo que había pasado desde el principio y pensé que lo había aplazado demasiado.

Nos quedamos callados un momento, ensimismados en nuestros pensamientos. No podía culpar a Pete por parecer tan herido. Lo que había pasado era enorme, algo por lo que los mejores amigos se apoyaban mutuamente, y yo no le había dado la oportunidad.

—Y yo que pensaba que estabas volando alto —dijo en voz baja—. Esperaba ver tu nombre iluminado y pegado en una valla publicitaria cualquier día de estos.

—Ni hablar —resoplé.

—Debería haberte llamado... —empezó.

—No —dije con firmeza—. Todo esto fue culpa mía, Pete. No deberías haber hecho nada.

Pete asintió, pero no parecía convencido.

—Entonces —acabó diciendo—, ¿qué te ha impulsado a buscarme ahora?

Le hablé de mi traslado a Nightingale Square. Cómo había ido a la tienda y su sobrina me había dicho que él todavía trabajaba allí.

—Fue un *shock* —sonreí, imaginando la cara de sorpresa que debió ponérseme aquel día—. Y me largué. Desde entonces, he estado trabajando para volver a entrar.

—Bueno —dijo—, ¡gracias a Dios que has encontrado el valor! Envidio que vivas en Nightingale Square. Es precioso.

—Lo es —acepté—. ¿Dónde vives?

—En el piso.

—¿El que está encima de la tienda?

—¿Dónde si no?

Parecía que muy pocas cosas habían cambiado en la vida de Pete, pero ¿qué pasaba con su gran sueño?

—Siento mucho lo de tu madre, Beth —dijo cuando volvimos a quedarnos en silencio —. No me lo puedo creer. En realidad, pensaba que estabas por ahí teniendo mucho éxito, y que no me necesitabas colgando de tus faldones.

—Oh, Pete —sollocé con tristeza.

—No me importaba. —Se encogió de hombros—. Me complacía que uno de nosotros estuviera viviendo el sueño.

—¿No es así? —pregunté, queriendo saber más de él—. ¿Qué pasó con tus sueños? ¿Sigues escribiendo y tocando?

—Beth —Pete frunció el ceño—, sigo trabajando en On the Box, vivo encima de la tienda y dejo que mi sobrina corretee a mi alrededor para tener contenta a mi hermana. ¿De verdad crees que hay alguna posibilidad de que haya alcanzado o me haya acercado siquiera al gran momento?

—Supongo que no. —Hice una mueca de dolor, consciente de su tono—. Pero tocas a nivel local, ¿no? ¿Sigues actuando?

—Traeré más té —dijo—. Esta tetera se ha acabado.

Cuando volvió, le pregunté de nuevo.

—Si hubiera sabido que íbamos a tener tanto que contarnos —dijo, dando vueltas al contenido de la tetera y evitando mi mirada—, te habría invitado a subir.

—Está bien —dije, mirando a mi alrededor y agradeciendo que la calle siguiera razonablemente tranquila—. Venga, cuéntame. Yo lo he contado todo, ahora es tu turno. ¿Tocas o no?

—Tocaba —dijo de mala gana mientras servía el té—, hasta hace dieciocho meses más o menos.

—¿Por qué lo dejaste?

Mientras que yo había dudado antes, ahora era el turno de Pete.

—Estaba en un grupo —dice, echándose azúcar en la taza—. Éramos solo tres, pero el cantante se fue y el otro tipo preguntó si su novia podía unirse. También era cantante. Resultó ser bastante decente, y después de su llegada las cosas empezaron a despegar.

—Entonces, ¿qué pasó? —Fruncí el ceño—. ¿Qué ocurrió para que ya no toques?

Pete apartó el plato, en el que había un enorme trozo de crema que había cogido con la segunda tetera.

—Digamos que resultó ser un poco zorra.

—Oh —dije, conteniendo el aliento.

Debía ser realmente horrible, porque Pete nunca criticaba a nadie.

—Vamos —lo animé.

—Bueno —dijo, sonando inusualmente amargo—, sin entrar en detalles, ella tenía grandes ideas para nosotros y grandes sueños...

—Igual que tú entonces.

Pete resopló.

—Sí, algo así —dijo, burlón.

—No lo entiendo.

—Digamos que no tardé mucho en darme cuenta de que era demasiado grande —susurró.

—¿Tú? —Fruncí el ceño—. No lo entiendo.

Se revolvió en la silla, parecía incómodo.

—Al parecer —dijo haciendo unas comillas con los dedos—, yo no encajaba en su visión de la banda. No tenía la estética adecuada y me pidieron que me fuera.

—¿Estás de broma?

—Beth —sonrió Pete con ironía—, acabo de abandonar un pastelito para poder terminar de contarte esta lamentable historia. ¿De verdad crees que bromeo?

—Así que... ella dijo que estabas...

—Demasiado gordo. —Se encogió de hombros—. En pocas palabras.

No sabía qué decir.

—Y su compañero, el tipo al que solía llamar mi mejor amigo, se puso de su parte y nos separamos —dijo con tristeza—. No más banda y no más amigos.

—¿Qué ha pasado con la banda?

—Ni idea —dijo Pete, cogiendo de nuevo el pastel—. No les he seguido, ni a ellos ni al panorama musical, desde entonces. Aunque hace unos días fui a una sesión de micro abierto en The Dragon. Solo para escuchar, no para participar. Estuvo bien, muy bien, y por suerte no estaban allí. Deberías haber venido.

—Tenías razón —acepté de buena gana, ignorando la sugerencia del micrófono abierto—. Se equivocó al hacer eso y el tipo debía ser un gilipollas para ponerse de su parte.

—Tal vez —dijo Pete, estremeciéndose ante mis palabras—. No lo sé. Tal vez solo estaba enamorado. La gente hace locuras cuando está enamorada.

—Ah, ¿sí?

Sinceramente, yo nunca había estado enamorada. Al menos, no como para cometer todas las locuras de pe a pa. Volví a mirar a Pete. Se había puesto rojo.

—¿Estás enamorado, Pete?

—¿Yo? —espetó—. Dios, no. Bueno —añadió—, más o menos. Un poco. Pero la mujer no lo sabe. Me gusta mucho, pero...

—¿Por qué no la has invitado a salir?

—No creo que esté muy dispuesta a tener una cita con un gordito, ¿verdad? Es una diosa, Beth. O debería serlo.

Odiaba que su confianza se hubiera visto tan afectada.

—No, Pete —empecé, pero él alargó la mano y me agarró de la manga.

—¡Dios mío! —exclamó, esparciendo las migas y llamando la atención de una pareja que pasaba por allí—. No te habrás enterado de lo que ha pasado. Oh, Beth... —añadió, en voz más baja.

—Si se trata de The Arches —me apresuré a responder para ahorrarme volver a escucharlo—, algo sé. Mis vecinos, Lisa y Jacob, están relacionados con el lugar y me lo han contado. Pobre Moira.

—Sí —dijo—. Pobre Moira. Y conozco a Lisa y Jacob, por supuesto... Espera —frunció el ceño—, Moira y tu madre eran amigas, Beth. Ella debía saber lo que había pasado. ¿Por qué no me lo dijo?

Pensando en ello, me sorprendió que no le hubiera dicho nada.

—Por otra parte —continuó, frunciendo el ceño mientras calculaba el momento—, dejé de ir a The Arches durante un tiempo, que es cuando debió ocurrir por primera vez.

—Y durante ese tiempo —me obligué a admitir—, no hice nada para fomentar la amistad entre mamá y Moira. De hecho —añadí avergonzada—, abrí una brecha entre ellas cuando le dije a mamá que mantener el contacto con Moira era demasiado doloroso cuando yo no estaba en condiciones de seguir cantando. No volvió a verla después de aquello.

No me sentí nada bien al respecto. En aquel momento había considerado mis acciones como autopreservación, pero, en retrospectiva y con cierta distancia de la intensidad de la situación, me sentí como una egoísta.

—Puedo entender por qué lo hiciste —dijo Pete en voz baja.

—Yo también entiendo por qué lo hice —respondí—, pero eso no hace que esté bien.

Volvimos a quedarnos en silencio. Pensé en todo lo que había ocurrido en el pasado y en lo mucho que me arrepentía de ello.

—¿Sigues yendo a The Arches? —acabé preguntando.

—Sí —asintió Pete, entrelazando aún más los dos hilos previamente separados de mi vida—. Pero solo en calidad administrativa. Y, como ya conoces a Lisa y a Jacob —dijo entonces, más entusiasmado—, supongo que te habrás enterado de que va a haber una feria de verano y un espectáculo musical para recaudar fondos para el nuevo local.

—Sí, lo sé —confirmé.

—Y que están buscando asistentes actuales y antiguos de The Arches para actuar —continuó con lo que sin duda le pareció una sonrisa de triunfo—. Tú serías perfecta —dijo en un tono seductor.

—De ninguna manera —dije, sintiendo que se me disparaba la temperatura—. No les he dicho que sé nada del lugar y no tengo intención de que se enteren. Nunca volveré a cantar en público. Tienes que prometérmelo, Pete —le supliqué, empezando a sentir pánico—. Por favor, ¿me prometes que no dirás nada? No podría soportarlo.

—No pasa nada —me dijo, tranquilizador, mirándome a los ojos—. Si eso es lo que quieres, por supuesto que no diré nada. Tampoco es que yo siga tocando, ¿verdad?

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Sabía que podía confiar de todo corazón en Pete y sentí que mi ritmo cardíaco empezaba a estabilizarse.

—Ayudaré con el evento —dije cuando me sentí más tranquila—, pero hasta ahí. No voy a hacer un Freddie Fanshawe —añadí.

—¿No vas a hacer un qué? —Pete frunció el ceño.

—Da igual —dije, sacudiendo la cabeza—. Tenemos un nuevo residente en la residencia donde trabajo y se me ha venido a la cabeza. Resulta que es una celebridad local. Alguien —añadí con un suspiro— que encontró la manera de incorporar la música a su vida incluso después de que le rompieran el corazón.

—Sé quién es Freddie Fanshawe —sonrió Pete—. Menudo tipo.

Iba a sugerirle que siguiera su ejemplo y encontrara la forma de mantener viva su afición por la música, pero no lo hice por miedo a que le diera la vuelta y me sugiriera que hiciera lo mismo.

—Mañana toca en la fiesta del jardín de la residencia —dije—. Deberías venir.

—¿Sabes qué? —Pete sonrió y sentí que mi corazón se llenaba de amor familiar por mi reencontrado amigo—. Creo que lo haré. ¿Cuál es la dirección?

Capítulo 14

Después de intercambiar números de móvil, Pete volvió a la tienda para ver qué trabajo —si es que había alguno— había hecho su sobrina, y yo me dirigí al Grow-Well. Apenas había podido visitarlo durante la semana y quería mostrarme dispuesta, sobre todo porque también iba a perderme la sesión del domingo. Aunque tampoco es que resultara muy útil cuando llegué allí.

Estaba tan contenta de tener a Pete de vuelta en mi vida, y estaba tan distraída repasando nuestro reencuentro en mi cabeza, que podría haber estado deshojando en lugar de cosechando, y arrancando cultivos en lugar de malas hierbas. Mi viejo amigo había sido exactamente igual que siempre: cálido, acogedor y, sobre todo, comprensivo.

No pude evitar desear que le confesara su amor a la chica de la que se había enamorado, ya que me parecía afortunada. Como yo. Pete era el mejor amigo que había tenido nunca y estaba encantada de haber retomado el contacto con él y reforzado nuestra antigua conexión. No volveríamos a perder el contacto. Nunca.

—Beth —sonrió Kate—, ¿cómo te estás adaptando? Quería ir a casa a verte, pero no he tenido ocasión.

Ella y Jasmine habían estado recogiendo huevos del gallinero del Grow-Well a mi llegada.

—Bien —dije—. Realmente genial. La casa es maravillosa y está muy cerca del trabajo.

—¿Sin problemas, entonces?

Aparte del hecho de que a mi compañero de piso le encantaba la música y le había disgustado después de que me llamara la atención por hacer algo tan atroz como tararear, absolutamente nada.

—No —dije, manteniendo los ojos fijos en la hilera de verduras que se suponía que estaba podando—. Ninguno.

—Genial —dijo—. Me alegro mucho de que todo haya salido bien. Sé que a Luke le preocupaba que Eli estuviera tanto tiempo solo. Ha tenido unos meses duros y es bueno que ahora haya alguien viviendo con él.

—Estoy segura de que esto nos hace mucho bien a los dos —respondí, evitando aún su mirada.

No me entretuve más. Las palabras de Kate sobre los «meses difíciles» de Eli me habían hecho sentir aún más culpable y decidí que iría a la cafetería Castle y obligaría a Eli a escuchar mis disculpas. Ese fin de semana ya había desnudado mi alma una vez en público, así que estaba segura de que podría hacerlo de nuevo.

Me había confesado a mí misma que mis sentimientos por él eran mucho más profundos que los que se le suelen atribuir a un compañero de piso, y aunque no había forma de que complicara aún más las cosas entre nosotros admitiéndolo, quería aclarar las cosas y, con un poco de suerte, empezar de nuevo nuestra relación.

Sin embargo, la suerte quiso que tuviera la oportunidad de disculparme en privado porque él estaba en casa cuando volví.

—Eli —dije, sin aliento—, estás aquí.

—Aquí estoy —dijo, apoyándose torpemente en el armario de la cocina.

Parecía tan tenso como yo me sentía de repente.

—He estado intentando localizarte —dije mientras mis mejillas se sonrojaban—. Pero no nos hemos visto aquí y sé que has tenido problemas con tu teléfono.

No dijo nada.

—Quiero decirte que lo siento —continué—. No tenía derecho a hablarte como lo hice y lo más probable es que me pillaras tarareando porque ahora me he pillado haciéndolo —admití—. Lo siento de verdad, de verdad.

—Ya lo sé —dijo, sacando su teléfono del bolsillo de sus pantalones cortos y mirando brevemente la pantalla.

—¿Recibiste alguno de mis mensajes? —pregunté, avergonzada porque, antes de que me dejara la nota en la nevera, había bombardeado su bandeja de entrada.

—Todos —dijo, con una leve sonrisa en los labios.

—Ah —respondí—. Pensé que le pasaba algo a tu móvil. Supuse que ninguno de mis mensajes había llegado.

—Pensé que sería más fácil decirlo en voz alta —dijo, pasándose una mano por el pelo.

—¿Más fácil el qué? —Fruncí el ceño.

—Admitir la verdad.

—No lo entiendo.

—Sé que no —dijo, guardándose el teléfono de nuevo y enrojeciendo también—. Por supuesto que no. Deja que nos sirva unas copas y luego intentaré explicártelo.

Después de asearme, nos sentamos juntos en el salón, él en su sillón y yo en el sofá, con los pies metidos debajo. Me resultaba dolorosamente familiar, pero también hacía mucho tiempo que no lo hacíamos. Teniendo en cuenta que hacía poco que me había mudado, parecíamos haber establecido todo un patrón de hábitos confortables y, por primera vez desde que perdí a mamá, sentía que tenía un lugar al que llamar hogar.

Esperaba no estar a punto de perderlo. Sabía que iba a tener que obligarme a dejar de fijarme en lo guapo que era Eli y a ignorar las tonterías que hacía mi corazón cada vez que estaba cerca si quería seguir viviendo en Nightingale Square, pero, si eso era lo que hacía falta, estaba dispuesta.

—Vale —dijo Eli, inclinándose hacia un lado del sillón y cogiendo un tubo con tapa de plástico—. Tengo muchas cosas que contarte, Beth, y no todas van a ser fáciles, así que voy a empezar con esto.

—¿De qué se trata? —pregunté, antes de que mi imaginación se desbocara y conjurase todo tipo de finales horribles para nuestra conversación.

La peor sería que Eli me dijera que había decidido mudarse. Maldita sea. Demasiado tarde.

—Ábrelo y mira —dijo, extendiendo la mano para que pudiera coger el tubo—. Ten cuidado. Pesa un poco.

Tenía razón, y cuando ese peso pasó de sus manos a las mías, el contenido se desplazó y estuvo a punto de caérseme.

—Suena a dinero —dije, volviendo mis ojos a los suyos.

—Lo es —asintió—. Bastante. Echa un vistazo dentro.

Quité la tapa y vi que estaba medio lleno de monedas de una y dos libras, junto con un fajo de billetes de cinco libras. Encima del botín había un talonario de rifas con muchos billetes arrancados.

—Son boletos para la rifa de la fiesta del jardín —explicó Eli—. Los he estado vendiendo en tu nombre en la cafetería. Ahí dentro hay unas doscientas libras.

Se me cortó la respiración cuando miré del dinero a él y viceversa. Le había disgustado, ni siquiera nos hablábamos y, sin embargo, se había tomado todas esas molestias. ¿Por qué lo había hecho? El increíble acto de bondad, además de lo que ya había hecho para reunir los premios de la rifa de nuestros vecinos, no hizo nada para calmar mis sentimientos hacia él.

—Empecé a promocionar la fiesta cuando colgué el cartel que me diste —continuó—. Muchos clientes me dijeron que no podrían asistir al evento, pero que comprarían un boleto para la rifa si tenía alguno disponible, así que cogí un cuaderno y empecé a vender.

Me quedé sin palabras. Tal y como habían ido las cosas entre nosotros, y dado que yo era la única causante del drama, sinceramente no entendía por qué se había esforzado.

—Espero que todo haya ido bien —dijo cuando vio que no respondía—. He escrito los datos de contacto de todos en los talones. Es así, ¿no? Así es como funciona.

Le habría llevado siglos y habría provocado una gran cola en los confines de la cafetería.

—Sí —tragué saliva, recuperando la compostura—, eso es exactamente. Esto es incluso más dinero del que pensé que ganaría en la fiesta. Es un gran impulso para nuestros fondos, Eli.

—Está bien, entonces —dijo, aliviado.

—Gracias —dije con una sonrisa resplandeciente—. Muchísimas gracias. Te habrá llevado una eternidad anotar los datos de todo el mundo. ¿Le importó a tu jefa? ¿Lo sabe?

Eli sonrió.

—A Melanie no le importó en absoluto —me dijo—. Ahora ha vuelto al trabajo, con tareas ligeras, y resulta que su abuela vivió en la residencia hace un par de años y le encantaba el lugar, así que estaba totalmente a favor. Creo que ha vendido tantos boletos como yo.

—Es increíble. —Tragué saliva—. Gracias. A los dos. —Hice sonar el tubo—. No puedo creerlo.

—Ahora podrás tener abastecidos los bolígrafos y los rompecabezas durante un tiempo, ¿verdad? —preguntó, feliz.

—Desde luego. —Seguí sonriendo al pensar en lo que esta inesperada inyección de dinero podría significar para los residentes.

A este paso, podría organizar las visitas de los burros enanos sobre los que había leído

recientemente, así como las de los perros.

—Voy a necesitar cada libra que pueda conseguir para poner las cosas como quiero —dije a Eli—. Así que este dinero extra es una bendición.

—Eso es genial.

Volví a taparlo e intenté tragarme las palabras que se me agolpaban en la punta de la lengua, pero salieron de todos modos.

—Pero no sé por qué lo has hecho —dije—. La verdad, con la forma en que te hablé antes, pensé que le estarías pidiendo a Kate que me echara, en lugar de seguir apoyando mis esfuerzos de recaudación de fondos. Ya has hecho mucho, Eli. No siento que también me merezca esto.

—Estaba enfadado contigo —admitió, jugueteando con un hilo suelto del sillón—. Por eso me he mantenido al margen, pero la verdad es que...

—¿La verdad es que qué? —pregunté cuando no continuó.

—La verdad —suspiró— es que algunas de las cosas que dijiste aquel día me tocaron la fibra sensible.

—Lo siento —susurré.

—No —dijo—, no lo sientas. Ya era hora de que me enfrentara a algunas cosas y las pensara bien. De hecho, me has ayudado a aclararme las ideas.

—¿En serio?

¿Era una luz al final del túnel?

—De verdad.

Había tanta convicción detrás de esa palabra que supe que podía creerle. Fue un gran alivio. Sentí como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

—Entonces, ¿por qué dijiste que tenías problemas con el teléfono cuando no los tenías? —no pude resistirme a preguntarle—. ¿Y por qué te ibas en cuanto me oías entrar? Y no has puesto tu música cuando has estado aquí.

También quería preguntarle dónde había pasado la noche anterior, pero no lo hice por miedo a oír que podría haber sido con otra mujer.

—Solo necesitaba un poco de espacio —dijo, recogiendo su bebida—. Y algo de tranquilidad.

—Madre mía —dije sin aliento—. Eso es algo que nunca pensé que te oiría decir.

—Lo sé —sonrió tímidamente—. Anoche me quedé en casa de mi madre y me dijo que nunca me había visto tan callado.

Por mucho que me alegrara conocer su paradero nocturno, esperaba no ser la responsable de su silencio. La música y las canciones eran una parte muy importante de Eli. Era demasiado horrible pensar que podría haberlo acallado para siempre.

—¿Tu madre vive cerca?

—Está en la costa y siempre está trabajando, así que no es fácil localizarla —explicó —. Había pasado tiempo, así que me alegró verla. Sabía que ella podría ayudarme a entender algunas cosas.

—Las madres son las mejores para eso —acepté, sintiendo una punzada por no tener ya a la mía para recurrir a ella cuando necesitaba hablar de algo—. No estarás pensando en mudarte, ¿verdad? —De repente me entró el pánico.

—No —rio—. No te preocupes.

—¿Y no vas a echarme?

Eli volvió a reír.

—No tiene gracia —chillé.

—Sí que la tiene —dijo, secándose los ojos—. O la tendrá cuando sepas de qué necesitaba hablar con mamá. O, al menos, espero que pienses que la tiene —añadió, dando un giro completo y sonando muy serio—. Bueno, tal vez no sea gracioso exactamente.

—¡Eli! —lo regañé—. ¿Qué demonios está pasando?

—Está bien, está bien —dijo, poniéndose pálido.

—¿Podrías por favor sacarme de mi miseria?

Se inclinó un poco hacia delante en su silla y me miró fijamente a los ojos. Tuve que apartar la mirada.

—El caso es que... —empezó, y me di cuenta de que seguía mirándome aunque yo no lo miraba a él—. La cosa es, Beth, que me estoy enamorando de ti y no quiero estropearlo.

Volví a mirarlo a la cara y la oleada que antes me revolvía el estómago se transformó en un revoloteo de mariposas en mi pecho. ¿De verdad acababa de decir que se estaba enamorando de mí o mis oídos habían transformado sus palabras en algo diferente?

—Y me preocupa que sea por despecho —continuó, confirmando que lo había oído bien—. Porque tuve una ruptura horrible no hace mucho y mi mundo se fue a la mierda, y no he vuelto a mirar a otra mujer desde entonces. Pero entonces tú y tu millón de plantas os mudasteis y mi corazón empezó a latir de nuevo y mi vida se volvió, bueno... perfecta.

Sentí que una burbuja de algo, posiblemente risa, empezaba a abrirse camino hasta mi boca, empujada por las palpitaciones del pecho. Me tapé los labios con la mano e intenté convertir el sonido en un hipo.

—Empecé a enamorarme de ti —continuó Eli— desde el momento en que te vi, pero es complicado, ya que vivimos juntos y hace poco que me rompieron el corazón. Es complicado, ¿verdad?

—Sí —asentí tontamente—, es complicado.

Quería añadir que el riesgo también merecía la pena.

—Y por eso recurrí a la canción —explicó—, la que tú considerabas una canción de ruptura. En realidad, era mi forma de darte una pista de lo que sentía, sin tener que decir las palabras. Pensé que, si entendías el mensaje a través de la letra, entonces lo que sentía tenía que ser correcto y no iba a estropear nada, porque eso es lo último que quiero.

Apreté los labios con más fuerza mientras repasaba las frases en mi cabeza.

—Debería haber sabido, dada tu aversión a la música, que no era el medio adecuado, pero no sabía qué otra cosa hacer —añadió—. La música siempre ha sido mi medio y esa canción, bueno, dice todo lo que quiero transmitir.

Dejó de hablar y nos miramos a los ojos. Toda su cara irradiaba esperanza, mientras que la mía debía estar conmocionada, aunque mi interior bullía de placer.

—Oh, vamos —dijo, haciéndome saltar—, di algo, ¿quieres, Beth? Mamá me dijo que me olvidara de la música y te lo dijera directamente, pero ahora empiezo a desear haberme callado. No sientes nada de eso por mí, ¿verdad? —Puso una mueca de dolor.

Sabía que tenía que acabar con su sufrimiento, pero no era fácil. Nunca antes había experimentado una declaración de amor sincera, y me había golpeado aún más porque Eli era alguien por quien sentía algo profundo, genuino y apasionado. Al igual que él, yo tampoco quería estropearlo.

—Creo —empecé, pero me detuve cuando saltó de su silla y se arrodilló frente a mí.

—O tal vez no deberías decírmelo —dijo—. Sobre todo si no es lo que quiero oír.

Volví a mirarlo a los ojos, me incliné hacia delante y le pasé un rizo por detrás de la oreja.

—Yo no me preocuparía —sonreí—, es justo lo que quieres oír.

—¿De verdad? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Asentí, cogí la parte delantera de su camisa y tiré de él para acercarlo.

—Creo que yo también me estoy enamorando de ti, Eli —dije con suavidad.

Cuando Pete había hablado de amor y de estar enamorado, yo lo había descartado como una emoción que nunca había sentido, pero eso era pura negación. Mirando a Eli a los ojos, supe que lo había sentido, que lo estaba sintiendo. El corazón palpitante, el latido del deseo, las ganas de estar con alguien todo el tiempo y el dolor de no estar con él cuando estabas separado, todo eso era lo que sentía por y para Eli, y crecía en intensidad con cada respiración. No importaba lo potencialmente complicada que fuera la situación.

Antes me había engañado a mí misma diciéndome que mis desolados sentimientos eran el resultado de no haber tenido la oportunidad de disculparme, pero ahora podía ser sincera con él y conmigo misma. Los embriagadores sentimientos que me invadían eran los primeros brotes del amor y, por supuesto, mucha lujuria.

—¿De verdad sientes lo mismo? —preguntó.

—De verdad —respondí.

Nuestros labios estaban a milímetros de distancia. Podía sentir su calor a través de su camisa. Podía oler su *aftershave*. Casi podía saborearlo en mis labios.

—¿Y estás segura de que quieres hacerlo? —susurró.

La suave caricia de su aliento en mi cara era demasiado. Posé mis labios en los suyos y lo besé, y él me devolvió el beso. Le rodeé el cuello con los brazos y, cuando el momento se hizo más profundo, me metió la punta de la lengua en la boca. Me recorrió una sensación exquisita y solté un grito ahogado mientras el resto de mi cuerpo bullía con un hormigueo de deseo recién despertado y un pulso de puro placer.

Cuando nos detuvimos para respirar, había suficiente electricidad en mis zonas erógenas como para iluminar Blackpool en Navidad. Eli apoyó la frente en la mía.

—Estás segura —sonrió.

—Lo estoy —dije sin aliento.

—Pero...

—Sin peros —insistí.

—Pero —continuó— quiero tomármelo con calma, Beth. Llevo equipaje, y tengo la

sensación de que tú también tienes cosas que resolver.

El mío era un equipaje muy diferente al suyo, pero tenía razón, todavía había cosas que tenía que procesar.

—Creo que estamos a punto de empezar algo maravilloso y de verdad quiero hacerlo bien y hacerle justicia. Creo que ambos nos lo merecemos. Nos merecemos la mejor relación —continuó—, así que, por favor, no...

—La liemos —terminé por él.

—Exacto —dijo—. Vamos a tomárnoslo con calma, ¿vale?

—De acuerdo —susurré, volviendo a bajar la cabeza—. Despacio me parece bien.

Capítulo 15

Eli y yo nos pasamos buena parte del sábado por la noche besándonos en el sofá. Nos costó detenernos lo suficiente para tomarnos la cena que habíamos pedido, pero casi lo conseguimos y estuvimos charlando todo el rato. Mientras nos comíamos el delicioso festín, hablamos de todo tipo de cosas, pero ninguno de los dos abordó el tema de nuestro desamor o del equipaje del pasado que arrastrábamos en el presente.

—Si no hubiera sido por tu aversión a la música —sonrió Eli, atravesando un minirollito de primavera con un palillo—, me habría enamorado de ti con todas las de la ley la primera vez que nos vimos.

—¿En serio? —Le devolví la sonrisa.

Resultó que nuestros sentimientos se habían reflejado prácticamente desde el momento en que nos vimos. Si no hubiera sido por el amor que Eli sentía por la música, sabía que a mí también me habría resultado imposible resistirme a lo que sentía por él desde el principio.

—Ajá —se burló, mordiendo el rollito por la mitad—. Y eso que me habías empapado en café.

—Deberías recordar que eso lo hiciste tú solito —me reí, recordando los detalles más sutiles de nuestra poco ideal presentación.

—Cierto —concedió—. Pero es un alivio que mi pasión por las listas de reproducción no te haya asustado.

—Habría hecho falta más que eso —dije.

—¿En serio?

—Claro que sí. —Solté una risita mientras cogía la última bola de gambas rebozada y la sumergía en el cuenco de pegajosa salsa agridulce—. Me encanta este sitio, así que haría falta algo más que un bajo atronador para echarme.

—Mírala, la fresca —rio Eli mientras me metía la bola en la boca—. ¿Me estás diciendo que solo estás en esta relación por el impresionante alojamiento?

—Puede que la fabulosa casa tenga algo que ver. —Solté una risita mientras masticaba.

—En ese caso —dijo, dejando los palillos—, tendré que encontrar la forma de cambiar tu atención de los ladrillos y el cemento a mí, ¿no?

—Lo harás —me reí—. Y estoy deseando ver lo que se te ocurre.

Mi mente soñaba con todo tipo de escenarios seductores.

—Y, además de reflexionar sobre ello —dijo, cohibido—, he decidido que voy a volver a escribir canciones. Siempre y cuando pueda encontrar otro lugar que no sea mi dormitorio para ensayarlas.

—¿Escribes tu propio material? —pregunté, interesada.

—Sí —respondió, poniéndose entrañablemente rojo—. Y ya es hora de que vuelva a empezar.

—En ese caso —dije—, deberías probar aquí, ¿no?

—No puedo —dijo, frunciendo el ceño—. Lo odiarías. Incluso si me quedara en mi habitación, podrías oírme.

Antes habría echado mano de los auriculares con cancelación de ruido ante la mera mención de él tocando en casa, pero, después de haber experimentado una terapia de aversión extrema en el trabajo y cantado en privado en casa, me había dado cuenta de que podía soportarlo. Me había dado cuenta de que Eli, según su lista de reproducción de Spotify y los rasgueos ocasionales que oía en su habitación, prefería un tipo de sonido similar al que yo solía disfrutar antes y, como era normal, ahora estaba intrigada por escuchar más.

—No me importaría —insistí—. Te lo prometo, no me importaría en absoluto.

Me miró un momento, sin duda, tratando de averiguar si estaba siendo complaciente por el bien de nuestra incipiente relación o si lo decía de verdad. Le devolví una mirada sincera.

—Bueno, vale —sonrió, y soltó un suspiro—. En ese caso, tocaré aquí, pero solo porque has admitido que sí canturreabas.

—Excelente. —Le devolví la sonrisa.

—Habría sido un giro muy cruel del destino que me hubiera enamorado de una auténtica *hater* de la música —añadió.

—No la odio —dije, abandonando mi plato y sentándome más recta en el sofá—. Nunca la he odiado. Solo que ahora me cuesta escucharla.

Sabía que estaba intentando quitarle importancia a algo que era mucho más grande, pero no quería que nada amargara este dulce nuevo comienzo, para ninguno de los dos. No había necesidad de que Eli supiera nada de mi pasado como cantante porque eso no iba a tener ninguna relación con mi futuro.

—Supongo que habrá alguna razón, ¿no? —preguntó.

—Tiene que ver sobre todo con mi madre —dije, intentando parecer indiferente.

—¿Era amante de la música, además de las plantas? —preguntó Eli.

—Sí —dije en voz baja—. Así es.

Nos quedamos un momento en silencio. Todavía me aturdía admitir que había aceptado que la música volvía a mi vida y que iba a ser algo permanente. Pero, dadas las circunstancias, ¿qué otra opción tenía?

Estaba Freddie en el trabajo y Eli en casa, y por supuesto, Pete, así que era una obviedad. Si quería a esos hombres en mi vida, y definitivamente los quería, entonces tenía que hacer concesiones. Puede que casi lo tuviera claro, pero de ninguna manera iba a volver a cantar. Al menos no en público. Seguiría escuchando música y tal vez cantando a escondidas en el baño, pero hasta ahí estaba dispuesta a llegar.

—¿Vas a presentarte para tocar en la recaudación de fondos para el nuevo The Arches? —le pregunté, ya que mis pensamientos me llevaban en esa dirección—. ¿Tendrás algo preparado que te apetezca interpretar públicamente para entonces?

—Puede que tenga un par de canciones listas a tiempo —dijo, cambiando de expresión —, pero, como nunca he tenido nada que ver con The Arches, no encajaría en los criterios de Lisa para actuar. Aunque antes de venir a Norwich colaboré con una

organización benéfica de la ciudad en la que vivía y disfruté mucho ayudando allí. Era un tipo de proyecto de apoyo comunitario para niños similar.

—En ese caso —dije—, estoy segura de que Lisa haría una excepción y añadiría tu nombre a la lista.

Eli negó con la cabeza.

—Podría ofrecerme a ayudar un poco en el nuevo local cuando esté listo —dijo—, pero no tocaría en la recaudación de fondos.

—Pero... —interrumpí.

—No me atrevería a volver a tocar en público, Beth —me dijo, cortando por lo sano—. No me lo merezco.

—No lo entiendo. —Fruncí el ceño.

—Ya lo sé —dijo con tristeza—, pero, si no te importa, prefiero no entrar en detalles por ahora.

—Por supuesto —acepté.

Tenía curiosidad por saber por qué no volvía a tocar en público, pero, como yo tenía mis propios secretos que no estaba dispuesta a compartir, no habría sido justo presionarle para que revelara los suyos.

—Me limitaré a tocar aquí en casa —dijo—. Solo para mis oídos.

—Me parece bien —asentí—. Siempre que sea lo que realmente quieres.

—Lo es —respondió—. Y ahora —dijo, sonando más como él mismo—, ¿vas a pelear conmigo por este último rollito de primavera?

Como al día siguiente había fiesta en el jardín, me obligué a acostarme temprano, aunque lo que de verdad quería era quedarme acurrucada en el sofá con Eli. Nos habíamos dado un prolongado beso de buenas noches y habíamos acordado mantener nuestra relación en secreto por el momento, así que no nos cogeríamos de la mano ni nos besaríamos en público. Sabía que me iba a costar un poco adaptarme a la vida en pareja porque había estado sola durante mucho tiempo, así que no me importaba en absoluto.

—Espero que no siga así todo el día —gimió Sandra mientras contemplaba el cielo cubierto de nubes a la mañana siguiente.

Todo estaba casi listo y los jardines y terrenos de la residencia Edith Cavell se habían transformado y tenían un aspecto impresionante. Había varios puestos, juegos y una gran carpa para el té. También vi que el piano ya estaba en posición para que Freddie nos entretuviera. Y hablando de Freddie...

Las guirnaldas de papel que los residentes habían confeccionado y decorado ondeaban con la suave brisa y me di cuenta de que un par de banderas con el lema «Te queremos, FF» se habían colado en algunas de las guirnaldas. Me pregunté si había sido cosa de Greta o de Ida, o quizá de ambas. Estaban muy empatadas en su adoración por Freddie. Por suerte, él tenía suficiente para ambas.

—Espero que siga así —dije, apartando a Sandra de las guirnaldas—. Al menos no tendrás que preocuparte de que todo el mundo sufra una insolación. Este tiempo nublado ayudará a mantener baja la temperatura.

—Supongo que es verdad —dijo, y se mordió el labio—, y también evitará que todo se

derrita en la carpa del té, ¿no?

—Exacto —asentí.

La nevera de la sala de profesores y la mesa estaban llenas de los deliciosos pasteles que Mark había traído de Blossom's para la rifa, y Poppy me había regalado una cesta de mimbre con un bonito estampado de cuadros, que ahora estaba repleta de sus deliciosos encurtidos.

Estaba encantada con mi puesto; tenía un aspecto muy elegante gracias a las contribuciones de mis generosos vecinos. Por supuesto, la escultura de Finn, que estaba colocada en una mesa aparte, junto a los artículos de la rifa, aumentaba la emoción. Ya estaba llamando mucho la atención y la fiesta ni siquiera había empezado. El corazón me daba un vuelco al pensar en el esfuerzo que Eli había hecho para que fuera lo mejor posible.

—Quería comentártelo antes —dijo Sandra mientras caminábamos, con sus tacones bamboleándose sobre el césped—, Mike ha dicho que también hará el sorteo, además de aceptar las pujas en la subasta, si te parece bien.

Ahora sabía que Mike era el tipo de la radio, el rey de las ondas locales. También sabía que él y Sandra habían salido a cenar juntos la noche anterior porque ella me lo había dicho nada más llegar.

—Perfecto —respondí—. Y si hace las dos cosas hacia el final de la tarde, con suerte, mantendrá a todo el mundo aquí hasta el final.

—Sí —dijo, mirándose los pies—. Eso es lo que pensaba. Ah, y hablé con esos vecinos tuyos ayer por la tarde: Carole y Graham.

—Ah, ¿sí?

—Se van a poner en contacto contigo para poner en marcha los clubs en cuanto haya realizado las comprobaciones pertinentes.

—Es maravilloso —dije.

—Lo es —coincidió—. Apenas has empezado en el trabajo, Beth, y ya has transformado el lugar. Estoy satisfecha. Muy contenta. Llenaremos esas habitaciones vacías en poco tiempo. No me extraña que parezcas tan feliz.

Tenía razón en que yo era feliz en mi trabajo, muy feliz de hecho, pero atribuí mi actual nivel de alegría al cálido abrazo y a los múltiples besos que había recibido de Eli antes, durante y después del desayuno. Me dijo que, como aún no lo habíamos hecho público, teníamos que besarnos *mucho* en privado para recuperar las oportunidades perdidas, y yo estaba totalmente de acuerdo.

—Bien —dijo Sandra—, voy a cambiarme los zapatos. Estos tacones se están estropeando y cuestan una fortuna.

Se fue cojeando y Sara ocupó su lugar.

—Pareces muy satisfecha de ti misma —sonrió.

Por un momento, me sorprendió.

—Pero viendo el sorteo —añadió—, no me sorprende. Te has superado a ti misma, Beth. Sheila está un poco irritada al respecto.

Había visto a la antigua organizadora de la rifa echando un vistazo a hurtadillas a todo antes, cuando pensó que yo no estaba.

—Todo se debe a mi compañero de piso —me apresuré a decir, aliviada por el hecho de que Sara supusiera que mi felicidad se debía a la mesa llena—. Pidió ayuda a los vecinos y tienen mucha imaginación. Han sido muy generosos.

Sara volvió a mirarme. Esta vez, más pensativa.

—Tienen imaginación —convino, y luego añadió—: ¿Te has hecho algo en el pelo? ¿O cambiado tu maquillaje?

—No —dije, con las manos revisando mi desordenado moño—, no lo creo.

Apenas había tenido tiempo de prestar atención ni a mi pelo ni a mi cara después de todo el tiempo que había pasado abrazada a Eli.

—Pareces diferente —dijo—, pero no sé por qué.

—Vamos. ¡Vamos todos! —gritó Sandra, dando palmas y evitándome tener que inventar una respuesta a las astutas observaciones de Sara—. Reunión de equipo y un bocado rápido antes de que el señor Fanshawe corte la cinta.

—¿Freddie va a inaugurar la fiesta? —reí.

—Al parecer —dijo Sara—. Eso pondrá la nariz de DJ Mike fuera de circulación, ¿no?

Freddie apenas había cortado la cinta cuando empezaron a llegar visitantes y los puestos se llenaron de clientes. Yo vendía billetes de la rifa a puñados, junto con Harold, que me ayudaba amablemente.

Siendo una autoridad en Nightingale Square, de donde procedían la gran mayoría de los premios, hablaba por los codos y vendía billetes como si se le acabaran, y también había mucho interés por la escultura de Finn. Ya se podía decir que nos iba a hacer de oro. La subasta estaba prevista para las cuatro y mucha gente me había dicho que se iba a quedar toda la fiesta para verla.

Antes había oído a un par de cuidadores quejarse de lo mucho que Sandra había gastado en contratar una carpa para el té más elaborada de lo habitual, pero, dado el número extra de visitantes, su inversión había sido acertada, y ya se estaban comiendo sus palabras. Además de los pasteles. Y Sandra estaba en su salsa; se apresuró a decirme que tres de los visitantes le habían preguntado por las habitaciones vacías, así que estaba claro que su estrategia de ventas funcionaba.

—Eh, tú —dijo una voz en mi oído.

—¡Eli! —exclamé, dándome la vuelta—. Creí que no podrías venir.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo—, pero Melanie me ha dicho que podía pasarme y gastarme unas libras por ella.

—Qué amable es —dije—. No puedo esperar a conocerla.

—Tendrás que superar tu aversión al café, ¿no? —dijo, acercándose tentadoramente.

Podía oler la cafetería en su camisa de trabajo. Era un aroma delicioso y, mientras lo miraba, me pregunté si mis pupilas estarían tan dilatadas como las suyas.

—Tal vez lo haga —dije sin aliento—. Empiezo a creer que todo es posible desde que me mudé a Nightingale Square.

Por un momento pensé que había perdido mi encanto porque, de repente, Eli no me miraba a mí, sino que me miraba por encima del hombro.

—¿Eli? —Fruncí el ceño.

—¿Es este tu joven, Beth? —llegó la voz traviesa de Greta desde detrás de mí.

Realmente era la reina del sigilo.

—Greta —sonreí, dándome la vuelta, y me alejé discretamente de Eli mientras ella lo miraba con interés. ¿No le bastaba con Freddie?—. Me preguntaba dónde te habías metido.

—He estado pasándole las páginas de las partituras a Freddie —dijo con voz soñadora —, pero Ida me ha tomado el relevo —añadió, con un tono acerado.

—¿Quién es Freddie? —preguntó Eli.

Si aún hubiera estado lo bastante cerca, le habría dado un fuerte codazo en las costillas para que se callara. Greta podía hablar durante horas sobre Freddie y yo no quería que empezara.

—¿Que quién es Freddie? —jadeó teatralmente—. ¡Y dirás que eres de aquí!

—Todavía no —dijo—, me he mudado a Norwich hace poco.

La expresión de Greta se suavizó.

—En ese caso, estás perdonado. —Le sonrió—. ¿Por qué no te pongo al día mientras bailamos? Si no te importa que te robe a tu joven, Bethany.

Lo cogió la mano antes de que pudiera responder.

—No es mi joven —grité tras ellos—. ¡Es mi compañero de casa!

Eli se volvió y me guiñó un ojo, y yo no pude evitar reírme cuando él y Greta empezaron a bailar al ritmo de *I Canvt Get No Satisfaction,* de los Rolling Stones. Recibieron algunas miradas extrañadas, pero, cuando terminé de vender más billetes para la rifa y volví a levantar la vista, había toda una multitud bailando y cantando *Mustang Sally,* de Wilson Pickett. Fue todo un poco extraño para una tarde de domingo de verano, pero muy divertido.

—¡Beth! Hola, ¿qué tal va la cosa?

—¡Pete! —dije, corriendo a darle un abrazo—. Bien, muy bien. Me alegro mucho de que hayas venido.

—Se oye la música en la calle. —Sonrió, se quitó el sombrero y se abanicó con él—. No tenía ni idea de que iba a ser un acontecimiento tan animado.

—¡Yo tampoco! —reí—. ¿Quieres un billete para la rifa, o dos?

—Debe ser la rifa para la que Stacey dio el vale —dijo al ver el sobre con la inscripción «On the Box» en el anverso.

—Hizo bien, ¿no? —Fruncí el ceño.

—Por supuesto —sonrió—. Siempre me alegra apoyar una buena causa.

—Tu joven ha tenido que irse —dijo Greta, que había vuelto y ahora tenía la cara muy roja—, pero no importa, veo que tienes otro.

Me hubiera gustado que Eli hubiera tenido la oportunidad de despedirse, pero no le reproché a Greta que lo monopolizara. Era un buen partido; no podía culparla. Aunque, si no tenía cuidado, se ganaría la reputación de jugar con él y Freddie podría no apreciarlo. No es que él fuera mejor, por supuesto.

—No era mi joven —volví a decirle—. Y este tampoco lo es —añadí antes de que pudiera decir lo contrario—. Pete es un muy buen amigo.

—¿Te gustaría bailar, Pete? —le preguntó con dulzura—. Estoy sin pareja en este momento.

—Lo siento —dijo amablemente—, pero no soy muy buen bailarín. Quizá podría interesarte más una taza de té y un trozo de tarta.

—¿Sabes? —sonrió Greta—, tengo un poco de sed.

Me alegré de que Pete hubiera optado por los refrescos en lugar de por ponerse a dar giros. Lo último que necesitaba era que Greta se sobreexcitara, y hablando de sobreexcitarse...

—Hola —dijo Sara sin aliento mientras me tiraba del vestido, en el momento en que la pareja se perdió de vista—. ¿Era Pete el que llevaba a Greta a la carpa del té?

—Sí —dije—, cálmate. Te harás daño.

—Lo siento —dijo, abanicándose y sonriendo ampliamente.

—¿De qué conoces a Pete?

—¿De qué conoces tú a Pete? —replicó ella.

—Es un compañero de hace tiempo —dije—. Nos conocemos desde hace años.

—¿Solo un compañero?

—Sí —dije—, solo un compañero. Entonces, ¿de qué lo conoces?

—Iceni, por supuesto —dijo, como si yo debiera haberlo sabido—. Hace fotos para nosotros y mantiene actualizada la página web.

Sonaba muy a Pete. Cuando caí en la cuenta, fui a preguntarle si era el chico del que había insinuado que estaba colada por ella, pero ella siguió hablando antes de que yo pudiera pronunciar las palabras.

—Entre tú y yo —confió, con los ojos aún fijos en la carpa del té—, creo que le gustaría participar en las recreaciones.

—¿Por qué no lo hace, entonces?

—Demasiado tímido —dijo—. Creo que por eso tampoco me ha invitado a salir. Estoy segura de que le gusto.

—Así que es tu amor secreto —sonreí.

Volví a pensar en lo que Pete me había dicho sobre la mujer de la que estaba enamorado. ¿No había dicho algo parecido a que debería ser una diosa? Debía referirse a Sara y a su deseo de que le otorgaran el papel de Boudicca. Sabía que Boudicca no era una diosa en sentido estricto, pero era demasiada coincidencia para que se refiriera a otra persona.

—¿Qué dirías si te pidiera salir? —pregunté con impaciencia.

—Que sí, por supuesto —dijo ella—. Es un pedazo de hombre.

—¡Sara! —la llamó Sandra, y saludó desde el otro lado del césped.

La acompañaba un hombre. Un tipo de unos cuarenta años, vestido de manera informal y con un aire muy seguro de sí mismo. Atraía casi tanta atención como Freddie. Solo podía ser Mike, el de la radio.

—¡Hora del espectáculo! —rio Sara, confirmando mis pensamientos—. Nos vemos en un rato.

Unos minutos más tarde, Pete estaba de vuelta. Parecía rojo y nervioso, y yo estaba a punto de preguntarle qué había estado haciendo Greta, pero resultó que ella no era la razón de su cara sonrojada y su tartamudeo nervioso.

—Esa mujer —dijo, señalando hacia donde Sara estaba ahora bailando ágilmente con

Charlie y su nieta—, ¿la conoces?

—La conozco —sonreí—. Es compañera de trabajo y muy buena amiga, y por lo que me acaba de contar, sé que tú también la conoces. ¡Sara! —llamé.

—Maldita sea —dijo Pete, apretando los dientes—. No la llames.

—Hola —dijo Sara, mientras trotaba para unirse a nosotros.

—Sara —sonreí, disfrutando al hacer de celestina, ya que sabía que ambas partes estaban totalmente interesadas la una en la otra—, creo que ya conoces a Pete.

—Sí —dijo, sonriéndole—. ¿Cómo estás, Pete? ¿Sin cámara hoy?

—No —balbuceó—, hoy no. Y estoy bien... Genial, en realidad. Yo... No sabía que trabajabas aquí... ni que conocías a Beth.

—Bueno —dijo ella, aprovechando el momento—, ahora ya lo sabes. ¿Qué tal un baile?

—¿Qué tal una bebida? —sugirió Pete en su lugar, tras mirar nervioso la fiesta de baile geriátrico, que se estaba quedando sin gas rápidamente.

—Después de un baile —dijo Sara, cogiéndole la mano, y tiró de él.

Para cuando lo hubo acomodado entre la multitud, ella llevaba puesto su sombrero y él lucía una sonrisa de oreja a oreja. Fue una imagen que me hizo sentir muy feliz. Eran la pareja perfecta y me pregunté si Sara sería capaz de animarlo a salir de detrás de su cámara y ponerse una túnica rústica. Si alguien podía hacerlo, era ella. Yo me ofrecería a coserle un traje a juego con el suyo.

A las cuatro, la fiesta estaba casi tan concurrida como lo había estado todo el mediodía. Mike había sorteado la rifa con aplomo. Lo había convertido en todo un acontecimiento, salpicando el sorteo con un puñado de anécdotas ingeniosas que mantuvieron a todo el mundo entretenido. Dada la magnífica selección de premios, le agradecí que le hubiera dado tanta importancia y no se hubiera limitado a gritar los números como solía hacer Sheila.

—Y ahora —dijo teatralmente—, es el momento de la subasta.

—He intentado que viniera Finn —dijo Freya, que estaba a mi lado—, pero no quería llamar la atención.

—Bendito sea —dije—, es una donación muy generosa. El dinero que va a recaudar supondrá una gran diferencia en lo que puedo ofrecer a los residentes.

—Eso es genial —asintió—. Se lo diré.

—¿Hoy no está Nell? —pregunté, mirando a sus pies mientras Mike leía la información sobre Finn y el significado local de la escultura. Norwich era famosa por sus dragones.

No me sorprendió que la adorable perra no asistiera. Era una criatura nerviosa y había bastante gente.

—Está aquí —sonrió Freya—. Sin embargo, no sabía que estaría tan lleno, por lo que un tipo llamado Charlie está sentado con ella en la sala común. Espero que esté bien.

—Está bien —dije.

Sabía que a Charlie le haría mucha ilusión tener compañía canina ahora que su familia se había ido a casa.

—Bien —atronó Mike con su mejor voz radiofónica—. Empecemos la subasta. ¿Quién

va a dar el pistoletazo de salida? Tengo aquí una puja de un visitante que ha tenido que marcharse y es de setenta libras, así que empecemos por ahí.

Se produjo una ovación colectiva.

—¿Alguien ofrece más?

Hubo muchas pujas por encima de los setenta y, cuando bajó el bastón, en lugar del mazo, la puja final había alcanzado algo más de ochocientas libras.

—No me lo puedo creer —dije, sintiéndome bastante superada mientras me abanicaba con el libro de resguardos de boletos de la rifa.

Sandra parecía tan aturdida como yo.

—Ni yo —jadeó, antes de dirigirse a la multitud—. Todo el dinero recaudado en la rifa y la subasta irá directamente al fondo de actividades y, dada la generosidad de todos ustedes, sé que nos esperan momentos muy divertidos. Muchas gracias a todos.

Hubo otra ovación y me moría de ganas de empezar a poner en marcha todas las actividades.

—¿Le importaría decirnos a dónde irá a parar esta preciosa escultura? —preguntó Mike a la joven que había intervenido en el último momento con la oferta ganadora.

—En absoluto —sonrió—. Trabajo en The Dragon, al final de la calle, y el propietario me pidió que viniera a pujar por la escultura porque quiere exponerla en el *pub*.

—Es fantástico —dijo Mike, arrancando otra ronda de aplausos—. Todo el mundo podrá disfrutarlo allí.

Reconocí a la pujadora. Era Hannah, la compañera de Chloe, voluntaria en los jardines de Prosperous Place.

—Espera y verás —dijo Freya, dándome un codazo—, tendrás una petición para visitar el *pub* escrita en tu lista de sugerencias de actividades al final del día.

—No me sorprendería en absoluto —reí.

Me preguntaba si el propietario estaría dispuesto a ofrecer a los residentes una visita privada.

—Ya nos vamos —dijo Sara, que se había quedado junto con el resto del personal, estuviera o no de turno, para ayudar a desmontar la fiesta y acomodar a los residentes.

Había sido una tarde maravillosa y ahora todos, tanto el personal como los residentes, estábamos agotados. Estaba más que dispuesta a aceptar cuando Sandra, animada porque había conseguido reservas en dos de las habitaciones vacías, me dijo que podía tomarme el día siguiente libre. Eso sí, no me acostaría muy tarde porque, sabiendo lo que se había recaudado en la rifa y la subasta, tenía ganas de empezar a planificarlo todo. Si me tomaba mi tiempo y conseguía una o dos gangas, casi todo lo que figuraba en la lista de actividades podría llevarse a cabo.

—Hemos pensado en ir al *pub* —dijo Pete, que parecía más feliz de lo que nunca lo había visto mientras Sara enlazaba su brazo con el de él—. ¿Te apetece?

—Cualquier otro día lo haría —sonreí—, pero estoy muerta de cansancio, así que me voy directa a casa.

Eli me había enviado un mensaje diciéndome que no me preocupara por la cena, ya que lo había organizado todo, pero obviamente no iba a decírselo a Pete y Sara por

miedo a descubrirnos.

—En ese caso —dijo Sara, ahogando un bostezo—, nos vemos la semana que viene.

Me guiñó un ojo mientras se alejaba. Parecía tan feliz como Pete y deseé que llegara el día en que Eli y yo pudiéramos salir en público como ellos.

—Todo a su tiempo —me recordé con nostalgia mientras seguía apilando las últimas sillas y consideraba lo mucho más fácil que iba a ser acostumbrarse a ser pareja sin el escrutinio de nuestros bienintencionados amigos y vecinos—, todo a su tiempo.

Capítulo 16

Hasta ahora, mi nueva vida en Nightingale Square había sido como una montaña rusa. En el poco tiempo transcurrido desde el día de la mudanza, había pasado del éxtasis a la ansiedad y el estrés, y viceversa. Sin embargo, cuando me desperté al día siguiente de la fiesta en el jardín, supe que por fin las cosas se estaban asentando como siempre había esperado. De hecho, cien veces mejor de lo que siempre había esperado.

Mis bendiciones eran muchas y variadas. Además de la casa de mis sueños y el acceso al Grow-Well, tenía un trabajo que me encantaba y en el que, gracias a la generosidad de Eli, de mis vecinos y de la comunidad en general, ahora podría destacar. También había reforzado el vínculo con el mejor amigo que había tenido nunca y, para colmo, estaba justo al principio de lo que sabía que iba a ser una relación maravillosa y duradera.

—Buenos días, dormilona —sonrió Eli cuando logré librarme del edredón y bajé a reunirme con él en la cocina—. Pensaba que no te levantarías nunca. Iba a darte cinco minutos más y luego ir a buscarte.

—¿Por qué crees que he esperado tanto tiempo ahí arriba? —ronroneé, rodeándole la cintura con los brazos y respirando su aroma a recién salido de la ducha.

—Bethany Cousins —me dijo, mirándome con un brillo travieso en los ojos—. ¿Ibas a intentar seducirme?

—Desde luego que no —dije, cambiando a un tono correcto, lo que le hizo reír. La sensación reverberó en su pecho y en el mío—. Solo esperaba un té en la cama, eso es todo.

—Ajá —dijo, incrédulo—, me temo que no hay tiempo para eso. —Me plantó un rápido beso en los labios y me soltó—. Estoy en serio peligro de llegar tarde al trabajo, y eso no sería un buen comienzo de semana, ¿verdad?

—Supongo que no —bostecé.

—No todos podemos revolotear por la casa un lunes —bromeó.

—No voy a revolotear de un lado para otro —dije—. Tengo trabajo que hacer.

—En ese caso —dijo—, te dejo con ello. Ven a comer a la cafetería y te presentaré a Melanie.

Cuando me acordé de que le había enviado un mensaje a Pete prometiéndole quedar para comer, Eli ya se había ido. Como no iba a ver a Sara hasta dentro de un par de días porque trabajaba en turno de noche, quería que Pete me contara todos los chismes sobre la otra nueva relación de mi vida. La de ellos. Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. Qué hábil casamentera era.

—¡Caramba! —dijo Eli, entrando de golpe en la cocina—. ¡Casi lo olvido!

—¿Qué? —Me reí.

—Mi segundo beso de despedida —dijo, tirando de mí hacia sus brazos.

—Vaya —jadeé cuando finalmente se alejó, tras un trabajo muy minucioso que lo ponía en un riesgo aún mayor de llegar tarde—, espero que casi se te olvide cada día.

—¡Adiós! —gritó, saliendo corriendo de nuevo—. Hasta luego.

Esta vez sí que se fue y yo aún no había mencionado mis planes para la comida. Tendría que llevar a Pete a Castle en vez de a Blossom's.

Con la increíble cantidad de dinero recaudada en la rifa y la subasta de la fiesta en el jardín en mente, pasé una mañana productiva planeando las actividades y eventos para los residentes.

Gracias a la generosa oferta de Carole y Graham de dirigir los clubs de repostería y jardinería, y a que Harold había hablado con Luke sobre la posibilidad de una excursión al Grow-Well, las actividades allí iban a ser muy diferentes de cuando Karen estaba a cargo.

Los macarrones —como Greta seguía llamando al macramé— estaban oficialmente prohibidos y, en su lugar, ahora había un programa variado y adecuado para todos los gustos. Sandra iba a estar encantada y esperaba que los residentes, tanto los antiguos como los nuevos, también. No reservaría nada oficialmente hasta tener una idea de los participantes, pero pensé que había dado en el clavo y había encontrado algo para todos. Puede que incluso Bob se animase a participar y no se quejase por una vez.

Un rápido vistazo al reloj me dijo que corría el riesgo de llegar casi tan tarde como Eli antes y salí de casa a toda prisa, desesperada por no hacer esperar a Pete.

—Lo siento —resoplé cuando lo vi de pie en la acera—. He estado trabajando en casa esta mañana y he perdido la noción del tiempo.

—No importa —dijo—, no tengo prisa. Puedo cerrar durante una hora.

—¿Y Stacey? ¿No trabaja hoy?

—El lunes es día de colegio —me dijo Pete, añadiendo con escepticismo—: supuestamente.

—En ese caso —dije, enlazando mi brazo con el suyo—, vámonos.

Pete partió en una dirección y yo en la otra. Debíamos parecer los pushmi-pullyu *de El Doctor Dolittle*.

—¿A dónde vas? —Pete frunció el ceño.

—A la cafetería Castle —dije con firmeza.

Pete no parecía impresionado y recordé que había rechazado el lugar el día que nos reencontramos.

—Será un cambio —dije.

—Pero prefiero Blossom's.

—Fuimos allí la última vez —dije, tirando de él en la dirección que yo quería ir.

—Pero a mí me gusta Blossom's —dijo, mirando por encima del hombro hacia la panadería.

—Seguirá ahí mañana.

—Pero siempre como allí —dijo con nostalgia mientras yo tiraba con más fuerza.

—Razón de más para avivar un poco las cosas —dije—. Y hablando de avivar las cosas, ¿cómo te fue ayer en tu cita con Sara?

—Solo fue una pinta en el *pub* —dijo; sus pies por fin, aunque a regañadientes, se movían en la dirección que yo quería—. No era una cita de verdad.

—Muy bien entonces —me reí—, ¿cómo te fue ayer en el *pub* con Sara?

—Genial —dijo; agachó la cabeza y por un momento pareció un niño de diez años—. Maravilloso. Mucho mejor que una cita de verdad porque no había presión.

Me alegré mucho de oírlo. Las aceras estaban abarrotadas, lo que no debería sorprenderme, ya que todo el mundo estaba almorzando, pero eso significaba que la cafetería también estaría repleta.

—¿Seguro que quieres comer aquí? —Pete frunció el ceño, mirando el espacio abarrotado.

—Sí —dije, dándole un codazo, porque vacilaba en el umbral—. Tú coge esa mesa —señalé cuando fortuitamente quedó una libre—, y yo me voy a la cola.

—¿Y si es servicio de mesa? —preguntó mirando a su alrededor.

Parecía incómodo de verdad y me di cuenta de que era un animal de costumbres.

—Las colas serán probablemente más rápidas —señalé, mirando el número de clientes que entraban.

—De acuerdo —cedió, apretándose detrás de la mesa que estaba cerca de la pared.

La silla en la que se sentó chirrió estrepitosamente sobre el suelo de baldosas y el pobre Pete se puso rojo. Quizá no fuera la mejor idea después de todo.

—No tardaré —dije.

Me puse enseguida a la cola, con la esperanza de que el personal, y uno en particular, fueran eficientes y no me hicieran esperar demasiado. Sin embargo, pronto me di cuenta de que no había ni rastro de Eli. Había una mujer supervisándolo todo con un brazo en cabestrillo, así que supuse que debía ser Melanie, y el tipo que iba de un lado a otro haciendo sonar las máquinas debía ser el estudiante que estaba de vacaciones de verano y había aceptado ayudar.

—¿Qué te pongo? —me preguntó cuando llegué al mostrador.

Fue entonces cuando me di cuenta de que, al estar tan ocupada intentando ver a mi pretendiente, no le había preguntado a Pete qué quería.

—Oh —dije, sintiéndome como una tonta mientras leía el tablón, en el que figuraban muchísimos cafés pero, por lo que pude ver, ningún té ni tampoco una gran selección de comida.

El tipo me miró y se mordió el labio, y Melanie dio un paso adelante, seguramente para preguntar si pasaba algo, justo cuando Eli apareció por detrás del mostrador, cargado con una enorme bolsa de granos de café.

—Beth —sonrió, dejando la bolsa en el suelo—, has venido.

De repente, se armó un jaleo en una de las mesas, lo que me distrajo momentáneamente y me hice a un lado para dejar que el estudiante siguiera atendiendo a la gente que se agolpaba en la cola detrás de mí.

—Hola —le respondí—. Por supuesto.

Me di cuenta de que mi cara se había sonrojado por su entusiasta bienvenida.

—Así que —dijo el otro tipo, golpeando la jarra de leche contra el mostrador mientras su atención volvía a centrarse en mí— esta es la Beth de la que no paras de hablar, ¿eh?

Esta vez fue Eli el que se puso rojo y Melanie negó con la cabeza. Dicho esto, sabía que me había puesto aún más roja al averiguar que Eli les había hablado de mí. Eso suponiendo que solo conociera a una Beth, claro.

—Soy Melanie y estamos encantados de conocerte, Beth —sonrió la jefa, haciéndose cargo de las chapuceras presentaciones—. Eli parece otro desde que te mudaste a la casa.

—¿Amas su música tanto como él ama tus plantas de interior? —me preguntó el estudiante con un guiño.

—¿Exactamente cuánto les has contado sobre mí, Eli? —sonreí.

—Creo que demasiado —rio, avergonzado.

—En absoluto —dijo Melanie—. Eres tan encantadora como él te describió.

—Gracias —balbuceé, aún más cohibida.

—¿Te vas a quedar? —preguntó Eli—. Esperaba que pudiéramos tomarnos unos minutos, pero ya hay mucho ajetreo. A la hora de comer siempre hay gente, pero por alguna razón, hoy está al siguiente nivel.

Contrastaba bastante con la afluencia de gente al local de Pete, pero su oferta era más bien de nicho, mientras que la cafetería satisfacía una necesidad humana básica. Es decir, si los humanos realmente necesitaban un *latte macchiato* o un *espresso con panna*. Para mí era un mundo y un idioma diferentes, pero, dada la creciente longitud de la cola, supuse que la cafeína proporcionaba un estímulo muy necesario un lunes a mediodía, incluso en julio.

—No pasa nada —dije—. No he tenido la oportunidad de mencionarlo antes, pero ya había hecho planes para comer con un amigo.

Miré hacia atrás para saludar a Pete, pero no pude ver la mesa entre la multitud.

—¿Ha sido porque Eli no te dejaba tomar aire? —sonrió el estudiante.

No contesté, pero miré a Eli y fruncí el ceño. Por ahí se iba el mantener nuestra relación en secreto.

—Eso explicaría la rojez de la barbilla —rio el estudiante cuando no le contesté.

Para cuando me di cuenta de que estaba intentando ligar y de que Eli no había dicho nada, ya me había frotado los dedos por la barbilla y la mandíbula.

—Menos mal que sabes hacer tu trabajo, James —intervino Melanie—. Si no, estarías de patitas en la calle. Céntrate en lo que estás haciendo y Eli, si quieres tomarte unos minutos para hablar con Beth, seguro que podemos arreglárnoslas.

—No —dije, consciente de que ya me había comido una parte del almuerzo de Pete—, está bien. Tú sigue, Eli, y nos pondremos al día en casa esta noche.

—¿Estás segura? —preguntó—. Me gustaría conocer a tu amigo.

Me hubiera gustado presentarle también a Pete. Como a los dos les apasionaba la música, estaba segura de que se llevarían bien. Dicho esto, dado que Pete lo sabía todo sobre mis antiguas aspiraciones y había tocado a dúo conmigo en muchas ocasiones, quizá fuera mejor que los mantuviera separados. Al menos hasta que hubiera informado a Pete de lo que le había contado o no a Eli sobre mí. En el futuro, podría imaginarme a Eli, a mí, a Pete y a Sara yendo juntos al *pub*, pero por ahora sería mejor mantener el pasado y el presente separados.

—De verdad, no pasa nada —insistí.

—En ese caso —dijo—, déjame llevaros unas bebidas. ¿Qué ibas a pedir?

—Mira, amigo —dijo una voz agitada por encima de mi hombro—. ¿Piensas servir o qué?

—Está bien —le dije a Eli, sabiendo que Pete preferiría comer en Blossom's de todos modos—. Sirve a este tipo y nos vemos luego. Cocinaré para ti esta noche.

—De acuerdo —cedió, pero parecía decepcionado—. Puede que llegue un poco más tarde de lo habitual. Tengo una sorpresa que recoger primero.

—¿Una sorpresa? —pregunté, y me mordí el labio—. Qué será...

—Bueno, si te lo dice —espetó el impaciente cliente—, será cualquier cosa menos una sorpresa, ¿verdad?

Le di un beso a Eli y lo dejé para que sirviera al señor Gruñón.

—Esto está un poco lleno —dije, sacando mi teléfono para comprobar la hora mientras finalmente me abría paso hasta la mesa—. Vamos a probar en Blossom's, ¿vale?

Levanté la vista y encontré a dos señoras sentadas donde había dejado a Pete.

—Oh —dije, mirando a mi alrededor—, lo siento. Mi amigo estaba sentado aquí hace un minuto.

—¿Eres Beth?

—Sí.

—El joven ha dicho que te dijera que tenía que volver a la tienda y que podíamos quedarnos con la mesa —explicó una de las mujeres.

—Oh.

—Espero que esté bien —dijo la otra—. No has pedido nada, ¿verdad?

—No —dije, abriéndome paso—. No pasa nada. No he pedido. Disfruten de su almuerzo.

El cartel de la puerta de la tienda seguía cerrado cuando volví y tuve que martillear durante una eternidad hasta que Pete apareció.

—¿Qué ha pasado? —Fruncí el ceño—. ¿Por qué te has ido?

—Lo siento —dijo, con cara de vergüenza—. Pensé que había dejado el gas abierto en el piso.

No me lo creí ni por un segundo. Ni siquiera creía que la zona estuviera conectada al gas.

—Vale —dije, sintiendo la inexplicable incomodidad de Pete y decidiendo no insistir en el tema—, bueno, no importa. De todas formas, había mucho jaleo ahí dentro. ¿Qué tal si voy a comprar algo a Blossom's y nos lo comemos en la tienda? Así, si tienes una avalancha de clientes, no perderás una venta.

—Genial —dijo, aliviado—. Me parece bien.

Pete y yo pasamos un par de horas muy agradables poniéndonos al día sobre lo que habíamos empezado a llamar *los años perdidos*. También me contó que Sara lo había convencido para que participara en la próxima recreación en lugar de esconderse detrás de su cámara.

—Te va a pedir que me ayudes a hacerme una túnica y todo —dijo, emocionado—. Y no voy a mentir, estoy deseando ponerme a ello.

—Iba a ofrecértelo, pero te me has adelantado —sonreí—. ¿Se van a rebelar los campesinos? —Solté una risita.

—Algo así —respondió con una sonrisa.

—¿De verdad te has ido de la cafetería por el gas? —le pregunté.

La pregunta me rondaba la cabeza y no podía evitarla, aunque me había prometido que no le daría importancia.

—No —dijo rotundamente—, por supuesto que no.

—¿Qué ha pasado, entonces? —Fruncí el ceño.

Dejó a un lado la bolsa de Blossom's, que seguía llena de bocaditos.

—Ha aparecido alguien a quien no quería ver —dijo finalmente, enroscando una bolsa vacía en una bolita apretada.

—¿Quién? —pregunté.

—No quiero hablar de eso —dijo, malhumorado.

Me sorprendió. A Pete le costaba mucho enfadarse.

—Me parece justo —sonreí—. No te preocupes.

—Oye —gritó a Stacey cuando entró—, ¿no deberías estar en la universidad?

—Mi clase ha sido cancelada —respondió ella suavemente—. ¿Queda algo en esa bolsa? Me muero de hambre.

***

Estaba un poco nerviosa por la velada que iba a pasar con Eli. No solo porque no tenía un repertorio culinario especialmente extenso, sino también porque se me habían ido formando algunas preguntas en la cabeza a medida que avanzaba la tarde y los engranajes mentales habían empezado a girar.

Aunque había decidido que una mezcla de pasado y presente no era lo que nuestra relación necesitaba mientras la poníamos en marcha, ahora había surgido algo potencialmente importante y necesitaba llegar al fondo del asunto.

—¡Cariño! —llamó Eli con un falso acento americano, más o menos a la hora que yo esperaba, dado que había dicho que iba a llegar un poco tarde—. ¡Estoy en casa!

—Ya era hora —dije, siguiéndole el juego—. El perro ha estado a punto de comerse tu cena.

—Bueno —dijo, uniéndose a mí en la cocina, y olfateó el aire en señal de agradecimiento—, me alegro de que no sea así porque huele increíble. ¿Qué es?

—*Risotto* —me encogí de hombros, dejando de actuar—, nada del otro mundo.

—Exactamente lo que me apetece —dijo, tirando de mí en sus brazos.

Me alegré de ello. Podría haber sido una receta fácil, pero me había tomado la molestia de comprar una botella decente de vino blanco y el mejor *pecorino* para pasarlo, junto con algunos guisantes frescos del Grow-Well.

Había disfrutado de un maravilloso momento *cottagecore*, sentada junto a la puerta trasera abierta, desgranándolos en el viejo pero muy querido escurridor de metal de mamá. No podía negar que me había metido en la boca tantos como risotto había preparado. Eran como pequeñas y dulces explosiones de sabor en mis papilas gustativas. Absolutamente deliciosos y apetitosos.

—Está casi listo —dije después de saludarnos con un beso y de apagar el fuego y volver a remover la sartén—. ¿Cenamos en el jardín?

Detrás de la casa no había mucho jardín, pero sí un bistró con una mesita y dos sillas, y yo pensaba hacer los cambios plantando algunas macetas y jardineras que dieran sombra, ya que la orientación era predominantemente norte. Me apetecía plantar un plátano, con su frondosa copa tropical, pero tal vez fuera demasiado ambicioso, dado el espacio.

—Eso sería maravilloso —dijo Eli—, pero primero, cierra los ojos y ven a ver lo que tengo.

—Es una contradicción, ¿no? —pregunté, sacando la sartén de la placa y dejándola a un lado.

—Ya sabes lo que quiero decir —rio—. Vamos.

Con todo lo que tenía en la cabeza, me había olvidado de la sorpresa que había mencionado y me alegré de que no me la hubiera contado. Me condujo con cuidado de la cocina al comedor.

—Vale —dijo—, abre los ojos.

Tomé aire y parpadeé lentamente.

—¿Qué te parece?

—¿La caja de cartón? —pregunté, arrugando la nariz.

—No, chiflada —rio, abriéndola de un tirón—. Mira dentro.

—Dios mío —jadeé—. ¿Dónde las has encontrado?

Dentro, envueltas en papel de periódico, había una colección de macetas de Sylvac y Withernsea Estate.

—Estaban en el desván de la antigua casa de mi abuela —respondió Eli, sacándolas con cuidado—. Llamé al actual inquilino y le pregunté si podía pasarme a buscarlas. Hacía tiempo que no iba por allí y volver me hizo sentir un poco raro, pero la expresión de tu cara me dice que mereció la pena.

—¿Por eso te mudaste aquí y no allí? —pregunté, mirando en el fondo de la caja—, ¿porque era raro estar allí sin ella?

En realidad, no había tenido la oportunidad de averiguar cómo se habría sentido el *bungalow* en el que mamá y yo habíamos acabado sin ella viviendo en él, porque en cuestión de semanas había tenido que marcharme.

—La verdad es que no —explicó Eli—. Supongo que me habría acostumbrado si hubiera ido allí, pero el lugar es demasiado grande para una sola persona. Es una auténtica casa familiar y, además, ya estaba alquilada cuando empecé a buscar. De todos modos —dijo, señalando con la cabeza la caja—, ¿qué te parece?

—Son preciosas —dije, eligiendo una especialmente pintada y examinándola—. Este pequeño ciervo es precioso.

Eli parecía un poco congestionado.

—Era la maceta favorita de mi abuela —dijo—. Mamá quería deshacerse de todas cuando vaciamos la casa, pero las puse en el desván antes de que tuviera la oportunidad.

Supongo que no eran del gusto de todos, pero yo las adoraba.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté, seleccionando una con un conejo. Al conejo le faltaba una oreja.

Eli rio.

—La abuela lo limpiaba con el plumero —dijo, poniendo los ojos en blanco—. No era la limpiadora más cuidadosa. ¿Qué te parece? ¿Son demasiado *kitsch* para tu colección de plantas de interior?

Me fijé en los conejos, cervatillos y duendecillos que decoraban las macetas, muchas de las cuales tenían la forma de troncos de árbol.

—De ninguna manera —dije—. Mis plantas estarían honradas de residir en tal esplendor *vintage*.

—¿De verdad te gustan?

—¡Me encantan!

—Eso esperaba —dijo, complacido—. Después de cenar las llenaremos, ¿de acuerdo?

—Sí —dije—, no puedo esperar.

—Tus plantas y mis macetas —sonrió Eli—, van a quedar perfectas juntas.

—Eso ha estado absolutamente delicioso —dijo Eli, reclinándose en su silla, una vez hubo vaciado su cuenco y tragado los últimos granos de rollizo arroz recubierto de queso con una corteza de uno de los panes rústicos de Mark.

—¿Te ha gustado?

Me enseñó el interior del cuenco como prueba.

—Casi lo bastante limpio como para volver al armario —me reí mientras él se servía lo que quedaba de vino.

No habíamos apurado la comida, habíamos pasado tanto tiempo charlando sobre las macetas y su abuela como comiendo, y empezaba a refrescar.

—¿Quieres entrar? —preguntó Eli, cuando me vio apilando los platos y frotándome los brazos.

—No —dije—, todavía no.

Lo llevó todo dentro y volvió a salir con mi rebeca, que me había quitado mientras cocinaba.

—Gracias —dije, y me la puse sobre los hombros.

Sentí un escalofrío de excitación cuando se inclinó y me besó ligeramente la clavícula.

—Gracias a ti —dijo antes de volver a sentarse y coger su vino—. Por cierto —preguntó—, ¿cómo estaba tu amigo? Con el que has comido.

—Estaba bien —asentí mientras mi corazón empezaba a palpitar ahora que por fin se había abordado el tema—. Hemos charlado un buen rato. Hace poco me contó que había sufrido una ruptura. Fue duro durante un tiempo, muy duro, pero ahora lo está superando. Sigue adelante con su vida, ya sabes.

No era mentira. La pérdida de la amistad de la que Pete me había hablado fue una especie de ruptura. Le había dolido y echaba de menos a la persona que había perdido, y ahora estaba pasando página poco a poco. Ergo, una ruptura, pero no romántica.

—Las rupturas son duras —dijo Eli con un suspiro—. Cuando yo pasé por la mía, sinceramente pensé que nunca volvería a querer ni a confiar en nadie.

No sabía qué decir a eso.

—Pero ahora —dijo, mirándome a los ojos—, no estoy seguro de que lo que sentía fuera siquiera amor.

Se me aceleró el corazón y se me hizo un nudo en la garganta. Aquello sí que era una declaración.

—Siento que te hayan roto el corazón —susurré—, pero me alegro de ayudarte a recomponerlo.

—Sí que me estás ayudando —dijo, cogiéndome la mano por encima de la mesa—. Lo que siento por ti está en otra liga, Beth, pero, por desgracia, hay una parte de mi corazón que ni siquiera tú podrás arreglar.

—Oh.

Eli retiró la mano y se la pasó por el pelo.

—Mi ex me rompió el corazón incluso antes de que diera ninguna pista de que estaba pensando en irse —dijo con la voz entrecortada por la emoción—. Provocó una ruptura entre mi mejor amigo y yo, y acabé eligiéndola a ella antes que a él. Nunca me lo he perdonado y nunca lo haré.

La cabeza me daba más vueltas que el vino mientras las piezas del rompecabezas con el que me había tropezado sin querer encajaban a la perfección, pero horriblemente. En el fondo, toda la tarde había sabido que iba a ocurrir, pero la realidad me golpeó con fuerza.

—Mi comportamiento fue imperdonable —añadió Eli, sacudiendo la cabeza al recordarlo—. Dije e hice cosas atroces bajo su influencia, y ahora no puedo retractarme ni arreglar las cosas.

—Pero ¿lo harías, si pudieras? —me oí preguntar.

—En un santiamén —respondió, en un ejemplo de lo que decía.

Capítulo 17

Aquella tarde me dediqué a poner orden con Eli y a llenar con mis plantas la colección de macetas *kitsch* de su abuela, pero la cabeza me daba vueltas con lo que había preparado. Eli estaba tan entusiasmado con nuestra colaboración que no se dio cuenta de mi cambio de humor, lo cual fue un alivio.

Más tarde, me tumbé en la cama, mirando al techo mucho después de haber apagado la luz y reflexionado sobre todo. Indagué para intentar encontrar otra explicación posible a lo que había descubierto, pero fue en vano.

El hecho era que Pete había formado parte de la banda de Eli, la novia de Eli había desbancado a mi amigo, minado su confianza, y luego había desaparecido, dejando tras de sí un par de corazones rotos. Eli era la persona que Pete intentaba evitar, como había confirmado su huida de la cafetería, y Pete era la persona que Eli deseaba desesperadamente que volviera a su vida, pero no sabía cómo ni si podía enmendarlo.

No me cabía la menor duda de que Eli estaba destrozado por lo ocurrido. Eli había sentido la pérdida de Pete tan aguda y profundamente que había sacrificado tocar su música en público como consecuencia de ello, y, sabiendo lo mucho que significaba para él, ese era el castigo más duro posible al que podía haberse condenado.

Al ver a los dos hombres que amaba tan marcados por lo que había pasado, quería desesperadamente ayudar a sanar su ruptura, pero, a diferencia de la simplicidad de juntar a Pete y Sara, esta situación era mucho más complicada. Pete no tenía ni idea de que yo supiera quién era Eli, y mucho menos, de que estuviera viviendo con él y saliendo, y Eli no tenía ni idea de que yo fuera amiga de Pete. En cuanto a lo que ellos sabían, no había nada que me relacionara con el otro.

Por mucho que quisiera que mi pasado musical no se mezclara con mi nueva vida, esto debería haber sido una bendición, pero, si quería a los dos hombres en mi vida —cosa que obviamente era así—, no podría mantenerlos separados para siempre y, de hecho —me sorprendía reconocerlo—, estaba dispuesta a arriesgarme a que Pete se fuera de la lengua si eso significaba que los dos podían volver a ser amigos.

Odiaba la idea de defraudar a Pete por segunda vez. Si no iniciaba un plan de acción cuidadoso y meticulosamente pensado, había muchas posibilidades de que saliera herido. No había margen de error y tampoco había mucho tiempo. Pete salía con Sara y Sara sabía que yo compartía casa con Eli debido a su conexión con Prosperous Place, así que la presión estaba servida. Tenía que inventar algo rápido.

Pasé una noche inquieta dando vueltas en la cama y, cuando por fin volví a levantarme, no había avanzado nada en mi intento de volver a juntar a los chicos de un modo que no disgustara a Pete ni corriera el riesgo de dañar mi incipiente relación con Eli. No quería que pensara que había mantenido en secreto que conocía a Pete —una vez que había descubierto su conexión— por cualquier motivo dudoso, pero por el momento, y a pesar de las limitaciones de tiempo, no tenía más remedio que dejar de lado la

situación.

Necesitaba centrar mi atención en desplegar con éxito el nuevo programa de actividades y esperar que, mientras tanto, no ocurriera nada que revelara que estaba ondeando la bandera del Equipo Eli *además de la del* Equipo Pete.

—Buenos días —sonrió Greta, que se encontraba tras el mostrador de recepción a primera hora de la mañana del martes—. ¿A quién ha venido a visitar hoy?

La miré y negué con la cabeza. Le encantaban sus juegos de rol, pero a veces se apoderaban por completo de su mente, desplazando la realidad y el sentido común. Si no tenía cuidado, sabía que, convencida como estaba de que yo era una visitante y no una empleada de la residencia, no me dejaría entrar y empezaría a llamar a la seguridad, con el consiguiente alboroto.

—Por favor, asegúrese de desinfectarse las manos antes de firmar en el libro de visitas —me dijo dulcemente, girando el libro para que pudiera verlo—. Necesitaré la matrícula de su coche, suponiendo que haya venido en coche, junto con el nombre de la persona a la que viene a visitar.

Al parecer, Minnie Mouse estaba de visita en la cocina, el doctor Indiana Jones atendía a un paciente en la segunda planta y Bob el Constructor estaba en algún lugar del edificio arreglando una gotera. Me mordí el interior de la mejilla y decidí dejar pasar sus añadidos ficticios al libro de visitas.

—He venido a hablar con los residentes —dije, tratando de parecer importante—. Tengo algunas noticias oficiales que compartir con ellos sobre su nuevo programa de actividades.

—Ya veo —dijo, claramente interesada.

—Voy a necesitar a alguien que ayude a reunir a todos en la sala común.

Siguió mirándome con avidez, asimilando cada palabra.

—Tengo una reunión a las nueve y media —dije, pensando que sería tiempo suficiente para que todo el mundo terminara su desayuno y sus abluciones matutinas—. ¿Crees que habrá alguien disponible para ayudarme?

Levantó la mano y su codo crujió en respuesta, en un gesto que recordaba a la forma en que los niños imploraban a sus profesores que los eligieran para tareas importantes, como llevar cartas a la oficina del colegio.

—Podría hacerlo yo —dijo, entusiasmada.

—Pero ¿no te necesitan aquí? —Fruncí el ceño.

—Habrá un cambio de turno en diez minutos —dijo, arreglando astutamente el juego para adaptarlo a sus necesidades—. Podría empezar a reunir a todo el mundo después de eso.

—Excelente —acepté—. Te veré en la sala común a las nueve y media entonces.

Con una nueva misión que cumplir, me dejó pasar sin más alboroto y fui a dejar mi bolsa en la sala de personal.

—No estaba segura de que aún estuvieras aquí —le dije a una Sara con cara de sueño, a la que encontré sentada y desplomada en la mesa—. Pero tenía la sensación de que necesitarías esto, si estabas.

Le entregué una bolsa que contenía un panecillo de Blossom's y un vaso desechable

lleno del café más fuerte que vendían en la panadería. No sé qué habría hecho con él si mi amiga no hubiera seguido allí.

—Oh, eres un amor al desviarte de tu camino para esto —bostezó ella, recibiendo ambas con gratitud—. Me he quedado para verte. Tenía el presentimiento de que hoy llegarías temprano.

—Tengo muchas cosas que contarles a todos —dije, palmeando la carpeta que contenía la lista que esperaba que interesara a los residentes—. ¿Había algo en particular por lo que querías verme?

Sentí que un pinchazo de inquietud me recorría la nuca. ¿Había surgido ya el nombre de Eli en una conversación en la que Pete hablaba de la disolución de su antiguo grupo? Esperaba que no.

—Sí —sonrió, de repente mucho menos somnolienta—. Quería darte las gracias por juntarnos a Pete y a mí. Llevábamos meses eludiéndonos el uno al otro. Tu empujón era justo lo que necesitábamos.

—Me alegro mucho —sonreí, aún emocionada por los dos a pesar de la posible complicación a la que su unión me había llevado inesperadamente.

—Me contó que os conocéis desde hace mucho tiempo —continuó.

—Oh, sí que nos conocemos —asentí, con mi ansiedad punzando de nuevo—. Nos conocemos desde siempre.

—Tenemos mucho en común —dijo con aire soñador—. No mucha gente lo sabe, pero soy escritora en mi tiempo libre. Escribo cuentos infantiles sobre una comunidad de criaturas mágicas que viven en el jardín de helechos de Prosperous Place.

Así que eso era a lo que Kate se había referido hacía ya semanas.

—Oh, Sara —dije, incapaz de hacer la conexión con Pete, si es que había alguna—. Me encanta.

—Se me ocurrió la idea cuando asistí al Winterfest que había organizado Luke. Ahora tengo toda una colección de cuentos. Le he enseñado algunos a Pete y me los va a ilustrar.

—Por supuesto —dije, uniendo por fin los puntos—. Es un artista maravilloso, ¿verdad?

Las historias de Sara también sonaban muy a él. Todo lo relacionado con la magia y la fantasía lo enganchaba. Era un gran fan de Tolkien, lo que probablemente era la razón original por la que se había involucrado con el grupo de recreación Iceni.

—Es increíble —asintió—. Aunque, como yo, es muy reservado.

—¿Publicarás alguna vez tus historias? —le pregunté.

—No, no lo creo —dijo arrugando la nariz—, pero tampoco hace tanto que me armé de valor para empezar a escribirlas y pensaba que nunca se las enseñaría a nadie, pero ahora ya lo he hecho, así que nunca digas nunca.

Me gustaba bastante la idea de asistir a la presentación de un libro, rodeada de niños disfrazados de personajes de la imaginación de Sara. Quizá ella y Pete pudieran darse mutuamente el impulso de confianza que ambos necesitaban para dar a conocer al mundo su obra creativa. Sabía que la de Pete estaba lo bastante lograda y apostaría a que la de Sara también.

—De todos modos —continuó, haciéndome volver a la tierra de golpe—, Pete y yo hemos estado hablando de algo más que de mi escritura en los últimos días.

—Ah —chillé con la voz unas octavas más alta.

—Espero que no te importe, pero antes de mi turno de ayer se me ocurrió mencionar algunas de las cosas que los residentes habían escrito en la lista de ideas de actividades y Pete dijo que, si los concursos salen y necesitas una mano para organizarlos, él estaría más que feliz de ayudar.

Respiré hondo y me obligué a relajar los hombros. Si Sara hubiera descubierto la historia que compartían Pete y Eli, ya lo habría mencionado.

—Le encantan esas cosas y tiene muchos conocimientos —prosiguió—. Dijo que prepararía algunas hojas de preguntas si querías. Tanto temáticas como de cultura general. Ya se ha entusiasmado con todo —añadió riendo.

Estaba segura de que la idea de los concursos saldría adelante. Mucha gente había marcado esa sugerencia, y Pete sería la persona perfecta para idear las preguntas. Encargárselo a él me quitaría un peso de encima y me ahorraría mucho tiempo.

—Estupendo —dije, por tanto—. Seguro que los concursos se van a celebrar, y sería de gran ayuda que Pete preparara las hojas, pero solo si está seguro de que tiene tiempo.

Sería toda una misión para él.

—Estará en su elemento —rio—. Lo veré hoy más tarde, así que le pediré que empiece, si quieres.

—Sí, por favor —dije—. Gracias. Se lo agradecería mucho.

Acabábamos de empezar a hablar de los trajes de la recreación, pero nos detuvimos cuando nuestros oídos captaron un jadeo que provenía del pasillo. Sandra asomó la cabeza por la puerta, pero por suerte el ruido no procedía de ella.

—¿Quién es? —pregunté, obviando el tradicional saludo matutino, al ver que un labrador color chocolate de edad avanzada se acercaba y se sentaba a sus pies.

—Buenos días, Beth —sonrió mi jefa.

Parecía más relajada de lo que la había visto en años.

—Este es Buster —dijo, acariciando la cabeza del perro y haciendo que su cola repiqueteara—. Es el perro de mis padres y, desde ayer, también es mi nuevo compañero de oficina.

Me quedé atónita.

—Mike y yo estuvimos hablando de algunas de tus sugerencias el fin de semana —explicó—, y me convenció tu forma de pensar sobre los animales de compañía. Mamá y papá miman demasiado a este coleguita, así que pensé que, si todo el mundo estaba de acuerdo, podría venir a trabajar conmigo y hacer un poco de ejercicio dos o tres días a la semana.

Sonaba como si mis nuevas ideas hubieran sido el tema de moda últimamente y yo estaba encantada.

—Mientras no esté por el comedor a la hora de comer —rio Sara—, puede que incluso pierda uno o dos kilos.

—Ayer tuvimos un pequeño contratiempo —dijo Sandra—. Pillé a algunos de los residentes dándole de comer bocados de la mesa, pero ya hemos hablado y no volverá a

ocurrir.

Yo no estaba tan convencida como ella, pero Buster era una incorporación muy bienvenida al equipo. Seguro que Charlie estaba encantado con su llegada.

—Perdona, Sandra —llegó una voz desde detrás de ella—, no quiero interrumpir, pero ¿está Beth aquí?

—Sí, Harold —dijo, haciéndose a un lado—, aquí está. ¿Va todo bien?

—Depende —dijo, entrando y masajeándole brevemente la cabeza a Buster—. Buenos días, Beth.

—Buenos días, Harold —contesté—. ¿Qué pasa?

—Greta está en modo perro pastor —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Tiene a todo el mundo encerrado en la sala común, supuestamente por tu orden.

—Está bien —dije, mirando el reloj—. Le pedí que reuniera a las tropas. Se ha equivocado un poco con la hora, pero no importa. Como dice el refrán, no hay tiempo como el presente.

—¿Quieres que me quede? —Sara bostezó.

—No —dije, reordenando mi carpeta, y saqué mis notas adicionales del bolso—. Vete a casa. Si tengo algún problema, pondré a Buster de guardia.

Rápidamente le conté a Sandra lo que iba a decirles a todos y me dirigí con ella a la sala común. Buster no nos pisaba los talones, pero nos seguía fielmente, jadeando de nuevo por el esfuerzo. Sí que necesitaba ponerse a dieta.

No sé qué había dicho o hecho Greta para reunir a tantos residentes en tan poco tiempo, pero el lugar estaba lleno y hacía un calor sofocante. Abrí de par en par las puertas francesas del fondo de la sala, dejando entrar la suave y fresca brisa matinal; mientras, Freddie tocaba suavemente al piano unos compases de *English Country Garden*. Escuchando con atención, me di cuenta de que Greta, de pie de centinela junto a él, y un par de los otros estaban cantando una versión bastante más grosera de la letra que yo conocía.

—Gracias por organizarnos a todos, Greta —dije, uniéndome a ella en el piano y cortando enseguida el canto—. A partir de ahora, me encargo yo.

Ella inclinó amablemente la cabeza y se hizo a un lado; Freddie dejó de tocar y cerró la tapa sobre las teclas para resistirse a más tentaciones.

—Buenos días a todos —dije, con ganas de empezar—. Espero que todos lo pasarais muy bien en la fiesta del domingo y que ahora estéis deseando conocer el nuevo programa de actividades que he podido elaborar a raíz de ella.

—Eso dependerá de lo que contenga —dijo Bob bruscamente, y su compañero de fechorías, Wilfred, asintió.

Beligerantes en el mejor de los casos, nunca los había visto participar en nada. Para ser sincera, eran dos residentes a los que no me habría importado que Greta no incluyera en su exhaustiva ronda matutina.

—Bien —dije, aclarándome la garganta—, sin más preámbulos, esto es lo que se me ha ocurrido hasta ahora. Voy a repasar el plan y luego lo discutiremos al final —añadí con firmeza, con la esperanza de evitar interrupciones antes de que empezaran.

Levanté la vista y vi a los residentes absortos mientras yo empezaba a repasar la lista.

—Los lunes por la mañana seguiremos cuidando la colección de plantas de interior —empecé—, que veo que ha crecido bastante en los últimos días.

—Mi nieto nos regaló la palmera —dijo alguien—. Había crecido demasiado para su apartamento.

—Y mi hija dejó ayer la *Monstera* —añadió alguien más.

Y eso que había intentado evitar las interrupciones; al menos eran positivas. Cuidar las plantas de interior era una actividad suave, y programarla para los lunes por la mañana me daría la oportunidad de charlar con todo el mundo y averiguar si había habido alguna queja o emoción durante el fin de semana.

—Excelente —dije, alzando un poco la voz para seguir—, por favor, transmíteles nuestro agradecimiento. Las dos tienen un aspecto maravilloso.

—Muy exótico —coincidió Greta, imitando a Monty Don mientras se giraba para mirar.

—Los lunes por la tarde —continué—, habrá el club de los puzles y juegos. Tanto en el interior como en el exterior. Tenemos unos juegos nuevos de lanzar los aros en camino, así que podremos montarlos al aire libre cuando haga buen tiempo.

Hubo un murmullo de asentimiento. Sabía que todo el mundo tenía ganas de salir un poco más y, si colocaba los juegos en el césped, justo al otro lado de las puertas francesas, podría, con suerte, supervisarlos a todos a la vez.

—Me gustan los aros —sonrió Freddie—. También se me dan bastante bien.

¿Por qué no me sorprendía?

—Supongo que estará bien —resopló Wilfred.

¡Las maravillas no cesaban!

—Siempre y cuando tengamos a alguien que nos los recoja una vez que los hayamos lanzado —añadió Bob, estropeando el momento.

—Algunos todavía podemos agacharnos —dijo Harold—. Tienes que moverte un poco más, viejo amigo. Te sentirías mucho mejor.

Bob parecía indignado.

—La zumba ayudará con eso —sonreí, echando leña al fuego.

Todos exclamaron con sorpresa y Greta aplaudió.

—Pero eso es para el miércoles —dije, antes de que se me escapara la reunión de las manos—, me estoy adelantando.

Miré a Sandra, que parecía complacida y me hizo un gesto de ánimo con el pulgar. Cuando terminé, con una floritura al describir la combinación de manicura, pedicura y peluquería que había preparado para los viernes, ella sonreía aún más.

—Zumba sentada —dijo Ida, mirando a lo lejos—. Debería poder intentarlo, ¿no?

—Fácilmente —dije.

—Quiero oír un poco más sobre estos clubs especiales, por favor, Beth —dijo Sandra; su voz se elevó por encima de la de los demás y restauró un mínimo de calma.

Le sonreí, agradecida por su oportuna intervención.

—Habrá un club de repostería y un club oficial de jardinería —expliqué—. Estarán dirigidos por Carole y Graham, que son dos de mis vecinos de Nightingale Square. Ambos son expertos en su campo y podrán ofreceros más en la cocina y el jardín que yo.

Con un poco de suerte, pensé, podrían enseñarme un par de cosas, además de inspirar a los residentes.

—Un club de jardinería —dijo Wilfred, casi impresionado—. Podría intentarlo si el tipo de verdad sabe lo que se hace.

¿Había encontrado por fin algo que despertara la imaginación del adusto Wilfred? Si seguía sonando tan entusiasmado, lo echarían del Club de los Viejos Infelices de Bob para siempre.

—Oh, sí que sabe lo que se hace —dijo Harold, guiñándome un ojo—. Es del equipo de Prosperous Place, y Luke Lonsdale no tendría a cualquiera trabajando allí, ¿verdad?

Wilfred, por fin, parecía convencido.

—Quiero apuntarme a zumba —dijo Ida, arrastrando los pies con su andador.

—Y yo quiero hacer álbumes de recortes y arreglarme el pelo —dijo Greta, también dando un paso adelante.

—Concursos de preguntas para mí —dijeron Charlie y Harold al unísono.

Miré alrededor de la sala y contemplé las caras de emoción y felicidad. No creía que mis ideas pudieran haber sido mejor recibidas. El lugar casi había estallado cuando dije que volveríamos a hacer excursiones y que habría visitas de más perros e incluso burros enanos si la lista de espera no era demasiado larga. Bob era el único que aún parecía descontento, pero esperaba que incluso él se ablandara una vez que todo estuviera en marcha.

Ojalá mi vida personal fuera tan fluida como la profesional, pero ¿cuántas veces alguien ha acabado teniéndolo todo? Me di una sacudida y me concentré en el momento, agradecida de que al menos una cosa fuera en la dirección correcta.

Marcar la diferencia en las vidas de las maravillosas personas que me rodeaban había sido mi principal razón para levantarme de la cama por las mañanas durante mucho tiempo y, cuando empecé a repartir las hojas de inscripción, me di cuenta de que lo estaba consiguiendo, y ahora a un nivel completamente nuevo.

—Bueno —dijo Sandra, una vez que la charla se hubo calmado por fin y yo había puesto en marcha algunas manualidades de acuerdo con el nuevo plan para los martes por la mañana—, no creo que pudiera haber salido mejor.

—Ojalá pudiéramos hornear algo esta tarde —dijo Greta, escuchando sin pudor.

—No te preocupes, Greta —le dijo Sandra—. Carole y Graham vendrán a vernos a Beth y a mí esta tarde. Lo arreglaremos y en una semana estará todo listo.

—A partir de ahora, esto va a estar genial —sonrió Greta, añadiendo una gran cantidad de purpurina rosa a la magdalena que había estado coloreando.

Si de algo podía estar segura, era de eso.

Capítulo 18

En lugar de ir directamente a casa esa tarde, primero pasé por el Grow-Well para ayudar durante una hora y recoger algunos ingredientes para la cena. El clima cada vez más caluroso aseguraba que todo en el jardín estaba retozando y era una ventaja enorme y muy apreciada tener una despensa estacional tan abundante justo en mi puerta.

—Beth —sonrió Lisa, que, dada su cesta cargada, también estaba disfrutando de la cosecha—, ¿cómo va todo? He oído que la rifa y la subasta recaudaron una gran cantidad el domingo.

—Sí —dije—. Y las personas que ganaron tus libros estaban extasiadas por tener ejemplares firmados. Muchas gracias de nuevo por donarlos.

—Ha sido un placer, querida. Me hubiera gustado poder visitar la fiesta yo misma —añadió—, pero tengo un plazo de entrega y no suelo ver la luz del día hasta, bueno, el final del día, de momento.

Mirándola más de cerca, pude ver que parecía un poco cansada. No era de extrañar, teniendo en cuenta todo lo que tenía encima. Estaba el creciente éxito de su carrera como escritora, su numerosa familia y, por supuesto, la ayuda que prestaba en el jardín. Y la responsabilidad extra que suponía intentar restablecer The Arches. Debía ser un gran esfuerzo, incluso para Lisa, la mujer más poderosa. Era una inspiración y el máximo ejemplo de alguien que lleva una vida lo más activa posible.

Llevaba mucho tiempo encerrada en mi pequeño mundo, y no tenía nada de malo encontrarme cómoda en él, pero ahora estaba desplegando y estirando un poco las alas, y me sentía de maravilla. La casa de Nightingale Square y mi reciente ascenso habían llegado a mi vida justo en el momento en que más los necesitaba. También tenía a Eli y a Pete, pero venían acompañados de complicaciones, así que aún no estaba preparada para hablar de ambos en la misma frase.

—Espero que las palabras fluyan —le dije a Lisa.

Me imaginaba que no había nada peor que enfrentarse a una pantalla en blanco y no saber qué escribir en ella, sobre todo cuando se avecinaba una fecha de entrega.

—Ahora sí —sonrió, aliviada—. De ahí el estado de mi pelo, la falta de rímel y la desorganización durante la cena. Apenas he tenido tiempo de pensar en otra cosa que no fuera este nuevo libro y todos estaríamos perdidos sin este lugar. John suele cocinar los martes, pero ha tenido una llamada de emergencia.

—Pues ensalada —me reí.

—Sí —dijo ella—. Ensalada otra vez, y una tortilla para acompañar porque hay muchos huevos.

—Eso suena maravilloso.

—Las mías nunca están tan buenas como las que comemos durante las vacaciones en España —dice, decepcionada—, pero es bastante fácil hacerlas una vez que le coges el truco. Deberías intentarlo si aún no lo has hecho. Le pongo patatas y cebolla y todos

contentos.

No creía tener ni la habilidad ni los conocimientos necesarios para hacer una auténtica tortilla, pero podía cascar unos cuantos huevos.

—Esta noche cocino para Eli y para mí —dije—, así que no le haría algo que no haya probado antes, pero podría preparar una tortilla. Si le añadiera un puñado de queso rallado y un poco de cebollino, le daría más volumen, ¿no?

—Suena perfecto —sonrió Lisa—. Una comida muy acogedora para dos. ¿Cómo estáis encontrando la vida bajo el mismo techo?

Sentí que me ponía roja, que era el último tono que quería adquirir. El tono cómplice de Lisa no me dejaba ninguna duda de que estaba dispuesta a hacer una suposición calculada sobre cómo Eli y yo estábamos encontrando exactamente la vida bajo el mismo techo.

—Para ser sincera —dije, tratando de sonar despreocupada y probablemente fallando con gran estrépito—, no nos hemos visto mucho. Los dos estamos tan ocupados con el trabajo que casi nunca estamos en casa al mismo tiempo.

—Bueno —dijo Lisa—, espero que los dos podáis venir mañana por la noche.

—¿Mañana? —Fruncí el ceño.

Si nos reuníamos en grupo, solía ser durante el fin de semana y no una noche entre semana.

—Sí —dijo ella—. Mañana por la tarde Jacob y yo tenemos una reunión con los propietarios de la capilla que queremos comprar y queremos darles una idea más clara de cómo estamos recaudando los fondos para que sepan que vamos en serio. Después, nos reuniremos aquí para contarle a todo el mundo cómo nos ha ido.

—Pero creía que te habían prometido darte tiempo suficiente para reunir el dinero. —Fruncí el ceño.

—Ya lo han hecho —dijo—, pero no pensamos que fuera malo reiterar nuestra intención de llevarlo a cabo, por si acaso aparece alguien con la cantidad adecuada de dinero en un maletín y les tienta.

Dado que la capilla había sido anteriormente un edificio religioso, esperaba que los responsables de la venta tuvieran más moral que eso, pero luego supuse que los negocios eran los negocios y era más probable que fuera un equipo jurídico el encargado de la venta que el antiguo vicario. ¿O debería ser reverendo?

—Ya veo —dije—. En ese caso, iré en cuanto termine de trabajar y coma algo.

—Puedes tomar un bocado aquí —dijo Lisa, pasándome las tijeras de podar para que pudiera cortar un poco de verde—. John va a hacer *pizza* para todos.

—Ah, bueno —sonreí—. Si lo pones así, lo más probable es que yo sea la primera en llegar.

Cuando Eli volvió, ya había lavado la verdura, rallado un poco de queso y estaba rompiendo huevos en un bol.

—¡Vaya día! —gritó desde el vestíbulo mientras cerraba la puerta.

—¿Has tenido mucho trabajo? —respondí.

—Sí —dijo, entrando corriendo en la cocina y plantándome un beso en la nuca—. Mucho trabajo y calor.

Sentí un cosquilleo recorrerme la espina dorsal cuando sus suaves labios acariciaron mi piel.

—Soy la última persona a la que deberías quejarte del calor —le recordé mientras abandonaba los huevos y me giraba para que pudiera besarme de nuevo, esta vez en los labios—. Trabajo en una residencia, ¿recuerdas? Temperatura constante de al menos cien grados todos los meses del año.

—¿Es para igualar la edad media de los residentes? —rio.

—Casi —respondí con una carcajada.

—Bueno —dijo, con sus ojos clavados en los míos—, ¿cómo te ha ido? ¿Qué les han parecido tus nuevas ideas?

Era imposible refrenar la sonrisa que me iluminaba la cara cada vez que pensaba en la reunión en la sala común.

—Ha sido un triunfo total —sonreí, volviendo mi atención a nuestra comida, y batí los huevos antes de añadir un poco de sal y pimienta a la mezcla—. Aunque esté mal que lo diga yo.

—Es fantástico —respondió Eli. Luego me hizo sonreír aún más al añadir amablemente—: Y no me sorprende en absoluto. Cuando se corra la voz de lo comprometidos e inspirados que están los residentes gracias a su magnífica nueva jefa de actividades, ¡tendrás una lista de jubilados tan larga como tu brazo deseando mudarse!

—Bueno —me sonrojé—, eso no lo sé, aunque sería el año de Sandra. Pero no estoy haciendo nada innovador. Solo establecer lo que ya debería estar en marcha, en realidad.

Eli no se dio por aludido y me echó una bronca. Me dijo que tenía que aprender a aceptar los méritos y los elogios y que debía ser consciente de que no todo el mundo tenía la misma ética de trabajo que yo. Me dijo que los residentes tenían suerte de tenerme, igual que yo siempre me había considerado afortunada de tenerlos a ellos. Incluso Greta tenía cierto encanto y nos mantenía alerta a mí y a los demás.

—Entonces —dijo Eli—, ¿qué hay en la agenda para esta noche?

Dado su tono, no estaba segura de si se refería a la comida que estaba preparando o a algún actividad posterior potencialmente seductora. Abandoné los huevos por segunda vez y me giré para rodearle el cuello con los brazos.

—Pensaba en algo ligero para esta noche —dije, acompañando cada una de las palabras con un tierno beso—. Ensalada fresca del Grow-Well y una tortilla, cortesía de las gallinas. —Suspiré, fundiéndome en su abrazo.

—Suena delicioso —murmuró, acercándome más.

No sabía Eli, pero nunca me había excitado tanto hablar de una cena tan sencilla. Si hubiéramos seguido como hasta ahora, quizá nunca hubiéramos llegado a la mesa.

—Creo —dijo, separándose después de unos sofocantes segundos— que será mejor que vaya a darme una ducha.

—¿Fría? —pregunté, alzando las cejas.

—Helada —confirmó—, si quiero tener alguna posibilidad de apagar estas llamas, tendrá que estar helada.

Para apagar aún más nuestro ardor, comimos fuera, en el jardincito. Como hacía tiempo que el sol se había ido del sombreado patio, hacía más frío que la última vez que

lo habíamos hecho, pero no me importó. Después del calor del día de julio y la temperatura de la cocina, era un placer sentir el frío en los brazos y la cara. Repasé mi día de trabajo con más detalle, evitando obviamente mencionar la generosa oferta de Pete de preparar las hojas del concurso.

—Y Lisa me ha dicho que mañana por la noche hay una reunión en el Grow-Well —dije cuando terminé de relatar la mayoría de los detalles de mi maravilloso día—. Ella y Jacob quieren hablar de la recaudación de fondos para The Arches y ponernos al corriente de cómo va su reunión con los actuales propietarios de la capilla.

Eli asintió, sirviéndonos sendos vasos de cerveza fresca y refrescante.

—Sí —dijo—, lo sé. Me ha mandado un mensaje justo cuando salía del trabajo.

Quizá se había dejado engañar por mi insistencia en que Eli y yo no pasábamos tanto tiempo juntos después de todo.

—También me ha preguntado si no me importaría ayudar a Archie con algo que se le resiste con la guitarra —añadió con el ceño fruncido—. Por lo visto, su profesor se va de vacaciones un par de semanas y el chaval está perdiendo interés ahora que no puede ir a The Arches.

—¿Te importa? —pregunté, intrigada por su ceño fruncido—. Ayudar a Archie, quiero decir.

—No —dijo—, la verdad es que no. Mientras nadie intente convencerme para que siga tocando después. Todos saben que toco un poco y ya sabes lo persuasiva que puede ser Lisa cuando se le mete una idea en la cabeza.

No tenía mucha experiencia de primera mano, pero me imaginaba que podía ser muy convincente cuando se lo proponía. Esperaba que no intentara engatusar a nadie para que tocara algo, porque estaría bien mantener el Grow-Well como una zona libre de melodías, sobre todo teniendo en cuenta que ningún otro lugar lo era. Ni siquiera nuestro jardín de Nightingale Square.

Acababa de darme cuenta de que sonaba música en el altavoz que Eli había colocado en el alféizar de la cocina. No podía creer que no me hubiera dado cuenta antes. Con qué sigilo los zarcillos musicales volvían a tejer su camino alrededor y a través de mi vida...

—Tu expresión me dice que sabes exactamente de qué estoy hablando —sonrió Eli, malinterpretando mi reacción.

—No —dije—, no es eso...

Mi explicación se interrumpió cuando nuestros teléfonos recibieron un mensaje al mismo tiempo. El mío decía:

> Buenas noches, Beth. Gracias por darme luz verde para preparar los cuestionarios. Tengo un montón de conocimientos generales listos. ¡Ha sido genial! Avísame cuando las necesites. Pete x.

Antes de teclear mi respuesta, eché un vistazo rápido a Eli para asegurarme de que no había visto el nombre de Pete en la pantalla. Pero no hacía falta que me molestara,

porque estaba demasiado absorto en su teléfono como para darse cuenta de quién había aparecido en el mío.

***

Como agradecimiento por tener listas las hojas del concurso tan pronto, a la mañana siguiente me detuve de camino a casa de Pete para comprar en Blossom's un par de panecillos bien cargados para el desayuno. Pete se había ofrecido a dejar las hojas en la residencia más adelante esa misma semana, o incluso a pedir a Sara que las llevara, pero yo estaba deseando empezar el nuevo programa de inmediato y, por lo tanto, le dije que iría a recogerlas.

Aunque no había conseguido reservar la zumba para el miércoles por la mañana con tan poca antelación, podía lanzar el concurso esa misma tarde. Pero, en realidad, ese no era el único motivo por el que quería pasarme por el piso.

Después de que llegara el mensaje de Pete y de que Eli leyera lo que había aparecido en su teléfono, la noche se había vuelto un poco aburrida y no pude evitar preguntarme cuánto podría empeorar cuando se revelara mi duplicidad. Era inevitable que Eli descubriera mi relación con Pete, o viceversa, así que decidí que lo mejor era afrontar la situación.

Solo me quedaba la más mínima duda de haber cometido un error y haber llegado a una conclusión equivocada sobre la identidad de los dos amigos separados, pero iba a hablar con Pete para disiparla y luego decidir cómo iba a proceder y, con un poco de suerte, resolver la situación.

—Beth —resopló Pete, cuando por fin abrió la puerta después de que yo hubiera llamado repetidamente al timbre—. Llegas temprano.

Lo era, pero solo por unos minutos.

—Y estás en albornoz —señalé innecesariamente—. No estoy interrumpiendo nada, ¿verdad?

—Solo mi ducha —dijo, apartándose el pelo mojado de la cara—. Sara no está aquí, si eso es lo que estás sugiriendo.

—No estoy sugiriendo nada —dije con una sonrisa, antes de seguirlo al interior y luego subir las estrechas escaleras—. He recogido el desayuno de Blossom's —añadí, manteniendo la vista en mis pies porque su bata era alarmantemente corta.

—En ese caso —dijo—, sírvete una bebida y ponte cómoda, no tardaré más de tres minutos.

Fiel a su palabra, Pete volvió a la cocina y emplató los panecillos en un tiempo récord. En su ausencia, me había adueñado del espacio: paredes cubiertas de carteles de películas de Tolkien, una vitrina con figuras de acción y su fiel guitarra apoyada contra la pared. Ver la guitarra me formó un nudo en la garganta y le di la espalda a propósito.

—¿Qué canción es esta? —pregunté, escuchando la melodía que sonaba en voz baja, antes de dar un mordisco a mi panecillo relleno de huevo y beicon.

Era un sonido que sin duda reconocía, pero que no podía ubicar.

—Me alegro de que recuerdes que prefiero las salchichas al beicon —dijo Pete, dando un bocado aún más grande que el mío—. ¡Qué bueno está esto! —sonrió, masticando con felicidad.

Los panecillos eran buenos, pero me interesaba más identificar la música. No era un impulso que esperara volver a experimentar.

—Mucho —coincidí—. Pero la música, Pete. Esta canción...

—La apagaré —dijo, limpiándose la mano en una hoja de papel de cocina antes de coger su teléfono.

—No, no lo hagas —dije—, déjala. Es buena.

—Creía que ya no te interesaba la música —se apresuró a señalar.

—No me interesa —me encogí de hombros—, no mucho, pero esto me suena y no puedo ubicarla. Me está molestando, eso es todo.

—No puedes haber oído esto antes —dijo, bajando un poco más el volumen pero sin apagarlo—, es una de las canciones escritas por el tipo en cuya banda estuve.

Me atraganté, y Pete se apresuró a rodear el mostrador para darme una palmada en la espalda. En el momento en que había dicho eso, había reconocido en un instante la melodía que solía vagar a través, por debajo y alrededor de la puerta de Eli.

—No pasa nada —jadeé, deseosa de poner fin a las entusiastas palmadas en la espalda de Pete—, pero ¿me puedes dar un poco de agua, por favor?

—Mastica la comida, Beth —rio cuando me entregó el vaso y vio que realmente estaba bien—. No la inhales.

—Eh... ¿dónde he oído eso antes? —sonreí, antes de dar un sorbo al agua y, al mismo tiempo, golpeándome la cabeza al estilo de Winnie the Pooh.

—No —dijo Pete, poniendo los ojos en blanco—. Todavía lo dice.

Siempre había sido uno de las frases favoritas de su madre. A su hijo siempre le había encantado la comida y ella siempre se lo había recalcado, tanto en compañía como cuando comíamos los tres solos. Me pregunté si aquella insistencia había agudizado el escozor de los comentarios de su antigua compañera de banda sobre su peso.

—Me lo creo —dije, y di otro sorbo antes de secarme los ojos con la toalla de papel.

—Ella nunca cambiará —suspiró Pete.

—Pero lo que no me resulta fácil de creer —proseguí, aprovechando la ocasión— es que sigas escuchando esta canción, sobre todo teniendo en cuenta quién la escribió.

Pete se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo —dijo, poniendo los restos de su panecillo en el plato—. Me sigue encantando, y esta maqueta que tengo es fantástica porque es todo instrumental. Ni rastro de esa voz de vaca que interrumpa el flujo y remueva los malos recuerdos.

Sus palabras confirmaron que aún sentía resquemor y que no lo había olvidado. No me sorprendía, y tenía que reconocer que eso iba a dificultar aún más cualquier intento de reconciliación entre Eli y él.

—Bueno —dije, luchando contra el impulso de soltarlo todo—, suena genial como instrumental.

—Pero es aún mejor con la letra —reconoció Pete a regañadientes—. Dependiendo de quién la cante, claro. Por lo que recuerdo —añadió, pensativo—, tu voz encajaría

perfectamente, Beth.

—Le habría sentado de maravilla —interrumpí, enfatizando el tiempo pasado—. Ya no hago eso, ¿recuerdas? Probablemente ni siquiera sabría hacerlo.

—Tonterías —sonrió—. Nunca lo olvidarás.

La conversación se adentraba en un terreno en el que no estaba preparada para navegar. Terminé con rapidez mi panecillo, dándome cuenta de que Pete se había dejado casi todo el suyo, y me limpié la boca de migas.

—Curiosamente —dijo con un gran suspiro—, he visto al tipo con el que solía estar en la banda tres veces en los últimos días.

—¿Sí? —Tragué saliva.

—Sí —dijo—. Trabaja cerca de aquí y de alguna manera me las he arreglado para evitar verlo durante meses, pero ahora está por todas partes.

—Eso es un poco raro, ¿no? —chillé.

—Molesto y raro —dijo—. No quiero tener que pasarme la vida mirando por encima del hombro por si acaso viene por detrás.

—Ya —dije, sintiendo que mi garganta se volvía seca—, entiendo que eso sería incómodo.

—Estaba nervioso cuando nos separamos —me confesó mientras me acababa mi bebida—. Incluso me planteé mudarme, pero luego pensé, ¿por qué iba a hacerlo? Yo estaba aquí primero.

Quería sugerir que quizá era la forma que tenía el destino de intentar que volvieran a estar juntos. Eso fue lo que creí cuando me enteré de que Pete seguía trabajando en On the Box, que estaba justo al final de la calle donde me había mudado. Sin embargo, había algo en su tono que sugería que no lo haría.

—No pasó nada durante un tiempo —continuó Pete—, pero ahora parece que todo se está removiendo de nuevo. No sé por qué, pero esta canción, por ejemplo, hacía siglos que no la escuchaba y ahora no me canso de oírla.

—Has dicho que este tipo trabaja cerca —dije en voz baja.

—Sí —dijo Pete—. Curiosamente, en la cafetería Castle, donde querías que almorzáramos el otro día.

—¿Por qué no dijiste nada cuando llegamos? —pregunté con el corazón acelerado.

—Iba a hacerlo —dijo—, pero el tipo, Eli, no estaba cuando entramos y pensé que no pasaría nada.

—¿Eli? —repetí, juntando las manos en mi regazo.

—Sí —dijo—. Ese es su nombre.

—Pete... —empecé; las palabras ya se formaban en mis labios, pero el timbre de la puerta las interrumpió.

—¡Sí! —dijo saltando y dando un puñetazo al aire—. Hojas de examen en esa carpeta —sonrió, señalando una cartera de plástico—. Sírvete tú misma.

—Espera —supliqué—. ¿Podemos...?

—No hay tiempo —dijo, dirigiéndose a las escaleras—. Hablaremos de ello más tarde. Llevo años esperando este cargamento de figuras de orcos. Tengo que abrir, Beth.

Y con eso se fue.

Capítulo 19

El concurso de Pete fue un éxito aquella tarde. De hecho, hubo un par de momentos en los que estuvo a punto de producirse una tormenta, pero, por suerte, él me había proporcionado las hojas de respuestas y las preguntas, así que pude resolver las disputas rápidamente y sin demasiados problemas.

No sé si fue mi preocupación por mi descubrimiento recién confirmado, el impacto del calor veraniego o la pura sangre fría de algunos de los residentes, pero fue un alivio cuando se sumaron las puntuaciones, se anunciaron los ganadores y se restableció el equilibrio.

No fue el comienzo tranquilo de la inclusión de los concursos que había previsto, pero ya había soportado más de una lección para demostrar que la vida no siempre va según lo planeado, así que quizá debería haber estado mejor preparada para los ocasionales momentos fuera de pista que surgían en el nuevo horario.

—Bueno —dijo Eli, cuando me reuní con él en el Grow-Well para comer *pizza* y escuchar las noticias sobre The Arches a primera hora de la tarde—, ¿cómo ha ido la primera sesión oficial del nuevo régimen?

—Bien —dije, deseando haber vuelto del trabajo lo bastante pronto como para darnos un besito en el sofá de casa antes de encontrarnos con nuestros vecinos—. Muy bien.

—¿Estás segura? —Frunció el ceño—. No lo parece.

—Bueno —admití—, ha habido un par de diferencias de opinión sobre una pregunta acerca de la Copa del Mundo de 1966, pero, aparte de eso, todo ha transcurrido sin problemas. En general —dije, dejando de lado por el momento el recuerdo de lo que había averiguado en casa de Pete—, ha sido un buen día.

—Me alivia oírlo —sonrió Eli—. Por un momento me has preocupado. Pensaba que habías tenido una rebelión entre manos.

Si Bob se hubiera salido con la suya, habría sido así, pero por suerte no había llegado tan lejos.

—No —me reí—. Nada de rebelión. Además, Sandra me dijo la semana pasada que quería a los residentes más animados, comprometidos e inspirados, y por lo que he visto y oído hoy, ya he alcanzado los tres objetivos. —Eli sonrió—. ¿Cómo te ha ido el día? —le pregunté.

Sus dedos rozaron tentadoramente los míos mientras me entregaba un plato y mi mirada se clavaba en la suya. Esperaba que nadie nos estuviera mirando. Intentaba que nuestro intercambio fuera informal, pero el repentino trasfondo lujurioso me pareció evidente, al menos a mí.

—Mejorando por momentos —sonrió, delatando por completo el juego.

Sacudí la cabeza e intenté no sonreír demasiado.

—Me refería al trabajo —señalé innecesariamente—. Como ya sabes.

Le di un codazo juguetón, pero luego me aparté un paso por si Lisa estaba al acecho

en algún lugar y tenía sus astutos ojos puestos en nosotros.

—Bueno, ya sabes —dijo Eli. Su actitud cambió por completo y se encogió de hombros —. Lo mismo de siempre.

Sabía que, en general, disfrutaba de sus turnos en la cafetería Castle. Era un establecimiento con clase y se enorgullecía de sus conocimientos de barista y de su trabajo. A menudo se deshacía en elogios sobre el café de origen ético y, más modestamente, sobre cómo, como profesional cualificado, podía transformarlo, así que su reacción me pilló por sorpresa.

Aunque había dicho que iba a empezar a escribir canciones de nuevo, me preguntaba si echaba de menos interpretarlas. ¿Acaso ansiaba subirse al escenario con Pete y su querida guitarra o me estaba dejando llevar por la imaginación?

—¡Eh, Eli! —gritó Archie al entrar en el jardín—. ¡Ya estás aquí! ¿Has traído la guitarra?

—Ignórame —dijo Eli, posando ligeramente su mano en mi brazo y haciéndome sentir un cosquilleo de pies a cabeza—. Es que ha sido uno de esos días. Voy a por ella después de comer, colega —le respondió a Archie—. Acabo de terminar de trabajar.

Se acercó para que pudieran seguir su conversación sin gritar y yo me puse a la cola para conseguir una porción del delicioso especial vegetariano de John.

—Esta noche está lleno —dijo Sara, que había llegado con Chloe, cuando me reuní con ella en la mesa.

—No esperaba verte aquí —dije.

—Creo que Lisa ha enviado un mensaje a todo el mundo —dijo mirando a su alrededor—. Residentes de la plaza, personal, voluntarios y cualquiera que haya tenido algo que ver con el lugar. Pete me ha dicho hoy que ayuda en la administración. ¿Lo sabías? Al parecer, siempre ha estado relacionado con The Arches. Qué coincidencia.

Eso hizo que me atragantara por segunda vez ese día.

—¿Estás bien? —Sara frunció el ceño.

—Ajá —balbuceé, alcanzando la jarra de agua mientras mis ojos escudriñaban alrededor buscando a Eli.

Por suerte, seguía hablando con Archie en el lado opuesto del jardín y fuera del alcance de sus oídos.

—Se suponía que iba a estar aquí, pero ha tenido que retirarse —suspiró Sara—. Al parecer, ha habido una confusión con la entrega de las figuras de orcos y todavía está intentando ponerse en contacto con el proveedor extranjero. Por lo que he podido averiguar, lleva casi todo el día a la espera.

Di gracias a todos los dioses por la ineptitud del proveedor. El triángulo formado por Pete, Eli y yo era una bomba de relojería y tenía que encontrar rápidamente la forma de unirnos en armonía.

Sabía que algunos dirían que no era mi problema resolverlo, pero sabía lo mucho que ambos hombres se habían sentido heridos por lo sucedido y, como los quería a los dos, estaba decidida a encontrar la manera de arreglarlo. Era vital que lo hiciera, ya que quería mantenerlos a ambos en mi vida y sin los actuales escarceos clandestinos, que me resultaban desleales e incómodos.

—Voy a coger un trozo —dijo Sara, poniéndose de pie—. No iba a caer en la tentación, pero el olor de ese queso derritiéndose es demasiado.

Ella y Pete eran como dos gotas de agua. Me preguntaba si, cuando supiera cómo hacerlo, estaría dispuesta a ayudarme si fuera necesario a mediar entre su amor y el mío. Pero entonces me di cuenta de que, dado lo que había pasado, estaría obligada a ponerse de parte de Pete. Después de todo, él era la parte perjudicada, aunque Eli insistiera en que su comportamiento había sido el resultado de la influencia de su ex. Tendría que seguir intentando encontrar una solución amistosa por mi cuenta.

—Ahora que todos tenéis la tripa llena —dijo Lisa un poco más tarde, mientras John hacía una reverencia y se llevaba el merecido reconocimiento—, vamos a lo nuestro.

Todos apartaron sus platos y se sentaron más derechos.

—Hemos avanzado mucho en los planes para la feria —dijo Luke—, que se celebrará los días veinte y veintiuno de agosto, así que muchas gracias a todos los que han contribuido hasta ahora.

Me sentí mal por no ser una de esas personas. Había estado tan ocupada instalándome en casa, enamorándome y adaptándome a mi nuevo trabajo que no había tenido tiempo de pensar en nada más que una idea brillante. Y aún no la había compartido.

—Entonces, ¿no será durante el fin de semana festivo? —preguntó Finn—. Creía que el plan original era celebrarlo entonces.

Le había vuelto a dar las gracias por la donación de la escultura del dragón y me dijo que ya estaba expuesta en el *pub*. Había ayudado al propietario a encontrar el lugar perfecto para ella y había llamado mucho la atención.

Tenía muchas ganas de encontrar tiempo para tomarme una pinta en este local tan querido, siempre y cuando pudiera estar segura de que no encontraría a Eli y Pete en extremos opuestos de la barra. En el momento en que ese pensamiento inquietante aterrizó, también lo hizo otro.

Pete me había contado lo mucho que le había gustado la noche de micrófono abierto en el *pub* la semana anterior, y Eli me había dicho que se había escaqueado de asistir. Ahora sabía por qué y no tenía nada que ver con un dolor de cabeza. Debió ver a Pete y largarse.

—Así que por eso lo hemos cambiado —oí decir a Lisa con rotundidad.

—¿Por qué? —le susurré a Carole, que estaba sentada a mi lado—. No he pillado lo último que ha dicho.

Antes, Carole, Graham y yo habíamos hablado con más detalle de los planes del club de repostería y jardinería. Carole ya había preparado una lista de tartas fáciles y rápidas. Por suerte, comprendía la necesidad de simplificar las cosas y se daba cuenta de que el tiempo en la cocina de la residencia sería limitado.

Graham también tenía la medida de las cosas, por lo que había planificado una variedad de tareas de jardinería basadas en la capacidad física y la destreza. Sabía que había algunos jardineros experimentados que se habían apuntado y no quería ser condescendiente ni infravalorar su amplia gama de conocimientos y experiencia.

Ya sabía que mis amables y generosos vecinos iban a ser un activo valioso para la residencia y el hecho de que estuvieran dispuestos a dedicar su tiempo gratuitamente era

muy de agradecer. El nombre de Bob no figuraba en la lista del club de jardinería, pero esperaba que incluso a él le apeteciera participar en algún momento.

—La ciudad ya está abarrotada de actos por el puente —me susurró Carole—, y esa es la razón por la que la recaudación de fondos va a tener lugar ahora el fin de semana anterior.

—Es una gran idea —le susurré—. Todo el mundo andará corto de dinero a finales de mes, así que entrar antes del día festivo debería ayudar a añadir unas cuantas libras extra al fondo.

—Exacto —asintió.

Lisa y Luke repasaron la emocionante lista de puestos, juegos y concursos que se iban a celebrar. Ryan dijo que tenía muchas ganas de inscribir a Gus, el *bulldog* francés, en el concurso del cuento más juguetón, y yo apostaría todo mi dinero a que Heather y Glen tenían planes para sus tres pequeños en el concurso de disfraces.

Todo aquello me recordaba mucho a las tradicionales ferias de verano de las que mamá y yo disfrutábamos, y me hacía mucha ilusión. Seguro que había algún puesto en el que pudiera ayudar, y no sería difícil traer a un par de residentes de la residencia. Sabía que Harold no querría perdérselo.

—El único obstáculo... —dijo Luke.

—El ridículo e irónico obstáculo —lo corrigió Lisa, con una terrible mirada de reojo.

—... es el problema que estamos teniendo para encontrar actuaciones nocturnas —continuó Luke—. Como sabéis, se trata de una recaudación de fondos para ayudar a reubicar The Arches y queríamos añadir actos al cartel que tuvieran una conexión con el lugar, pero están resultando un poco escasos.

Me sorprendió oír eso.

—Pero The Arches mantiene a docenas de niños —oí decir a alguien detrás de mí—. Habría pensado que todos querrían apuntarse.

—La gran mayoría sí —dijo Lisa con un suspiro—, pero bastantes están de vacaciones ese fin de semana.

—En ese caso —sugirió alguien más—, ¿no se puede cambiar la fecha del acto a algún momento del otoño?

—En absoluto —dijo Lisa con firmeza pero sin rencor—. Necesitamos el dinero en cuanto podamos conseguirlo. La capilla no estará disponible para siempre. Tenemos que actuar rápido y, si lo hacemos bien, esta será la mejor manera.

Nunca se me había pasado por la cabeza que el momento de la celebración pudiera ser un problema. Estaría bien para los mayores de dieciocho años, pero había muchos más jóvenes matriculados en las clases, y no podían decidir qué hacer en sus vacaciones de verano. Como menores, tenían que estar donde estuvieran sus padres y cuidadores.

—¿Significa esto que vais a tener que cancelar las actuaciones nocturnas? —Carole frunció el ceño.

—No —dijo Lisa—, tenemos unos cuantos artistas.

—Menos mal —dijo Carole.

—Pero necesitamos más —añadió Lisa— para ofrecer un espectáculo realmente decente.

—El principal objetivo de la feria siempre ha sido el entretenimiento nocturno —continuó Luke—. Esa es la razón por la que la organizamos. Se trata de dar a conocer el talento creativo local, proporcionar a los artistas una plataforma y darles una exposición mediática decente mientras The Arches está fuera de servicio.

—Luke ya tiene sus contactos en los medios para cubrir el evento, ¿verdad? —continuó Lisa.

—Sí —asintió—. Están todos en el ajo.

—Entonces, ¿qué podemos hacer para aumentar el número de actos? —preguntó Neil.

—Hemos decidido ampliar un poco más la red —nos contó Luke—. Ahora estamos tanteando el terreno para encontrar artistas, bailarines, cantantes o grupos con una conexión local que estén dispuestos a actuar junto a los alumnos de The Arches.

—Una colaboración sería genial —dijo Mark—. Quizá incluso podríais hacer que algunos actuaran juntos.

—Eso sería fantástico —aceptó Luke.

—Sabemos que es un poco descarado pedir a la gente que actúe gratis y con tan poca antelación —dijo Lisa—, pero vamos a apelar a la naturaleza filantrópica de todo el mundo e insistir en que es por una buena causa.

—Y sin olvidar los fabulosos contactos de Luke en los medios de comunicación, que garantizarán a los actos una magnífica exposición —añadió Kate.

—Exacto —asintió Lisa.

Miré a Eli y descubrí que su mirada evitaba la de Luke. Me pregunté si Luke ya le había pedido que actuara y él había dicho que no. Eso explicaría su falta de disposición a participar en la conversación. Yo tampoco había dicho nada.

Me retorcí en el asiento y miré fijamente mi regazo, incómoda al saber que lo más probable era que yo tuviera una conexión más fuerte con The Arches que cualquier otra persona sentada en ese momento en el Grow-Well. Si Pete hubiera estado presente, también podría haber reclamado ese título, pero, a diferencia de mí, él seguía haciendo algo, aunque solo fuera archivar papeleo en lugar de ofrecerse a entretener a los asistentes a la feria.

—Ya estamos muy cerca —dijo Jacob, añadiendo peso a mi desconcierto—. Si logramos que este acto sea un éxito y conseguimos más dinero, el traslado se hará realidad. Todos estamos trabajando duro para que estos chicos vuelvan a un espacio en el que puedan ser ellos mismos de verdad, entre compañeros con ideas afines, y sabemos que ya estáis haciendo todo lo posible por apoyarnos, pero si se os ocurre alguien que pueda ayudar, por favor, llamadlos, chinchadlos, lo que haga falta.

—¿Alguien tiene más preguntas? —preguntó Lisa.

Después de discutir un poco más, la reunión llegó a su fin, pero yo no podía relajarme. Tal y como había sospechado en un principio, todo lo que había empujado a la música de vuelta a mi vida estaba provocando caos y más caos. Me encantaba mi nueva casa y estaba locamente enamorada de Eli, pero este traslado a Nightingale Square y esta nueva fase de mi vida estaban teniendo un impacto perjudicial en mis niveles de estrés.

—Deja que te ayude —le dije a Carole cuando la vi luchando con una pila de platos—. Muchas manos y todo eso.

Entre todos, recogimos y lavamos los platos mientras algunos de los demás se iban a acostar a los niños y el resto disfrutaban de una cerveza mientras seguían con el interminable riego. Eli y Archie estaban instalados en un rincón tranquilo, con las cabezas inclinadas sobre sus guitarras.

Seguían juntos cuando Carole y yo terminamos de recoger y habían atraído a bastante público, pero no tuve forma de avisar a Eli. De espaldas, no tenía ni idea de que nadie más que Archie estaba escuchando la hermosa melodía que le había oído tocar en la intimidad de su habitación en casa.

En el momento en que rasgueó el acorde final, todo el mundo empezó a aplaudir y él se dio la vuelta. Palideció y se apresuró a dejar la guitarra a un lado.

—Sé que ya te lo he pedido antes —dijo Luke, incapaz de resistirse a la oportunidad que Eli le había ofrecido sin querer—, pero de verdad me gustaría que cambiaras de opinión sobre lo de tocar en la feria.

—Ya lo sé —dijo Eli, sonando genuinamente molesto—, pero nunca he tenido nada que ver con The Arches, así que no me parecería bien.

No me correspondía a mí decir nada, sobre todo porque me había dicho que no volvería a tocar en público, pero saber que en el pasado había participado en un proyecto comunitario en otro lugar, al menos en mi opinión, lo convertía en un candidato ideal.

—Pero eso no importa ahora —dijo Lisa mientras ayudaba a Archie a devolver la guitarra a su funda—. Sabes que tenemos que ampliar nuestra red para aumentar los números. Eres de aquí y esa canción era muy hermosa.

—Perfecta para una noche de verano —añadió Kate, esperanzada.

—Tampoco está del todo terminada —se tiró un farol Eli. Empezaba a parecer más disgustado que molesto—. Y necesita la letra para que realmente brille.

—Yo sé cantar —se ofreció John.

Lisa le dio un golpecito en el brazo con el dorso de la mano.

—No, no sabes —le espetó.

—Bueno —dijo John, divertido—, quizá la gente me pagaría por dejar de cantar. ¿Has pensado en eso?

Eli intentó apartarse, pero no fue lo bastante rápido.

—¿Estás seguro de que no lo reconsiderarás? —preguntó Luke.

—Lo siento —dijo Eli con firmeza—, pero para que mis canciones funcionen de verdad, necesitan una voz femenina fuerte, y no conozco a nadie que pueda proporcionármela.

Luke asintió. Dado que Eli y él se conocían desde hacía tiempo, pensé que debía saber por lo que había pasado y que, si era así, estaba un poco fuera de lugar que le pidiera a Eli que tocara, y además tan públicamente. Pero, dado que Luke era un tipo tan considerado y atento, quizá no lo sabía todo. Estaba claro que Lisa y Jacob no habían relacionado a Eli con Pete, así que tal vez Eli se había guardado para sí todos los detalles de la horrible situación.

—Bueno —dijo Lisa—, no me mires a mí. Yo soy peor que él.

Ese comentario iba acompañado de un movimiento de cabeza en dirección a John.

—Yo tampoco sé cantar. —Kate se encogió de hombros—. ¿Y tú, Carole?

—Me temo que no —suspiró.

Me apresuré a volver al refugio antes de que alguien me preguntara.

—¿Y tú, Beth? —gritó John detrás de mí, antes de que pudiera cerrar la puerta.

—No tiene sentido preguntarle a Beth —oí que Eli respondía bruscamente—. A ella no le gusta la música.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban al recordar la lista de canciones que había canturreado recientemente en el baño, pero no estaba dispuesta a desperdiciar la oportunidad que Eli acababa de darme.

—Eli tiene razón —dije, saliendo de nuevo e intentando no notar los ceños fruncidos que su comentario había provocado—. Pero he tenido una idea sobre la feria que no tiene nada que ver con la música.

—¿Qué idea? —preguntó Lisa.

—Tiene que ver con tus libros —dije—. Tuvieron tan buena acogida en la fiesta del jardín que me preguntaba si podrías hacer una lectura seguida de una sesión de preguntas y respuestas durante el día. Quizá también una firma. Después de todo, tú diste las clases de escritura creativa en The Arches, ¿no? Así que definitivamente hay una conexión.

—Oye —dijo Luke—. No es mala idea.

—Gracias —me dijo Eli en silencio cuando la atención de todos se volvió hacia Lisa.

—De nada —le respondí.

Capítulo 20

—Gracias por eso —dijo Eli, tirando la cautela al viento y dándome la mano mientras salíamos de los terrenos de Prosperous Place y cruzábamos la calle hacia Nightingale Square—. La verdad es que Luke me ha puesto en un aprieto.

Por suerte, mi oportuna intervención nos había librado a los dos.

—De nada —dije, apretándole la mano a cambio—. Supongo que Luke solo quiere que la feria tenga el mayor éxito posible; no creo que su intención fuera hacerte sentir mal.

—Lo sé —suspiró Eli—, pero ya me lo había pedido antes y me siento fatal por haberle dicho que no. Está aumentando la culpa, lo quiera o no.

Me sentía totalmente identificada. Mantener en secreto mi relación con The Arches, así como mi forma de cantar, hacía estragos en mi conciencia, pero obviamente no podía decírselo. Era algo más por lo que sentirme culpable.

—Dicho esto —prosiguió—, sé que Lisa será una atracción mucho mayor que yo.

—Bueno —dije—, no sé nada de eso, pero sus libros son muy populares. Alguien en el trabajo siempre está leyendo uno.

—¿Los has leído? —me preguntó, soltándome la mano para abrir la verja que conducía a la casa.

—No —dije—, pero hace siglos que no tengo un libro entre las manos. O estoy en el trabajo, o pensando en el trabajo, o cuidando de las plantas un domingo, por supuesto, así que no tengo mucho tiempo para nada más. Y ahora hay que tener en cuenta el compromiso con el Grow-Well.

No era una lista de cosas especialmente aventureras las que conformaban la rutina de mi nueva vida, pero me complacía de todos modos. Me sentía feliz y cómoda sabiendo que mi existencia, antes muy pequeña, se había agrandado un poco, aunque no fuera demasiado. Justo cuando me di cuenta de que no había mencionado lo de dedicarle tiempo a Eli, él mismo me lo recordó.

—Qué bien —rio mientras me seguía al interior de la casa y se lanzaba a hacerme cosquillas, lo que me hizo chillar—. ¿Qué lugar ocupo yo en tu lista de prioridades? Preferiría que pensaras en mí antes que en el trabajo. Al menos, una parte del tiempo.

Cerró la puerta y volvió a alcanzarme, pero esta vez yo estaba preparada y me aparté de un salto.

—Estás en mi mente todo el tiempo —dije, quitándome los zapatos—. Pensaba que lo sabrías.

Me tendió las manos y esta vez dejé que me estrechara entre sus brazos.

—Esta es una relación nueva —me dijo, y me besó en los labios—. No doy nada por sentado.

Le devolví el beso y luego apoyé la frente en la suya.

—Bueno, en ese caso —susurré—, déjame deletreártelo. Eres la estrella más brillante de mi cielo, Eli.

Dejó escapar un largo suspiro.

—¿De verdad?

—Lo eres —insistí.

—Caray. —Tragó saliva—. Hacía mucho tiempo que no significaba tanto para alguien. Y, para que lo sepas, eres mi último pensamiento cada día.

—Hacía mucho tiempo que yo tampoco significaba tanto para nadie —le respondí, sintiendo que el corazón se me agitaba en el pecho—. Qué pareja tan poética somos —sonreí, inclinándome un poco hacia atrás para poder ver todo su atractivo rostro.

—Oh, me encantan las palabras floridas —sonrió—. Y espero no parecer necesitado, pero, como dije al principio de nuestra relación, no quiero estropearlo. Ya lo he hecho antes y...

—No lo harás —dije—. No lo haremos.

Asintió.

—Vale —dijo, soltando otro suspiro—. Lo estamos haciendo bien, ¿no?

—Sí —asentí—. Hasta ahora, todo bien.

—Hasta ahora, muy bien —sonrió.

Me incliné hacia él y le di un beso muy largo.

—Gracias otra vez por intervenir —dijo cuando finalmente nos separamos.

—De nada.

—Sé que podría tocar en la feria —dijo mientras nos dirigíamos a la cocina.

Evidentemente, sus pensamientos, como los míos, no se habían alejado mucho de la conversación en el Grow-Well.

—Quiero decir —continuó— que tengo canciones más que suficientes para cubrir un set entero.

—En ese caso —dije tímidamente—, quizá deberías hacerlo. Tal vez deberías dejar atrás lo que pasó con tu amigo y tu ex de una vez por todas y volver a actuar en público.

Eli cogió la tetera y sacudió la cabeza.

—No me hagas caso —dijo con tristeza—. No debería haber dicho nada.

—De eso nada —dije—. Especialmente si eso es lo que sientes.

—Pero, aunque lo sea —dijo, sonando estrangulado—, no me lo merezco, ¿verdad? No puedo tocar esas canciones. A mi compañero le encantaban tanto como a mí, y mi ex y yo le jodimos tanto que no podría soportar tocarlas sin él.

Por mucho que me costara oír el disgusto en su voz, eran justo las palabras que quería oír. Confirmaban que era el tipo honrado que yo creía. Aunque anhelaba su música, sabía el papel que había desempeñado en la decepción de su amigo, y no estaba dispuesto a encogerse de hombros y simplemente seguir adelante. El hecho de que siguiera anteponiendo los sentimientos de Pete a sus ganas de tocar decía mucho del hombre que era.

—Sé que estoy escribiendo de nuevo —añadió con voz ronca—, y tengo material nuevo estupendo, pero hay algunas canciones que me cuesta mucho soltar.

Me pregunté si alguna de ellas sería la canción que Pete había estado tocando en su piso. Volví a acercarme a Eli, no para besarlo, sino para darle un abrazo.

—Tal vez —dije mientras me devolvía el abrazo— encuentres una manera de salir de

todo esto y no tengas que dejarlas en el cajón.

Eli suspiró, pero no dijo nada, y yo me sentí más decidida que nunca a intentar cerrar la brecha que había separado a mis dos hombres favoritos. Deseaba desesperadamente tenerlos a los dos en mi vida y eso significaba que tenía que encontrar la manera de que volvieran a ser felices el uno en la del otro.

No importaba cuánta energía mental aplicara al enigma de Pete y Eli, no podía encontrar una solución satisfactoria y me di cuenta de que me estaba aferrando demasiado a todo. Mamá siempre había dicho que dejar de lado un problema y centrarse en otra cosa garantizaba que se resolvería por sí solo, y eso fue lo que hice.

—Buenos días a todos —dije a la multitud reunida en el comedor poco antes de la hora de comer del viernes.

Algunos de los residentes habían pasado la primera parte de la mañana cuidándose un poco. Como no había podido reservar un equipo móvil de peluquería y estética para esa semana, habíamos optado por un poco de maquillaje —cortesía mía y de un par de cuidadoras— para poder disfrutar de la experiencia completa a partir del viernes siguiente.

Había hecho manicuras y esmaltes a muchas señoras, e incluso a Freddie. Dijo que le gustaba que sus manos y uñas tuvieran el mejor aspecto posible cuando tocaba el piano, aunque puso el límite en el esmalte. Greta me había dicho que le gustaba que la tocaran cuando le di el masaje en las manos, lo que me entristeció un poco, porque no lo decía con ánimo de ser descarada.

El personal había disfrutado con los autocuidados de la mañana y acordamos que, cuando el tiempo lo permitiera, seguiríamos haciéndolo en las próximas semanas. Nuestros esfuerzos ayudarían a ahorrar algo de dinero para las actividades y tanto Sandra como yo estábamos de acuerdo.

El segundo punto del orden del día de esa mañana era una reunión con Carole y Graham para explicar a los residentes cómo iban a funcionar los clubs de repostería y jardinería, que empezarían la semana siguiente.

—Estoy encantada de ver a tantos aquí —sonreí dirigiéndome a la sala común, que estaba abarrotada—. Gracias a todos por inscribiros para participar en los clubs. Carole y Graham van a unirse a nosotros en un momento, pero, antes de que lo hagan, me gustaría recordaros que os abstengáis de hacer preguntas hasta que ambos hayan terminado de hablar.

Greta levantó la mano y el esmalte rosa que había elegido captó la luz.

—¿Qué significa abstenerse? —preguntó.

—Cerrar el pico —espetó Bob.

—Oh —sonrió Greta—. Bien.

No estaba segura de si fue por la brusquedad de Bob o por la forma dominante en que Carole se dirigía a la sala, pero, en cualquier caso, funcionó. Todos los residentes —salvo Trevor, que dormitaba al fondo— la escucharon atentamente a ella y luego a Graham, y las preguntas que se hicieron al final eran sensatas.

Hubo muy pocas cosas que tuvieran que repetirse, lo que me pareció un buen

presagio, y se formó un murmullo de entusiasmo a lo largo de la fila cuando todos entraron en el comedor para comer.

—Bueno —dijo Carole con cara de satisfacción—, me parece que ha sido un éxito, ¿no crees?

—Un éxito total —coincidió Graham—. Estoy impaciente por volver la semana que viene. La previsión a largo plazo parece buena, así que espero que podamos instalarnos al aire libre.

—Tú y tus previsiones meteorológicas —sonrió Carole, poniéndole una mano en el brazo.

—Si cambia de aquí a entonces, Graham, siempre podemos preparar algo aquí —dije —. Podría ser un poco lioso, pero eso no importará.

—Me alegro mucho de que tengáis armaritos para las plantas —dijo alegremente—, y ese invernadero va a ser una bendición.

Me había avergonzado bastante cuando Sandra dijo que se lo había enseñado. En ese momento se estaba utilizando como almacén y no como era debido. Sin embargo, sin inmutarse y sin una palabra de crítica, Graham había dicho que lo limpiaría, desinfectaría e instalaría a tiempo para la semana siguiente.

—Tu idea de empezar sembrando las plantas perennes es perfecta —dije.

Cuando terminó su discurso diciendo a todos que su primera tarea sería sembrar las semillas que florecerían en primavera y verano, Wilfred no tardó en intervenir.

—Entonces, habrá que esperar para verlas —había dicho—. Me gustaría ver una bonita hilera de *Delphiniums* al fondo, en la pared larga.

Lo que Graham había hecho con habilidad era sembrar sutilmente la idea de que todos seguirían aquí para disfrutar de las plantas cuando alcanzaran la madurez y florecieran. Según mi experiencia, a veces faltaban optimismo y objetivos a largo plazo entre los residentes, así que era una táctica inteligente por parte de Graham, intencionada o no. Incluso Bob, que había estado escuchando aunque fingiendo no hacerlo, había sonreído al oír aquello.

—Y esas galletas glaseadas van a ser perfectas para acompañar el té de la tarde, Carole —añadí.

Su meditada lista de recetas nos proporcionaría una gratificación casi instantánea, que sabía que se apreciaría tanto como las recompensas a largo plazo de Graham.

—En realidad, no hay nada más fácil y rápido de hacer —me dijo—. Quería algo sencillo para calibrar cómo se las apañaría cada uno.

Era maravillosamente consciente de que no se trataba solo de habilidades y conocimientos acumulados a lo largo de toda una vida; había factores físicos que tener en cuenta, como la artritis, que impediría a algunos de los residentes mezclar y remover.

Por el momento, me había olvidado por completo de mis preocupaciones por Eli y Pete y me deleitaba en el placer de saber que mis queridos amigos de la residencia iban a estar en las mejores manos. No solo iban a ampliar sus horizontes, sino que iban a participar en actividades dirigidas por personas diferentes.

Que Carole y Graham vinieran a casa proporcionaría conversaciones alternativas y caras nuevas, y yo sabía que ambos clubs iban a ser muy populares y a tener un éxito

inmenso.

—Sandra me ha preguntado si queréis quedaros a comer —dijo Harold, que estaba tan encantado de ver a sus antiguos vecinos como yo.

Carole y Graham intercambiaron una rápida mirada.

—Los viernes toca pescado —añadió—, y siempre está muy bueno.

—Eso suena genial —dijo Graham—. Ve delante.

No había tenido valor para acallar las peticiones de una sesión de canto regular ahora que teníamos a Freddie en la residencia y, por lo tanto, había cedido a regañadientes a la idea. Sin embargo, había decidido no anunciarlo hasta justo antes de que fuera a celebrarse. Con días de antelación, Greta se habría puesto insufrible y yo sabía que, con todo lo que tenía entre manos, no habría tenido paciencia para soportar su entusiasmo.

Tras pensarlo seriamente, decidí que sería un viernes por la tarde, después de comer. Había un par de razones para ello.

En primer lugar, todos los que participasen en las sesiones de estética y autocuidado se sentirían bien consigo mismos y pensé que escuchar unas cuantas melodías agravaría esa agradable sensación y los acompañaría durante todo el fin de semana. Y, en segundo lugar, al ser la última cosa de mi lista de tareas semanales, dispondría de todo el fin de semana para recuperarme.

—¿Estamos listos? —preguntó Freddie, que había estado al tanto del secreto y estaba deseando empezar—. Estoy listo cuando tú lo estés. Ya sabes que me encanta entretener.

Fue justo en ese momento cuando se me ocurrió una idea. Lamentablemente, no era una idea para resolver el problema de Eli y Pete, pero era buena.

—Freddie —dije—, ¿qué te parecería tocar en un concierto mucho más grande que este?

Me miró y enarcó las cejas.

—¿Cuánto más grande?

—Mucho más grande —elaboré—, y es por una causa maravillosa.

—Un concierto benéfico —dijo—. ¿Sin honorarios, entonces?

—Me temo que no —dije, y luego le expliqué rápidamente de qué se trataba.

A pesar de mi relación con The Arches, yo no estaba dispuesta a presentarme voluntaria para entretener a la multitud, pero podía mitigar mi sentimiento de culpa proporcionando una auténtica estrella local para que subiera al escenario.

—Enterarme de que Moira Myers había fallecido fue un *shock* —dijo Freddie con los ojos húmedos—. Siempre fui amable con ella, pero nunca tuvo mucho tiempo para mí. Creo que me consideraba un fanfarrón.

Obviamente, no tenía ni idea de que ella y Freddie se conocían.

—Debía ser un poco más joven que tú, ¿no? —señalé con poca delicadeza.

—Sí —dijo—, aunque no por un número inapropiado de años.

—No —reculé rápidamente, sintiéndome fatal—, claro que no. No quería decir...

—Puedes decirles a los responsables del espectáculo que estaré encantado de actuar —afirmó—. Siempre que puedan conseguir un piano, por supuesto. No haré mucho sin eso, ¿verdad?

—Oh, Freddie —dije, aplaudiendo y atrayendo más atención de la que esperaba—. ¡Es maravilloso!

—¿Qué pasa? —preguntó Ida, que era la que estaba más cerca.

—¿Vamos a cantar? —chilló Greta, aplaudiendo también.

—¿Sabes qué? —dije; mi emoción por el acuerdo de Freddie para actuar en la recaudación de fondos sacaba lo mejor de mí—, ¡creo que sí!

—¡Qué bien! —sonrió—. Sabía que al final te convencerías.

Para cuando Freddie hubo tocado un par de canciones, empezaba a preguntarme por qué había sido tan reacia a la idea de incorporar la música al nuevo horario. Mirando las caras sonrientes, felices y sonrojadas, me di cuenta de que mi resistencia había sido en extremo egoísta. El hecho de haber eliminado la música de mi vida no me daba derecho a eliminarla de la de los demás, en especial de aquellos para los que trabajaba.

Aunque hacía tiempo que no podía decir que la había eliminado, porque desde que me había mudado a Nightingale Square, había escuchado más música de la que había oído en años. Y también había cantado. Me dediqué a ordenar la sala común, decidida a no volver a recordar lo maravilloso que había sido volver a elevar mi voz.

Mi sueño había desaparecido, y no ganaría nada volviendo a anhelar algo que ahora estaba muy lejos de mi alcance. Si no podía conseguir mi sueño, desde luego no quería intentar saciar mi sed de él con los posos.

Me mantuve firme durante diez segundos y entonces Freddie empezó a tocar *That Ole Devil Called Love* y se me hizo un nudo en la garganta: nadie estaba cantando. Greta se abanicaba a sí misma y a Ida con una revista, Harold golpeaba con los dedos el brazo de su silla y tenía los ojos cerrados, y Phil se deslizaba con Hazel suavemente por la habitación.

—Toca otra cosa, Freddie —grazné, tragando con dificultad—. Los estás perdiendo. Nadie está cantando.

—Nos estamos tomando un respiro —dijo Charlie.

—Tenemos que recuperar el aliento —añadió Wilfred.

Me hubiera gustado que dejaran descansar sus envejecidos pulmones al son de algo que no fuera la canción favorita de mamá. Me rompía el corazón oírla. No solo había sido la última canción tocada en su funeral, sino que también era la última canción que ella habría escuchado, pero no podía soportar pensar en ello. De todas las canciones del repertorio de Freddie, ¿por qué había elegido esa?

—Y, de todos modos, nadie puede cantar esto —dijo Ida, jadeante—. Es demasiado difícil.

—No, no lo es —murmuré sin pensar.

—¿No crees que es una melodía complicada? —preguntó Harold, abriendo un ojo.

—Ah, es difícil —concedí—. Definitivamente difícil, pero no imposible.

—A menos que seas Billie Holiday —sonrió Charlie—, entonces es pan comido.

Supuse que todos eran un poco viejos para recordar la interpretación de Alison Moyet, pero yo estaba de acuerdo: nadie la cantaba mejor que Billie.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó Freddie, arqueando una ceja en mi dirección.

—No, gracias —dije, sintiendo que la cara se me ponía roja.

—Vamos —dijo Bob con una risita—, no vamos a juzgarte. Incluso apagaré mi audífono —añadió, sacándolo, y jugueteó con el ajuste que yo sabía que después sería incapaz de arreglar.

Resistí el impulso de reaccionar a su instigación.

—Vamos, Beth. —Phil me hizo un guiño—. Tú dale caña a esto y yo cantaré *I Will Survive*, de Gloria Gaynor.

—No es un karaoke —dijo Freddie, un poco molesto.

Dejó de tocar y fue a cerrar la tapa.

—Espera. —Tragué saliva.

—¿Espera? —Frunció el ceño.

—Sí —dije, humedeciéndome los labios.

Lo que de repente quería hacer era una completa locura, pero el tono mezquino de Bob me había afectado, aunque estaba decidida a no permitirlo, y me pregunté si tendría la capacidad de hacerle tragar sus palabras rencorosas. Aquel hombre necesitaba una lección y me preguntaba si había dado con el modo de hacerlo.

—¿Billie otra vez? —preguntó Freddie en voz baja.

Lo miré un segundo y luego asentí.

—Sí —dije—. Billie otra vez, por favor.

—Allá vamos —sonrió Freddie, y empezó a tocar.

Tocó despacio, tal como era la melodía original, y yo seguí su ritmo con confianza. Durante los tres minutos siguientes me olvidé de todo. Olvidé dónde estaba. Olvidé ante quién estaba cantando. Olvidé que había jurado que nunca volvería a cantar delante de nadie. Me entregué a la música. Me entregué a la letra y, unos segundos después de que Freddie tocara la última nota, abrí los ojos.

De espaldas a la sala, era imposible calibrar las reacciones de todos, pero el silencio era ensordecedor.

—Dios mío —balbuceó Freddie, poniéndose en pie y abrazándome—. Quiero decir... ¡Dios mío, Beth!

Fue entonces cuando empezaron los aplausos y los vítores y volví a la tierra de golpe. Sentí que mis labios se curvaban en una sonrisa, que mis ojos se llenaban de lágrimas y empecé a reír. Eché la cabeza hacia atrás y reí y reí.

—Te he dado un buen susto, ¿eh? —Le guiñé un ojo a Bob.

Pero, cuando me di la vuelta para mirar a los demás, descubrí que la mayor sorpresa era para mí. Eli estaba enmarcado en la puerta y no parecía nada contento.

Capítulo 21

Cuando conseguí atravesar la habitación y llegar a la recepción, la única prueba de que Eli había estado en el edificio era el persistente olor de su *aftershave*.

—El chico que acaba de entrar —dijo Sacha, una de las cuidadoras, que estaba hojeando el libro de visitas— ha dejado esto para ti. Decía que creía que lo necesitarías.

Me tendió la carpeta con los recibos que tenía que entregar a Sandra y que ni siquiera me había dado cuenta de que había olvidado. Debía haberla dejado en la mesa del comedor y Eli, que se había levantado más tarde que yo porque tenía el día libre, la había visto y había tenido la amabilidad de traérmela.

—¿Estás bien, Beth? —Sacha frunció el ceño cuando no dije nada—. Estás un poco pálida.

—Eso es porque está agotada —dijo Phil, muy sonrojado, cuando se unió a nosotros, y oí a Freddie tocar los primeros compases de su canción favorita de Jerry Lee Lewis—. Estás repleta de sorpresas. —Me dio un codazo—. No tenía ni idea de que tuvieras semejantes pulmones.

—¿Y eso? —Sacha frunció el ceño.

—¿No la has oído ahí dentro? —dijo Phil.

—¿Eras tú? —Sacha se quedó boquiabierta—. Pensaba que habíais puesto un CD.

—No —dijo Phil, mirándome de un modo completamente distinto—, esa era nuestra Beth.

—Pues madre mía —dijo Sacha, todavía atónita—. Yo tampoco tenía ni idea.

Incapaz de apreciar ni los elogios de Phil ni la sorpresa de Sacha, me desconecté deseando haberme guardado el secreto. ¿En qué había estado pensando? Maldito Bob y su tono burlón. Aunque en realidad no podía culparle, ¿verdad? No era como si me hubiera llevado al piano y me hubiera obligado a cantar.

No, todo este lío era culpa mía, y se me revolvía el estómago al imaginar lo que estaría pensando Eli. Sin duda, ahora me consideraba la segunda mujer con la que había tenido una relación y que lo había decepcionado. El reconocimiento de que el secreto que le había ocultado, cuando siempre había sido tan abierto conmigo, estaba envuelto en música, igual que la última vez que le habían hecho daño, lo hacía aún peor.

Hacía tiempo que la música se había estropeado para mí, y ahora me había dejado arrastrar por su inesperado regreso y la había contaminado sin pensar en nadie más. En alguien que solo muy recientemente había tenido el valor de volver a abrazarla.

—Será mejor que vuelvas a entrar —dijo Harold, asomándose por la puerta de la sala común y sacándome de mis pensamientos cada vez más aterrorizados—. Greta acaba de pedirle a Freddie que toque *The Stripper*.

—¡Estoy en ello! —gritó Phil, corriendo antes de que yo me hubiera movido.

—Deberías pensar en hacerte profesional —dijo Sacha, mirándome especulativamente —. Si pudiera cantar así, no me verías persiguiendo a Greta día tras día.

No dije nada, pero seguí a Phil a regañadientes y me preparé para enfrentarme de nuevo a la música.

Una parte de mí estaba desesperada por volver a casa aquella noche, mientras que la otra quería permanecer lejos el mayor tiempo posible. No creía que pudiera soportar volver a ver esa expresión en la cara de Eli. Le había dado los recibos a Sandra y la había oído deshacerse en elogios después de que me llamara a la oficina para reiterar lo bien que había ido la semana y explicar lo encantada que estaba de que hubiera dos nuevos residentes que se mudarían a finales de mes, pero en realidad no había asimilado nada de aquello.

No era muy dada a repartir cumplidos, así que sabía que más tarde lamentaría mi falta de atención, pero lo único en lo que podía concentrarme era en la expresión de dolor y desconcierto que había visto en el rostro de Eli antes de que diera media vuelta y huyera. Buster cruzó el despacho, apoyó la cabeza en mi regazo y me miró con sus conmovedores ojos marrones. Con el sexto sentido de un perro, era evidente que se daba cuenta de mi mal humor, aunque su dueña no se diera cuenta.

—¡Eli! —llamé tan pronto como cerré la puerta principal—. ¿Estás en casa?

Sabía que no estaría, pero no pude soportar el eco del silencio cuando entré en el vestíbulo. Dejé el bolso y los zapatos y me dirigí a la cocina para ver si había dejado una nota. En las dos últimas semanas habíamos empezado a dejarnos regularmente pequeñas misivas y dibujos en la puerta de la nevera, pero aquella noche no había nada.

Cogí la tetera y encendí la radio. Solo sonaba en voz baja, pero llenaba el vacío donde deberían haber estado nuestras voces, haciendo planes para el fin de semana. Realmente había llegado a algo si elegía llenar el silencio que solía anhelar con un comentario continuo de Radio Norfolk.

Me senté en el sillón de Eli mucho después de que anocheciera, pero no volvió y tampoco me mandó ningún mensaje. Debí intentar enviarle al menos cien mensajes, pero los borré todos porque no encontraba las palabras. No las adecuadas. Me pregunté si se habría ido a casa de su madre, pero, como no tenía ni idea de dónde vivía, no me sirvió de nada para localizarlo.

Sin noticias suyas a la hora de comer del sábado, me sentía desolada. Me había afanado en el Grow-Well en cuanto amaneció y mucho antes de que nadie más se levantara. Intenté convencerme de que estar ocupada me ayudaría y que solo tendría que esperar a que volviera, pero a la hora de comer ya me había hartado y opté por una acción más directa que la espera.

—¿Qué le sirvo?

—Hola, James.

Había bajado hasta la cafetería Castle, decidida a tener un momento con Eli, suponiendo que estuviera allí y aunque fuera el lugar y el momento equivocados, para intentar pedirle perdón y hablarlo.

—Beth —dijo James, sonriendo ampliamente—. Perdona —añadió—, no te había reconocido. ¿Qué te pongo?

—¿Está Eli? —le pregunté, esperando que no se hubiera ido a casa de su madre o a

cualquier otro sitio—. Solo necesito hablar un momento con él.

James me miró y frunció el ceño.

—No está trabajando —dijo—. Había reservado hoy y mañana libres. Pensaba que iba a darte una sorpresa.

Desde luego, era una sorpresa. No tenía ni idea de que Eli había planeado ausentarse del trabajo más allá de sus días libres habituales.

—Me dijo que tenía todo un itinerario romántico organizado —continuó James alegremente, haciéndome sentir la bilis.

No solo había arruinado el viernes de Eli, sino también los planes que él se había esforzado en hacer para el fin de semana. No creía que pudiera sentirme peor de lo que ya me sentía, pero las palabras de James consiguieron llevarme a un nuevo nivel de autodesprecio.

—Un itinerario romántico secreto —le espetó Melanie, que acababa de hablar con otro cliente, pero había oído claramente la indiscreción de su empleado.

—Uy —gimió James mientras su jefa fingía esposarle.

—Tendrás que hacerte la sorprendida, Beth —añadió ella, poniendo los ojos en blanco.

No creía que fuera a ser un problema.

—A menos que Eli haya cambiado de opinión —dijo James, interrogativo—. Si pensabas que estaba aquí, Beth, entonces tal vez sus planes han cambiado.

—Sí. —Tragué saliva—. Tal vez lo hayan hecho.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó, lleno de curiosidad.

—No, no —dije, retrocediendo hacia la puerta, y choqué con un cliente en mis prisas —. Lo siento —me disculpé rápidamente.

—En realidad no es asunto tuyo, James —oí que le reprochaba Melanie mientras me apresuraba a salir de nuevo.

Me tomé un minuto para intentar ordenar mis pensamientos. Hacía calor en la calle y había mucho tráfico. Sentía un hormigueo en los dedos y el corazón se me aceleraba. Hacía mucho tiempo que no sufría un ataque de pánico y estaba decidida a no sucumbir a uno en una calle concurrida. No es que tuviera mucho control sobre si me daba o no.

Me aparté del camino de la gente que pasaba por la acera y apoyé la espalda contra la pared de la cafetería. Estaba fresca y me daba la distancia que necesitaba para concentrarme en mi respiración.

Me recordé a mí misma que la sensación pasaría y que todo lo que tenía que hacer en ese momento era inspirar y luego soltar el aire despacio. Si hubiera estado en casa, habría cerrado los ojos, pero, en lugar de un espacio privado y tranquilo, dirigí mi mirada a un punto fijo al otro lado de la calle —un cubo lleno de hermosos girasoles en la puerta de la floristería— y esperé a que se me pasara.

Pasaron unos minutos antes de que me sintiera preparada para volver a la plaza, y las piernas me temblaban un poco, así que me tomé mi tiempo. A los pocos pasos, sin embargo, estaba casi a la altura de la puerta de On the Box y decidí entrar. Tenía que intentar salvar algo de la carnicería que había creado mi breve momento musical. Tal vez pudiera utilizar de algún modo lo que había sucedido para volver a unir a Eli y Pete.

La horrible expresión de la cara de Eli me había sugerido que ocultarle mi talento había sacrificado potencialmente nuestra relación, y sabía que Pete se iba a sentir engañado cuando dijera con quién vivía y a quién amaba, pero quizá el hecho de que les hubiera ocultado más secretos a ambos podría ser el detonante que los volviera a unir. Podrían reunirse a tomar una pinta para quejarse de mí y olvidar todos los pecados del pasado.

Es cierto que era una posibilidad remota, pero estaba dispuesta a intentarlo todo.

—Hola, Stacey. —Tragué saliva mientras ella levantaba brevemente la vista de la pantalla de su teléfono—. ¿Está tu tío Pete? Necesito hablar con él.

—No —dijo ella—, está fuera todo el fin de semana. Me ha dejado a cargo.

—En realidad, me ha dejado a cargo a mí —dijo una mujer que reconocí vagamente y que antes había estado oculta por un expositor de *merchandising* de *Stranger Things*—. ¿Puedo ayudarte? Soy la hermana de Pete.

Stacey resopló y puso los ojos en blanco.

—No —dije, decepcionada por verme frustrada antes de empezar—, pero gracias. No pasa nada. Me pondré al día con él la semana que viene.

Salí al sol y caminé despacio hacia la plaza. Tras echar un vistazo a la lista de turnos de fin de semana del día anterior, sabía que Sara tampoco tenía que trabajar, así que quizá Pete y ella se habían ido juntos. Tal vez estaban viviendo el sueño romántico que James había sugerido que Eli había estado planeando. Tal vez, si yo no hubiera sido tan idiota, también podría haberlo vivido.

No tenía intención de contarle a Sara lo que había pasado por miedo a arruinarle el fin de semana, pero, cuando recibí un mensaje suyo el domingo por la tarde, después de otra noche en vela y una mañana paseándome por la casa y descuidando las plantas, le respondí diciéndole que había tenido un par de días duros y que me encontraba mal.

A los pocos minutos de pulsar enviar, llamaron a la puerta y me apresuré a abrir. Mi corazón latía con la esperanza de que fuera Eli y de que hubiera extraviado la llave. Abrí la puerta de un tirón, encontré a Sara y a Pete en el umbral y rompí a llorar.

—Hola —dijo Sara, abrazándome—. ¿Qué demonios está pasando?

Su amabilidad me hizo sollozar con más fuerza. No solo estaba enfadada porque no hubiera sido Eli, sino también conmigo misma por sentirme decepcionada de que hubieran sido mis amables y considerados amigos. ¿En qué clase de persona me convertía eso?

—Creo que será mejor que entremos —dijo Sara, frotándome la espalda—. Pondré la tetera y podrás contarnos lo que ha pasado.

Asentí con la cabeza y me aparté. Fue entonces cuando me di cuenta de que iban vestidos con sus trajes de recreación.

—¿Estabais en medio de una batalla o algo así? —grazné.

—No —dijo Pete, con aspecto acalorado bajo el cuello de su túnica—. Estábamos en combate esta mañana, pero volvíamos al piso cuando Sara te mandó un mensaje.

Genial, así que no solo estaba teniendo un fin de semana miserable, sino que también había estropeado cualquier plan que Pete y Sara tuvieran para el resto del día.

—No era mi intención que vinieras —le dije a Sara, sintiéndome aún peor—. No quería estropearos el fin de semana.

—No has estropeado nada —dijo con severidad—. Díselo, Pete, ¿quieres? Iré a preparar té.

—Lo has estropeado un poco —dijo Pete, con un guiño y en un susurro fingido.

Sabía que intentaba animarme, pero no parecería tan contento cuando me armara de valor y le explicara qué había pasado y con quién.

—¿Qué tal? —preguntó, dejándose caer y ocupando el sillón de Eli.

Parecía completamente atorado mientras intentaba llevarse la túnica hacia las rodillas. Esperaba que llevara ropa interior del siglo xxi.

Me tomé un momento, tratando de decidir la forma más segura y menos explosiva de proceder.

—Es mi compañero de piso —empecé con timidez, encaramada al mismo borde del sofá—. No lo he visto desde el viernes y estoy muy preocupada por él.

Pete me miró y parpadeó, esperando claramente que dijera algo más, pero me pareció que ya era suficiente.

—¿Suelen estar pendientes de los movimientos del otro? —Frunció el ceño.

—Sí —dije en voz baja. Sentía un nudo en la garganta, como si no quisiera que hablara y tuviera que forzar las palabras—. Un poco.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara mientras entraba tambaleándose con la bandeja del té y tropezaba con el dobladillo de su vestido largo—. ¿Qué me he perdido?

Me levanté rápidamente y le cogí la bandeja. Por desgracia, me temblaban tanto las manos que me costó llevarla más que a ella. La dejé en el suelo con un golpe.

—Compañero de casa a la fuga, al parecer —dijo Pete con un encogimiento de hombros—. No se le ha visto desde el viernes.

Parecía un ordenador leyendo en su cuaderno en una serie policíaca de televisión.

—¿Cómo? —dijo Sara, mirándome.

—Teníamos planes para el fin de semana —dije. Por cortesía de James, sabía que eso podría haber sido cierto—. Pero desapareció el viernes y no se ha puesto en contacto.

—¿Tenías planes con tu compañero de piso? —preguntó Pete—. Es obvio que te llevas bien con ese tío con el que compartes cocina y baño.

Sara me miró y entrecerró los ojos, y yo volví a respirar hondo, una de esas respiraciones profundas que los consejeros de todo el mundo califican de «elementales».

—El caso es que —empecé, pero luego tuve que tragar saliva porque mi garganta estaba dolorosamente seca—. La cosa es —empecé de nuevo— que ahora es algo más que un compañero de piso.

Sara abrió los ojos y sonrió de oreja a oreja. Estaba claro que había olvidado momentáneamente que no todo era como debería haber sido.

—¡Lo sabía! —dijo chasqueando los dedos—. ¿No te dije que Beth tenía el compañero de casa más guapo, Pete?

—Tal vez lo hayas mencionado —resopló.

No creía que el hecho de que Sara pensara que Eli era tímido fuera a ser de ninguna ayuda ahora que la verdad estaba a punto de salir a la luz.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó, acomodándose para cotillear—. ¿Cuándo ocurrió? Y más concretamente, ¿por qué no me dijiste que había ocurrido?

—Maldita sea —dijo Pete, luchando por liberarse del sillón y dándonos una vista de pájaro de la parte superior de sus muslos—. Creo que os dejaré solas. No necesito oír los entresijos si van a ser todo el rato lo mismo.

—No —asentí—, probablemente no, pero creo que necesitas oír el quién.

Dejó de retorcerse.

—¿Qué? —dijo.

—Aunque —añadí en voz baja— sé que no te va a gustar.

—¿Qué está pasando? —Sara frunció el ceño, inclinándose de nuevo hacia delante—. ¿Qué me he perdido?

—Ponme a prueba —dijo Pete, entrecerrando los ojos.

Había llegado al punto de no retorno.

—Bueno —dije despacio—, este tipo es cantante y músico. Un gran fan de la música, de hecho.

—Ya lo sabemos —dijo Sara, frustrada.

—Pete no. —Tragué saliva—. A menos que se lo hayas dicho.

—Bueno, no. —Se encogió de hombros—. Supongo que no ha surgido.

—De todos modos —me obligué a continuar—, este tipo no sabía que sé cantar.

—¿Sabes? —preguntó Sara.

—Eh, sí —dijo Pete, añadiendo peso al secreto que acababa de revelar—. Tiene una voz increíble.

—¿En serio? —Sara frunció el ceño.

—Nadie por aquí, aparte de Pete, conoce mi voz —dije—, porque hace años que dejé de usarla, pero entonces —añadí, las palabras se negaban a salir—, me dejé llevar estúpidamente y acabé cantando en Edith Cavell el viernes. Él apareció de improviso, me oyó y se largó antes de que pudiera explicarle por qué no le había dicho que podía sostener una nota.

—No lo entiendo —dijo Sara—. ¿Qué me estoy perdiendo? ¿Por qué le iba a importar que supieras cantar?

—Porque es Eli —dijo Pete, mirándome directamente—. Es con quien vives y sales, ¿verdad, Beth? Eli es tu novio.

Parpadeé con fuerza para contener las lágrimas. Pete seguía mirándome y parecía que el tiempo se había detenido. El único sonido era el tictac del reloj de la repisa de la chimenea.

—Tengo razón, ¿no? —dijo finalmente.

—Sí —respondió Sara en mi nombre—. Eso es.

Podía imaginarme los engranajes de su cerebro empezando a girar. Era solo cuestión de tiempo que nos pusiéramos al día.

—Se mudó a la plaza hace muy poco... —dije en voz baja.

—Lo cual, sin duda, es la razón por la que no hago más que verlo —cortó Pete.

Se pasó distraídamente una mano por el pelo.

—Y, para empezar, no tenía ni idea de que os conocierais... —continué, pero me

detuvo.

—Pero lo averiguaste —espetó, forcejeando de nuevo con el sillón—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Su voz era inusualmente alta y sentí que me estremecía.

—No sabía cómo hacerlo —insistí con sinceridad, mientras más lágrimas brotaban de mis ojos—. Me he estado devanando los sesos intentando averiguar cómo hacer que volvierais a hablar, pero esto ocurrió antes de que él hubiera averiguado nada...

Pete negó con la cabeza.

—¿Puedo asegurarme de que lo he entendido bien? —dijo Sara, mirando de uno a otro mientras comprendía—. Eli es el tipo en cuya banda estabas, ¿no es así, Pete?

—Sí —dijo, enfadado.

—¿Aquel cuya novia te echó?

—Sí —volvió a decir, esta vez apretando los dientes.

—¿Y no tenías ni idea de que era con quien estaba viviendo Beth?

Él la miró fulminantemente y ella no preguntó nada más.

—¿Lo has hecho a propósito? —me disparó mientras empezaba a pasearse arriba y abajo.

Nunca lo había visto tan enfadado.

—¿Hacer qué?

—¿Sabotear tu relación con él?

—No —resoplé—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque quizá —frunció el ceño—, quizá pensaste que yo intervendría y lo arreglaría todo. Tal vez eso era en realidad parte de tu intento estúpidamente equivocado de que volviéramos a hablar.

—Te dije que no se me había ocurrido...

—El bueno de Pete —continuó—. Es un tipo honrado, así que lo arreglará. Será como aquella vez que te alegré el día consiguiéndote un micrófono de segunda mano para que pudieras fingir que cantabas en el escenario de tu casa. O como los días en que te invitaba a tomar el té a mi casa para que no tuvieras que quedarte sola en casa mientras tu madre seguía trabajando y a ti te daba miedo la oscuridad. No podrá resistirse a arreglar esto también y entonces todos podremos vivir felices para siempre.

El único final de cuento de hadas que podía imaginarme, mientras lo veía marchar arriba y abajo, era sombrío.

—Pero te ha salido el tiro por la culata... —continuó.

—No —dije con firmeza, esta vez interrumpiéndolo—. Esto no formaba parte de ningún plan. Eli nunca debió oírme. Nunca debí cantar. Todo eso fue un error. Un estúpido error.

Siguió dando zancadas por el reducido espacio.

—Siéntate, Pete —lo instó Sara—, por favor.

La ignoró y continuó.

—¿A dónde crees que ha ido Eli? —me preguntó entonces Sara, olvidándose ella misma de mantener la calma, y añadió—: Dios, si hubiera sabido que era él, le habría echado un rapapolvo.

—No tengo ni idea —dije—. Tal vez a casa de su madre.

Qué desastre era todo. No podía creer que Pete pudiera pensar que *eso* era lo que se me había ocurrido para conseguir que volviera a hablar con Eli. Pero, sin duda, aún estaba en estado de *shock* y era incapaz de pensar racionalmente. Yo también me sentía un poco así.

—Entonces, si está saliendo contigo, Beth —dijo Pete, deteniéndose de repente—, la vaca manipuladora y conspiradora que se hizo cargo de la banda es ahora su ex.

—Se separaron hace años —dije—. Y, hasta hace poco, Eli no ha tocado nada de la música del grupo. Ahora solo la toca en privado.

El ceño de Pete se suavizó ligeramente.

—Me dijo que nunca tocaría en público ninguna de las canciones que tú y él compusisteis juntos, aunque todavía le encantan —me apresuré a decir—. Y no tiene ni idea de que sé quién eres, pero me dijo que no pasa un día sin que se arrepienta de lo que pasó entre él y su antiguo compañero de banda y mejor amigo. Dijo que haría cualquier cosa para arreglar las cosas entre vosotros.

Pete se mordió el labio y sentí que se me formaba un nudo en la garganta.

Eli había sido muy abierto conmigo. Me había confiado sus pensamientos más profundos, sus secretos más oscuros y sus sentimientos más intensos. Eso hacía que lo que había pasado el viernes se sintiera aún más como una traición. Le había dicho que odiaba la música y luego me pilló cantando a pleno pulmón. No era de extrañar que se hubiera ido.

—Si tan mal se siente, ¿por qué no ha venido a hablar conmigo? —dijo Pete mientras empezaba a caminar de nuevo—. Sabe dónde trabajo y dónde vivo. Está literalmente a un tiro de piedra de la cafetería.

—Creo que ha sido como yo en ese aspecto —dije—. No ha sabido qué decir. Está destrozado por lo que pasó contigo, Pete. De verdad que sí.

Me miró fijamente y me di cuenta de que su ceño se había desfruncido y había sido sustituido por una expresión de preocupación.

—No me entra en la cabeza —dijo Sara con un gesto negativo—. No me extraña que Eli se escandalizara al oírte cantar. Todos pensábamos que odiabas la música.

Casi había olvidado que estaba allí.

—Supongo que ella se habrá quedado con el piso —murmuró Pete, ajeno a lo que decía Sara—. Me sorprende que no intentara llevarse también la música...

—Pete —dijo Sara, levantando la voz—, por favor, siéntate. Vas a desgastar la moqueta.

—No, al diablo con esto —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Ya he tenido suficiente.

—¿A dónde vas? —pregunté, corriendo tras él.

—A traer a ese idiota de vuelta, por supuesto.

—¡Pero no sabemos dónde está! —sollocé.

—Lo encontraré.

—¡Será mejor que te cambies antes! —gritó Sara mientras él abría la puerta de un tirón y volvía por el camino, vestido aún con todos sus ropajes.

Capítulo 22

—Vamos —insistió Sara una vez que Pete se hubo marchado—. Ven a tomarte este té antes de que se haya cocido hasta volverse irreconocible.

No me apetecía mucho sentarme y beberme tranquilamente un té, sobre todo cuando me di cuenta de lo mucho que lo había endulzado, pero me lo tomé de todos modos, intentando no pensar en la conversación que pronto podría tener lugar si, por algún milagro, Pete conseguía localizar a Eli.

—Ahora los dos me odian, ¿verdad? —Me estremecí mientras devolvía la taza a la bandeja. Aún sentía la garganta seca a pesar del trago empalagoso—. Supe que había perdido a Eli en cuanto vi su cara el viernes, pero ahora puede que también haya perdido a Pete. No puedo creer que lo haya estropeado todo y justo cuando mi vida había dado un giro.

No pretendía dar lástima, sobre todo porque el lío era obra mía, pero estaba destrozada. Debería haber prestado más atención a la advertencia de mi corazón. Me decía que estaba haciendo malabarismos con una bomba de relojería desde el mismo momento en que se confirmó la enmarañada amistad entre Eli y Pete, y que debería haberme sincerado desde el principio, en lugar de perder el tiempo intentando arreglar las cosas.

—Oye —dijo Sara con severidad—, sé que no eres propensa a la histeria y el melodrama, así que voy a atribuir tus palabras y tu reacción exagerada a la conmoción. No creo que vayas a perder a nadie.

—Pete probablemente estará bien —concedí entonces con sensatez—, pero no viste la cara de Eli.

—Bueno, tenía que estar un poco molesto porque no habías mencionado que sabes cantar, sobre todo teniendo en cuenta su amor por la música y tu insistencia en que no eres una fanática. Debe estar pensando que lo has engañado, Beth.

—Estaba mucho más que un poco molesto —dije, sintiéndome peor de nuevo.

Sara se quedó callada un momento.

—Si no hubieras dicho lo mucho que lamenta lo que pasó entre él y Pete, no me habría importado lo molesto que estaba —dijo—, pero, desde luego, la situación les ha pasado factura a los dos.

—Sí —asentí—, así es. He oído las dos versiones de la historia y, por lo que he deducido, la ex de Eli era una buena pieza. No es que eso excuse el hecho de que él accediera a lo que ella quería con respecto a Pete.

Me temblaron las manos al darme cuenta de que ahora Eli también iba a pensar que yo era una buena pieza. Él había sido un libro abierto respecto a su pasado, y yo no le había correspondido. No era de extrañar que se hubiera largado.

—Mira —dijo Sara—, vamos a olvidarnos de ellos por un minuto. Quiero hablar de ti.

—¿De mí?

—Sí —dijo—, si te parece bien.

—Supongo —dije, vacilante—. ¿Qué pasa conmigo?

—Bueno —dijo—, ahora no puedo evitar pensar que no te conozco muy bien.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

—Para empezar —soltó—, no tenía ni idea de que supieras cantar.

—Nadie lo sabía —dije con rapidez.

—Excepto Pete.

—Excepto Pete —concedí—. Pero él solo lo sabía porque prácticamente crecimos juntos. Y hace poco que le hice jurarme que no se lo contaría a nadie porque no tenía planes de volver a hacerlo.

Quería dejar claro que no lo había mencionado porque le había hecho prometer que no lo haría.

—Entonces —Sara frunció el ceño—, ¿qué pasó el viernes para que rompieras tu voto de silencio?

—Fue Bob —dije—. Ya sabes cómo le gusta dar cuerda a todo el mundo.

Sara me miró y negó con la cabeza.

—¿Eso fue todo? —Frunció el ceño—. ¿La burla de un viejo fue suficiente para que hicieras lo que le habías dicho a Pete que nunca volverías a hacer y que él nunca podría siquiera mencionar?

Tenía razón en estar confusa. Había habido mucho más que la instigación de Bob. La música había vuelto a mi vida prácticamente desde el momento en que pisé Nightingale Square y mi interpretación de Billie Holiday no era la primera vez que calentaba mis cuerdas vocales, a pesar de mi antigua convicción de no volver a cantar una nota.

—Es una larga historia —dije con un suspiro.

—Bueno, yo no voy a ninguna parte —dijo Sara, inclinándose hacia atrás y poniéndose cómoda.

—Y la historia no importa, porque cantar el viernes fue un error puntual —dije—. Nunca debí hacerlo.

—Bueno —suspiró—, tanto si era tu intención como si no, ese error puntual ha conseguido algo. Puede que las cosas no hayan sucedido de la manera que esperabas, pero tu improvisado canto ha hecho que los chicos vuelvan a estar juntos.

Me estremecí ante sus palabras, sabiendo que eran ciertas, pero sin consuelo.

—Ojalá hubiera sido un reencuentro mucho menos traumático —murmuré, preguntándome cómo le iría a Pete en la búsqueda de su antiguo amigo.

—Sé que ahora no es el momento —continuó Sara—, pero me interesa saber más sobre vuestro pasado musical. Pete no ha dicho ni una palabra al respecto, pero supongo que os conocisteis en The Arches, ¿verdad?

No confirmé ni negué su deducción.

—Sabes que puedes hablar conmigo, Beth, ¿no? —dijo, frustrada.

—Sí que hablo contigo.

—No hablo de si Greta no se ha quitado la ropa o si Wilfred ha rechazado su medicación. Me refiero a cosas reales. Cosas de la vida. Esperanzas, sueños, todo el tinglado. Sé que viniste a trabajar a la residencia tras la muerte de tu madre, que te

apasionan las plantas de interior y que odiabas tu antigua casa compartida, pero eso es todo.

—Pero es que eso es todo. —Me encogí de hombros—. Esa es mi vida en pocas palabras.

—Por supuesto que no —dijo Sara—. Quiero saber sobre Beth antes de que se convirtiera en la cuidadora de su madre. ¿Cómo era? ¿Qué quería de la vida? ¿Cómo fue su infancia y su época escolar?

—La verdad es —me esforcé por decir— que guardé esos recuerdos y esa versión de mí misma a los pocos días de la primera apoplejía de mamá. Me deshice de casi todo lo que tenía que ver con Beth hace mucho tiempo y, además —añadí—, yo tampoco sé nada de tu vida.

—Conoces parte de ella —dijo suavemente—. Te cuento cosas de mi familia y de mi vida fuera del trabajo, pero contigo es como si hubieras entrado en casa a trabajar ese primer día y antes ni siquiera existieras.

—Autopreservación —dije—. Es demasiado doloroso recordar esa época.

—¿Qué pasa entonces con Eli? —intentó ella—. ¿Por qué no me dijiste que habíais pasado de compañeros de casa a pareja?

—Porque los dos habíamos acordado tomarnos las cosas con calma —expliqué, intentando ser una amiga más abierta y sincera—. Yo nunca había tenido una relación seria y él aún está superando el trauma de la última. No queríamos hacer una gran declaración y luego vernos sometidos a escrutinio mientras intentábamos encontrar nuestro camino.

—Tiene sentido —asintió—. ¿Ves? —me dio un codazo—, no es tan difícil, ¿verdad?

—¿Qué?

—Dejar entrar a los amigos y compartir cosas.

—Como te he dicho —le recordé—, es autopreservación. Después de perder a mamá, no dejé entrar a más gente por miedo a sentir ese nivel de dolor cuando volviera a perderlos.

—Odio que pienses que vas a perder a todo el mundo.

No tenía respuesta para eso.

—Aunque —dijo entonces, más contenta— creo que esa mentalidad está cambiando.

—¿En serio?

—Sí —dijo ella—. Ahora tienes a Pete de vuelta en tu vida y Eli también se las ha arreglado para meterse en tu corazón. Si hubieras pensado que ibas a perderlos, no los habrías dejado entrar, ¿verdad?

—Supongo que no —acepté.

Era un pensamiento sorprendente y reconfortante a la vez. Suponiendo que toda la situación de Pete y Eli pudiera resolverse felizmente, por supuesto.

—Bien —dijo Sara, inflando las mejillas—. Voy a preparar más té.

—Bien —dije—, cualquier cosa para quitarme el sabor de ese último.

—Oye. —Sara hizo un mohín y me oí reír por primera vez en días.

Después de una taza de té mucho más agradable y de dar una vuelta por el pequeño jardín trasero, volvimos al salón y cosí el dobladillo de la túnica de Sara, que aún llevaba

puesta y que se había descosido después de que ella tropezara.

Mis ojos revoloteaban continuamente hacia el reloj. Pete se había marchado hacía horas y, aunque Sara había intentado que siguiera hablando, mis pensamientos se habían desviado constantemente hacia lo que podía estar ocurriendo entre él y Eli.

—Oh —jadeó Sara, saltando del sofá justo cuando había cortado el hilo—, ese es mi teléfono.

—¡Date prisa! —le urgí—. ¡Antes de que pare!

—*Ya voy —dijo, levantándose el vestido para dejar al descubierto sus polainas de algodón y una bolsa de terciopelo atada a la cintura interior del vestido—. Apuesto a que Boudicca nunca tuvo este problema* —murmuró mientras forcejeaba con la abertura del cordón.

—Probablemente no —dije—. Pero nunca tuvo que buscar un sitio para guardar el teléfono y las llaves, ¿verdad?

Sara soltó una carcajada antes de sacar su teléfono con una floritura.

—Rápido —volví a decir, y ella me lanzó una mirada.

—Hola, Pete —dijo ella, confirmando que era él—. ¿Cómo te va?

No podía soportar escuchar la conversación de forma unilateral, así que fui a arreglar las cosas del té.

—¡Lo ha encontrado! —gritó Sara, corriendo a la cocina en cuanto terminó la llamada.

Sentí que todo mi cuerpo se marchitaba de alivio.

—¿Dónde? —pregunté.

—No ha llegado a decirlo porque se ha cortado la señal, pero están juntos y Eli se va a quedar un tiempo en el piso.

Me mordí el labio.

—Eso es bueno, ¿verdad? —preguntó Sara.

Por un lado, era maravilloso porque significaba que los dos hombres se llevaban lo suficientemente bien como para permanecer bajo el mismo techo, pero por otro significaba que yo había echado a Eli de su casa, y eso no era una sensación agradable.

—Pete dice que han estado hablando mucho —continuó Sara—. Lo que suena muy esperanzador.

—Así es —asentí—. ¿Ha dicho algo más antes de que se cortara?

Sara hizo una mueca y me dio la impresión de que había llegado a la parte de la conversación que no quería transmitir.

—Solo que Eli todavía está procesando lo que pasó el viernes —dijo ella con una inclinación comprensiva de cabeza—. Pete cree que necesita un poco más de tiempo para asimilarlo todo, que quizá no has sido del todo sincera con él.

—Pero no podrá procesarlo si no me deja explicárselo —estallé.

—Lo sé —dijo Sara—, pero si apareces a todo trapo...

Levanté una mano para detenerla.

—Lo entiendo —dije, sintiendo una oleada de lágrimas inundando mis ojos—. Es que...

El torrente de lágrimas rompió mis defensas antes de que hubiera pronunciado otra palabra. Me sentí aliviada de que Pete hubiera encontrado a su amigo, pero también frustrada por no poder explicar por qué había mantenido mi talento en secreto. Era una

mezcla embriagadora y emocional.

—Lo siento —sollocé ruidosamente mientras Sara me conducía al comedor.

—No te disculpes —me riñó, volviendo a la cocina a por papel de cocina.

—Nunca quise hacerles daño a ninguno de los dos, ¿sabes? —resoplé.

—Lo sé —dijo, entregándome una servilleta—, y ellos también lo saben. ¿Y sabes qué? —sonrió.

—¿Qué? —hipé.

—No me cabe duda de que, una vez que hayan arreglado las cosas, su relación será aún más fuerte de lo que era antes.

—Pero ¿y la nuestra? —Resoplé—. Sé que Pete me perdonará, pero ¿qué pasa con Eli? ¿Qué pasa con mi relación con él?

—Bueno —dijo ella—, tal vez deberías dejar que Pete se lo cuente. Él podrá explicárselo y hacérselo entender.

Sabía que tenía razón. Pete era práctico y sensato. Si había alguien capaz de defenderme, era él. Aunque había cosas que habían sucedido que ni siquiera él sabía, así que explicar algunas de ellas seguiría siendo cosa mía.

—Voy a tener que dejar que se pongan manos a la obra y esperar a que pase, ¿no? —Volví a resoplar, obligándome a contener el dramatismo.

—Creo que sí —dijo, arrancando otra servilleta de papel de cocina—. Solo tenemos que darles un par de días.

Iba a ser una agonía, pero no haría nada que pudiera poner en peligro los delgados hilos que los hombres estaban utilizando para volver a coser su amistad.

—Un par de días —repetí.

—Pete me ha dicho que Eli quería saber si me importaría llevarme algunas cosas de su habitación al piso —añadió Sara—. ¿Te importa si voy y las cojo? Y después debería irme.

—Claro que no —respondí, apenas dándome cuenta de lo tarde que era—. Siento haberte estropeado el día.

—No lo has hecho —dijo ella—. De verdad que no.

No estaba segura de que Pete estuviera de acuerdo, pero entonces pensé que tal vez mereciera la pena sacrificar una tarde de apasionado juego de rol si eso significaba reparar su amistad con Eli.

—Será mejor que encuentre algo de ropa para ti también —dije—. Ahora que Pete se ha llevado el coche, difícilmente podrás pasear por las calles vestida como la reina guerrera, ¿verdad?

Una vez que Sara se hubo ido, volví al salón y me acurruqué en el sillón de Eli para reflexionar sobre todo. Se me hizo otro nudo en la garganta cuando volví a pensar en todo lo que Eli había compartido tan abiertamente conmigo. No era de extrañar que se sintiera tan dolido. Me había reprimido por algo que era muy importante para los dos, algo que ahora podía admitir que definía quiénes éramos, aunque me doliera hacerlo.

Cuando la tarde se convirtió en noche, seguí con la rutina de las plantas, pero no me proporcionó el mismo alivio que de costumbre. De hecho, cuando llegó el momento de regar las plantas de las macetas de Eli, me sentí muy mal. Al fin y al cabo, se suponía

que cuidábamos juntos de ellas. Mientras regaba con cuidado, me aferré a la esperanza de que fuera tan comprensivo como lo había sido Pete y pudiéramos retomar la conversación donde mi interpretación del éxito de Billie Holiday nos había obligado a dejarla.

Capítulo 23

Esa noche dormí mejor de lo que esperaba, y todo gracias a un oportuno y considerado mensaje de Pete. Cuando leí lo que había escrito, me di cuenta de que no había nadie más amable e indulgente que mi viejo amigo.

> Sé que estarás preocupada, pero, por favor, intenta tranquilizarte. Eli y yo estamos solucionando las cosas y resulta que la gente realmente hace locuras cuando está enamorada. Entiendo por qué no dijiste nada cuando nos encontraste, pero, teniendo en cuenta todo lo demás que ha pasado, puede que Eli tarde un poco más en entrar en razón. ¿Quieres que le explique algo más? Con amor, Pete x.

Le agradecí que me tranquilizara, pero rechacé su oferta de explicarle por qué había insistido en que no me gustaba la música y por qué no le había dicho que sabía cantar.

Aunque había hablado con Sara de que Pete se lo contara todo a Eli, y a pesar de que estaba desesperada por que lo supiera, sabía que sería mejor que lo dijera yo directamente. Por lo tanto, decidí que tendría que esperar para explicárselo hasta que Eli llegara a casa y, mientras tanto, cruzar los dedos para que me diera la oportunidad de desnudar mi alma entonces.

El lunes amaneció sin el entusiasmo que había previsto. Era la primera semana completa del nuevo programa de actividades y quería que todo saliera a la perfección. Sin embargo, como me habían recordado hacía poco, por mucho que intentara mantener las cosas bajo control, la vida tenía la costumbre de salirse de madre cuando le daba la gana y yo tenía que aprender la lección, aceptar el tumulto y dejarme llevar por la corriente.

Mi cuidadosa planificación del mantenimiento de las plantas de interior fue un buen ejemplo. Había pensado que el lunes a primera hora sería el inicio ideal de la semana y me daría la oportunidad de ponerme al día con todo el mundo y averiguar si había habido algún altibajo durante el fin de semana, pero lo único que hizo esa primera semana fue brindar a todo el mundo la oportunidad de bombardearme a preguntas y reñirme por no haber cantado antes.

—No lo pensarías al mirarla, ¿verdad? —oí que Ida le decía a Greta en voz no muy baja mientras recogía las plantas y las dejaba sobre la mesa cubierta de papel—. No parece de ese tipo en absoluto.

—Eso decían de esa Susan Boyle —Greta le guiñó un ojo—, y canta muy bien.

—No podemos esperar al viernes —se unió Bob, incluyéndome en la conversación—. ¡Lo mejor que he hecho nunca ha sido burlarme de ti, Beth!

Parecía muy contento por lo que había pasado y, si su sonrisa hubiera sido el resultado de cualquier otra cosa, me habría deleitado con esa inusual visión.

—Lástima que no podamos cantar todos los días, ¿eh, Freddie? —dijo Greta.

Freddie, me di cuenta, estaba sentado leyendo el periódico a poca distancia y no había comentado nada.

—No estoy seguro de que las articulaciones de mis dedos puedan soportarlo —dijo con suavidad—. Mejor una vez a la semana, creo.

Greta no discutió. Por una vez.

—Y tendrás que entretenerte tú sola —dije, girándome hacia la puerta e intentando no imaginarme a Eli allí de pie con cara de angustia—. Definitivamente, eso ha sido cosa mía. Iré a buscar el Bebé Bio.

Escapé a la sala de personal, pero no por mucho tiempo, porque Harold me pisaba los talones.

—Sé que no es asunto mío —dijo.

—Oh, Harold —fruncí el ceño—, ¿por qué la gente siempre dice eso justo antes de intentar meterse en asuntos ajenos?

Sabía que sonaba fatal, pero esperaba que el fin de semana hubiera sido lo bastante largo como para poner un poco de distancia entre lo que había pasado el viernes y la nueva semana.

—Como iba diciendo —prosiguió Harold—, sé que no es asunto mío y, como tal, no he mencionado a nadie en el Grow-Well que tenemos a una persona con tanto talento musical viviendo en la plaza, porque estoy bastante seguro de que, si lo hiciera, estarían encima de ti todo el día para que cantaras en la recaudación de fondos.

Sentí que se me doblaban un poco las rodillas.

—Y por alguna razón —añadió—, tengo la sensación de que no querrías hacerlo.

Lo miré con los ojos muy abiertos. Tan preocupada por Eli, había pasado por alto la conexión de Harold con la plaza. Podría haberme delatado fácil e inocentemente, y Sara también, por supuesto.

—Y antes de que te pongas como una fiera —continuó Harold, que seguramente se había dado cuenta de que se me había ido el color de la cara—, le he dicho lo mismo a Sara. Si Lisa se entera, no vendrá de ninguno de los dos.

—Gracias —dije, soltando un suspiro largo pero no especialmente tranquilizador—. Gracias, Harold. Siento haber sido tan grosera.

—Está bien —sonrió, amable—. A mi modo de ver, debes tener muy buenas razones para no contarle a nadie tu talento, pero me sorprende que no hayas hecho nada con él.

Negué con la cabeza y suspiré, con las mejillas sonrosadas de nuevo.

—Oh, o tal vez...

—¡Beth! —oí gritar a Ida—. Greta está cortando las hojas de la hiedra.

Volví corriendo a la sala de estar, agradecida al comprobar que se trataba más de la típica pelea entre dos mujeres que fingían no llevarse bien, pero que, en realidad, habrían estado perdidas la una sin la otra, que de algo más siniestro.

—¿De dónde las has sacado? —Fruncí el ceño mirando a Greta, que, por suerte, solo había cortado las hojas menos sanas con unas tijeras de uñas que había sacado de algún sitio.

—Estaban en un set de manicura que gané en la rifa de la fiesta del jardín —me dijo —. Nadie me dijo que no podía quedármelas.

Me apresuré a confiscarlas y la puse a trabajar limpiando suavemente las hojas con un paquete de toallitas hortícolas. Era una gran planta de hiedra y, con suerte, la mantendría alejada de las travesuras al menos hasta la hora de comer.

—¿Deberíamos intentar sacarlos a todos fuera? —sugirió Phil más tarde, después de que todos hubieran comido—. Será más fácil vigilarlos si están todos en un mismo lugar.

El sol había desaparecido tras un espeso manto de nubes, así que hacía mucho más fresco. Había planeado instalar el juego de aros en el césped, pero, como era bastante fácil llevar las mesas plegables y colocar el resto de los juegos en el gran patio, acepté de buen grado.

—Es una gran idea —dije a Phil—. ¿Podrías echarme una mano?

—Por supuesto —dijo—. Estoy planeando darle una paliza a Charlie en Conecta Cuatro.

—Ni hablar, chaval —resopló Charlie—. Soy el rey del Conecta Cuatro.

No soplaba ni una pizca de viento, lo que significaba que no había peligro de que se volasen las tarjetas o el preciado juego de la lista de la compra, y para cuando Sandra vino a buscarnos, con un jadeante Buster a cuestas, la tarde tenía un aire de fiesta veraniega.

Habíamos cubierto jarras de calabaza y platos de galletas, que Ida dijo que servirían hasta el club de repostería del día siguiente. Intenté ignorar el estremecimiento de mi pecho al pensar en lo fácil que sería para cualquiera de los residentes que se les escapara mi actuación de la semana anterior. Tendría que esperar lo mejor y confiar en que Carole y Graham los mantendrían a todos tan ocupados que no tendrían tiempo de pensar en nada más.

—¡Qué bonito es esto! —sonrió Sandra, aunque pude ver que sus tacones altos se hundían, como de costumbre, en el césped y que parecía tener algo pegado a la manga de la chaqueta.

—Ha sido idea de Phil sacarlo todo hoy fuera —dije, deseosa de dar crédito a quien lo merecía.

Me acerqué y le quité discretamente la vaca de fieltro de la parte posterior del brazo. Miré a Greta con el ceño fruncido, pero se negó a mirarme a los ojos. A principios de semana me había dado cuenta de que Bob tenía un cerdo pegado a los pantalones. ¡Qué mujer más traviesa! Me negué a dejar que mi mente imaginara cómo había conseguido que la cerda se pegara al trasero de Bob.

—Una idea brillante —le dijo Sandra a Phil.

Phil parecía emocionado.

—Gracias —nos sonrió a las dos.

Me metí la vaca en el bolsillo, miré a mi alrededor y me sentí inmensamente agradecida de que, al menos de momento, todo el mundo hubiera dejado de hablar del viernes. Si no me dejaba incitar de nuevo a cantar y dejaba de tararear con la radio en casa, con suerte sería capaz de olvidar mi reciente caída en desgracia y seguir con mi vida tal y como había planeado.

—¿Estás bien, Beth? —preguntó Freddie—. Te has puesto de un color un poco raro.

—Estoy bien —dije temblorosamente—. Estoy bien.

Pero, a decir verdad, no estaba bien. Mi cabeza se llenó de pensamientos repentinos sobre la posibilidad de seguir cantando y no parar en absoluto. Me di cuenta con una sacudida de que ahora había una gran parte de mí que no quería parar, a pesar de que encontrar de nuevo mi voz no me había causado hasta ahora más que problemas.

Por mucho que mi cabeza se esforzara en agitar el viejo y trillado argumento de que no tendría sentido seguir adelante cuando no pudiera perseguir el sueño de ser una superestrella que había tenido de joven, y que canciones como la que había cantado el viernes no me traían más que malos recuerdos, mi corazón latía deprisa y con una melodía muy diferente. Una que sugería que simplemente cantar por placer sería mucho mejor que no cantar en absoluto.

Levanté la vista y descubrí que Freddie seguía mirándome. No dijo nada más, pero dada la expresión de complicidad de su rostro, no le hizo falta.

—¿Quién quiere la última brocheta de pollo al limón? —gritó John en el Grow-Well la tarde siguiente, y todos se rieron mientras Archie y Ryan se apresuraban a reclamarla.

Había sido otro día ajetreado y no había planeado ir al jardín, pero la noche anterior, sola en casa y echando de menos a Eli, no había ido bien. Había abierto y bebido la mayor parte de una botella de vino, lo que no era propio de mí en absoluto, y luego terminé descargando Spotify y cantando de todo, desde Bon Jovi hasta Billie Eilish. Había pasado los últimos años en silencio, y ahora que mi voz se había liberado estaba empeñada en seguir así, sobre todo lubricada por tanto vino y tantas letras atractivas.

Agradecí que la noche no hubiera terminado en mensajes de texto etílicos, y ahora, en compañía de mis vecinos, me esforzaba por encontrar una salida diferente para mi redescubierta creatividad.

—Quería preguntarte —le dije a Lisa una vez que hizo que Archie compartiera el pincho con Ryan—, ¿hay algo que pueda hacer para ayudar en la recaudación de fondos?

—Gracias, Beth —dijo ella, sonriendo ampliamente y limpiándose las manos—, te agradezco mucho que te hayas ofrecido. No he querido pedírtelo porque sé lo ocupada que has estado adaptándote a tu nuevo puesto en el trabajo. Por cierto, ¿cómo te va?

—Genial —dije, recordando el éxito que había tenido el club de repostería y cómo Carole había mantenido a todo el mundo alerta y, por suerte, distraído de los acontecimientos del viernes anterior—. Realmente bien.

—¿Quedan galletas? —preguntó Carole una vez le hube explicado a Lisa que el club de repostería había empezado ese día.

—Ni una sola —dije—. Y me da que todos se van a acostar temprano hoy.

Con las manualidades por la mañana y la cocina por la tarde, casi todo el mundo había participado en algo. Incluso Wilfred había abandonado al gruñón Bob y se había puesto un delantal cuando llegó el momento de hacer el glaseado. Luego demostró ser sorprendentemente hábil con la manga pastelera.

—Misión cumplida, entonces —sonrió Carole.

—Sí —coincidí—. Y por la mañana hay zumba.

—Maldita sea —rio John—. Creía que esos pobres estaban jubilados.

—Activamente, por lo visto —respondió Lisa—. Y pensaré en la recaudación de fondos, Beth. Si se me ocurre algo, te lo haré saber.

Me decepcionaba que no tuviera nada que pudiera encargarme. Con Eli todavía ausente y mi deseo de cantar sacando lo mejor de mí en momentos de descuido, realmente necesitaba algo, además del trabajo, en lo que pudiera volcarme.

—Vale —dije, intentando parecer más optimista de lo que me sentía—. Genial.

—En realidad —intervino Jacob—, podría haber algo.

—¿Sí?

—Sí —dijo—, eres la persona de las ideas, ¿verdad, Beth?

—¿Lo soy? —Tragué saliva.

—Sí —sonrió Poppy—. Fue a ti a quien se le ocurrió la idea de la feria de verano en primer lugar, ¿recuerdas?

—Y mi firma de libros —añadió Lisa—. ¿Qué tienes en mente, Jacob?

—Nuestra visita a la capilla mañana —dijo—. Sé que no es una participación directa en ninguno de los puestos de recaudación de fondos y demás, pero nos vendría bien un par de ojos frescos en el lugar, ¿no?

—Ese es un buen punto —dijo Lisa—. Estamos un poco nerviosos pensando que el lugar podría no ser del todo correcto, Beth. ¿Qué te parece venir a echar un vistazo?

Visitar el edificio que iba a sustituir a The Arches era lo último que quería hacer.

—No estoy segura de estar cualificada para ayudar con eso —dije, vacilante.

—En realidad sí, Beth —dijo Carole pensativa—. Probablemente ni siquiera te das cuenta de que lo estás haciendo, pero gestionas el espacio de la residencia de forma maravillosa. Eres la persona ideal para estudiar la capilla. Podrás visualizar lo que funcionará y lo que no.

—Y has dicho que querías ayudar —añadió Lisa con una sonrisa encantadora.

No estaba segura de estar de acuerdo con Carole. Me parecía un poco exagerado, pero como todo el mundo parecía tan entusiasmado, no quería negarme.

—De acuerdo —concedí—. En ese caso, iré a echar un vistazo.

A la mañana siguiente, Lisa me envió un mensaje con la dirección de la capilla y las indicaciones para llegar desde la plaza. Jacob y ella tenían una reunión antes de la visita, así que quedé con ellos allí.

También envió más detalles sobre la recaudación de fondos de la noche, incluida una lista de los actos que habían organizado hasta el momento. Era bastante larga y variada, pero tenían razón, había sitio para más. Fue entonces cuando recordé que, al intentar desterrar el traumático recuerdo de mi concierto, también me había olvidado de mencionar que le había pedido a Freddie que subiera al escenario. Tal vez él podría llenar el vacío que el programa de entretenimiento tenía actualmente.

Después de hacer el trayecto desde la plaza más rápido de lo necesario, lo que me ayudó a calmar las ganas de volverme, llegué a la capilla un rato antes que los demás. El edificio era mucho más grande de lo que esperaba, y había muchas plazas de aparcamiento y una zona ajardinada en la parte trasera. Comparado con lo que había tenido The Arches, ambos eran puntos a favor del posible nuevo local.

El aparcamiento siempre había sido un tema polémico en The Arches, ya que el único espacio al aire libre se compartía con un mecánico y un pequeño almacén de paquetería. La gente que los regentaba siempre argumentaba, y con razón, que su necesidad de acceso rodado era mayor que la de Moira. Me preguntaba si sus negocios habían sobrevivido a la reciente subida de los alquileres.

Me senté en un muro bajo frente a la entrada, y di un trago a mi botella de agua. Era de noche, pero aún hacía calor. Acababa de sacar el móvil para consultar la aplicación del tiempo y decidir si haría demasiado calor para celebrar el club de jardinería al día siguiente cuando llegaron Jacob y Lisa en el coche de Jacob.

—¿Llegamos tarde? —preguntó Lisa, saltando antes de que él hubiera apagado el motor.

—No —dije—, no te preocupes, yo he llegado pronto.

—Bueno, estoy encantada de que te apetezca —rio Lisa.

No sabía ni la mitad.

—Vamos, entonces —dijo Jacob, lanzando a Lisa un manojo de llaves—, entremos. El portero nos ha dado una hora, luego vendrá a cerrar otra vez.

Contuve la respiración al cruzar el umbral. Puede que no quisiera estar allí, pero como había asistido a The Arches, sabía exactamente lo salvavidas que podían ser ese tipo de lugares. Tenía la esperanza de que la capilla fuera tan adecuada como lo había sido el lugar tan especial bajo las vías del tren.

Resultó que no necesitaba la hora que nos habían concedido. En cinco minutos, ya tenía mi respuesta.

—Esto es perfecto —dije, recorriendo de nuevo la zona principal y girando en un círculo lento; había olvidado mis recelos anteriores—. Es absolutamente ideal.

Lisa y Jacob parecían muy satisfechos. No es que yo fuera una experta ni nada parecido, pero incluso mi ojo de aficionada veía que el espacio era perfecto para lo que necesitaban hacer con él.

Había un pequeño vestíbulo con un pasillo a la derecha y grandes puertas dobles justo enfrente. Por ellas se accedía a la capilla principal. En ella cabían fácilmente cien personas y ya había un escenario. No era demasiado alto, pero sí mucho mayor que el que había en The Arches.

También había una cocina espaciosa, aseos y otras cuatro salas más pequeñas, cada una lo bastante grande como para albergar clases de teatro, escritura creativa, canto y cualquier otra cosa que se les ocurriera a los directores. Sabía que a Moira le habría encantado la flexibilidad de un edificio así. The Arches había estado muy bien, pero no había mucho espacio separado si querías hacer más de una cosa al mismo tiempo.

—Esto es mucho más adaptable que The Arches —exclamé, metiéndome de nuevo en una de las habitaciones más pequeñas—. Aquí vas a poder tener varias cosas funcionando a la vez, y además hay un espacio decente para la cocina.

Lisa y Jacob intercambiaron una mirada.

—Y el escenario es fantástico —dije, acercándome a él, y salté de nuevo—. Probablemente se podría hacer aquí una representación a gran escala.

—Beth —dijo Lisa, llorosa y con una mano en el corazón—, me has alegrado el día.

La miré y sonreí, encantada de haber aportado algo.

—No sé por qué se os había metido en la cabeza que no funcionaría. —Fruncí el ceño —. Es absolutamente perfecto.

Experta no sería, pero reconocía algo bueno cuando lo veía.

—Creo que nos hemos puesto nerviosos a la hora de comprometernos —dijo Jacob—. Esto será, o un éxito, o un fracaso para el legado de Moira.

—¡Un éxito! —insistí con el beneficio de mis ojos frescos y sin conocimiento de las apretadas finanzas—. Definitivamente, un éxito.

Lisa y Jacob intercambiaron otra mirada y me pregunté si me habría perdido algo.

—Ambos estamos encantados de que pienses así —dijo Lisa, volviendo su atención a mí—, pero tengo que preguntarte, Beth, ¿cómo es que sabes tanto sobre The Arches?

—Sí —Jacob frunció el ceño—, estaba a punto de preguntar eso también. Creía que ni siquiera habías oído hablar del lugar antes de mudarte a la plaza.

Me di la vuelta, maldiciendo mi entusiasmo.

—Anoche busqué un poco en Google —dije, centrando mi atención en la ventana que estaba en lo alto de la pared, en lugar de en sus caras curiosas—. Había un montón de fotos en internet.

Era verdad. Me había pasado una hora buscando recuerdos. Por suerte, no me había visto en ninguna de las imágenes de las actuaciones, pero tampoco me había fijado tanto. Sin embargo, había muchas de Pete. Un montón de imágenes recientes en las que aparecía ayudando en los banquillos y, al hojearlas, sentí una punzada de arrepentimiento por lo que había perdido.

—Bueno, eso es estupendo —dijo Lisa—. Ahora estoy aún más contenta, sabiendo que has investigado un poco. Hace que tu opinión sea aún más válida. Es bueno que tengas alguna idea de con qué estamos comparando este lugar.

Me alegré de que aceptara mi respuesta, aunque me sentí mal por no haberme sincerado, pero ¿cómo iba a decírselo ahora?

—Yo también —asintió Jacob en voz alta, juntando las manos como si todo estuviera decidido.

El sonido de su voz resonó en las paredes y volví a mirar a mi alrededor, preguntándome cómo sería la acústica.

—Oh, joder —gimió Lisa mientras comprobaba su teléfono, que había empezado a zumbar.

—¿Qué pasa? —preguntó Jacob.

—Acaban de llamar a John, y Tamsin no está en casa para vigilar a los demás — suspiró.

—Te llevaré de vuelta —ofreció Jacob.

—Pero entonces no estarás aquí para devolver la llave —señaló.

—Me quedaré. —Me encogí de hombros—. No me importa esperar.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —dije—, pero, antes de que te vayas, debo decirte que tengo otro acto preparado para la recaudación de fondos.

Rápidamente le expliqué lo de Freddie, cuyo nombre fue recibido con genuino afecto

y entusiasmo, y en cuanto el coche de Jacob se perdió de vista, me apresuré a entrar de nuevo en el edificio para echar un vistazo.

Terminé mi segunda vuelta subiéndome al escenario. Sin pensarlo demasiado empecé a tararear y luego a cantar. Esta vez no opté por algo de mi recién creada lista de Spotify, sino que elegí la canción que más había echado de menos escuchar desde que Eli se había ido de casa. Era su canción y la canté de todo corazón y *a capella*, con la letra y la melodía grabadas para siempre en mi corazón.

Mi voz temblaba mientras llenaba poco a poco el espacio de techos altos y cavernosos. Eché un vistazo a mi teléfono y vi que tenía tiempo suficiente para volver a cantarla antes de que vinieran a por las llaves. La segunda vez no me guardé nada. Dejé que mi voz se elevara y se elevara, y me concentré tanto en la letra que no oí entrar a nadie.

Dejé que la última nota perdurara y, cuando abrí los ojos, me encontré con mi única audiencia mirándome con lágrimas en los ojos.

—Oh, Beth. —Tragó saliva.

—Pete —jadeé, mi mano voló instintivamente a mi pecho para proteger mi corazón martilleante—. Me has dado un susto de muerte. ¿Qué haces aquí?

Era maravilloso verlo, pero me había dado un buen susto.

—Más concretamente —dijo, sonando estrangulado—, ¿en qué planeta estabas cuando decidiste que abandonar tu carrera era una buena idea? Sigues sonando increíble. Esa actuación ha sido encantadora, hechizante...

—Sabes perfectamente en qué planeta estaba —lo interrumpí—. Era el planeta del *shock* y el dolor —le recordé, no obstante—. Y lo consumía todo.

Salté del escenario con rapidez y me alisé la ropa. Aún luchando contra el repentino y sorprendente deseo de volver a cantar, no podía dejar que Pete se diera cuenta de lo que estaba pensando. Si se daba cuenta de que mi determinación se estaba desmoronando, no podría resistirse a ejercer algo de presión y, a pesar de mis sentimientos cambiantes, no estaba preparada para eso.

—Lo siento —dijo, y se mordió el labio—. He sido un insensible. Pero ha sido tan maravilloso escucharte de nuevo...

—No pasa nada —dije—. Sé que no querías decir nada.

Me miró y sonrió.

—Eres muy amable, Beth —dijo—, por ser tan indulgente.

No pude evitar reírme cuando dijo eso.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

—Comparada contigo —tragué saliva—, y lo que has perdonado, soy una gota en el océano.

Dio un paso adelante y me abrazó.

—Dios, es bueno tenerte de vuelta en mi vida —dije, desde las profundidades de su abrazo.

Me besó la coronilla, me dio un apretón más fuerte y luego me soltó.

—También me alegro de tenerte de vuelta en la mía —sonrió.

Estaba desesperada por preguntar si Eli había mencionado volver a casa, pero temerosa de oír la respuesta y me mordí la lengua.

—Vamos —dije en su lugar—, será mejor que compruebe que todo está cerrado. ¿No te estás preguntando por qué estoy aquí?

—No —dijo, siguiéndome por las habitaciones—, sé por qué estás aquí. Lisa me ha dicho que Jacob te había pedido que echaras un vistazo al lugar. Por eso he venido. Tenía tantas ganas de oír lo que pensabas como ellos.

—Todavía no entiendo muy bien por qué querían que viniera —dije—. Carole pensó que sería ideal, ya que organizo el espacio en el trabajo, pero hace poco que he empezado a hacerlo.

—Tal vez sea el destino interviniendo y echando una mano —sugirió Pete—. Sobre todo, teniendo en cuenta lo bien que conocías The Arches.

No hice ningún comentario al respecto. Últimamente, el destino parecía haber tenido mucho que decir en mi vida.

—De todos modos, ¿dónde están Lisa y Jacob? —preguntó Pete.

—Lisa necesitaba llegar a casa —dije—. Así que Jacob la ha llevado y yo me he quedado a cerrar. Me han dicho que les preocupaba que este no fuera el lugar adecuado para seguir con The Arches. Tú no te has sentido así también, ¿verdad?

—En absoluto —dijo con vehemencia—. Sé que es perfecto. Puedo sentirlo.

—Yo también.

—Y ahora que te he oído cantar aquí, estoy aún más convencido. La acústica es increíble y hay muchas posibilidades de hacer más aquí de lo que nunca hicimos en The Arches.

—Eso es lo que les he dicho.

—¿Qué les ha parecido? —Pete frunció el ceño—. Por lo que me dijiste, suponía que les habrías dado a entender que no sabías nada del lugar.

—Eso he hecho —confirmé—, pero luego me he dejado llevar mientras mirábamos por aquí y al final he tenido que decir que había visto fotos en internet. Y así es —añadí rápidamente.

Pete asintió. Su expresión sugería que mi continua duplicidad no le sentaba tan bien como a mí.

—Bueno —dije—, será mejor que termine de cerrar. El encargado de las llaves llegará en un minuto. Puedes irte si lo necesitas. Siento que hayas tenido que venir para nada.

—No ha sido del todo para nada —sonrió y, sabiendo que se refería a mi momento vocal, volví a callarme—. No tengo prisa —dijo—. Esperaré y podemos volver juntos si quieres.

—De acuerdo.

Una vez comprobado que todo era seguro, nos sentamos en el muro.

—Ya que tenemos un minuto —dijo Pete, dándome un codazo—, quiero darte las gracias.

—¿Sí? —Fruncí el ceño y cogí el agua—. ¿Por qué?

—Ya sabes por qué —dijo—. Porque Eli y yo volvemos a ser amigos, por supuesto.

Asentí, luchando contra la emoción que sentía al oír el nombre de Eli.

—¿De verdad os va bien? —le pregunté.

—De la buena —sonrió Pete—. Puede que nuestro reencuentro no haya sido como tú

querías, pero ha servido para algo. Lo hemos arreglado todo y ahora volvemos a ser amigos. Hemos vuelto al camino de antes y ni en un millón de años pensé que eso pasaría.

Me pregunté si eso significaba que estaban pensando en reformar su alianza musical, además de su amistad.

—Al menos, algo bueno ha salido de que lo haya fastidiado todo —dije en voz baja.

—No has fastidiado nada —insistió Pete—. De hecho, Eli quiere hablar contigo.

Mi mirada saltó a la cara de Pete.

—¿Sí? —pregunté temblorosa, luchando por volver a enroscar la tapa en mi bebida.

—Sí —dijo, cogiendo la botella, y lo hizo por mí—. Ha dicho que quiere verte en el *pub* cuando termines de trabajar mañana.

—¿No en casa?

—No —dijo Pete, devolviéndome la botella—. A mí también me ha sorprendido, pero ha insistido en que tenía que ser el *pub*.

—Dios mío —jadeé—. Me va a dejar, ¿verdad?

—¿Qué? —Pete frunció el ceño—. ¿Por qué demonios piensas eso?

—Porque encontrarnos en un lugar público garantiza menos alboroto. —Me asusté—. Todo el mundo lo sabe.

—Tonterías —dijo Pete—. No me ha dicho que esté pensando en dejarte.

—¡Qué manera tan maravillosa de decirlo! —prácticamente sollocé.

—Pues a mí no me da esa sensación en absoluto —añadió en un tono más apaciguador.

—Muy tranquilizador —suspiré.

—Te lo prometo —me dijo, pasándome un brazo por los hombros y acercándome—, todo va a salir bien. Confía en mí.

Me aferré con fuerza a la esperanza de que tuviera razón.

Capítulo 24

Debí pasar por alto el parte meteorológico que anunciaba tormentas en Norfolk esa noche, pero la lluvia y los truenos me impidieron conciliar el sueño. Renunciando a contar ovejas, me tumbé a escuchar el estruendo, repasé el guion de mis disculpas a Eli, reflexioné sobre todo lo que Pete me había dicho y me pregunté cómo acabaría todo.

Pete había dicho que Eli y él habían vuelto al buen camino y eso obviamente significaba que volvían a ser amigos —Eli no habría estado durmiendo en su sofá si no fuera así—, pero ¿y la música?

Ya sabía que Eli estaba escribiendo de nuevo, así que quizá había convencido a Pete para que también tocara. Y, si ese era el caso y no iba a dejarme —como Pete había dicho tan elocuentemente—, dado lo que había oído en la residencia, me pregunté si estaría preparándose para pedirme que cantara en su banda reformada. Me sorprendió la excitación que me produjo esa posibilidad y, cuando por fin me dormí, caí de cabeza en el sueño más maravilloso.

Empezamos los cuatro tocando en la capilla vacía. Yo cantaba la canción favorita de Eli, Pete sonreía como el gato de Cheshire y Sara hacía algo ligeramente desincronizado con una pandereta. Yo estaba delante y en el centro, con Eli, feliz. Entonces, cuando volví a mirar hacia abajo, vi que el local estaba abarrotado y que mamá estaba allí, justo delante del escenario. Me sonreía, reía y aplaudía. Parecía en forma, feliz y sana y, mientras yo seguía cantando, me daba un fuerte aplauso.

Me desperté sobresaltada cuando un estruendo especialmente fuerte sacudió la casa. Sin duda, aquel sueño lúcido tenía que ser una señal. Mi mente despierta no había sido capaz de tomar una decisión definitiva, pero el empujón de mi estado de sueño me había proporcionado tanto una sensación como una respuesta.

Sentí la emoción y la euforia de antaño y quería que volvieran a mi vida. A pesar de lo que me habían dicho en mi última audición y de lo que había sentido después de perder a mamá, quería volver a experimentarlo todo y, si podía encontrar la confianza necesaria para aceptar la posible petición de Eli, lo haría.

Aunque seco, el tiempo de ese jueves se había vuelto frío y, después de retirar el material de manualidades y *scrapbooking*, decidí que sería mejor poner en marcha el club de jardinería en el interior.

Después de la tormenta, hacía una fuerte brisa que no ayudaría a los dedos artríticos a sembrar semillas, así que cubrí las mesas de la cálida sala de estar con capas de papel de periódico y llamé a Graham para avisarlo. Estuvo totalmente de acuerdo y le agradecí que hubiera pensado en el tiempo y que aceptara el plan de contingencia. Dado el entusiasmo de todo el mundo, si hubiéramos tenido que cancelarlo, habría habido un motín.

—¿Podrías pasarme ese paquete de semillas, Beth? —preguntó Freddie—. No estoy

seguro de poder deletrear *Aquilegia*.

Lo cogí y se lo entregué.

—Oh —dijo, satisfecho—, lo he dicho bien.

Freddie no tenía muchas ganas de meter los dedos en el abono, así que le asignaron la tarea de escribir las etiquetas que irían en las bandejas de semillas. Tenía una bonita caligrafía, así que parecían bastante elegantes.

—¿Y *Delphinium*? —preguntó Greta, agitando el paquete en dirección de Freddie.

—*Delphinium* es un juego de niños —le dijo, mostrándole su mejor sonrisa.

Greta se sonrojó y volvió a llenar su bandeja. Si todo germinaba, los arriates iban a ser un derroche de color. Incluso Bob había cogido una silla y sembrado algunas semillas. No había comentado nada sobre su participación por miedo a romper el hechizo, pero estaba encantada de que por fin se apuntara. Harold también me hizo un guiño clandestino cuando se dio cuenta.

—Si todo sale bien —dijo Graham, prácticamente leyendo mis pensamientos sobre los arriates en flor—, podrás vender el excedente en la fiesta del jardín del año que viene. Estoy seguro de que la gente estará dispuesta a pagar más por las plantas cultivadas en el jardín.

—Es una gran idea —dije—. Podríamos coger algunos esquejes de plantas de interior y venderlos también.

Quizá también podríamos celebrar una sesión maratoniana de repostería con Carole, con la misma premisa. Me preguntaba si Sandra me dejaría quedarme con los beneficios para reinvertirlos en el fondo para actividades. Con la fiesta en el jardín ya olvidada, pronto tendría que pensar en ideas para ganar dinero en la feria de Navidad. Unas galletas navideñas no serían mala idea.

—Las plantas araña tienen bebés, ¿no? —Harold frunció el ceño y dejé que Graham respondiera a eso.

—¿Estás bien? —me preguntó Freddie en voz baja mientras yo soltaba un largo suspiro.

—Sí —dije—, me lo estoy pasando de maravilla.

—En general —dijo, agitando una etiqueta para que la tinta se secara más rápido—. No pareces tú misma esta semana.

Había intentado ser natural, pero había sido difícil cuando mi cabeza estaba llena de Eli y de lo que iba a pasar entre nosotros. Había necesitado una fuerza sobrehumana para darle el espacio que me había pedido y pensé que había conseguido seguir adelante a pesar de todo, pero al parecer no.

—Eso es porque he estado concentrada en que estos primeros días del nuevo horario fueran un éxito —dije, mostrándole mi sonrisa.

—Ah, claro —dijo Freddie, comprobando que había escrito suficientes etiquetas de dedalera—, y yo que pensaba que tenía algo que ver con el viernes pasado y la cara que puso ese pobre joven cuando entró y te oyó cantar.

Ninguno de los otros residentes había mencionado a Eli, así que no estaba segura de si alguien se había dado cuenta de lo sucedido, pero tan agudo como un paquete de alfileres, Freddie no había perdido detalle. Me pregunté por qué había tardado tantos

días en decir nada.

—Ah —dije ligeramente—. No, nada que ver con él.

A medida que avanzaba el día, mi sueño vívido había ido quedando en segundo plano y mi respuesta a él había cambiado. Recordaba los viejos nervios previos a la actuación, el estómago revuelto y el miedo a abrir la boca y que no saliera ningún sonido, más vívidamente que la visión de la cara de felicidad de mamá y sus pulgares alentadores. Puede que fuera capaz de cantar con todas mis fuerzas en el baño, pero no volvería a aventurarme en el escenario, tanto si Eli me lo pedía como si no.

—Sé que se ha dicho muchas veces durante los últimos días —continuó Freddie—, pero nos cogiste por sorpresa la semana pasada, Beth.

—Sí —dije en voz baja—, lo sé.

—¿De verdad no has vuelto a pensar en cantar profesionalmente después de lo que pasó en aquella audición?

—Sabes que no —le recordé—. Lo que dijo esa mujer era cierto y tuve que abandonar mi sueño.

Me miró con simpatía y recordé por lo que él también había pasado.

—Sé que sabes lo que se siente, Freddie. Es duro, ¿verdad?

—Supongo —dijo; en su rostro se dibujó una sonrisa inesperada y me di cuenta de que su simpatía se había expresado únicamente para mí—, pero tienes que recordar que yo nunca dejé escapar mi sueño. Tan solo dejé que me llevara por otro camino.

—Bueno —me encogí de hombros—, no estaba dispuesta a comprometerme.

—Correcto —dijo—. Ya veo.

—Sin ánimo de ofender —añadí enseguida.

—No te preocupes, querida —dijo, aún sonriendo—. Estoy muy contento con las decisiones que he tomado.

—Está bien entonces. —Le devolví la sonrisa, aliviada de no haber herido sus sentimientos.

—Pero ¿puedes decir tú lo mismo? —preguntó a continuación de forma mordaz—. ¿Estás contenta de haber renunciado a todo en lugar de buscar una forma diferente de conseguirlo?

Sentí que mi cara empezaba a colorearse.

—Porque por lo que he visto de ti esta semana —añadió a continuación—, no puedo decir que tu decisión parezca que te esté saliendo del todo bien. Sin ánimo de ofender.

Me mordí el labio y me obligué a contener la grosera respuesta que sentí surgir.

—La música está claramente en tu alma, querida niña —continuó con más amabilidad, extendiendo la mano para darme un apretón—. Y si yo tuviera una voz como la tuya, no renunciaría a ella ni por un billete de lotería premiado.

Puse unas cuantas etiquetas más y parpadeé para contener las lágrimas de frustración.

—Encuentra una manera, Beth —me instó—. Siempre hay un camino, y créeme cuando te digo que pronto te darás cuenta de que el compromiso resultará ser el camino que estabas destinada a tomar desde el principio. Es el destino, querida.

***

Con las oportunas palabras de Freddie resonando en mis oídos y tras un rápido cambio de ropa, salí del trabajo y me puse en camino hacia The Dragon. Llegué un poco más tarde de lo que quería, después de haberme tomado unos minutos para hablar con Graham mientras trasladábamos las bandejas de semillas de la sala común al invernadero y las regábamos.

—Si tú y algunos de los miembros del club podéis revisarlos y abrir y cerrar el invernadero los días que yo no pueda entrar —había pedido Graham—, entonces deberíamos ver algunas plántulas en poco tiempo.

Me encantaba que el club contara ahora con una rutina continua, que ampliaría su alcance más allá de las pocas horas de un jueves por la tarde, y sabía que muchos de los residentes también estaban dispuestos a adoptarla; incluso Bob había dicho que seguiría con ella.

—Estoy deseando ver cómo salen todas —le dije a Graham—. Y, de nuevo, muchas gracias a ti y a Carole por organizar estas nuevas actividades conmigo. La residencia empieza a ser muy diferente a como era hace quince días.

Graham estaba encantado.

—Tenemos que organizar pronto la excursión al Grow-Well —me recordó.

—Sin duda —respondí.

Eso me ponía un poco nerviosa.

—No te preocupes —sonrió Graham, tranquilizador—. Con la ayuda de todos, todo irá bien. Lo haremos por relevos si es necesario. Traed a unos cuantos residentes cada vez para que no sea demasiado abrumador.

Pensé que Greta necesitaría su propio espacio para que todos los ojos se posaran en ella, pero no se lo sugerí porque tenía otros asuntos más urgentes en mente.

Me quedé un par de minutos en la acera, preguntándome si Eli ya estaría dentro. Busqué el móvil en el bolso para enviarle un mensaje.

—Beth.

Al levantar la vista me lo encontré caminando hacia mí, con su polo y sus pantalones cortos de la cafetería Castle. Parecía acalorado y nervioso, pero tenía tan buen aspecto como siempre.

—Hola, Eli —grazné, resistiendo el impulso de lanzarme a sus brazos.

—Siento llegar tarde —dijo, tan nervioso como yo.

—Me he retrasado en el trabajo, así que yo también llego tarde —admití—. Acabo de llegar. Estaba a punto de mandarte un mensaje.

—Bueno, pues ya estamos los dos aquí —dijo, declarando lo obvio—. Entremos, ¿vale?

—Vale —dije, pasando con torpeza a su lado, y crucé el umbral—. Estoy deseando ver el dragón.

Nunca había entrado en el local, pero enseguida me di cuenta de por qué era el *pub* favorito de Pete. El techo bajo, las ventanas diminutas y el espacio reducido me recordaron al Poni Pisador de *El Señor de los Anillos*, y la escultura del dragón, iluminada hábilmente para mostrar los intrincados detalles de la pared frente a la barra, encajaba a la perfección.

—Mira eso —rio Eli, haciendo que mi corazón se derritiera—. Smaug está en casa.

—En efecto —dijo Hannah, desde detrás de la barra—. ¿No es maravilloso?

—Lo es —coincidí—. Y se le ve en su salsa.

—Todos los clientes lo adoran —dijo el tipo que estaba a su lado.

Parecía demasiado grande para apretujarse detrás de la barra y me pregunté si estaría permanentemente encajado.

—Esta es Beth —le dijo Hannah—. Organizó la subasta en la residencia.

—Encantado de conocerte por fin —sonrió—. Soy el dueño, déjame invitaros a ti y a tu amigo a una copa.

Ya no estaba segura de que fuera mi amigo, pero, con una pinta de cerveza amarga cada uno, salimos al pequeño jardín de la cervecería y me preparé para averiguarlo.

—Bueno —dijo Eli, una vez hubimos pasado por la palabrería de instalarnos en una mesa, durante la cual mis nervios tuvieron tiempo de sobra para multiplicarse.

—Bueno —le respondí.

Estábamos los dos solos en el jardín y lo agradecí.

—Sé que te debo la mayor de las disculpas —empecé enseguida, por miedo a dejar que el silencio subsiguiente se convirtiera en algo insalvable—, y he estado repasando una y otra vez las palabras en mi cabeza toda la semana, pero ahora... —vacilé—, ahora que necesito decirlas, no sé por dónde empezar.

Empezaba a arrepentirme de mi decisión de no dejar que Pete rellenara los huecos sobre lo que Eli no sabía de mí.

—¿Qué tal si empiezo yo entonces? —sugirió Eli.

—No —dije, respirando hondo y armándome de valor—, lo haré. Lo más probable es que la líe, pero, como todo esto es culpa mía, creo que debería hablar yo primero.

Eli estaba sentado con su pinta en la mano. No podía leerle en absoluto, lo que era muy inquietante.

—Bueno —tragué saliva—, obviamente ahora sabes que sé cantar.

—Sí —dijo cortante—, el viernes pasado se decidió el partido.

—Nunca ha sido un juego —dije en voz baja.

—Dime qué ha sido entonces —contraatacó, removiéndose en su asiento—, aparte de un puto *shock*.

Podía leerle sin problemas. Estaba enfadado y no podía culparlo. Me había contado muchas cosas sobre sí mismo y su historia, y yo no le había correspondido. Su enfado estaba justificado y era aún más doloroso observarlo porque yo era la causa.

—Es una larga historia. —Suspiré.

—Bueno, tengo todo el tiempo del mundo —dijo, antes de tomar un trago—. Me gustaría oírlo todo. Creía que sabíamos todo lo importante el uno del otro, pero, por lo visto, hay algunas lagunas en tu historia.

—Lo siento mucho.

—Dímelo, Beth —me dijo—, porque la idea de que me he equivocado al leerte me ha estado destrozando. Necesito que me convenzas de que eres la mujer de la que me enamoré y de que puedo confiar en ti.

Me dieron ganas de llorar cuando dijo eso.

—De acuerdo —susurré—, te lo diré.

Respiré hondo y empecé.

—Cuando era pequeña —empecé—, éramos solo mamá y yo. Ella fue madre adolescente, expulsada por su familia, y como resultado no teníamos mucho, pero eso no importaba porque éramos felices. Mamá tenía su jardín y yo, mi afición por cantar, y nos conformábamos.

—¿Cantabas cuando eras niña? —preguntó Eli.

—Canté en cuanto pude hablar —dije—. Mi sueño era convertirme en una superestrella de la canción. Los sábados por la noche solo existía *Factor X*, y los martes y jueves después del colegio y en cualquier otro momento en que mamá tuviera que trabajar... —tragué saliva— solo existía The Arches.

Eli enarcó las cejas, pero no dijo nada.

—Mamá no podía permitirse clases particulares de canto —continué—, pero su amiga, Moira Myers, me regaló la mejor formación en el entorno más propicio por una fracción del coste.

—¿Y ahí fue donde conociste a Pete?

—Sí —asentí—. Sí, así fue. Congeniamos el primer día que apareció, parecía tímido y cohibido.

Eli sonrió. Me atrevería a decir que conocía esa mirada.

—A los dieciocho años —continué, animada por su reacción—, me fui a la universidad a estudiar música. No tenía intención de arriesgarme en un programa de telerrealidad. Quería que cantar fuera mi carrera de por vida y tenía ideas firmes sobre cómo iba a conseguirlo.

Eli asintió.

—Fue duro —admití—. El dinero escaseaba y tenía que hacer malabarismos con dos trabajos, pero mamá se había pasado la vida enseñándome a llegar a fin de mes y mereció la pena. Valió totalmente la pena...

Mis palabras se interrumpieron al imaginarme a mí misma con diecinueve años, trabajando por las noches en un bar y los fines de semana en una tienda. No tenía ni idea de cómo había podido compaginar los estudios, pero pensé que lo había deseado tanto que no había perdido de vista el objetivo y lo había conseguido.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Eli con suavidad.

Volví a centrar la mirada.

—Mamá tuvo un derrame cerebral —dije, forzando las palabras—. Uno enorme, cuando estaba en mi segundo curso. Me necesitaba y me volví a casa a cuidarla.

Se hizo un momento de silencio antes de que Eli volviera a hablar.

—Caray, Beth, lo siento mucho —susurró; su tono era aún más suave que antes—. ¿Alguna vez volviste? A la universidad, quiero decir.

—Me retuvieron la plaza durante un año —me las arreglé para decir—. Pero no era una opción. Me habían advertido de que sería difícil volver a la industria si me alejaba —dije, pensando en aquella horrible audición que había dejado que tuviera tanto impacto—. Sabía que había miles como yo tratando de conseguir una oportunidad, pero mamá estaba muy débil. No podía dejar su cuidado en manos de otra persona. Siempre había cuidado de mí y, de repente, décadas antes de lo que yo esperaba, me tocaba a mí

estar a su lado.

Eli se mordió el labio.

—Lo siento mucho —dijo—. Sabía que habías perdido a tu madre, pero no tenía ni idea de que habías pasado por algo así. No puedo imaginar lo que debió ser.

—Fue un infierno —dije en voz baja—. Sobre todo al principio.

—¿Tenías apoyo?

—Algo. —Me encogí de hombros.

—¿Pete?

—No —dije, avergonzada—. Él no tenía ni idea. En cuanto me di cuenta de lo diferente que iba a ser mi vida, nos aislé a las dos de todo y de todos los relacionados con mi sueño. No necesitaba los constantes recordatorios de algo que había deseado tanto pero que estaba fuera de mi alcance.

—¿No volviste a The Arches?

—Estuve a punto —admití, luchando contra las lágrimas.

—No lo entiendo. —Eli frunció el ceño.

Respiré entrecortadamente.

—Aparte de las horas que tenía que trabajar, apenas me separaba de mamá —me atraganté—, y a medida que pasaba el tiempo y nos establecíamos en una rutina, empezó a preocuparle que mi vida fuera demasiado limitada. Sabía que echaba de menos cantar y me sugirió que volviera a The Arches para intentar salvar algo.

Me tomé un momento para serenarme.

—Prácticamente la había obligado a apartar a Moira de su vida y ella había accedido porque sabía que era doloroso para mí verla. —Seguía mortificándome por eso—. También la hice jurar que no le contaría a Pete nada de lo que había pasado. Ahora sé que no debería haberlo hecho. Moira y Pete podrían haberla ayudado.

—Y a ti —dijo Eli—. Podrían haberte ayudado a ti también.

No necesitaba reconocerlo porque sabía que era cierto.

—Mamá no dejaba de pedírmelo —continué—, y al final accedí a volver. Esperaba que eso aliviara parte de la culpa que ella sentía por haber tenido que abandonar la universidad y también parte de la mía, porque tal vez podría enmendarme con mis antiguos amigos, pero...

—¿Pero?

—No logré atravesar ni el umbral —susurré.

—¿Por qué no?

Sabía que Eli merecía oír toda la historia, pero habría dado cualquier cosa por no tener que pronunciar las palabras.

—¿Qué pasó? —volvió a preguntar.

—Caminé hasta allí —me esforcé por decir, entrelazando los dedos—, pero, en cuanto vi The Arches, sentí que me invadía una sensación de angustia. Supe que algo iba mal y corrí a casa.

La imagen se repitió en mi cabeza, como una escena de una película de terror que quieres olvidar pero no puedes. Al ver mi expresión, Eli se inclinó y me cogió las manos. Enlazó mis dedos con los suyos y miró nuestras manos entrelazadas en mi regazo.

—Cuando llegué a casa —susurré—, oí música sonando en la casa, la misma canción que me oíste cantar el viernes pasado, de hecho. Dadas las circunstancias de las dos últimas veces que la había oído, aún me sorprendía que hubiera tenido el valor de escucharla, por no hablar de cantarla—. Abrí la puerta y encontré a mamá desmayada en el pasillo. Había tenido otro derrame cerebral. Uno catastrófico, y ya se había ido.

Eli me estrechó entre sus brazos, pero yo no paré de hablar.

—Todos decían que, aunque hubiera estado con ella, no habría cambiado nada —dije —. No les creí, por supuesto. Le había fallado, y todo por un viaje al pasado. De ninguna manera iba a volver a The Arches o a cantar otra vez después de aquello.

Eli me apretó más fuerte.

—Hasta que me mudé a la casa de Nightingale Square, la música y las canciones habían sido eliminadas para siempre, junto con nuestro querido amigo Pete.

Eli me soltó y se inclinó hacia atrás para mirarme, y sentí que algo se movía en mi interior.

—Es obvio que las cosas han cambiado bastante desde entonces —dije, mostrándole una sonrisa muy vacilante y sonando más como yo misma.

—Oh, Beth —dijo Eli.

Sonaba desolado, pero el desahogo me había parecido sorprendentemente catártico. Les había contado por mi propia voluntad esta triste historia a los dos hombres que más quería en el mundo, y estaba orgullosa de mí misma.

—Sabía que tenía que hacer algunos cambios en mi vida —le dije a Eli—. Pero no esperaba que el canto formara parte de esos cambios hasta que...

—Hasta que —intervino Eli, retomando el hilo— te encontraste viviendo con un hombre obsesionado con la música y con tu antiguo compañero trabajando a la vuelta de la esquina.

—Exacto —asentí—. Ninguno de los dos formaba parte de mi plan y, para empezar, pensé que podría seguir ignorándolo todo. Tenía mi nuevo trabajo para lanzarme y el Grow-Well para llenar mis horas no laborables, pero entonces... —Vacilé.

—Pero ¿entonces?

—Pero entonces —dije, mirándolo directamente— tomé la decisión de hacer las paces con Pete y también fui y me enamoré de ti. —Eli pareció atragantarse—. Y por mucho que intenté que no pasara —continué—, la música encontró el camino de vuelta a mi cabeza, a mi corazón y, finalmente, a mi boca.

—Oh, Beth.

—Te dije que era una larga historia. —Me reí, consciente del tiempo que llevábamos allí sentados mientras rebuscaba en mi bolso un pañuelo de papel—. Y me llevé un buen susto cuando me di cuenta de que tu ex era la persona causante de la angustia de Pete.

—Yo también lo fui —se apresuró a decir Eli—. Nunca debí permitir que sucediera.

Me enjugué los ojos y recordé lo que había dicho Pete sobre que la gente hace locuras cuando está enamorada.

—Tal vez —dije—, pero, por lo que he oído, ahora lo estás arreglando todo.

—Sí —asintió—, lo estamos consiguiendo. Gracias a ti.

—Me alegro mucho —dije, aliviada de que algo bueno hubiera salido de mi percance

musical.

—Y siento de verdad todo por lo que has pasado, Beth —dijo Eli, acercándose de nuevo a mi mano—. Entiendo perfectamente por qué no querías traer tu pasado musical a tu presente.

—No sabes cuánto me alivia oírte decir eso —dije, inclinándome hacia él—. Pero de todas formas ya me ha pillado, ¿no?

—Bueno, ya sabes lo que dicen —sonrió Eli.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué dicen?

—Sin música, la vida sería un error.

—¿Quién dice eso? —Fruncí el ceño—. ¿Tú?

—No, creo que en realidad fue Friedrich Nietzsche.

—Listillo —murmuré.

—¿Nietzsche o yo?

—Los dos —sonreí.

—Siento haberme largado el viernes pasado —dijo entonces—. Si no lo hubiera hecho, habríamos llegado al fondo de todo esto mucho antes.

—Pero entonces probablemente no te hablarías de nuevo con Pete —señalé.

Si no me hubieran pillado, lo más probable es que aún estuviera intentando averiguar cómo volver a unirlos.

—Aunque —admití— una parte de mí desearía haberle dejado contarte la historia de mi vida porque ahora estoy agotada.

—No —discrepó Eli—, era mejor que me lo dijeras tú, Beth.

—Siento si pensaste que era otra mujer en la que no podías confiar —me disculpé.

Eli negó con la cabeza.

—Lo pensé —confesó—, pero, cuando Pete me localizó en casa de mi madre y me dijo que los dos erais amigos desde hacía tiempo y que teníais una buena razón para guardar vuestro secreto, pronto cambié de opinión.

—Es un amigo genial, ¿no?

—El mejor —dijo Eli con vehemencia.

Ambos teníamos la bendición de tener a Pete de vuelta en nuestras vidas.

—Apuesto a que ahora tu madre no piensa muy bien de mí —suspiré, imaginándome a Eli apareciendo en su puerta y contándole por lo que había pasado.

—Ella no sabe nada de todo esto —dijo Eli—. Estuvo fuera de casa con el trabajo durante unos días, por eso me escapé allí.

—Bueno —dije, aliviada—, eso ya es algo.

—Ella te va a amar, Beth —dijo, tranquilizador—. Pero ¿puedo preguntarte algo?

—Cualquier cosa. —Tragué saliva y mi corazón volvió a latir más rápido.

¿Era este el momento en que me iba a preguntar si convertiría el dúo de Pete y él en un trío? Con mi pasado revelado y sintiéndome segura de la comprensión de Eli al respecto, de verdad esperaba que así fuera. Mis pensamientos postsueño habían estado distrayéndome todo el día, pero en ese momento por fin estaba segura de cuál sería mi respuesta. Quería volver a cantar, y quería cantar con él y con Pete.

—La casa de mamá y el piso de Pete son encantadores, pero, si te parece bien que

vuelva —dijo con una sonrisa—, me encantaría volver a casa.

Me quedé mirándolo sin comprender por un momento y luego me di cuenta de que tal vez no era la reacción que esperaba.

—¡Por supuesto! —dije con rapidez—. Estoy deseando que vuelvas.

Le eché los brazos al cuello y lo estreché hasta que el corazón dejó de latirme.

—Este lugar no es mi hogar sin ti —dije, desesperada por compensar mi anterior vacilación—. Te echo de menos y las plantas también. No es lo mismo.

—Está bien —dijo, apartándose y fingiendo secarse la frente—. Por un segundo, he pensado que ibas a decir que no.

—Lo siento —dije, sacudiendo la cabeza—. Creía que ibas a preguntarme otra cosa.

—¿Qué?

—No importa.

—¿Qué era? —insistió—. Me gustaría saberlo.

No quería decírselo, pero, en vista del disgusto que ya me había causado guardar secretos, pensé que era mejor ser sincera.

—Creía —dije, con las mejillas coloreadas— que ibas a preguntarme si quería unirme a ti y a Pete y reformar vuestra banda.

—Dios, no —dijo, y me besó con ternura en los labios—. Pete y yo no tenemos planes de volver a tocar, y dado todo por lo que has pasado, Beth, eso es lo único que nunca te pediría. Ni en un millón de años.

Sentí que mi corazón caía como una piedra.

Capítulo 25

Después de que Eli me dijera lo mucho que comprendía y respetaba mi decisión de jubilar definitivamente mi voz, no me apetecía mucho terminar mi copa. Salimos del *pub* cogidos de la mano, lo cual fue una declaración maravillosa y muy pública, pero no compensó del todo la decepción que sentí al saber que nunca íbamos a llegar a interpretar música juntos.

La decepción, unida al esfuerzo de explicar mi historia, me hizo sentir como si me hubieran dado una paliza. Hacía muy poco, me habría sentido eufórica de que Eli respetara mi voto de silencio, pero ahora quería cantar con él a los cuatro vientos y me sentí desbordada por la tristeza de no poder hacerlo.

Se hacía tarde y, como ninguno de los dos tenía ganas de cocinar, pedimos comida para llevar y seguimos hacia la plaza, con los dedos aún entrelazados.

—¿Quieres recoger tus cosas de casa de Pete? —pregunté mientras llevábamos a casa nuestro festín coreano—. No nos llevaría ni un minuto dar un rodeo rápido.

—No —dijo Eli mientras me entregaba la bolsa de comida y sacaba su teléfono del bolsillo de sus pantalones cortos—, las cogeré mañana después del trabajo. Si paramos en el piso ahora, acabaremos hablando durante horas, pero le enviaré un mensaje a Pete con una actualización porque se estará preguntando dónde me he metido.

Ya estaba deseando pasar las noches juntos con Sara y Pete en el *pub*. Me había quedado prendada de The Dragon y, mientras miraba a Eli teclear, me di cuenta de que, aparte de la prohibición de cantar, mi vida parecía mucho más prometedora de lo que había sido cuando salí a trabajar aquella mañana. Debería estar agradecida por ello. Tarareando, Eli me plantó un cariñoso beso en la mejilla y me pregunté si, después de todo, sería capaz de eludir las restricciones musicales.

—¿Ya te ha respondido? —Reí cuando el teléfono de Eli sonó.

Apenas habían pasado treinta segundos desde que había pulsado enviar.

—Sí —sonrió—. Mira esto.

Había un párrafo entero de texto perfectamente tecleado llenando la pantalla.

—¿Cómo ha escrito todo eso tan rápido? —reí.

—Una juventud malgastada dedicada a perfeccionar el arte, seguramente —rio Eli conmigo.

—Un talento que ahora ha transmitido a su sobrina. —Solté una risita.

La esencia del mensaje era que Pete estaba encantado de que por fin todo hubiera salido a la luz y que estaba muy contento de que volviéramos a estar juntos. No pude evitar preguntarme si estaba tan contento como Eli por la decisión de no volver a formar la banda. Tendría que preguntárselo cuando tuviera la oportunidad.

—Bienvenido a casa —anuncié, abriendo la puerta con una floritura—. Es maravilloso tenerte de vuelta.

Eli me siguió hasta el umbral, cerró la puerta con el pie y dejó la bolsa de comida para

llevar en la mesa del recibidor. Luego me estrechó entre sus brazos y me besó profundamente.

—Es bueno estar de vuelta —dijo cuando nos detuvimos—. Casi echaba de menos este lugar tanto como a ti.

—¿Es eso cierto? —pregunté, puntuando cada palabra con un beso.

—Lo es —respondió él, haciendo lo mismo.

Me reí, pero él parecía decirlo en serio.

—Ya pensaba que este lugar era mi hogar —dijo, mirándome a los ojos—, pero entonces te mudaste y llevaste el significado de la palabra a un nivel completamente nuevo.

—Me preocupaba, cuando me mudé, al principio —dije—, porque habías estado viviendo aquí solo, y tal vez no querrías tener que compartir la casa.

—De ninguna manera —dijo, soltándome, y volvió a coger la bolsa—. Tú y tus muchas plantas fuisteis una adición bienvenida desde el primer día.

Estaba encantada de oírlo, y parecía tan relajado que me pregunté si podría preguntarle algo más sobre su música y la de Pete. No quería empañar su entusiasmo por estar en casa, pero estaba desesperada por mantener abierto el tema de conversación.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije, siguiéndolo hasta la cocina.

—Por supuesto.

Empecé a sacar los cartones de comida para llevar de la bolsa y a quitar las tapas. La comida olía de maravilla y mi estómago gruñó en respuesta.

—En el *pub* —dije, mientras echaba arroz pegajoso en los cuencos que Eli me pasaba —, has dicho que Pete y tú no tocáis música ahora ni tenéis planes de hacerlo.

—Así es —confirmó.

—Bueno, me preguntaba por qué —pregunté—. Habéis arreglado vuestras diferencias, ¿verdad? —Eli asintió—. Y me has dicho que hay canciones que no quieres ignorar y que también estás escribiendo cosas nuevas. Seguramente ahora sería el momento perfecto para volver a tocar juntos.

Eli negó con la cabeza.

—Pete te ha perdonado —insistí—, y los dos tenéis un talento increíble. Es un desperdicio no continuar, sobre todo porque estáis creando material nuevo. ¿Por qué no colaborar como es debido y volver a intentarlo?

—Tenemos nuestras razones —dijo, cogiendo uno de los cuencos.

—Espero no ser una de ellas —interrumpí—. Me encantaría que siguieras y tampoco me importa tener música sonando en la casa ahora.

Para demostrarlo, cogí la radio que tenía detrás y la encendí.

—Me alegro de verdad de oírla —dije por encima del sonido—. Quiero oírla.

No podía hacer más evidente mi deseo de no volver a abandonar la música, pero Eli no iba a dejarse convencer.

—No eres tú —dijo, rodeándome y apagando de nuevo la radio—. Y para que quede totalmente claro, lo que he dicho antes iba en serio. Sabiendo por lo que has pasado, entiendo tu decisión de no volver a cantar.

Le agradecí que fuera tan respetuoso, pero también me frustraba. Ahora me estaba

diciendo lo que yo quería oír hacía unas semanas. Ahora me sentía diferente, pero no encontraba la manera de hacérselo entender.

—Comamos antes de que esto se enfríe —dijo Eli, llevando el resto de la comida al comedor.

—Y Pete está de acuerdo contigo, ¿verdad? —le pregunté, yendo tras él con el *kimchi*.

—Pete está muy contento con su vida —me recordó Eli mientras le entregaba un par de palillos—. Ya sabes lo mucho que le gusta la tienda, y ahora también está enamorado de Sara.

—Son perfectos el uno para el otro —sonreí.

—Lo son —aceptó Eli de buena gana—. Y ahora que Pete participa en las recreaciones y se prepara para ayudar a convertir la capilla y apoyar a los músicos de allí, tiene la vida a tope. No necesita intentar recrear lo que una vez tuvimos. Está contento y me alegro mucho por él.

Se le quebró la voz y me acerqué a la mesa para apretarle la mano. Supuse que todas eran buenas razones para impedir que él y Pete retomaran su música.

—Se lo merece —dijo Eli con los ojos brillantes—. Se lo merece todo. Y más.

—Tienes razón —asentí, sabiendo que ambos habíamos sido culpables de no tratar bien a Pete en el pasado—. Sí que se lo merece.

Dejamos de hablar y vaciamos nuestros cuencos con avidez. Como siempre, el pollo frito estaba delicioso.

—Caramba, lo necesitaba —dijo Eli una vez que hubo terminado—. No he comido de verdad en toda la semana.

—Yo tampoco. —Sonreí mientras me limpiaba los labios, que me hormigueaban por el picante *gochujang*—. Arreglar tu vida te abre el apetito, ¿verdad?

—Solo un poco —aceptó, echándose hacia atrás y frotándose la barriga con las manos —. Y he tenido mucho que resolver.

—Sí —dije—, supongo que sí. Con lo de enamorarte de mí y arreglar las cosas con Pete, has tenido mucha agitación últimamente. Ah —añadí—, y sin olvidar todo lo que ha pasado en la cafetería por el accidente de Melanie.

—En realidad, es Melanie quien más ha influido en mi decisión de dejar la música — me sorprendió entonces diciendo.

—¿Lo ha hecho? —Fruncí el ceño.

—Sí —dijo, sentándose de nuevo más erguido—. Me ha hecho una oferta que sería estúpido rechazar y, si la acepto, desde luego no tendré tiempo para la música.

—¿Qué clase de oferta?

Ya me parecía mal que pusiera el último clavo en su ataúd musical.

—Vamos a sentarnos en la otra habitación —dijo—. Podemos limpiar más tarde.

En lugar de ocupar su lugar habitual en el sillón, Eli se sentó a mi lado en el sofá y resistí el impulso de acurrucarme junto a él. Quería mirarlo a la cara mientras me explicaba qué otra cosa monumental había ocurrido en su vida en el poco tiempo que llevaba viviendo en casa de Pete.

—Entonces —dije, incapaz de esperar—, ¿en qué consiste esa oferta?

Eli se pasó las manos por el pelo.

—Melanie me ha preguntado si quiero hacerme cargo del negocio —dijo sin preámbulos.

—¿Hacerte cargo de la cafetería? —Fruncí el ceño.

—Sí —confirmó—. Hace un tiempo me dijo que había estado pensando en ceder el alquiler, pero que no estaba del todo segura. Tiene buenas relaciones con el propietario del local, así que todo sería bastante sencillo, pero luego no ha vuelto a mencionarlo, así que yo suponía que había decidido no hacerlo.

—Pero ¿ahora sí? —supuse.

—Sí.

—Me pregunto si ha sido por el accidente —reflexioné—. Tuvo que ser inquietante.

—En parte, creo que sí —siguió explicando Eli—, pero tiene una hija, Belle, que vive en Estados Unidos y a la que apenas ve. Ahora, Belle le ha dicho que está embarazada y Melanie quiere estar con ella. Me mandó un mensaje hace una semana o así para decirme que definitivamente va a dar el paso, y hemos estado hablando de ello desde entonces.

—Ya veo.

Me pregunté si ese había sido el texto que había llegado la noche en que Pete me envió el mensaje sobre las hojas del concurso. Eli se había quedado absorto con sus palabras, si es que había sido ella.

—Melanie quiere irse a Estados Unidos y quedarse un tiempo, con vistas a hacer del traslado algo permanente. Dice que quiere irse sin la responsabilidad de la cafetería en el fondo de su mente.

—Pero seguro que sería algo a lo que volver si no funcionara.

—Eso fue lo que dije —Eli se encogió de hombros—, pero dice que los últimos acontecimientos la han ayudado a decidirse. Ya está harta de espumar capuchinos. Si quiero el alquiler, es mío.

No me pareció que le entusiasmara la idea, pero quizá su falta de entusiasmo se debía más a los nervios que le producía asumir el compromiso financiero.

—Es una buena oferta —dijo, con las manos despeinándose de nuevo—. Es un gran negocio. Sería un tonto si no lo hiciera. Ya es hora de que madure y asuma un poco más de responsabilidad. Tengo que empezar a pensar bien en el futuro.

Lo estudié un momento y me di cuenta de que su mirada seguía sin mostrar ni un ápice de la alegría que yo habría esperado y que tampoco parecía muy entusiasmado. Puede que aún me quedara mucho por aprender sobre él, pero sabía lo suficiente como para darme cuenta de que su respuesta a la oferta iba más allá de los nervios. Esto sonaba más a algo con lo que se estaba conformando que a lo que había esperado toda su vida para agarrar con las dos manos.

—¿Se lo has dicho a tu madre? —pregunté sin saber cómo decir que no creía que fuera lo correcto para él sin ofenderlo.

—Dios, no —dijo.

—¿Por qué no?

No contestó de inmediato y me pregunté si la reacción y respuesta de su madre habría sido la misma que la mía: que asumir el alquiler de la cafetería no era algo que pudiera

ver beneficioso para el futuro de su hijo.

—Melanie me ha pedido que no se lo diga a nadie —dijo, poniéndose algo rojo—. Pero quería decírtelo a ti.

No creía que esa fuera la razón por la que no se lo había dicho a su madre.

—¿Ha dicho Melanie para cuándo necesita una respuesta?

—A más tardar, a finales de mes —suspiró Eli.

—¿Y crees que aceptarás?

—Todavía no estoy seguro. —Se encogió de hombros.

Junto con su falta de entusiasmo, su indecisión era toda la motivación que necesitaba. Tenía tres semanas para ayudarlo a ver que aceptar el alquiler no era lo suyo, pero ¿cómo iba a hacerlo?

El viernes por la mañana temprano, mientras preparaba mi primera taza de té del día, me encontré cantando *Happy*, de Pharrell Williams. Estaba totalmente inmersa en mi momento disco en la cocina cuando oí los pies de Eli en las escaleras y apagué la radio con rapidez. Todavía tenía ganas de convencerlo de que ya no tenía ningún deseo de desterrar la música, pero, dadas las limitaciones de tiempo, estaba más centrada en asegurarme de que primero rechazaba la oferta de Melanie.

—Buenos días —me dijo, estirándose en la puerta y ofreciéndome una magnífica visión de su tripa al levantarse la camiseta—. ¿Cómo has dormido?

Todavía quedaba un aspecto de nuestra relación que habíamos acordado tomarnos con calma, pero nos había costado mucho irnos cada uno por nuestro lado a la hora de dormir. No creía que ninguno de los dos fuera capaz de aguantar mucho más.

—Teniendo en cuenta que la mitad de mi cama estaba fría como la piedra, no ha estado mal —dije con descaro mientras echaba un poco de azúcar en mi taza—. ¿Y tú?

—Lo mismo. —Suspiró, deslizando sus brazos alrededor de mi cintura. Podía sentir el calor de su aliento en mi cuello—. ¿A qué hora estarás en casa hoy?

—A la de siempre —dije, dándome la vuelta para rodearlo con los brazos—. ¿Y tú?

—Probablemente llegaré un poco tarde porque voy a recoger mis cosas a casa de Pete.

—Vale —dije, y lo besé con suavidad en los labios.

—Hoy es día de cantar en casa, ¿no? —dijo, apoyando su frente en la mía.

—Lo es. —Tragué saliva.

—¿Estarás bien? —Frunció el ceño, todo amabilidad y preocupación sincera.

—Claro. —Me encogí de hombros—. Como te dije ayer, ya no me importa.

Eli asintió y lo solté.

—Está bien, entonces —dijo, más contento, pero yo sabía que todavía no había asumido de verdad mis palabras, no de la forma en que yo quería, al menos—. Te veo esta noche.

—Esta noche —asentí, cogiendo mi té—. Y mañana voy al Grow-Well para una actualización de la recaudación de fondos.

Eli arrugó la nariz.

—Me alegro de estar en el trabajo para eso —dijo—. Y no iba a decir nada —añadió a continuación—, pero espero que podamos reservar un fin de semana fuera en algún sitio

cuando ocurra. Así ninguno de los dos tendrá que soportarlo.

Decidí que no era el momento de decirle que me había ofrecido voluntaria para ayudar.

Capítulo 26

Después de una semana tan emotiva, estaba agotada y, aunque ya no me preocupaba escuchar música, tenía un plan para no pasar mucho tiempo en los ensayos de la residencia.

No creía que pudiera hacer frente al bombardeo de peticiones en el que sabía que Greta e Ida estaban trabajando, así que le pregunté a Phil si estaría dispuesto a encargarse de supervisar el evento. Como llevaba toda la semana practicando su Gloria Gaynor en privado, estaba encantado. Sin embargo, resultó que no era al dúo dinámico al que tenía que vigilar, sino a Freddie Fanshawe, y me alcanzó cuando menos me lo esperaba.

—Bueno, dime, Beth —me dijo a los pocos minutos de que anunciara el orden de las manicuras y los peinados que estaban programados para esa mañana—, ¿cómo te va con todo ese rollo del compromiso?

—¿Todo el qué? —Fruncí el ceño, fingiendo que no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—El camino diferente —reiteró—. Sé que no has olvidado nuestra conversación, así que ni siquiera intentes aparentar que lo has hecho.

—Ah, eso —dije con ligereza—. Ninguna novedad en ese frente, pero te mantendré informado.

Intenté alejarme, pero a Freddie era difícil quitárselo de encima.

—Ninguna novedad. —Sus blancas cejas se fruncieron—. ¿Qué significa eso?

—Justo eso —dije en voz baja, comprobando que no nos escuchaban—. Y tampoco la va a haber. Sinceramente, Freddie —me encogí de hombros, con las mejillas encendidas —, me alegro de dejarlo estar. Me encanta mi trabajo aquí, soy muy feliz en mi nuevo hogar en Nightingale Square y eso es más que suficiente para mí.

No parecía convencido, pero no tenía intención de revelar mi reciente cambio de opinión.

—Lo digo en serio —dije con más fuerza—. ¿Ahora puedes, por favor, dejarlo estar?

La expresión de su cara me rompió un poco el corazón y, si he de ser sincera, también me lo fracturó. Me habría encantado llegar esa mañana y anunciar que ahora formaba parte de una banda. Una banda formada por mi novio, mi mejor amigo y yo, pero no iba a ser así.

Soñar despierta con los detalles no iba a cambiar nada y no podía soportar la idea de decirle a Freddie que sí quería cantar y luego tener que soportar que intentara encontrar la manera de hacerlo realidad. No estaba dispuesta a hacer nada que pudiera dañar mi relación con Eli, que acababa de arreglarse, y la interferencia bienintencionada de Freddie sin duda lo haría.

—Ahora, si me disculpas —dije, mirando a todas partes menos a su expresión

entristecida—, tengo que hablar con la señora que le hace las uñas a Greta hoy. Quiere que le pinte flores y tengo que asegurarme de que no se saldrá del presupuesto.

—Si Greta va a tener flores —dijo Ida—, yo también las quiero. Rosas, a juego con mi vestido.

Dejé escapar un suspiro resignado, preguntándome qué más habría escuchado.

Por un momento, sentí que el sábado iba a terminar tan estresante como había empezado el viernes, pero entonces tomé cartas en el asunto y despejé el ambiente. El día había empezado bastante bien, con el desayuno en la cama, servido por Eli, que se sentó en el borde del edredón mientras yo tomaba una tostada con té y mermelada. Había conseguido que las tostadas estuvieran como a mí me gustaban: poco hechas, casi frías, untadas con mantequilla y una generosa capa de mermelada. Deliciosas.

—¿A qué hora te vas al Grow-Well? —preguntó mientras comprobaba su reloj para asegurarse de que no llegaba tarde al trabajo.

—En cuanto haya limpiado aquí —dije—. Voy a ayudar en el jardín antes de la reunión más tarde y luego creo que John va a probar algunos ingredientes nuevos para la *pizza* esta noche. ¿Vendrás cuando termines de trabajar?

Dado lo que había dicho antes, podía haber adivinado su respuesta, pero aun así esperaba que hubiera cambiado de opinión.

—No, esta noche no —confirmó, poniéndose de pie y estirándose—. Pero mañana iré temprano y haré mi turno.

Estaba haciendo todo lo posible por no molestar a nadie hasta que terminara la recaudación de fondos, y yo aún no sabía cómo decirle que, a pesar de lo maravilloso que sería pasar un fin de semana fuera —sobre todo porque me había sugerido una casa de campo en Wynmouth, en la costa de Norfolk—, en realidad quería quedarme.

Puede que aún no me hubieran asignado una tarea concreta, pero, tras ver la capilla, supe que iba a ser el lugar perfecto para continuar la labor de Moira, y estaba decidida a hacer lo que pudiera para contribuir a que así fuera.

—Entonces, te veré aquí más tarde —dije, decepcionada por no poder disfrutar de la velada juntos.

—Sabes a mermelada —sonrió después de darme un beso de despedida.

—Bien —sonreí—. Es mi favorita.

—La mía también ahora —rio, volviendo a por otro bocado.

—¿Has pensado en lo de hacerte cargo de la cafetería? —No pude resistirme a preguntárselo cuando por fin se marchaba.

Se agachó de nuevo bajo el marco de la puerta.

—He pensado en poco más. —Frunció el ceño.

La continua falta de entusiasmo en su tono encendió aún más la llama de la esperanza que llevaba en el corazón.

—Hasta luego —añadió, antes de salir corriendo.

Pasé un par de horas tranquilas podando, cosechando y regando en el Grow-Well antes de que llegara nadie más. Hacía un calor agradable pero no sofocante, y no pude evitar pensar, al igual que cuando vi el lugar por primera vez, cuánto le habría gustado a

mamá.

Había pensado mucho en ella desde que soñé que me veía actuar en el escenario de la capilla. Al principio me sentí culpable porque me di cuenta de que ya no la tenía tan presente como antes, pero luego me di cuenta de que eso era bueno. Era una prueba positiva de que estaba saliendo del profundo pozo de dolor en el que había estado sumergida durante tanto tiempo.

Dicho esto, a medida que avanzaba por el jardín, seguía con mi parloteo interno y podía percibir sus respuestas a todo lo que decía, igual que sabía lo que significaban su sonrisa y su pulgar hacia arriba cuando vino a verme en mi sueño.

—¿Eras tú la que cantaba, Beth? —Tamsin, la hija de Lisa y John, frunció el ceño al cruzar la puerta del jardín.

—No lo creo —respondí, sintiendo que mi cara se sonrojaba.

¿Había estado cantando? No lo creía, pero ya me habían pillado así antes.

—Toma —dije, dándome cuenta de que forcejeaba con una caja de cartón embalada —. Deja que te ayude. Parece pesada.

—Lo es —dijo, mientras la pasaba, agradecida, de sus brazos a los míos—. Papá me ha pedido que la trajera.

—¿Qué hay dentro? —jadeé, sorprendida por su peso.

—Ni idea. —Tamsin se encogió de hombros.

—¿Quizá son los nuevos ingredientes para la *pizza* de los que ha estado hablando? —sugerí.

Tamsin arrugó la nariz.

—Espero que no —rio—, tanto peso rompería el horno.

Resultó que la caja estaba llena de botellas y tarros con tapa que Lisa había recogido para Poppy. Pronto iba a organizar uno de sus talleres de *chutney* en el jardín y estaba reuniendo un montón de recipientes de cristal vacíos.

—Deberías venir, Beth —dijo Poppy animándome más tarde—. Ya no trabajas los fines de semana, ¿verdad?

—No —dije—. Apúntame en algún hueco. Suena divertido.

—Y hablando de diversión —dijo Lisa, ordenando un montón de papeles.

—¿Es tu próximo libro? —preguntó Heather, esperanzada—. Me encantaría echarle un vistazo.

—No, no lo es —sonrió Lisa—. Mi editor se haría unas ligas con mis tripas si fuera compartiendo eso por ahí.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Heather, menos emocionada.

—Los detalles de la feria —le dijo Lisa, pasándole las hojas.

—Oh. —Heather sonrió, animándose de nuevo—. Me moría por ver esto.

Leímos los planos mientras esperábamos a Kate y Luke, y luego, cuando llegaron y los niños estaban jugando alegremente, sacamos nuestras sillas a la sombra para poder hablar de lo que se había organizado hasta el momento.

—Parece que va a ser como las fiestas y ferias que nos gustaban a mamá y a mí —dije contenta mientras observaba los detalles—. ¿Quién va a juzgar el concurso de disfraces y el de la cola más rápida?

El concurso de disfraces se celebraba en los jardines de Prosperous Place, mientras que el de la cola se juzgaba en el parque de la plaza. Luke y Kate habían decidido hacer de los jardines una zona libre de perros, Nell y Gus excluidos, por supuesto. Aunque Freya había dicho que Nell estaría más contenta en casa mientras la feria estuviera en pleno apogeo.

—Yo —respondió Luke—. Haré las dos cosas.

No parecía muy contento.

—Antes tú que yo —rio Glen, el marido de Heather.

—Gracias, Glen —dijo Luke, medio sonriendo—. Voy a ofender a media ciudad, ¿no?

—No se puede evitar —dijo Lisa enérgicamente—. Sigue tu instinto.

Volvió a ponerse en pie y entregó otra lista.

—¿Y qué es esto? —preguntó Neil.

—El orden para el espectáculo de la noche —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Está escrito en la parte superior, solo tienes que leer, Neil.

Neil me sonrió, pero sonreír era lo último que me apetecía hacer.

—Vaya —dijo Poppy—, no me dijiste que se había llenado tanto, Jacob.

—Bueno —dijo—, no habíamos tenido confirmaciones en firme de un par de estos actos hasta hace muy poco, así que hemos estado esperando antes de anunciarlos.

—¿Qué os parece a todos? —preguntó Lisa, mirando a su alrededor.

Me dejé llevar por la charla. La opinión general era que había una magnífica mezcla de artistas y que Lisa y Jacob debían haberse dejado la piel para cambiar las cosas en tan poco tiempo.

Ahora había de todo, desde espectáculos de danza a poetas, pasando por cantantes y cómicos. Podía ser una velada muy entretenida y el escaparate perfecto para poner de relieve la escena creativa local. La inauguración de la capilla no podía ser más apropiada. Y hablando de la nueva sede...

—¿Habéis decidido ya cómo se va a llamar el nuevo local? —oí a Neil preguntar a Lisa y Jacob.

Intercambiaron una sonrisa.

—Curiosamente —dijo Jacob—, lo hemos hecho. Se lo comentamos al hijo de Moira a principios de semana y estaba de acuerdo.

—De hecho, se le ocurrió a Pete, el tipo que siempre ha estado relacionado con The Arches —añadió Lisa.

Mis oídos se agudizaron al oír su nombre.

—¿Puedes decirnos cuál es? —preguntó Glen.

Lisa asintió.

—No veo por qué no —dijo—. Cuanto antes esté en boca de todos, mejor. ¿Quieres decírselo, Jacob?

—Por supuesto —sonrió Jacob—. En consonancia con The Arches —anunció—, el nuevo local se llamará... The Chapel.

—Perfecto —sonreí, ya estaba resuelto.

Las conversaciones que surgieron entre mis vecinos fueron todas positivas y a todos les gustó el nombre tanto como a mí.

—Y te encantó el local, ¿verdad, Beth? —me llamó Lisa por encima del creciente nivel de voces.

—Sí —confirmé—. Es un espacio increíble.

—Me pregunto cómo será la acústica —preguntó Tamsin, mirándome.

Su aspecto distaba mucho de ser inocente y sentí que mis mejillas volvían a calentarse. Esperaba que se hubiera olvidado de que creía haberme oído cantar, pero evidentemente no era así y, sumado a algunos de los nombres que me habían saltado en la lista de entretenimientos, empecé a pensar que la idea de Eli de irnos de fin de semana podría no ser tan mala después de todo.

Se me acababa el tiempo. Las únicas opciones que me quedaban eran exponer mi talento esa noche o confesarlo todo lo antes posible. Mi cuerpo dio un estremecimiento involuntario, estaba claro que no le apetecía ninguna de las dos cosas.

—¡No os olvidéis de votar, amigos! —La voz de John retumbó más tarde esa noche.

Había creado una apetitosa selección de *pizzas* y debíamos votar por nuestras tres favoritas, que se convertirían en habituales del menú Grow-Well. Me alegró ver que no era la única a la que le costaba elegir.

Todo el mundo, aparte de Lisa y John, Jacob y Poppy y Carole y Graham, se había ido a casa y yo no quería estar demasiado lejos de ellos, sobre todo porque sabía que Eli ya estaría de vuelta del trabajo y, con suerte, ansiaba mi compañía tanto como yo la suya.

—Vamos, Beth —dijo John, sacudiendo una de las listas bajo mi nariz—. Date vida. Algunos tenemos camas a las que llegar.

—Bueno, es culpa tuya —dije—. No deberías habernos dado tantas opciones deliciosas.

—Beth tiene razón —coincidió Poppy, que también tenía que escoger sus favoritas—. Es imposible elegir.

John cogió las listas y frunció el ceño.

—Van todas a la par —dijo—. Empiezo a sospechar de una conspiración. ¿Qué tal si las hago rotar?

—¡Sí! —gritamos Poppy y yo al unísono, y luego nos echamos a reír.

—Señoras y señores —bostezó Jacob—, ¡ya están los votos y por fin tenemos un resultado! No el que esperábamos, pero un resultado, al fin y al cabo.

—En ese caso —dijo Carole, poniéndose en pie y alisándose la falda—, me voy a casa. Vamos, Graham —añadió, dando un codazo a su marido, que dormitaba en su silla ajeno a todo—. Hora de irse a la cama.

Graham no parecía tener ni idea de dónde estaba y, una vez que Carole lo hubo sacado del jardín, me tomé un momento para ordenar mis pensamientos.

—Antes de que el resto os vayáis corriendo —me oí decir al cuarteto restante—, hay algo que tengo que deciros.

Incitada por los nombres conocidos del programa de entretenimiento y consciente de que mucha más gente que Pete, Eli y Harold conocía ahora mi talento, lo había meditado mientras comía mi *pizza* y supe que lo mejor que podía hacer era confesar mi engaño. Mi secreto estaba inevitablemente destinado a ser revelado y lo último que quería era que todo saliera a la luz en la feria, cuando no tendría la oportunidad de explicarlo en

condiciones.

—Veréis, el caso es... —empecé, pero vacilé al levantar la vista y ver cuatro ojos curiosos clavados en mí.

Su atención hizo que se me fuera el color de la cara y la mirada interesada de John se convirtió en una de preocupación.

—Volvamos a sentarnos todos —instó a los demás—. Vamos, querida —me dijo con amabilidad—. ¿Qué pasa? No puede ser tan malo.

—El caso es que —volví a decir, una vez que todos estuvieron cómodos—, y por favor, creedme cuando os digo que sí tenía, aún tengo, mis razones para no haber dicho nada antes, pero sí conocía The Arches antes de mudarme a la plaza, aunque siempre he mantenido que no.

—¿Sabías lo de The Arches? —Lisa frunció el ceño.

—Sí. —Tragué saliva—. Iba todas las semanas cuando era pequeña.

Al ver las caras de confusión y las cejas fruncidas que se cruzaban con mi confesión, de repente no estaba segura de si aquello había sido una buena idea, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Así que —dijo Jacob, su expresión coincidía con la de Lisa—, ¿conocías a Moira entonces?

Asentí con la cabeza.

—La conocía muy bien, y a Pete, por supuesto, y un par de nombres de esta lista también me resultan familiares —añadí, mostrando el papel que Lisa me había entregado previamente y que había impulsado aún más mi decisión de contarlo todo.

—¿Qué solías hacer allí? —preguntó Lisa.

—Cantar —dije en un suspiro—. Cuando era pequeña, mi sueño era ser una cantante famosa.

Lisa y Jacob se miraron.

—¿Por qué no nos lo dijiste cuando buscábamos a los antiguos asistentes? —preguntó Jacob—. Eres exactamente el tipo de persona que estábamos buscando.

Eso era *exactamente* lo que había esperado que nadie dijera, pero en el fondo sabía que era inevitable y la exasperación en su tono me puso un poco nerviosa. No quería tener que dar más explicaciones, pero, al oír la pregunta casi brusca de Jacob, supe que no tenía más remedio.

—Porque ya no lo hago —me apresuré a decir—. Lo dejé todo para convertirme en la cuidadora de mi madre después de que sufriera un derrame cerebral.

Por el momento, rehuía la insistencia de Freddie en que en algún lugar había un camino diferente que aún podía seguir.

—Cuidé de mamá durante mucho tiempo —continué—, y eso significó renunciar a mi plaza en la universidad y a mis ambiciones. Fue una época terrible y también ocurrieron otras cosas, pero que prefiero no compartir y que anularon por completo mis ganas de volver a cantar.

—Oh, Beth —dijo Jacob, sonando conmocionado—. Eso es terrible.

—Lo siento mucho, cielo —resopló John, tan blando de corazón como siempre.

—Durante años, después de la muerte de mamá, abandoné la música por completo —

les dije antes de quedarme sin fuerzas—. No cantaba ni escuchaba música. Durante mucho tiempo, hice todo lo que pude para evitarlo todo, pero entonces...

—Pero ¿entonces? —preguntó Lisa.

Me tomé un momento y me di cuenta de que había tanto silencio que se podría haber oído caer un alfiler. No había brisa ni tráfico. Era como si toda la ciudad se hubiera detenido a escuchar lo que yo tenía que decir.

—Entonces —dije, mi voz cortando el silencio expectante—, me mudé a casa de Kate, y solo después de haber deshecho las maletas, descubrí que Eli estaba loco por la música y que él mismo era músico. —Sacudí la cabeza al recordarlo—. Y antes de que me diera cuenta, Freddie Fanshawe llegó a la residencia y nacieron los ensayos de los viernes.

—Maldita sea —sonrió John—. Eso debió ser un poco abrumador.

—Lo fue —asentí, animada por su comprensión—. Durante un tiempo fue muy duro, pero ahora ha resultado ser una bendición.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Me he dado cuenta —dije, eligiendo mis palabras con cuidado— de que mi vida es mejor con música. No es que vaya a retomar mis ambiciones como cantante —añadí con rapidez.

Si Eli me hubiera dicho que estaba reformando su banda con Pete, habría sido otra historia, pero, como no lo hizo, mantuve en secreto mi deseo de flexionar mis cuerdas vocales.

—Pero cantaste en la residencia la otra semana, ¿no? —me presionó Lisa.

—Eso fue algo aislado —murmuré.

—Un amigo mío tiene un tío que vive allí —explicó—, y me dijo que había escuchado a un miembro del personal con voz de ángel.

—Como ya he dicho —reiteré—, eso fue algo aislado. Un error que no volveré a cometer.

—¿Así que definitivamente no vas a volverá a subir a un escenario? —preguntó Lisa.

—Desde luego que no —dije con firmeza.

—Me atrevo a decir que no lo mencionaste antes porque sabías que la señora te engatusaría para que participaras en la recaudación de fondos —dijo John, antes de sonarse ruidosamente la nariz.

Lisa le dio un fuerte codazo y me alivió ver que nadie parecía enfadado.

—Para ser sincera —admití—, no dije nada antes porque estaba intentando acostumbrarme a lo que estaba pasando. Nunca esperé que la música volviera a entrar en mi vida de ninguna forma, así que las últimas semanas han sido difíciles.

—Y todo eso además de la mudanza —dijo Poppy, comprensiva.

—Es una de las cinco cosas más estresantes que se pueden hacer —dijo John—. Según una encuesta que leí en una de las revistas de Lisa la semana pasada.

Todos sonreímos y John me guiñó un ojo. Qué hombre tan maravilloso.

—No para mí —dije, más contenta—. Hicisteis que la mudanza fuera lo menos estresante posible y desde entonces me he reencontrado con mi viejo amigo Pete, así que la mudanza no podría haber ido mejor.

—Y has empezado tu nuevo trabajo —señaló John, destacando otro cambio más—.

Ahora que lo pienso —añadió, rascándose la cabeza—, creo que eso también podría haber estado en esa lista.

—El nuevo trabajo es una alegría total —sonreí—. Me encanta mi papel en la residencia. De hecho, ahora que por fin me he atrevido a hablaros de mi pasado musical, todo me parece perfecto. Me encanta mi casa, mi trabajo, este lugar y...

—¿Eli? —me interrumpió Lisa.

—¿Eli? —Todos los demás fruncieron el ceño.

—Bueno —dije, poniéndome roja de nuevo—, también le he cogido mucho cariño.

—No te preocupes —rio Lisa, haciendo que la liebre saltara por su propia cuenta—. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Oh... —dijo Poppy, apenas cayendo en la cuenta—. ¿Eli y tú...?

Le dediqué una sonrisa y asentí. Dado que Eli y yo habíamos vuelto a casa cogidos de la mano, ya no podíamos mantener nuestra relación en secreto.

—No me extraña que te gustara tanto The Chapel, Beth —dijo Jacob, pensativo, esquivando el tema de mi confesión—. Sabías justo lo que se necesitaba y cómo podíamos utilizar lo que ya hay allí, ¿verdad?

—¿No te dije que Beth parecía muy informada sobre The Arches para alguien que afirmaba que solo había mirado fotos en internet? —interrumpió Lisa, chasqueando los dedos.

—Sí —confirmó Jacob.

—Y ahora ya sabes por qué —dije, antes de morderme el labio—. Siento no habéroslo dicho antes.

—Todos entendemos por qué no lo hiciste —dijo John.

Los asentimientos y las amables sonrisas que recibió su comentario me dijeron que todo el mundo estaba de acuerdo, y sentí como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de lo pesado que había sido.

—Lo único que siento —dijo Lisa—, aparte de lo de no cantar, claro, es que seas tan feliz en tu trabajo.

Volví a mirarla. Debí parecer sorprendida, porque me aclaró enseguida el motivo.

—Solo porque Jacob y yo nos hemos enterado hoy de que hemos conseguido financiación suficiente para contratar a un gerente a tiempo completo —se apresuró a explicar—. Con tus habilidades y experiencia, Beth, creo que habrías sido perfecta para el puesto.

—Sí —asintió Jacob—. Queremos a alguien con experiencia musical y que entienda cómo funcionan este tipo de lugares. No te apetece otro cambio de carrera, ¿verdad, Beth?

—No —dije—, me temo que no.

—Una pena —reflexionó Lisa—. Habíamos pensado en preguntarle a Pete, pero creemos que se ha fundido con esa tienda.

En eso tenía razón. Nada lo apartaría de On the Box.

—Tendremos que buscar a otro —dijo Jacob, encogiéndose de hombros—. Preferiría que fuera alguien local que ya conociéramos, pero, si no encontramos a nadie, tendremos que buscar más lejos.

Me dio un vuelco el corazón al darme cuenta de que conocía a alguien ideal, si tan solo pudiera convencerlo de que apartar la música de su vida no le iba a salir mejor que a mí.

Capítulo 27

Por muy emocionada que estuviera, sabía que tenía que moderar mi entusiasmo. El hecho de que yo pensara que Eli era el candidato ideal para ocupar el puesto de gerente en The Chapel no significaba que él estuviera de acuerdo. Sabía que tenía la experiencia y los conocimientos que Lisa y Jacob estaban buscando, pero, dado que estaba empeñado en dejar atrás su propia música, quizá no quisiera pasarse la vida laboral manejando y alentando las aspiraciones líricas de otros.

A pesar de todo, volví a la plaza dando saltitos, con las entrañas efervescentes por un embriagador cóctel de emoción y alivio. Era una auténtica bendición tener unos vecinos tan comprensivos. El hecho de que hubieran aceptado con tanta amabilidad mis explicaciones sobre The Arches y mi canto me llenó el corazón. Volví a sentirme inmensamente agradecida por haberme ofrecido a llevar a Harold al Grow-Well aquel fatídico día de junio.

—¡Eli! —llamé, alegre, mientras cruzaba el umbral y cerraba la puerta tras de mí—. ¿Has vuelto?

—Aquí estoy —sonrió, asomando su rostro por el marco de la puerta—, y tengo comida.

Debió olvidar que era noche de *pizza* en el jardín.

—Oh —dije. No creía que pudiera meter nada más en mi barriga ya llena—. He cenado en el Grow-Well.

—Lo sé —dijo, aún sonriente—. Esto es pudin, no un plato principal.

—Ah, bueno, en ese caso, sí. —Sonreí; mis papilas gustativas se animaron mientras sacaba los pies de mis Converse—. Cogeré una cuchara.

El pudin resultó ser unos deliciosos pastelitos de la cafetería, pero suministrados por Blossom's. Estaban cubiertos de crema pastelera y fresas frescas de la zona, que servían para acentuar el dulzor.

—Si me hago cargo del local —comentó Eli mientras limpiaba su plato—, definitivamente serviré los pasteles de Blossom's.

—No te culpo —asentí, notando alegre que había dicho *si*, en lugar de *cuando*, y me dediqué a lamer la cuchara—. Aunque no me guste el café, hasta yo puedo decir que los pasteles y el capuchino son la pareja ideal.

Eli apartó su plato y, tras un último y delicioso bocado, yo hice lo mismo.

—¿Cómo estaban las *pizzas* de John? —preguntó.

—Buenísimas —dije, y me lamí los labios—. Demasiado buenas. No podíamos decidir qué nuevas tres votar, así que las ha añadido todas al menú. La de cebolla caramelizada y queso de cabra estaba increíble.

Si me hubieran presionado de verdad, probablemente esa habría sido mi primera opción.

—Cuando se haya calmado todo el furor por la feria —dijo entonces Eli, quitándome

un poco el aliento—, estaré deseando probarlas, sobre todo esa.

Me pregunté si iba a interesarse por cómo había ido la reunión, pero no lo hizo y, como su comentario no me daba pie a explicar la razón de mi buen humor más allá del subidón de azúcar, me limité a soltarlo yo mismo.

—Ha sido una gran reunión —dije—. Y la he disfrutado aún más cuando me he sincerado sobre algunas cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Bueno —dije—, como me sentí mucho mejor después de contarte mi relación con The Arches y las razones por las que había dejado de cantar, decidí contárselo también a los vecinos.

—Ah, claro —dijo Eli—, ya veo.

Parecía sorprendido.

—Han sido muy comprensivos —continué—, y me siento mejor por habérselo contado.

—Me sorprende que lo hayas mencionado —dijo Eli mientras apilaba nuestros platos —. Quiero decir, no es como si fueras a tener algo que ver con ese nuevo lugar, así que...

—The Chapel —interrumpí—. Así es como han decidido llamarlo.

—The Chapel —repitió Eli—. Creo que podrías haberte librado fácilmente de contarlo.

—No —discrepé, sacudiendo la cabeza y pensando en Tamsin—, no podía y no quería. Lisa ya había oído que un miembro del personal de la residencia había sorprendido a todos con su voz y no me parecía justo esperar que tú, Pete o cualquier otro siguiera mintiendo por mí.

—¿Cómo que mintiendo? —Eli se encogió de hombros—. No había ninguna razón para que surgiera en una conversación, ¿no?

—Tenía que ser así —insistí, pensando en Harold y Sarah y frustrada porque Eli no pudiera ver la situación desde mi punto de vista—. Y creo que ha sido mejor viniendo de mí. Me ha dado la oportunidad de explicar bien por qué no había dicho nada antes. Sé a ciencia cierta que Pete se habría sentido fatal si se le hubiera escapado algo y, como acabo de decir, no quería ponerlo, ni a él ni a nadie, en esa situación.

—Me parece justo. —Eli se encogió de hombros.

—Y había nombres en la lista de recaudación de fondos que reconocí —añadí—. Solo sé que, si no me hubiera sincerado esta noche, todo habría salido a la luz en la feria y no podría soportar esa idea.

—Pero nos vamos de viaje ese fin de semana —dijo Eli, tenso—, así que de todas formas no estarías allí para que te reconocieran.

Quise señalar que seguiría existiendo la amenaza de que me descubrieran después del evento y que no tenía ninguna intención de arrastrarme y seguir con el subterfugio, pero no lo hice. Estaba claro que Eli no estaba de humor para hablar de nada relacionado con la música y yo sabía que mencionar el trabajo de gerente sería una pérdida total de tiempo. Era mejor poner un poco de distancia entre nosotros antes de que la conversación, cada vez más tensa, se convirtiera en una discusión.

—¿Quieres ir al baño? —le pregunté, decepcionada por que el día hubiera llegado a un final tan tenso—. Si no, me meteré en la ducha.

A la mañana siguiente, Eli estaba un poco más animado. Lo había pillado charlando con Aretha a primera hora, pero seguía sin estar lo bastante animado como para que yo hablara de la feria, de cualquier tipo de música o de The Chapel. Durante la noche, sin embargo, había avanzado un poco en mi determinación de idear una estrategia para cambiar las tornas, y una vez que terminamos con la rutina de las plantas de interior y Eli se fue a la cafetería, puse el plan en marcha. Implicaba a Pete y una discusión muy franca.

—Hola, Beth —sonrió Pete cuando entré en On the Box nada más abrir sus puertas a las diez—. ¿Cómo va eso?

—Buenos días, Pete —respondí—. Un poco así así.

—No me digas.

—Sí, ¿hay alguna posibilidad de que podamos hablar?

—No suelo estar inundado de clientes un domingo —me dijo—, pero dame un minuto.

Recorrí las estanterías mientras él llamaba a Stacey para recordarle que tenía que estar trabajando.

—Ya viene —resopló poniendo los ojos en blanco una vez hubo colgado—. Supuestamente.

—¿Vas a ver a Sara hoy?

—No, está trabajando, pensaba que lo sabrías.

—Desde que cambié de puesto, no he seguido bien los turnos. —Me encogí de hombros—. Pero, después de todo este tiempo, me gusta no tener que trabajar los fines de semana.

—Debe ser agradable —dijo mientras Stacey entraba corriendo.

—Ya está —resopló, quitándose la mochila y agarrándose el costado—. Te dije que no me había olvidado.

Para ser justos, debía estar prácticamente en la puerta cuando Pete llamó.

—¡Es un milagro! —se burló su tío, y ella le sacó la lengua—. Estaremos arriba si hay mucho trabajo.

—Oh, sí —dijo, masajeándose la punzada en el costado y volviendo a mirar a la calle —, esto va a ser un caos en media hora.

—En ese caso —dije, siguiendo a Pete y mostrándole una sonrisa—, seré rápida.

Con una taza de té cada uno, Pete y yo nos sentamos en su piso y me di cuenta de que, en lugar de hacerlo rápido, como le había prometido a Stacey, no estaba segura de poder hacerlo en absoluto.

—Bueno —dijo Pete cuando yo no dije nada—, ¿de qué quieres hablarme?

Solté un largo suspiro. Había pensado que sería fácil decirlo, pero, a la hora de la verdad, no lo era.

—Es un poco difícil —dije, y me mordí el labio inferior—, muy delicado y probablemente no tiene nada que ver conmigo, así que me disculpo ya si piensas que estoy metiendo las narices.

Pete puso su taza en la mesita junto a su silla.

—Es Sara, ¿verdad? —graznó, con aspecto ceniciento—. Me encuentra demasiado intenso. Te ha enviado para que me lo digas. Sabía que había empezado un poco fuerte,

pero habiendo perdido tanto tiempo...

Levanté una mano y negué con la cabeza.

—No, Pete, esto no tiene nada que ver con Sara. Por lo que he visto y oído, está tan enamorada de ti como tú de ella.

Su expresión se transformó al instante y el color volvió a inundar su rostro mientras volvía a tomar el té.

—Ah, bueno —sonrió—, en ese caso, continúa.

Se llevó la taza a los labios.

—Quiero hablarte de la banda —solté con rapidez, y él se atragantó con el té—. Tu banda y la de Eli, para que quede claro. O no-banda..., si lo prefieres.

—No creo que haya nada de que hablar, ¿verdad? —balbuceó, limpiándose la parte delantera de la camiseta con la mano.

—Quizá no —dije—, pero ¿puedo decirlo de todos modos?

—Adelante —suspiró.

—La cosa es —empecé tentativamente—, puedo apreciar que, dado todo lo que pasaste por culpa de la ex de Eli, es muy difícil para ti siquiera considerar reformarla.

Pete no lo refutó y yo continué.

—Pero, ahora que tú y él volvéis a ser amigos, y tratando de dejar atrás el pasado, pensé que querrías volver a intentarlo.

Las cejas de Pete empezaron a acercarse poco a poco.

—Eli me ha dicho que es demasiado doloroso para ti —añadí enseguida, por miedo a que pensara que su amigo no había comprendido del todo lo que sentía por todo aquello y la profundidad a la que llegaba su dolor—. Pero ¿no podríais intentar escribir algo nuevo juntos? ¿Aunque no quieras tocarlo?

La boca de Pete se abría y cerraba como una trampilla, pero no salía ningún sonido.

—Sé que Eli está dejando atrás la música —dije con tristeza—, y ha asumido que yo voy a hacer lo mismo, pero la verdad es que, ahora que he vuelto a encontrar mi voz, Pete, no quiero perderla. ¿Cómo puedo tener una relación con alguien que ha desterrado la única cosa por la que acabo de redescubrir una pasión? —Me detuve para tomar aliento—. No es que se trate de mí —añadí cono rapidez, sacudiendo la cabeza.

También me temblaban las manos. Todavía estaba haciéndome a la idea de que de verdad quería volver a cantar, a pesar de lo que iba diciendo por ahí a todo el mundo, y el hecho de que solo quisiera hacerlo acompañada de los dos hombres de mi vida, que significaban tanto para mí, también fue una revelación.

—Beth...

—Lo sé —hice una mueca—, lo sé. No me estoy explicando muy bien y probablemente suene muy egocéntrica.

—No es eso...

—Y, dejando a un lado mis preocupaciones egoístas —continué—, lo que quiero preguntarte en realidad es por qué no reconsideras empezar de nuevo en la música con Eli. Vuestra amistad ha sobrevivido, ¿por qué no vuestro grupo?

Pete levantó una mano para detenerme.

—No sé qué te habrá dicho Eli, Beth —frunció el ceño—, pero ni una sola vez he

dicho que no volveré a tocar con él.

Lo miré y parpadeé.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. —Se encogió de hombros.

—Entonces, ¿no has dicho que no vas a reiniciar la banda con él?

—No —insistió Pete—. Nunca lo he dicho. Nunca lo hemos hablado. Creo que el pobre todavía se siente tan culpable por lo que pasó que ha asumido que eso es lo que yo diría. Y hace solo un par de meses, semanas incluso, habría dicho que no.

—Pero ¿ahora?

Ni siquiera se tomó un segundo para meditar su respuesta.

—Ahora, diría que estoy dispuesto a dejarlo todo atrás y seguir adelante —añadió con seriedad—. Y tampoco dejaría escapar algunos de los temas antiguos. Eran demasiado buenos y con la voz adecuada detrás...

—A ver si lo he entendido —interrumpí—, ¿estás dispuesto a tocar?

—Sí —asintió—. ¿Y tú estás dispuesta a cantar?

—Lo estoy. —Tragué saliva.

—Así que la única persona que no está dispuesta a hacer nada es...

—Eli —suspiré—, y lo más probable es que sea porque está demasiado asustado para tener la conversación, por miedo a...

—Volver a disgustarte.

—Exacto.

Bebimos nuestro té en silencio y nos tomamos un minuto para permitir que todo se asentara en su nuevo patrón.

—Esto es estrictamente entre tú y yo —dije cuando vacié mi taza—, pero está pensando en hacerse con el alquiler de la cafetería.

Esta vez Pete sí que se atragantó. Por un momento, pensé que iba a tener que darle una palmada en la espalda, pero al final se enderezó.

—¿Que él qué? —jadeó, todavía balbuceando.

—Al parecer, Melanie se muda para estar con su hija en América —expliqué, rompiendo por completo mi promesa de no contárselo a nadie, pero dadas las circunstancias me pareció que estaba permitido—, y le ha ofrecido el alquiler si quiere aceptarlo.

Pete sacudió la cabeza con incredulidad.

—Eli no es barista —dijo—. Quiero decir, me atrevería a decir que puede hacer una buena bebida, pero se suponía que ese solo era un trabajo temporal, lo que hacía para que escribir y tocar música fuera posible.

—Un trabajo que pagaba el alquiler —murmuré.

—Eso es.

—Bueno, ahora habla de madurar y asumir responsabilidades.

—¿Para qué demonios quiere hacer eso? —gimió Pete.

—Ni idea.

Nos miramos y nos reímos.

—En serio —dije—, ¿qué vamos a hacer? Me aterra que vuelva a casa y diga que ha

firmado en la línea de puntos y luego se pierda.

—El trabajo en The Chapel.

Las grandes mentes piensan igual.

—¿Sabes algo de eso?

—Sí —dijo Pete—, Jacob me ha llamado esta mañana para preguntarme si conocía a alguien que pudiera encajar. Obviamente, enseguida he pensado en Eli, pero no he querido sugerírselo sin hablarlo antes con él.

—Cuando Lisa lo mencionó anoche, mi cabeza también se dirigió directa a él, pero, en su estado de ánimo actual, no hay ninguna posibilidad de que siquiera lo considere. Deberíamos haber tenido esta conversación hace días, Pete —dije, el volumen de mi voz aumentaba junto con una sensación de pánico—. Creo que hemos perdido el tren.

—No, no lo hemos hecho —dijo, levantándose de un salto—. Ya sé qué hacer.

—¿En serio?

—Sí —dijo, hinchando el pecho y mirando a media distancia.

Se parecía tanto a un héroe de Tolkien que casi me da la risa.

—Déjamelo a mí —dijo, increíblemente seguro de sí mismo—. Sé cómo solucionarlo.

Capítulo 28

A las tres de la tarde del día siguiente estaba nerviosa, pero debería haber sabido que mi amigo no me defraudaría, sobre todo cuando había sonado y parecía tan seguro de sí mismo. Los residentes y yo estábamos disfrutando de una tarde de puzles y juegos de interior cuando Sara vino a buscarme.

—No sé si esto tendrá algún sentido para ti —dijo, sacando su teléfono del bolsillo, lo cual estaba estrictamente prohibido—, pero he recibido un mensaje de Pete pidiéndome que te diga que te reúnas con él en The Chapel después del trabajo.

No tenía ni idea de por qué no me había escrito a mí, pero mi teléfono estaba en la sala de personal, así que podría haberlo hecho y yo simplemente no lo había visto todavía.

—¿Tiene sentido? —Sara frunció el ceño—. Ese es el lugar que se va a convertir en el nuevo The Arches, ¿no?

—Sí —asentí—. Pero no tengo ni idea de por qué quiere reunirse conmigo allí. ¿Quieres venir conmigo para averiguarlo?

—Mejor no —dijo Sara, leyendo de nuevo el mensaje de Pete—. A mí me suena un poco a capa y espada. No me gustaría que mi presencia inesperada estropeara su búsqueda, como él dice —añadió, entrecerrando los ojos ante la pantalla—. Además, ha prometido informarme esta noche si la búsqueda tiene éxito. ¿De verdad no sabes lo que está pasando?

—No sé qué tiene planeado, pero suena muy Pete y puedo adivinar con quién tiene que ver... —empecé a explicar, pero entonces vi a Sandra rondando en la puerta de la sala de estar—. Cuidado —advertí, y Sara volvió a meter el teléfono en el bolsillo.

—Beth —sonrió Sandra, acercándose corriendo, con Buster muy cerca—, justo la persona a la que estaba buscando.

No podía estar segura, pero me pareció que el viejo perro resoplaba un poco menos y no parecía tan redondo como antes. Las continuas advertencias que habíamos hecho a los residentes sobre alimentar al perro con golosinas parecían haber surtido efecto.

—Tengo buenas noticias —me dijo Sandra sonriendo—. Acabo de aceptar una reserva para la última habitación vacía y la mujer que organiza las visitas de mascotas ha llamado para decir que ha tenido una cancelación para el lunes. Puede venir por la tarde, siempre que se ajuste a tus planes, claro.

—Es una noticia fantástica —dije—. Puedo acomodarla fácilmente entonces.

Agradecí que Sandra no hubiera anunciado a todo el mundo la futura visita. Estaría bien mantenerlo en secreto y decírselo a los residentes el viernes para que tuvieran algo que esperar y de lo que hablar durante el fin de semana.

—Ha dicho que podía traer de todo, siempre que hubiera personal suficiente para ayudar —continuó Sandra—. Le he dicho que la llamarás para poder discutirlo más a fondo.

Iba a ser necesario un poco de investigación antes de hacer la llamada. Tendría que averiguar discretamente si alguien tenía aversión a algo antes de confirmar lo que debía traer. Personalmente, tenía aversión a las serpientes, pero la visita no era para mí, y si había algunos fanáticos entre los residentes, tendría que aguantarme.

Sara me deseó suerte mientras me preparaba para dirigirme a The Chapel después de terminar la jornada. Esperaba no necesitarla, pero la acepté agradecida por si acaso. Había sido un día caluroso y, mientras caminaba, me daba cuenta de que iba a ser una de esas noches en las que el calor perduraba. Me alegré de haber dejado cerradas las cortinas del piso de arriba de la casa, y mantener cerradas las contraventanas de madera del mirador también mejoraba la temperatura del salón.

Me reí para mis adentros al salir, consciente de que intentaba pensar en cosas mundanas para no preocuparme por lo que Pete había estado planeando. Esperaba que no fuera nada demasiado extremo. Desde que se había juntado con Sara había salido de sí mismo, y si había preparado algún tipo de representación de batalla con muerte o deshonor, yo me daría la vuelta y me iría directa a casa.

No lo había hecho, por supuesto.

—Beth —dijo, bajando de un salto del escenario cuando entré. La temperatura interior de The Chapel se sentía maravillosamente fresca después de la caminata—. Has venido.

—Te dije que vendría —dijo Freddie, que apareció de la cocina con un vaso de agua en la mano—. Dije que vendría.

Miré a los dos hombres, a uno de los cuales no esperaba ver.

—¿Qué está pasando? —Fruncí el ceño—. ¿Sabe Sandra que te has ido de la residencia, Freddie?

—Sí, sí —dijo, desestimando la pregunta con la mano, lo que no resultaba del todo convincente—. Ella lo sabe.

—Freddie se ha ofrecido a ayudar —dijo Pete mientras el hombre se dirigía hacia el escenario.

—¿Con qué? —pregunté.

Mirando a mi alrededor, vi que el escenario se había montado con un micrófono, dos guitarras y un teclado.

—¿A qué viene todo esto?

—Mi plan maestro, por supuesto —dijo Pete con una floritura—. Un compañero con una furgoneta me ha ayudado a traerlo y montarlo, y si esto no hace que Eli cambie de opinión sobre retomar su música, nada lo hará.

—¿Y qué es esto exactamente? —Fruncí el ceño.

—Le he enviado un mensaje —dijo Pete, ofreciendo a Freddie una mano firme mientras subía los escalones hasta donde se encontraba el teclado—. Y le he dicho que se reúna con nosotros aquí. Creo que, si toca unas cuantas canciones con nosotros, pronto volverá a coger el ritmo.

Yo no estaba tan segura; temía que en cuanto viera el montaje se sintiera más inclinado a volver a salir corriendo.

—Hemos estado ensayando toda la tarde —dijo Freddie, mientras agrupaba algunas hojas de papel—. No es de mi estilo, pero algunas canciones no están mal.

Me sentí culpable por no haber cuestionado la ausencia de Freddie en la residencia, y me sorprendió que ni Greta ni Ida lo hubieran señalado.

—Alabado sea —dije negando con la cabeza—. ¿Y cuál es mi papel en todo esto? —pregunté, mirando a mi alrededor con recelo.

—Cantar, por supuesto —dijo Pete, señalando el micrófono.

Dejé caer mi bolso a mis pies. Sabía que Pete había ideado el plan con la mejor de las intenciones, pero ¿era realmente la terapia de aversión extrema la forma de llevar a cabo esta *búsqueda*? Me preocupaba de verdad que la táctica fuera a resultar contraproducente y Eli acabara resentido con nosotros por empujarlo en una dirección que él insistía en que ya no quería seguir.

—Funcionará —dijo Pete con firmeza, captando mi vacilación—. Confía en mí, Beth.

Dado que ya le había enviado un mensaje a Eli, no tenía muchas opciones. Respiré hondo y me uní a él y a Freddie en el escenario.

—¿A qué hora le dijiste que viniera?

Casi una hora después de la hora sugerida, estaba sentada en el escenario, con los pies colgando por el borde, deseando haber traído bocadillos. Pete me había explicado tres veces el orden de lo que había planeado que tocáramos, pero hasta entonces los tres no habíamos levantado un instrumento ni cantado una nota.

—Espero que tengas un pase nocturno —le dije a Freddie.

—Lo tiene —se apresuró a decir Pete, pero el hombre parecía un poco nervioso.

—No perdamos más tiempo —dijo Freddie, estirando los dedos—. Repasemos un par de estas canciones contigo cantando, Beth, así cuando llegue el muchacho habremos calentado bien.

«Si llega», pensé.

—Es una gran idea —dijo Pete, cogiendo su guitarra, y tiró de la correa por encima de su cabeza.

La acción me resultó dolorosamente familiar y sentí que se me hacía un nudo en la garganta mientras rasgueaba unos acordes y afinaba un poco.

—¿Qué dices, Beth?

Me dio un vuelco el corazón al pensar en volver a soltar la voz.

—Me ha llevado siglos prepararlo todo —dijo Pete—, y el tipo querrá que le devuelva la llave pronto. No voy a dejar que ese testarudo haga que todo este esfuerzo sea una pérdida de tiempo.

Volví al escenario y, con cuidado, quité el micrófono de su soporte. No creía que pudiéramos causa mucho daño los tres haciendo lo que Freddie sugería y, en realidad, no tenía por qué ponerme tímida. Pete me había oído cantar un millón de veces y Freddie también estaba familiarizado con cómo sonaba ahora.

—¿Estás conforme con todo esto, Beth? —preguntó Pete, entregándome unas hojas con letras impresas.

Conocía la mayoría de las canciones, gracias a que Eli llenaba la casa de música a diario cuando me mudé, pero también sabía que mis interpretaciones no iban a ser perfectas. Un par de canciones de la lista no las reconocía en absoluto. Supuse que eran las que se habían apartado después de que la ex de Eli lo hubiera estropeado todo.

—Tendrás que tener paciencia —dije mientras Freddie tocaba la introducción de la primera canción—. Estoy familiarizada con la mayoría de ellas, pero no con estas tres últimas.

Pete asintió y empezó a tocar con Freddie.

—Pronto las pillarás —dijo con confianza.

La siguiente media hora fue un borrón feliz. Las sensaciones y emociones con las que había soñado últimamente se multiplicaban por diez a medida que repasábamos la lista y me familiarizaba con las letras y las melodías. Freddie ya lo había pillado todo y yo me puse enseguida a su altura. Para cuando llegó el encargado, sonábamos como si hubiéramos estado tocando juntos mucho más de treinta minutos.

—¿Alguna posibilidad de darnos otra hora? —le suplicó Pete al tipo.

—Estrictamente hablando —dijo, molesto—, no deberíais estar aquí en absoluto y podía oíros desde la calle.

—Media hora entonces —dijo Freddie, mostrando su característica sonrisa.

—Eso puede funcionar con Greta e Ida, Freddie Fanshawe —me reí—, pero creo que este público te resultará un hueso más duro de roer.

El hombre miró a Freddie y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿De verdad eres Freddie Fanshawe? —preguntó, asombrado—. ¿Ese Freddie Fanshawe?

Toda su actitud había cambiado y Pete me miró y sonrió.

—El mismo —volvió a sonreír Freddie mientras aporreaba rápidamente un poco de Jerry Lee Lewis en el teclado.

—Mi madre lo adoraba —dijo el tipo con ojos llorosos—. No tenía ni idea de que estaba aquí, señor Fanshawe.

—Freddie, por favor —dijo Freddie, amable.

—Freddie —repitió el hombre—, supongo que por una hora más no pasará nada. Aunque será mejor que me quede aquí —añadió—. Por si acaso.

No dijo por si acaso qué, y Pete volvió a mirarme y esta vez me guiñó un ojo.

—Dios bendiga el atractivo de Freddie entre las madres de todo el mundo —rio.

—Efectivamente —respondí riendo.

Seguimos tocando y yo estaba frente a Pete, cantando la balada que sabía que era una de las favoritas de Eli, cuando su rostro cambió. Su sonrisa vaciló cuando su mirada se desvió más allá de mí y las palabras que había estado cantando murieron en su garganta.

—Continúa —llamó Freddie, justo cuando estaba a punto de darme la vuelta—. Sigue adelante.

Pete me hizo un gesto con la cabeza y empezó a cantar de nuevo. Me sentí clavada en el sitio y se me erizaron los pelos de la nuca. Lo siguiente que supe fue que la guitarra, que había estado inactiva toda la noche, estaba tocando con nosotros y, cuando me giré lentamente, encontré a Eli a mi lado con lágrimas en los ojos y una expresión de éxtasis en el rostro.

Sin mediar palabra, terminamos la canción y volvimos a tocarla, esta vez sin interrupción. Mantuve la mirada fija en el rostro de Eli y no me cupo la menor duda de que el plan de Pete, con el que me había mostrado tan escéptica, había funcionado. Eli

había recuperado el gusto por la música, al igual que a su mejor amigo, y yo había dejado de negarme lo que más amaba en el mundo.

Por primera vez desde que recibí aquella llamada en la universidad que había destrozado mi mundo, todo volvía a estar bien. Las duras palabras del jurado de la audición, que me habían marcado durante tanto tiempo, se habían curado y el curso de mi vida volvía a estar en orden. Puede que no me precipitara por el camino del estrellato, pero Freddie había tenido razón: este nuevo no era menos válido.

Cuando la canción llegó a su fin, me di cuenta de que ya no éramos solo nosotros cinco los que llenábamos The Chapel. En la puerta se agolpaban Lisa y John, Jacob y Poppy, y Luke y Kate. Empezaron a aplaudir y se apresuraron a entrar. Lisa fue la primera en hablar.

—¡Señoras y señores! —gritó a los demás—, ¡por fin hemos encontrado a nuestra estrella de turno!

Pete, Eli y yo intercambiamos una mirada y luego Eli se inclinó para hablar por el micrófono.

—¡Claro que sí! —rio.

Todos aplaudieron y vitorearon, y él se volvió para mirarme de nuevo. Me cogió la cara con las manos y me besó con total abandono. Me di cuenta de que los aplausos y los vítores se habían intensificado aún más cuando se apartó.

—Te quiero, Beth —dijo—. Con todo mi corazón.

—Yo también te quiero —le respondí, las palabras realmente pensadas y dichas solo para él, aunque estaba segura de que todos los demás las habían oído.

—Gracias —dijo, y me besó de nuevo—, gracias a ti, y a Pete, por devolverme esto.

—Y gracias a ti —suspiré feliz—, por ayudarme a encontrarlo de nuevo.

—Ha sido un placer.

—Ojalá hubieras podido escuchar más esta noche —susurré, apoyando mi frente contra la suya—. Hemos tocado prácticamente toda tu lista de reproducción.

—Lo he oído —me dijo—. Lo he oído todo. He salido tarde del trabajo, pero he llegado a tiempo para oírte empezar a tocar. Solo que he tardado un rato en armarme de valor para entrar.

—¿Has estado aquí durante todo el set? —reprimí una exclamación.

—Durante todo el set —sonrió.

Podríamos habernos quedado encerrados en nuestro mundo privado para siempre, pero necesitábamos desmontarlo todo y empaquetarlo.

Mientras Eli y Pete ordenaban los instrumentos, con muchas palmadas en la espalda y animadas charlas sobre lo que podríamos interpretar en la recaudación de fondos, yo ayudé a Freddie a bajar del escenario. El encargado de las llaves de la capilla, Kyle, se había ofrecido a llevarlo de vuelta a la residencia y resultó que también había sido el responsable de avisar a nuestros vecinos del improvisado miniconcierto.

—Supongo que debería volver —dijo Freddie, con cara de vergüenza mientras miraba su reloj—. Alguien ya me habrá echado de menos.

—Oh, Freddie —dije, horrorizada—. No le has dicho a nadie que te ibas, ¿verdad?

—Sí, lo ha hecho —dijo Pete—. Lo he recogido en la puerta y había una cuidadora con

él. No le des cuerda, Freddie. Ya ha tenido bastante por un día.

—Vaya que sí —asentí, sonriendo a Eli y sintiendo cómo se me coloreaba la cara.

Freddie me dio un beso rápido en la mejilla.

—¡Gracias, amigos! —gritó a continuación—. Si alguna vez necesitáis a un viejo animador, ¡estoy disponible para cumpleaños, *bar mitzvahs* e incluso velatorios!

—Será mejor que tú también estés disponible para recaudaciones de fondos —se apresuró a decir Eli.

—Así es —asintió—. Le prometí a Beth que tocaría una melodía o dos.

—Queremos que hagas más que eso, Freddie —dijo Pete—. También te queremos en el escenario con nosotros cuando estemos tocando.

Freddie parecía absolutamente atónito.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Lo dices en serio?

La emoción de su voz me hizo llorar. Estaba claro que las canciones de Eli habían crecido en él en el transcurso de las dos últimas horas.

—Claro que sí —dijo Eli—. Y estaremos ensayando cada minuto libre la semana que viene, así que no vayas a apuntarte a dos cosas a la vez.

—Bueno, yo nunca haría eso —rio Freddie—. Las maravillas nunca cesan. Revisaré mi agenda esta noche y lo apuntaré todo.

—Y será mejor que tú también compruebes la tuya —le dijo Lisa a Eli.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

Jacob y ella intercambiaron una mirada y Lisa continuó.

—Tenemos una propuesta que hacerte —dijo.

—¿Una propuesta?

Crucé los dedos, ojalá estuvieran pensando lo mismo que yo.

—Hay un puesto de gerente a tiempo completo en este lugar —explicó Jacob—. Y alguien nos comentó que tú tienes la experiencia que te hace perfecto para el puesto. Esperamos que seas la persona adecuada.

Los ojos de Eli se abrieron de par en par.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto —dijeron juntos Lisa y Jacob.

—En ese caso —sonrió Eli, sacando su teléfono—, pongamos una fecha para la entrevista en la agenda.

Capítulo 29

Los días previos a la feria de verano fueron muy ajetreados. De repente, toda mi vida consistía en cambiar, reorganizar y, por supuesto, volver a abrazar. Pensé en las palabras de Friedrich Nietzsche que Eli me había citado y llegué a la conclusión de que tenía razón: sin música, la vida era un error. O la mía, al menos.

Si hubiera pensado con claridad cuando mamá sufrió su primer derrame cerebral —pero, dadas las circunstancias, entiendo por qué no lo hice— y no me hubiera tomado a pecho las palabras que me soltaron después de mi audición, me habría dado cuenta de que la música era precisamente lo que me habría ayudado a sobrellevarlo. Habría calmado y curado mi espíritu destrozado, y juré no volver a descuidarla ni a ella ni a mi querido amigo Pete.

No era probable que eso ocurriera ahora que yo era la voz de la banda. Puede que no fuéramos de cabeza al estrellato, pero había encontrado algo mucho más valioso que eso. Freddie tenía razón sobre el otro camino y yo estaba agradecida por sus perlas de sabiduría, recogidas a lo largo de una vida bien vivida.

Había accedido generosamente a tocar con nosotros tres en la recaudación de fondos, pero después tendríamos que buscar un nuevo teclista porque él se retiraría.

—No puedo permitir que las chicas de Edith Cavell se pongan celosas por tener que compartirme, ¿verdad? —había dicho con su brillo característico.

Las chicas, como él las llamaba, parecían bastante felices. De hecho, me atrevería a decir que todos en la residencia prosperaban. El nuevo programa de actividades los mantenía ocupados y comprometidos y, quizá lo más afortunado de todo, mantenía a Greta completamente vestida y alejada de las travesuras. Y menos mal, porque le habían asignado un papel muy especial en la feria.

La visita inaugural de Juliet a la residencia —o la «señora de las mascotas», como era más conocida— había sido todo un éxito. Los tres perros y los dos gatos a los que había invitado se habían mostrado tranquilos y dóciles, que era más de lo que podía decirse de un par de los residentes.

Las visitas de Juliet se iban a convertir en algo habitual en la agenda, al igual que las excursiones al Grow-Well. Ya había habido una y había sido un triunfo. Yo atribuía el éxito exclusivamente a Carole y Graham. Sobre todo a Carole. Nadie se atrevía a portarse mal o a hacer travesuras bajo su vigilancia.

—¿Y bien? —le pregunté a Eli en cuanto volvió corriendo a casa y cerró la puerta tras de sí la mañana de la feria—. ¿Cómo ha ido?

Había salido temprano a reunirse con Melanie en la cafetería para explicarle que no iba a aceptar su oferta del alquiler y por qué.

—Muy bien —respondió, dejando una caja, luego me levantó y me hizo girar en el estrecho pasillo—. Le ha parecido bien. De hecho, me ha dado la impresión de que me lo había ofrecido con la esperanza de que me hiciera pensar en lo que realmente quería de

la vida. Sabía muy bien lo desgraciado que me había sentido por dejar la música.

—Bueno —sonreí poniéndome de pie de nuevo—, su plan ha funcionado entonces, ¿no?

—Así es —sonrió—. Aunque fue Pete quien dio el golpe maestro.

No podía discutirlo. Su búsqueda había sido un éxito rotundo.

—Y hablando de Pete —continuó Eli—, ha estado toda la semana extasiado con algo que había visto en la tienda *vintage* y en cuanto me dijo lo que era, supe que tenía que comprártelo.

—¿Qué? —dije, mirando con más interés la caja que había traído—. ¿Más macetas?

—No —rio Eli, cogiéndola de nuevo—. Vamos

Unos minutos más tarde, Eli y yo estábamos bailando lentamente en el comedor y yo casi había conseguido secarme las lágrimas. Eli había visto la caja con los vinilos de mamá en mi habitación y supo al instante que el pequeño tocadiscos de segunda mano de Back in Time sería perfecto para reproducirlos.

No los había sacado de sus fundas desde que mamá se había ido, y resultaba maravilloso volver a escucharlos. Pete dijo que no le importaba que Eli le robara la compra del reproductor, aunque de vez en cuando le pediría que se lo prestara.

Eli me acercó más y apoyé la cabeza en su pecho.

—Gracias. —Suspiré soñadora—. Este es el mejor regalo que me han hecho nunca. Ojalá pudiéramos quedarnos aquí todo el fin de semana.

La feria, junto con el importante papel que íbamos a desempeñar en ella, había quedado por el momento relegada a un segundo plano.

—Yo también —dijo, y me besó la coronilla cuando el disco llegó a su fin—, pero tenemos planes, ¿recuerdas?

—¡Vaya! —exclamé, mirando el reloj—, ¡tienes razón! Será mejor que nos demos prisa o nos perderemos el corte de la cinta.

—Coge tu protector solar —rio, sacando el disco de la cubierta, y lo volvió a meterlo con cuidado en su funda—. Y vámonos.

—Ni siquiera has terminado de contarme lo que te ha dicho Melanie —señalé mientras me ponía las Converse.

La feria no había sido lo único que había olvidado mientras nos besuqueábamos al ritmo de Ella Fitzgerald.

—Ha estado genial —sonrió Eli—. Se ha emocionado al hablarle de The Chapel.

La tarde anterior habían entrevistado a Eli, le habían ofrecido el trabajo y, para alegría de Lisa y Jacob, había aceptado inmediatamente el puesto de gerente de The Chapel. Pete y yo también estábamos encantados.

—Hemos acordado que seguiré trabajando en la cafetería hasta que se haya concretado la venta de The Chapel —explicó—. Así no me quedaré sin trabajo y sin un céntimo. Melanie ha insistido en que no la dejara en la estacada. Sabía que eso la preocupaba. Me ha dicho que encontrará fácilmente a otra persona que acepte el alquiler.

—Todo eso está muy bien —dije, metiendo el monedero en mi bolso, junto con la crema solar—. Aunque quizá quieras pensar en tomarte unos días de descanso entre

trabajo y trabajo. The Chapel va a ser un proyecto a tope, así que necesitarás estar descansado cuando empieces.

Lisa había comenzado su entrevista dándole la maravillosa noticia de que se había conseguido más financiación para la empresa y ahora era un hecho que el ya increíble legado de Moira Myers tenía el potencial de hacerse más grande de lo que había sido.

—Es cierto —dijo, reflexionando sobre mi sugerencia—. Quizá tú también podrías tomarte un par de días libres. Podríamos reservar esa escapada a Wynmouth que había planeado para este fin de semana.

Qué giro habían dado los últimos días. Para los dos.

—Me parece bien —acepté con entusiasmo.

Me encantaba el pintoresco pueblecito de la costa de Norfolk. Era tranquilo y acogedor, justo el tipo de lugar que necesitábamos visitar para recargar las pilas, y no demasiado lejos de la madre de Eli, por si llegaba el momento de las presentaciones.

—Vamos —instó Eli—. Es la hora.

Me preocupaba que Lisa me llamara para cortar la cinta de inauguración de la feria, ya que, como le gustaba recordar a todo el mundo, fui yo quien le metió la idea en la cabeza. Por suerte, me libré, aunque me mencionaron en su discurso y en el de Jacob.

Mientras los escuchaba hablar, miré alrededor del abarrotado parque, observando los puestos y juegos que se habían instalado a primera hora de la mañana. Había más en el jardín de Prosperous Place, junto con el escenario para el espectáculo nocturno, y con suerte, Greta ya estaría instalada allí con Pete y Sara.

Cuando Eli y yo habíamos echado un vistazo a todo lo que había en la plaza y él me había conseguido un peluche de Winnie the Pooh —demostrando, según dijo en broma, su destreza atlética—, nos dirigimos a la carretera.

—Me sentiré mejor cuando sepa que se está comportando —le dije a Eli, que, consciente de las antiguas travesuras de Greta, estaba completamente de acuerdo.

El grupo de recreación Iceni había instalado una parte de su poblado celta en una amplia zona de césped, muy cerca del río que atravesaba el recinto. Había gente vestida con el mismo tipo de trajes que había visto llevar a Sara y a Pete, y todos estaban empleados en una u otra tarea.

Vi a Pete atendiendo un fuego y a Sara machacando algo en una olla. Levantó la vista y sonrió al ver que nos acercábamos, y Pete enrojeció.

—¿Cómo va? —pregunté, mirando lo que estaba moliendo.

—Bien —dijo—. Podríamos tener pan para acompañar al jabalí más tarde.

No estaba segura de si estaba bromeando o no.

—¿Y dónde está...?

La pregunta se me quedó en la garganta cuando vi que llevaban a Greta a una silla junto al fuego cuidadosamente contenido de Pete.

—¡Soy la bruja! —gritó Greta cuando me vio—. Eso es muy importante al parecer.

—Quiere decir curandera —dijo Sara, y Eli rio—. O mujer sabia —añadió Sara con una sonrisa.

—Que Dios nos ayude si intenta curar —sonrió Eli, y yo le di un golpe en las costillas con el peluche de Winnie the Pooh.

—Tienes muy buen aspecto, Greta —me apresuré a decirle—. ¿Cómo te sientes?

—Regia —sonrió—. Al parecer, en el pasado fui un miembro muy apreciado y respetado de la comunidad.

La forma en que lo dijo sugería que ahora no lo era, pero, dada la cantidad de travesuras y caos que causaba, no lo ponía fácil. Sin embargo, todos la queríamos.

—¿Ya ha llegado Freddie? —preguntó, ansiosa—. No sé si me reconocerá cuando me vea con este atuendo.

—En cuanto lo vea —prometí—, te lo enviaré.

No nos dejó marchar hasta que le entregué mi peluche y, mientras nos alejábamos, miré hacia atrás y la vi conversando seriamente con el viejo oso. Fue un cuadro muy extraño y no del todo auténtico.

—Ya puedes relajarte —dijo Eli, cogiéndome la mano y dándome un apretón.

—¿Relajarme? —jadeé, mi mirada volvió a él—. ¿Cuando tenemos que actuar esta noche? ¡Eso es lo último que puedo hacer!

Habíamos ensayado varias veces desde el concierto improvisado en The Chapel y me sabía de memoria cada nota, cada compás y cada letra, pero eso no había impedido que mis nervios no dejaran de crecer durante los últimos días. Solo esperaba que se disiparan cuando volviera a coger el micrófono y empezara a cantar de verdad. Así había funcionado siempre en el pasado y en eso tenía puestas mis esperanzas.

—Estarás bien —dijo Eli con suavidad—. Vas a estar increíble.

—*Vamos a estar increíbles —lo corregí, algo más confiada, segura de que iba a tener no a dos, sino a tres de mis hombres favoritos actuando a mi lado.*

—¿Estáis ocupados? —sonó la voz de John mientras nos hacía señas para que nos acercáramos a donde Lisa había instalado su mesa para firmar libros.

La cola de espera era lo bastante larga como para rodear la mitad del césped y Eli y yo nos apresuramos a ofrecer ayuda.

—Una asistencia algo mayor de la prevista —resopló John—. ¿Hay alguna posibilidad de que le eches una mano a Lisa mientras yo cojo prestado a Eli un rato? —me preguntó, suplicante.

—Por supuesto —dije. Estaba dispuesta a casi todo mientras me mantuviera ocupada —. Déjala en mis capaces manos.

De repente, un aplauso entusiasmado hizo aparecer a Lisa, mucho más elegante de lo que nunca la había visto. Incluso iba completamente maquillada, lo cual era una novedad. Me aparté cuando se dirigió a todos como pudo sin megáfono, y luego ayudé a mantener el orden en la cola mientras todos se agolpaban para que les firmara sus libros.

—¿John se ha dado a la fuga? —preguntó mientras la primera lectora embelesada se acercaba para depositar su libro sobre la mesa como una ofrenda sagrada.

—Creo que tenía algo que resolver. —Fruncí el ceño, no muy segura de lo que había ido a hacer—. Se ha llevado a Eli con él.

Lisa rio.

—Se pone como una fiera con estas cosas —sonrió—. Mis lectores siempre me preguntan si él es la inspiración de mis héroes más buenorros.

Había leído ya un par de sus libros y, dado lo picantes que sabía que podían ser

algunas de sus tramas, no me sorprendía en absoluto oír hablar de los rubores de John.

—Bueno —sonrió Lisa a su primera admiradora—, empecemos, ¿vale?

Aunque ya era por la tarde, la plaza y los jardines seguían abarrotados y tenía la impresión de que mucha gente había decidido quedarse a ver el espectáculo de la noche en lugar de irse a casa.

Mark, que acababa de terminar de trabajar en Blossom's, me contó que habían tenido el sábado más ajetreado en mucho tiempo, gracias a que la gente entraba y salía a tomar algo entre horas en la feria. Y los visitantes venían de mucho más lejos.

Kate me había presentado a su hermano, Tom, y a su mujer, Jemma, que se iban a quedar con ella y Luke un fin de semana largo. Jemma, me explicó Kate, regentaba un local llamado The Cherry Tree en Wynbridge, que estaba a una hora o así en coche.

—Es la primera vez que consigo alejarla en años —dijo Tom, asombrado.

—Y, además, estamos sin niños durante el fin de semana —sonrió Jemma—, ¡así que estoy deseando salir de fiesta esta noche!

—Sin presiones entonces, Beth —rio Luke, antes de decirles a todos que yo formaba parte de una de las bandas que actuarían.

—No —dije, tambaleante de nuevo—, ninguna presión.

—Y habrá más de un periodista aquí —añadió, lo que aumentó mis nervios—. Cuando les conté que Pete y tú sois dos de los asistentes originales de The Arches y que ahora vais a participar en The Chapel y que Eli es el gerente, se mostraron aún más deseosos de cubrir el evento.

Me alegré mucho de que me pidieran ayuda y tenía muchas ganas de empezar. Participar en la nueva empresa desde el principio era una perspectiva apasionante.

—Mañana saldrás en los periódicos, Beth —sonrió Kate.

—En ese caso —dije—, será mejor que me vaya a casa y empiece a prepararme.

Era un poco pronto, pero de repente sentí que necesitaba un tiempo de descanso. Estaba claro que Eli también sentía lo mismo cuando chocamos en la puerta de Prosperous Place.

—Creía que habías dicho que te sentías bien con todo esto —bromeé mientras dábamos la vuelta a la plaza en dirección a la casa.

—Lo estaba —dijo, con un aspecto considerablemente más pálido que antes—. Pero entonces John me ha dicho cuánta gente calculaban que iba a venir.

No tuve ocasión de sonsacarle la cifra aproximada. Lo que, en retrospectiva, probablemente fue mejor.

—¡Beth! —oí gritar a alguien, y me di la vuelta para encontrarme a Sandra corriendo por el parque y agitando algo en el aire.

—Sandra —dije—, no sabía que estabas aquí.

—Llevo aquí toda la tarde —dijo, muy contenta—. ¡Mira esto! Buster ha ganado el premio a la cola más rápida.

Me di cuenta de que lo que había estado agitando era una escarapela con un número uno estampado en ella. Al oír su nombre, la cola del adorable perro chocó contra la falda de su vestido.

—¡Es fantástico! —reí, haciéndole una carantoña, y noté que Sandra llevaba sandalias en lugar de sus característicos tacones—. Y muy bien merecido.

Estaba a punto de presentar a Sandra y Eli, pero ella ya se estaba dando la vuelta.

—Voy a llevar a Buster a casa y luego me reuniré con Mike para cenar temprano. Pero volveremos a tiempo para el espectáculo —se despidió—. ¡Rómpete una pierna!

—Buena idea —dijo Eli—. ¿Una pierna rota nos libraría de la actuación?

—No —dije, sintiendo una curiosa mezcla de excitación y terror—. Definitivamente no.

Un par de horas más tarde, me sentía más aterrorizada que emocionada mientras regresábamos a Prosperous Place, pero ya no había vuelta atrás.

—¿Eli?

Me soltó la mano y se dio la vuelta.

—¡Mamá! —exclamó—. ¿Qué haces aquí? Creía que aún estabas en tu conferencia.

No tenía ni idea de que su madre iba a hacer acto de presencia y, dado el comentario sorprendido de Eli, él tampoco. Me sentía aún más nerviosa que antes. Esta era una presentación para la que habría deseado tiempo para prepararme.

—Iba a hacerlo —sonrió con picardía, pasándose su hermosa y larga melena por encima del hombro—, pero desarrollé una misteriosa enfermedad y tuve que marcharme.

—Mamá —se escandalizó Eli—, ¿estás haciendo novillos?

Al verlos juntos y escuchar su tono juguetón y relajado, sentí que se me calmaban los nervios.

—Algo así —guiñó un ojo—, pero no iba a perderme veros a Pete y a ti tocando de nuevo por primera vez, y estaba desesperada por conocer a la inteligente mujer que consiguió que volvierais a uniros.

Eli me cogió la mano.

—Mamá —dijo, y me besó la mejilla—, esta es Beth. Beth, esta es mi madre.

No tuve tiempo de reflexionar sobre el protocolo para conocer a la madre de tu novio por primera vez porque ella se adelantó y me abrazó.

—Encantada de conocerte, Beth —dijo cuando por fin me soltó—. Has dado un gran golpe al volver a encarrilar a estos chicos.

—No estoy segura de poder atribuirme el mérito —admití, un poco sorprendida por lo reconfortante que me había parecido su abrazo.

Había sido un abrazo de mamá que lo abarca todo, y algo de lo que no me había beneficiado en mucho tiempo.

—Bueno —sonrió con calidez, enlazando su brazo con el mío—, puedes contármelo todo más tarde, pero ahora creo que os necesitan a los dos entre bastidores.

—¡Nos vemos luego! —exclamó Eli cuando llegamos al jardín, y ella se dirigió hacia un lado y nosotros, hacia el otro.

Solo había caminado un par de pasos cuando me di cuenta de lo lleno que estaba el recinto y me quedé con la boca abierta.

—Dios mío —chillé, apretando la mano de Eli, quizá demasiado fuerte, dado que la iba a necesitar para tocar la guitarra—. ¿De dónde ha salido toda esta gente?

Ya me había parecido que el lugar estaba abarrotado, pero no era nada comparado con la multitud que se agolpaba frente al escenario a la espera de escucharnos. Apenas se veía un centímetro de césped.

—De los confines del condado, supongo. —Eli tragó saliva, tan sorprendido como yo.

—Y más allá —añadí por si acaso, apretándole de nuevo.

—Aquí estáis —dijo Pete, que se había quitado el traje de recreación y estaba muy guapo, vestido con una camisa negra y vaqueros. Nos había estado esperando al lado del escenario con cara de preocupación antes de darse cuenta de que nos acercábamos—. Creía que iba a tener que ir a buscaros a los dos —nos regañó—. Ya casi es la hora de empezar.

—Lo siento —nos disculpamos a coro.

—¿Estamos locos por hacer esto o qué? —preguntó Pete unos segundos después, mientras nos preparábamos lo mejor que podíamos para continuar.

Me di cuenta de que había cambiado su ceño fruncido por una amplia sonrisa.

—Totalmente —dijo Eli.

—Cien por cien —asentí.

—Vamos, pues —rio, cogiéndonos de las manos por si intentábamos liberarnos—. Acerquémonos al escenario. Freddie ya está allí.

El único espacio entre bastidores estaba acordonado en un lado del césped y ya había mucha gente por allí, así que estaban todos un poco apretados. Vi algunas caras conocidas, pero aún no había tiempo para hablar con nadie.

—Tal como te había dicho —me sonrió Freddie mientras pasaba el tiempo hasta nuestra actuación—. Un camino diferente pero igual de válido.

—Nunca volveré a dudar de ti, Freddie —dije—. ¡Harold! —grité entonces, cuando lo vi acercándose a nosotros sin compañía y en su *scooter*.

Se desvió bruscamente en nuestra dirección y se detuvo a escasos centímetros de mis pies.

—Phil ha dicho que podía usarlo —dijo a la defensiva.

—Seguro que sí —dije, agachándome para darle un abrazo.

—Oh —dijo, cuando volví a enderezarme—, ¿qué he hecho yo para merecer eso?

Me incliné hacia abajo para que nuestras caras estuvieran a la altura.

—Solo desencadenar la cadena de acontecimientos más felices de mi vida en mucho tiempo —dije, con el labio inferior un poco tembloroso.

—Ah, eso —dijo con los ojos brillantes—. Eso no fue nada.

Los dos sabíamos que lo era, pero, si decía algo más, nunca podría actuar. Lo vi alejarse para reunirse con Sara, que saludaba desde la barrera, y volví a concentrarme en los demás actos para intentar contener los nervios.

—Mira hacia arriba —dijo Pete, dándome un codazo en la espalda lo que me parecieron meros segundos después—. Nos toca.

Cogí la mano de Eli, respiré hondo y seguí a Pete y Freddie hacia el público, que en su mayoría estaba de pie. Cogí el micrófono mientras los chicos tocaban los primeros compases de la que se había convertido rápidamente en mi canción favorita de nuestro repertorio y dejé que la letra expresara todo lo que sentía. Mi voz no dejaba traslucir los

nervios que había sentido y el aplauso que estalló al final de la canción me hizo saber que le había hecho justicia a la letra.

Abrí los ojos y asimilé la escena, y allí, de pie ante la multitud, aplaudiendo y saludando, estaba mi nueva familia de Nightingale Square y todo el equipo de la residencia. Me imaginé a mamá entre ellos y en ese momento supe que ya no estaba sola; por fin había encontrado mi lugar en el mundo y en el escenario.

—¿Todo bien? —preguntó Eli, apresurándose a besarme antes de que las brillantes luces volvieran a alumbrarnos.

Todo el mundo vitoreó aún más fuerte, así que supimos que nos habían visto y empezamos a reír, con los ojos fijos el uno en el otro.

—¿Sabes qué? —sonreí, deleitándome con el cosquilleo de excitación que solo Eli y cantar en el escenario podían provocarme—, nunca he estado mejor.

Agradecimientos

Bueno, mis amores, este ha sido nuestro cuarto viaje a Nightingale Square. Espero que hayáis disfrutado conociendo a Beth, Eli y el equipo de la residencia Edith Cavell tanto como yo he disfrutado escribiendo sobre ellos. En este libro hay un par de personajes que no incluí en absoluto en la planificación. Tan solo aparecieron en la página y fue muy divertido escribirlos desde el principio. Apuesto a que adivináis quiénes son exactamente.

Sé que siempre lo digo, pero, como siempre, hay un número extraordinario de personas a las que agradecer su ayuda para lanzar al mundo este libro, mi decimocuarto libro.

Gracias a mi maravillosa editora, Clare Hey, y a mi fabulosa agente, Amanda Preston, que se rieron en todos los lugares adecuados cuando envié el primer borrador y siguieron haciéndolo durante todo el proceso de edición. Gracias también a Pip Watkins, Judith Long, Harriett Collins, Sara-Jade Virtue, Amy Fulwood y a todo el equipo de Books and The City por sus increíbles aportaciones y su duro trabajo.

Muchísimas gracias a mis maravillosas amigas Jenni Keer, Clare Marchant, Rosie Hendry, Ian Wilfred, Mary-Anne Lewis, Claire Howard, Tracey Gant, Fiona Jenkins y Sue Baker. De alguna manera, todas me habéis hecho sonreír a lo largo de unos meses increíblemente difíciles.

Estoy encantada de informaros de que el Escuadrón Swainette sigue viento en popa. Gracias a todos los que han hecho del Club de Lectura de Facebook Heidi Swain and Friends el lugar más encantador en el que estar. Fiona y Sue han creado un espacio de mucho apoyo, y no todo gira en torno a los libros. La fabulosa comunidad es amable y acogedora, al igual que los vecinos de Nightingale Square. ¡Únete a nosotros!

Gracias también a todos los que comparten el amor por el libro en Instagram y Twitter. He hecho muchos amigos nuevos en ambas plataformas en los últimos años. Sé que algunos dicen que los amigos virtuales no son amigos de verdad, pero yo lo niego rotundamente. Todos vosotros iluminái mi *timeline*. Gracias a todos los blogueros dedicados a los libros que generosamente dedican tanto tiempo y reflexión a sus publicaciones y reseñas, y al personal de las bibliotecas de todo el país que trabaja incansablemente para mantenernos a todos leyendo con sus préstamos. Sois increíbles y os apreciamos mucho.

Muchas gracias también a todos los que se han suscrito a mi boletín. Fue una novedad para mí el año pasado, y está siendo muy popular, lo cual es un gran estímulo. Si aún no lo habéis hecho, podéis encontrar los detalles de cómo suscribiros en mi blog.

Y añado aquí también un achuchón extra para Lia. Nuestras interminables conversaciones y nuestro amor mutuo por el hombre del sombrero de fieltro han hecho brillar este libro. Gracias, querida.

Y, por último, pero no por ello menos importante, gracias, querido lector, por hacer

otro viaje conmigo. Ya estoy deseando que llegue el próximo. Hasta que nos volvamos a ver, que tus estanterías —ya sean virtuales o reales— estén siempre llenas de fabulosas obras de ficción.

H x